

«Increíblemente buena.
Extraordinariamente buena», Patrick Rothfuss

-THE CRAFT LA SEQUENCE-

PRIMERA Y ÚLTIMA NIEVE

MAX GLADSTONE

 Planeta

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	

26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57

58

59

60

61

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Cuarenta años después de la guerra civil que desterró a los antiguos dioses, la ciudad de Dresediel Lex sigue marcada por las cicatrices de aquel conflicto, especialmente visibles en el distrito de Skittersill, donde la clase marginal sigue siendo víctima de la corrupción y las desigualdades. Allí, manifestaciones, huelgas y motines son comunes debido a las malas condiciones de trabajo y de vida de sus habitantes. Con el objetivo de negociar la paz y recuperar el control de la zona, el Rey de Rojo contrata a la hechicera Elayne Kevarian, que para ello debe fraguar una tregua con Temoc, un sacerdote de los viejos dioses y un líder popular del distrito. A pesar de que ambos están dispuestos a dejar de lado sus diferencias, hay fuerzas que se escapan a la influencia de ambos y que no tienen ningún interés en mantener la paz deseada...

LA PRIMERA Y ÚLTIMA NIEVE

Max Gladstone

Traducción de Alejandro Romero



Para ser dioses falsos, proyectaban sombras largas.

Elayne Kevarian, el Rey de Rojo y Tan Batac estaban a horcajadas por encima de Dresediel Lex. La vasta ciudad que alguna vez había sido sagrada se extendía a los pies de Elayne, kilómetros y kilómetros de adobe, acero, obsidiana, cromo, hormigón, asfalto, madera, cristal y roca. Sus brazos envolvían la bahía al sur de Stonewood y al norte de Worldsedge. Varios caminos llegaban hasta la cima de Drakspine y volvían a bajar como una cascada hacia el este, en dirección a Fisherman's Vale. Había buques portacontenedores del tamaño de hojas caídas atracados en los muelles y los embarcaderos de juguete del puerto de Longsands, cerca del Skittersill.

El Rey de Rojo, un esqueleto de más de un kilómetro de altura con una túnica larga y holgada, estaba de pie en el mar. Las olas rompían alrededor de sus tobillos y la punta de su bastón de mando. Tan Batac había encontrado una cresta que usar a modo de silla en Drakspine para observar desde allí. Pero ellos no eran el público de Elayne.

Ella alzó la mirada.

Los ojos de la jueza Cafal destellaban en el cielo, unos soles gemelos que observaban a Elayne mientras aguardaba a que cometiese su primer error.

—Hemos esperado demasiado —dijo Elayne al tiempo que se paseaba por un laberinto de callejones cerrados. Cada golpe de sus tacones negros habría aplastado una manzana de casas entera en el mundo de la vigilia, pero, al pasar, los edificios y los humanos, del tamaño de termitas, permanecían intactos—. Cuarenta años desde la Liberación. Cuatro décadas desde que ganamos las Guerras de los Dioses en Dresediel Lex; sin embargo, esta ciudad sigue consumiéndose bajo las guardas y los edictos de deidades que murieron hace mucho. Dioses que nosotros mismos matamos. —Con un gesto de la mano y un

giro de hechicería helada, levantó la cubierta de la ciudad para mostrar las guardas a las que se refería: hileras de una enfermiza luz verde debajo del laberinto—. Los antiguos dioses y sacerdotes reservaban el distrito del Skittersill para la clase marginal. Los esclavos vivían y morían en sus calles. Los guardias del templo buscaban sacrificios aquí. El Skittersill ha cambiado desde la Liberación, pero las antiguas guardas permanecen.

Ni el Rey de Rojo ni Tan Batac la interrumpieron. La habían contratado meses antes para mediar en sus negociaciones en todo el Skittersill, y ese día el esqueleto y el pequeño hombre redondo con ojos afilados habían acudido a presenciar su triunfo. Ella sospechaba que cada uno de ellos aún creía que se estaba llevando la mejor parte del trato, y esperaba que fuera así.

—Estas guardas señalan el Skittersill como un protectorado divino. Como resultado, ninguna propiedad puede comprarse o venderse aquí, lo que hace que asegurar o reformar sea difícil, abarata el precio de los alquileres, y eso invita a la delincuencia y a la decadencia social. El objetivo de las guardas era mantener el Skittersill pobre y a sus habitantes controlados. No hay lugar para ellas en una ciudad libre. Mientras Dresediel Lex va creciendo, éstas se convierten en un punto débil. La hechicería moderna las drena de toda su fuerza. A corto plazo, simplemente restringen el crecimiento, pero, a largo plazo, fracasarán.

Elayne levantó una mano, como un director de orquesta que indicara un *crescendo*.

El cielo destelló en respuesta y el fuego arañó el verdor bajo sus pies. Las guardas se desmoronaban sin dioses que las respaldaran, y la ciudad ardía. Bocanadas de humo se extendían hacia el norte desde el Skittersill, en dirección a los distritos más ricos. El pánico había fundido los millones de pequeños gritos en un gran alarido ininterrumpido.

Cuando la ciudad quedó reducida a cenizas, Elayne devolvió la ruina a su vida anterior y la destruyó de nuevo. La peste y, esta vez, el virus se extendieron dejando un rastro de color púrpura que pronto llegó hasta el oeste, hasta el Imperio Brillante a través del ondulante Pax. Después de la peste, hambrunas, revueltas. Sequías, que a su vez llevaron más revueltas, hambrunas y peste. Una

revolución zombi. Apagones. Terrorismo. Crímenes. Posesiones demoníacas. Con cada chasquido de sus dedos, un apocalipsis.

Cada ciudadano de Dresediel Lex murió cien muertes, gritando.

—El Skittersill es vulnerable, está indefenso. Todos estos eventos fatales ocurrirán si las guardas siguen sin cambiar.

La jueza Cafal observaba desde el cielo impasible, sus ojos como un par de estrellas iguales. ¿Se lo había tragado, o le estaba siguiendo la corriente, dándole a Elayne más cuerda para colgarse?

Lo mejor era continuar.

—Permítanme que les muestre un futuro mejor.

Invocó su poder, los tratos y los contratos redactados con hechicería para ese momento. A su alrededor y por debajo de ella surgió un palacio de cristal. Los barrios más pobres desaparecían frente a torres de cristal, los laberintos de almacenes se volvían patios en los que las fuentes corrían. (Las fuentes eran el toque de Tan Batac, lo que resultaba poco factible en el seco Dresediel Lex, pero astuto por esa misma razón: un futuro de lujo imposible les esperaba si la jueza aprobaba su trato.) La piel de lagarto cuarteada de Dresediel Lex se transformó en un oasis enjoyado.

No obstante, todo ello no tenía la menor importancia, desde luego. La nueva ciudad podía tener la apariencia que quisieran: capiteles flotantes, zigurats imponentes, incluso más pirámides. La forma no era la cuestión. Bajo ese esplendor translúcido, la hechicería reemplazaba las guardas verdes establecidas por los antiguos dioses muertos. Glifos de telaraña labrados a máquina resplandecían, círculos giraban dentro de otros círculos más grandes, trazados en lenguas olvidadas y otras aún inexistentes. Incontables líneas radiaban dentro y fuera para envolver el Skittersill en hechicería.

Elayne Kevarian se permitió sentir una mínima pizca de orgullo.

Cinco meses de trabajo para llegar a ese momento. Cinco meses de paciente meditación entre el Rey de Rojo, temible señor que había arrancado Dresediel Lex de las manos de sus dioses, y Tan Batac, terrateniente del Skittersill. Cinco meses para construir, con hechicería, nuevas guardas que podían, en su propia y sincera opinión, equipararse a cualquiera que hubiese visto antes.

Algunos artistas se conformaban con crear un reflejo del mundo.

Ella sometía sus guardas a las mismas pruebas que aquellas de los dioses.

Los incendios se extinguían, las plagas se dispersaban, las revueltas se contenían, las hordas demoníacas retrocedían hasta los infiernos. La ciudad seguía en pie.

—Nuestra propuesta liberará al Skittersill de la mala teología y de una peor planificación urbanística. Haremos de ésta una ciudad mejor.

Alzó la mirada y contempló los soles gemelos suspendidos en un cielo de un azul tan profundo como el de las pinturas sobre porcelana. Aguardó el veredicto.

El tiempo siguió avanzando lentamente. Las torres de cristal de su triunfo brillaban.

—No —dijo la jueza.

El mundo se abrió de golpe y ellos cayeron dentro de él.

—¿Por qué no? —preguntó Elayne más tarde, en la oficina de la jueza, mientras caminaba de un lado a otro.

A pesar de su tamaño, y de su opulencia de bronce y cuero, la oficina parecía pequeña. Todo parecía pequeño en comparación, después de haber estado de pie a horcajadas sobre la ciudad en la proyección del Tribunal. El espíritu de Elayne no lograba asentarse aún dentro de su piel. Siempre le llevaba un poco de tiempo a la mente acostumbrarse otra vez a la restricción de la carne. Los colores en el mundo de la carne eran menos vívidos. El tiempo se movía con una lenta rigidez. Incluso el poco sol que entraba por las ventanas de la oficina se veía opaco.

La jueza Cafal permaneció en silencio, sentada detrás de su escritorio, cubierto de murallas de papeles y carpetas de casos y mociones, inmóvil y achaparrada como un ídolo del Imperio Brillante. Sus ojos azules, que ya no parecían soles, asomaban por detrás de unas gafas de montura gruesa, una mirada muy poco común allí, en Dresediel Lex, donde los ojos solían ser negros y el cabello oscuro.

—¿Encuentra algún problema en mi trabajo? —continuó Elayne—. Es un acuerdo razonable.

—Puede que sea razonable, pero no es un acuerdo. —En persona, Cafal

parecía casi humana. Su voz era vieja, marchita y fuerte, con un zumbido severo en su registro superior que sugería una operación de garganta—. No has tenido en cuenta todos los factores.

—Entre el Rey de Rojo y el colectivo mercantil de Tan Batac, tenemos el control de los derechos de uso de la vivienda en el Skittersill. ¿Quién más queda por considerar?

Un error de principiantes; Elayne se percató mientras articulaba las palabras: nunca plantees una pregunta si no estás seguro de su respuesta.

Los dedos cortos de Cafal se deslizaron por el borde de un terraplén, y sacó una gruesa carpeta. Los documentos del interior salieron volando para quedar flotando entre ellas, a la altura de los ojos de Elayne.

—Aquí hay una muestra de las cartas, no podría llamarlas *informes*, que he recibido respecto a la revisión de las guardas. El contenido varía, desde argumentos bien razonados planteados por legos bien educados hasta diatribas sangrientas que incitan a que todos seamos sacrificados a los viejos dioses durante el próximo eclipse. Si a eso le añadimos informes de disturbios en el Skittersill, manifestantes y otras cosas similares... Pinta una imagen bastante clara.

Elayne no sabía nada de esos informes, pero no pensaba admitirlo delante de la jueza. Echó un vistazo a los papeles en silencio, y al hablar tuvo que esforzarse por controlar la voz.

—Si esas personas deseaban contribuir en el proceso, deberían haber seleccionado representantes.

—¿Acaso se los invitó a hacerlo? —La boca demasiado ancha de Cafal casi esbozó una sonrisa.

—Eso es obstruccionismo, no política.

—Tal vez tengas razón —dijo Cafal—, pero tengo las manos atadas. Después del brote de violencia en Alt Selene, el poder judicial decidió someter toda queja ciudadana a un cuidadoso examen. Ya no sólo cubrimos unas cuantas ciudades libres aisladas; nuestro sistema debe proteger a medio mundo. Hemos invertido demasiado en esto como para seguir pasando por encima de la oposición pública.

—Necesitamos estos cambios. ¿Cree que una plaga permanecerá confinada

en el Skittersill sólo porque empiece ahí?

—Lo sé. Créeme, si tu propuesta me pareciera frívola, estaríamos teniendo una conversación distinta. Y, si pudiésemos ignorar estas cartas, lo haría con mi corazón de hierro henchido de alegría. —Elayne dudó que la jueza bromeara con respecto al corazón—. Pero necesito algo que traer de vuelta al poder judicial. Muéstrame un acuerdo con esta gente, o prueba su incoherencia, y podré ayudarte. De lo contrario, sería mi voluntad contra el Tribunal Supremo, y ya sabes cómo resulta eso.

—Gracias, señoría.

—Buena suerte, Elayne. La necesitarás.

—¿Cuándo exactamente —preguntó Elayne mientras avanzaba junto al Rey de Rojo y Tan Batac por los pasillos de mármol del Tribunal— pensabais hablarme acerca de las protestas del Skittersill?

—Elayne —dijo el Rey de Rojo. Estiró la mano para tocar su brazo, pero ella se apartó y se dio la vuelta.

El esqueleto se detuvo en seco, con los huesos de sus pies y su bastón bañado en cobre repiqueteando sobre el mármol. Si bien Kopil resultaba imponente en su forma actual, a Elayne le resultaba más sencillo lidiar con él así que cuando tenía piel y músculos y todos los órganos normales de un ser humano. Para empezar, el rey esquelético era más bajo: los pocos centímetros que el hombre había perdido en su transformación de criatura de carne a criatura de hechicería lo habían reducido a una estatura razonable de un metro ochenta y tantos, sólo unos pocos centímetros más alto que ella. Antes, era un gigante.

Seguía siendo un gigante, pero ahora era más fácil mirarlo a los ojos, siempre y cuando uno supiera cuál era el truco para entablar contacto visual con un esqueleto. Ella lo sabía.

—Kopil. —A Elayne le resultaba fácil mantener un tono frío en su voz—. Si quieres jugar, hazlo, pero no me hagas quedar como una tonta frente a una jueza.

El esqueleto sacudió la cabeza.

—¿Qué problema tiene con nuestra propuesta?

—¿Manifestantes? ¿Campañas para redactar y enviar cartas? ¿Algo de eso te

suenan familiar?

—Indignante.

Eso último no lo había dicho el Rey de Rojo, sino Batac. Elayne consideró, por un breve momento, la posibilidad de destripar al hombre, pero al final decidió no hacerlo. En su experiencia, salpicar los pasillos de un tribunal de sangre y otras cosas por el estilo rara vez era una buena idea. Aquella vez en Iskar había sido un caso especial.

—Esas cartas no tienen cabida aquí. —La voz de Batac reflejaba su ira, y su rostro estaba enrojecido. Si Elayne no lo conociera, habría jurado que algún dios insignificante había creado al hombre sobre todo para reuniones de comité y políticas de vecindario—. La mafia que las envió no tiene ninguna posición ni ningún objetivo más allá de bloquear las calles para impedir que la gente decente llegue a su trabajo.

—Así que los dos estabais al tanto de esto.

Kopil levantó ambas manos.

—Es una protesta, Elayne. ¿Desde cuándo son un problema? Solíamos arrancar guardas divinas a diario durante las Guerras de los Dioses. Esas personas no tienen hechiceros ni hechiceras. Son problema de los agentes de la ley.

—¿Acaso la jueza pretende que invitemos a venir a cada muchacho con un desafortunado corte de pelo de las calles del Skittersill al Tribunal? —Tan Batac estaba que echaba humo—. Esto es una venganza. Quiere humillarme frente a mis socios.

Batac no había terminado, pero Elayne no esperó a que lo hiciera.

—Seguidme.

El Tribunal de Hechicería era un lugar demasiado público para mantener esa conversación. Algunos hechiceros sentados bajo los murales del vestíbulo parecían estar sospechosamente absortos en sus periódicos. Una mujer esqueleto con una falda de tubo parecía estar discutiendo con una mujer de piel verde, pero las dos llevaban como un minuto sin decir nada, y ambas habían cambiado su posición para poder observar al Rey de Rojo. Había oídos por todas partes.

Incluso cuando los oídos eran meramente metafóricos, como en el caso de los esqueletos.

Guio a Batac y a Kopil a través de unas puertas giratorias de cristales ahumados, fuera del frío elemental del Tribunal y hacia el calor de Dresediell Lex. Las industrias y los gases producidos por una ciudad de catorce millones de personas nublaban el seco cielo azul. Pirámides que sobresalían del suelo, montañas artificiales que se burlaban de los rascacielos suspendidos boca abajo en el aire, y modernas torres de vidrio y acero que brotaban de la tierra por debajo de ellos. Un autobús aéreo sobrevoló sus cabezas, y los alcaides sin rostro de la ciudad pasaron volando, montados en sus couatls. Había más alcaides haciendo guardia frente al Tribunal, humanos con el rostro cubierto con máscaras de plata. Portaban picas ceremoniales para indicar peligro a aquellos que no sabían que los propios alcaides eran armas en sí mismos.

Elayne detuvo un taxi, sin dirigir una mirada siquiera a los alcaides o a la ciudad. Ya conocía la ciudad, y nunca permitiría que los alcaides se dieran cuenta de que la ponían nerviosa. Sus máscaras eran anteriores a su trabajo en Alt Coulumb, a los trajes negros y los pasatiempos más erróneos de Alexander Denovo; aun así, ella prefería ver el rostro y conocer el nombre de cualquier obstáculo potencial.

Una hechicera podía hacer toda clase de cosas una vez que conocía el nombre de su enemigo.

Batac y Kopil la alcanzaron en el interior de terciopelo verde del taxi. Elayne le indicó al caballo que los llevara a las oficinas de RKC, cerró la puerta y las ventanillas y asintió con aire de satisfacción mientras el carruaje se ponía en movimiento. Los otros dos se sentaron frente a ella, el hombre de negocios y el esqueleto que alguna vez había sido mortal.

Ella cerró los ojos, se centró y abrió los ojos otra vez.

—Cafal tiene que justificar sus acciones ante el poder judicial, y hace unos cuantos meses éste decidió ser más cuidadoso con las protestas civiles. El último invierno hubo un brote en Alt Selene, y no se arriesgarán a que ocurra aquí.

El esqueleto asintió. Las chispas carmesí de sus ojos se atenuaron mientras pensaba.

—No lo entiendo —terció Batac—. Los manifestantes no tienen hechiceros. ¿Por qué iban a representar una amenaza?

El Rey de Rojo respondió por Elayne.

—Pueden destruir el mundo.

—Oh —dijo Batac—. Bueno, siendo así...

El carruaje se sacudió al pasar por un bache en los adoquines. Batac era un empresario, no un mago ni un sabio. Elayne consideró la situación por un vibrante minuto, pensando cómo exponer el problema en términos sencillos.

—Las creencias dan forma al mundo. Los sueños tienen sustancia.

—Desde luego.

—Y nosotros queremos reescribir el Skittersill, reemplazar las leyes de los dioses con las nuestras.

—Ésa es la idea.

—Pero los manifestantes se resisten a nosotros. Su visión va en contra de la nuestra, y las disputas tuercen y debilitan la realidad, de modo que cosas del más allá pueden abrirse paso. El Tribunal piensa que esas personas tienen la determinación suficiente como para que cualquier intento de rechazar sus objeciones pudiera abrir un agujero en el espacio y dejar que entraran los demonios.

—Cinco meses de mediación. Un año hasta reclutar a mis asociados. Y ¿ahora tenemos que volver a la mesa de negociación hasta que logremos satisfacer a un grupo de fanáticos?

—No exactamente —repuso Elayne—. No tenemos que satisfacer a nadie si no hay «nadie» a quien satisfacer. Si esas personas son inconsistentes, si no nos enfrentamos a un solo movimiento, sino a miles de molestias, entonces el Tribunal puede oprimirlos a todos, poco a poco. Claro que, si hacemos eso, podríamos estar intercambiando un conflicto mágico por uno físico. Sea como sea, necesito saber más. Debería haber sabido más desde el principio. En adelante, nada de secretos. —Este último comentario lo dirigió directo al Rey de Rojo—. ¿De acuerdo?

El caballo viró para esquivar unos vehículos siniestrados delante de ellos. A través de las cortinas de terciopelo verde, Elayne no alcanzaba a distinguir quién

estaba herido ni quién había sido el responsable. Vio una sombra negra de escombros y oyó gritos y hombres que lloraban.

Mientras pasaban junto al lugar del accidente, Tan Batac levantó la cortina con un dedo y se asomó, parpadeando debido a la luz pura o a lo que acababa de ver. Soltó la cortina y el pedazo de terciopelo volvió a bloquear tanto la luz como la tragedia.

—De acuerdo —dijo Kopil.

—Está bien —asintió Batac.

No era un rotundo respaldo, pero serviría.

—Mandadme todo lo que sepáis de esa gente —pidió Elayne—. Iré allí mañana.

Al día siguiente, antes del amanecer, Elayne detuvo un carruaje sin conductor y se dirigió al sur del Skittersill, hacia la plaza Chakal.

Después de pasar junto a torres de cristal y enormes pirámides reutilizadas, de repente uno empezaba a verse rodeado de pequeños centros comerciales, palmeras y bungalós. Los opteras zumbaban y los autobuses aéreos flotaban en el cielo azulado. Los letreros que había en el camino anunciaban establecimientos donde se vendían sándwiches, mecánicos de carruajes, prestamistas y servicios de jardinería. Había algunos pósteres estilo *art déco* del Rey de Rojo, colgados en los escaparates de algunas tiendas, advirtiendo a los ciudadanos que tuviesen cuidado con los incendios.

Cerca del Skittersill, los edificios cambiaban otra vez; pasaban de ser de adobe y yeso a casas de madera pintadas de verde y rosa pastel. Las calles se volvían más estrechas y las aceras más anchas; el adoquinado irregular hacía que el carruaje se tambaleara. Al final, Elayne bajó del vehículo, pagó la tarifa con el dinero de su cuenta de gastos y siguió a pie.

Oyó la manifestación a dos manzanas de distancia. No eran gritos ni cánticos, aún no, sólo movimiento. ¿Cuántos cuerpos? Cientos, si no miles, respirando, rodando dormidos o refunfuñando debido al nuevo e inestable estado de vigilia. Las conversaciones murmuradas se mezclaban hasta convertirse en un torrente. Al fusionarse, todas las lenguas juntas sonaban igual. Elayne percibió el olor de pan frito y huevos, pero principalmente de gente.

Después, la calle Bloodletter atravesaba Crow, y la plaza Chakal se abría hacia el sur y el este.

La plaza Chakal no era cuadrada, sino más bien un rectángulo profundo, de ciento cincuenta metros de largo y noventa de ancho, con una fuente en el centro dedicada al mismísimo Chakal, una deidad quechal asesinada al inicio de las

Guerras de los Dioses, una de muchas bajas en las escaramuzas del sur de Oxulhat. La estatua estaba pintarrajeada y el dios, muerto, pero el nombre perduraba, asociado a una extensión de roca en medio de edificios de madera, la cual servía, sobre todo, como mercado al aire libre y espacio para festivales y conciertos. La oficina local del Rey de Rojo, que llevaba por nombre Rey de Rojo Consolidado, se extendía hacia el este.

La gente atestaba la plaza Chakal. El humo proveniente de las estufas del campamento se enroscaba sobre las tiendas circulares. Las banderas y los carteles de protesta en kathic y bajo quechal salpicaban a la multitud cerca de la fuente, donde había un escenario desvencijado. Nadie había salido a escena aún. Los discursos llegarían más tarde.

Una línea dispersa de gente sentada o de pie, en su mayoría hombres, se había formado alrededor del borde de la multitud, mirando hacia fuera. No llevaban armas. Elayne se dio cuenta de que muchos de ellos dormitaban, pero mantenían un aire de centinelas harapientos.

Se volvió para mirar a ambos lados del vacío Crow y cruzó la calle. El guardia frente a ella estaba durmiendo, pero unos cuantos de ellos se sacudieron, se pusieron alertas y corrieron para interceptarla, formando un arco desigual. Un joven corpulento con la nariz rota y torcida fue el primero en hablar.

—No eres de aquí.

—Así es —respondió ella—. Soy una mensajera.

—Pareces una hechicera.

Recordaba ese tono de voz, un eco de los tiempos antes de las guerras, o antes de sus Guerras al menos, cuando seguía siendo débil, cuando a los doce años huía de hombres con antorchas y horcas y se ocultaba de ellos en un estanque fangoso, respirando a través de un junco mientras las sanguijuelas devoraban su sangre. Sólo eran recuerdos, un pasado muy lejano que, sin embargo, seguía estando presente. Desde aquella noche de las antorchas, las horcas y los dientes, había aprendido cómo funcionaba el poder. No tenía nada que temer de ese chico con la nariz rota o de la multitud a sus espaldas.

—Mi nombre es Elayne Kevarian. El Rey de Rojo me ha enviado para hablar con vuestros líderes.

—Para arrestarlos.

—Para hablar.

—Las conversaciones de los hechiceros van acompañadas de cadenas.

—No esta vez. He venido para escuchar vuestras exigencias.

—Exigencias... —dijo el de la nariz rota, y, por su tono, Elayne pensó que ésa sería una reunión breve—. Aquí está la primera exigencia. Vuelve y dile a tu jefe que...

—¡Tay! —Era la voz de una mujer. El de la nariz rota se volvió. La que había hablado llegó corriendo desde el otro extremo de la fila de guardia. Los centinelas cambiaron su postura mientras se acercaba. Avergonzados, tal vez—. ¿Qué está pasando aquí?

El de la nariz rota —¿Tay?— señaló a Elayne.

—Dice que la envía el Rey de Rojo.

Elayne examinó a la recién llegada: pelo corto, suéter ancho, de pie con las piernas separadas. Prometía.

—Soy Elayne Kevarian. —Sacó una tarjeta de presentación—. De Kelethras, Albrecht y Ao. Fui contratada por el Rey de Rojo y Tan Batac para encargarme del asunto del proyecto de protección del Skittersill. Estoy aquí para reunirme con vuestros líderes.

Los profundos ojos castaños de la mujer se posaron con pesadez sobre ella.

—¿Cómo sabemos que no causarás problemas? Durante los últimos días, ha estado viniendo gente al campamento sólo para provocar disputas.

—No tengo interés alguno en provocar disputas. Lo que espero es poder prevenir las.

—No nos inclinaremos ante ti —dijo Tay, pero la mujer alargó la mano con la palma hacia abajo y él cerró la boca. Aunque no se relajó. Tensó los músculos, preparado para una batalla o un buen golpe—. Chel, no tenemos por qué escuchar...

—¿Te da la impresión de que es una de los portadores de hachas de Batac?

—Parece peligrosa.

—Sí, es peligrosa. Pero puede que sea sincera. —Chel devolvió la atención a Elayne—. ¿Lo eres?

Ésta era una habilidad que no podía aprenderse ni con hechicería: responder a una pregunta simple y honestamente para que pareciera que decías la verdad, sobre todo cuando ése era el caso.

—Sí.

—¿Sin armas?

Abrió su maletín para mostrarles los documentos que contenía y los pocos bolígrafos que estaban sujetos a las correas de cuero. No había talismanes, ni herramientas, ni instrumentos de alta hechicería. Los había sacado esa mañana justo por si se encontraba con una situación como ésa. No tenía sentido asustar a los lugareños.

—¿A quién quieres ver?

—A quien sea que tenga la autoridad y la voluntad para hablar —respondió Elayne.

Chel se volvió para mirarla, luego miró a Tay y, a continuación, a los demás allí reunidos. Por último, asintió.

—Ven conmigo.

—Gracias —dijo Elayne en cuanto hubieron dejado a los guardias atrás, pero antes de llegar al cuerpo principal del campamento.

—¿Por qué? Tay no habría iniciado una pelea. Sólo actúa de ese modo cuando se emociona.

—Si no habría iniciado una pelea, ¿por qué has corrido a detenerlo?

—Los últimos días han sido difíciles —dijo Chel, lo cual era y no era una respuesta.

—¿No creéis que los centinelas son un poco exclusivos para tratarse de un movimiento populista?

—Hemos tenido problemas. Tiendas de comida incendiadas, peleas. Gente que empezaba reyertas, nadie los conocía... Los matones de Batac.

—Ésa es una acusación muy seria.

—Los jefes hicieron lo mismo durante la huelga de los estibadores. Muchos de mis amigos fueron arrestados. Aquellos de nosotros que sobrevivimos a eso creímos que tal vez podríamos calmar las cosas, o pelear, si es necesario. —Sonaba orgullosa—. Así que montamos guardia.

—¿Tú eres estibadora?

—Criada así desde pequeña. Como la mitad de los habitantes del Skittersill trabaja en el puerto de Longsands, o tiene familia ahí.

—¿Y tus jefes te dieron permiso para faltar al trabajo y venir a protestar?

Un silencio muy pesado siguió a esa pregunta; era la única respuesta que Elayne necesitaba.

—Supongo que no eres de por aquí —dijo Chel.

—Viví en DL brevemente, hace algún tiempo. Ahora soy sólo una invitada.

—Entonces tal vez no hayas oído hablar de la huelga. Fue el invierno pasado. Nos enfrentamos a recortes salariales, condiciones de trabajo inseguras, largas jornadas. Murieron muchas personas. Decidimos ir a huelga. Al parecer, a tu gente no le gustan las huelgas.

Elayne reconocía ese tono de voz, pesado y prosaico, como una roca atada al tobillo. Ella había hablado así alguna vez, cuando era más joven que esa mujer. Pensándolo bien, incluso caminaba de la misma manera: las manos en los bolsillos e inclinada hacia delante, como si fuese en contra de un fuerte viento.

—No pedimos permiso —continuó Chel—. La situación ha sido dura desde la huelga. Leemos los periódicos, como todo el mundo. Si ese trato se lleva a cabo y suben el precio de los alquileres, no podremos seguir viviendo aquí. Los costes de la mudanza. Los costes de desplazarse hasta el trabajo. Y peor aún si uno tiene familia. Ésta fue la mejor mala decisión. No sé si entiendes lo que quiero decir.

—Lo sé —respondió Elayne, aunque no había pensado decir nada—. ¿A qué te refieres cuando dices que leéis los periódicos?

Chel cogió un pedazo de papel de diario del suelo. El titular decía: COMLOT PARA DESTRUIR EL DISTRITO, por encima de unas caricaturas del Rey de Rojo y Tan Batac. Elayne leyó las primeras líneas del artículo, dobló la hoja y se la devolvió a Chel. Ahora que sabía lo que tenía que buscar, se percató de que había más copias pegadas en las tiendas de campaña. Ninguna de ellas tenía firma a la vista, ni pie de imprenta.

El campamento a su alrededor despertó. Empezaron a emerger ojos de los sacos de dormir, a asomarse fuera de las tiendas, a levantar la mirada de los

tazones de gachas de avena que estaban desayunando. Algunas de esas miradas enfrentaron la de Elayne, otras la evaluaron, y otras simplemente notaron su presencia sin prestarle atención. Oyó murmullos, la mayoría de ellos en bajo quechal, una lengua que no conocía lo bastante bien como para comprender lo que decían, aunque también oía algunos en kathic común.

«Extranjera», decían, lo cual no le molestaba, e «iskari», lo cual estaba mal.

«Hechicera», oyó también, una y otra vez, desde mujeres estirándose hasta hombres agachados para entrar en calor frente a hogueras y niños (había unos pocos) que detenían su juego de ullamal para seguirla. Otros también la seguían. Se reunían en su estela, una lenta formación en «V» de gansos rebeldes: un hombre nudoso lleno de cicatrices que tal vez había luchado en las Guerras personalmente, en el bando que perdió. Una mujer embarazada con su esposo de la mano. Tres hombres musculosos con el pecho al descubierto, trillizos tal vez; la única manera de diferenciarlos era porque tenían cardenales distintos.

Al acercarse a la fuente, sintió un nuevo poder que surgía. Esas personas se habían vuelto uno solo. El aire se tiñó de verde bajo el peso de su unión.

Masas furiosas. Antorchas, horcas y sangre.

«No —se dijo Elayne—. Debes aproximarte a la situación con la mente abierta. Éstas no son las multitudes de tu infancia, son sólo personas asustadas que se han reunido por su propia protección.» Y si lo que había dicho Chel sobre las reyertas, los incendios y los esquiroles era cierto, tenían razón en sentir miedo.

Chel la llevó más allá de las tiendas, donde cocineros voluntarios daban comida a aquellos que la pedían, más allá de carteles con vulgares caricaturas del Rey de Rojo que lo mostraban como a un ladrón y un monstruo, más allá del escenario y del otro lado de la fuente y de su dios sin rostro. Detrás de la fuente había un espacio de la plaza que estaba cubierto de esteras de hierba seca en donde había hombres y mujeres sentados con las piernas cruzadas, muy concentrados.

Elayne notó una punzada en el corazón y dejó de respirar.

Había un altar erigido frente a las esteras de hierba y, sobre el mismo, yacía un hombre atado. Un sacerdote, que vestía de blanco de cintura para abajo y

estaba desnudo y se veía enorme de cintura para arriba, se hallaba de pie de espaldas a la congregación. Diversas cicatrices intencionadas e intrincadas cubrían su torso. Mucho tiempo atrás, alguien había tallado jeroglíficos quechales sobre su piel.

El sacerdote alzó un cuchillo. El prisionero no gritó. Sólo se quedó observando el cielo del amanecer.

El sacerdote bajó el cuchillo.

Y éste se detuvo en el aire.

No había habido tiempo para preguntas ni para contextualizar. Elayne había detenido la hoja del cuchillo con hechicería y había sujetado al sacerdote con ataduras invisibles. En sus dedos y sus muñecas brillaban jeroglíficos azules, así como debajo del cuello de su camisa y en sus sienes.

La multitud dejó escapar un grito ahogado.

El sacrificado soltó un alarido de terror y frustración.

El sacerdote se volvió.

No debería haber sido capaz de moverse, y apenas de respirar, pero aun así se dio la vuelta. Una luz verde emanaba de sus cicatrices, de la hoja de su cuchillo y de sus ojos.

Sus ojos se abrieron por la sorpresa, aunque no tanto como los de ella.

—Hola, Elayne —dijo Temoc.

3

En un universo respetuoso, la multitud, los parroquianos, el sacrificado y los guardias se habrían quedado quietos, pero, desde luego, no lo hicieron. Los feligreses gritaron. Temoc se acercó a ella, aunque su preocupación más inmediata era Chel, que derribó a Elayne.

Ésta golpeó el suelo con fuerza, cayendo sobre los hombros, pero mantuvo a Temoc atado con su hechicería. Chel sujetó sus brazos y agarró su garganta. El blanco de los dientes de Chel resplandecía, y en medio del escalofrío que le recorría el cuerpo, Elayne percibía sorpresa y vergüenza, y también ira. Sobre todo ira.

—Chel —gruñó Elayne—. Detente.

Un círculo de rostros se formó por encima y a su alrededor, observándolas. Su respiración era lenta y débil.

—Déjala ir —dijo Temoc desde algún lugar lejano. El círculo se rompió y formó una «U», aunque Elayne no alcanzaba a ver al hombre en cuestión.

Chel alzó la mirada confundida.

—No estoy en peligro. Elayne es una vieja amiga. Es sólo que no entiende nuestro trabajo.

El hombre entró entonces en su campo de visión. Los rayos del amanecer se abrieron paso entre la neblina y recortaron su silueta contra el cielo: una figura infernal, una pintura rupestre lo suficientemente fuerte como para liberarse de la pared en la que se encontraba. Temoc Almotil, el último de los Caballeros Águila, sacerdote de los antiguos dioses, tenía mejor aspecto de lo que ella recordaba. La luz verde que emanaba de sus cicatrices, reflejada en el rostro de sus feligreses allí reunidos, les confería un extraño tono jade pálido. Chel soltó a Elayne, se apoyó sobre sus muslos y se puso de pie.

—Señor. —La palabra sonó llena de devoción, asombro, curiosidad y un poco

de reproche.

Elayne examinó el rostro de Temoc.

Estaba compuesto por planos y ángulos, como siempre, justo como lo recordaba de la primera vez que se habían visto, bajo la bandera de una tregua, cuando ella tenía diecisiete y él veinte, y poco tiempo después, cuando él había estado a punto de desangrarse en una calle de Sansilva, ensartado por una lanza de hielo, mientras una guerra se libraba sobre sus cabezas. Sus ojos eran negros, sumamente profundos y redondos, y su boca bien podría haber sido immortalizada en mármol por un escultor de Mar de Ébano como el único detalle honesto en un retrato del todo favorecedor: demasiado ancha, demasiado afilada, como el resto de su persona. La palabra *musculoso* no alcanzaba a describirlo. Era un hombre construido a una escala totalmente distinta del resto de la humanidad.

Construido y, después, cicatrizado. Se movía despacio, luchando contra sus ataduras. No había intentado romperlas; aunque, por otro lado, ella tampoco había intentado romperlo a él.

Le ofreció la mano que no sostenía el cuchillo. Teniendo en mente la multitud y su misión, Elayne la aceptó y lo utilizó como un pilar para levantarse. Su brazo ni siquiera se sacudió por el peso adicional.

El sacrificio seguía en el altar, con las cuerdas ahora flojas resbalando de sus muñecas y una expresión perpleja en el rostro. La mayoría de los feligreses continuaban en sus filas. El grupo en forma de «U» retrocedió apartándose de Temoc, de ambos.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo él.

Ella hizo un gesto con la cabeza, señalando el cuchillo.

—Pensé que últimamente ya no matabas.

—No lo entiendes.

—Tienes un cuchillo y hay un hombre en el altar. ¿Qué es lo que no entiendo?

—Hemos cambiado el sacramento. —Señaló el altar con su cuchillo—. La ceremonia debe llevarse a cabo al amanecer. ¿Me acompañarías?

—No permitiré que lo mates —repuso ella.

—Te juro que ese hombre seguirá vivo, tal como lo estás viendo, al final del

rito. La hoja de mi cuchillo no perforará su carne.

—Tu especificidad no me inspira confianza.

—Créeme. —Su sonrisa no había cambiado. Tampoco sus dientes—. Observa cómo nos renovamos. —Su tono rebosaba certeza clerical, un sacerdote hablando para sus feligreses. No era muy distinto del que la propia Elayne adoptaba en la Corte. Un sacerdote era un hombre que hacía de su rostro una máscara.

La presencia de Elayne a su lado le conferiría legitimidad; él lo sabía tan bien como ella. Pero había ido allí a negociar, al menos en apariencia, y estando a su lado se encontraría en una mejor posición para detenerlo en caso de que fuese necesario.

Estiró los brazos para acomodar las mangas de su camisa y se sacudió el polvo del traje con un rápido movimiento de hechicería. Un pequeño desgarrón en su chaqueta desapareció por sí solo. Un pequeño derroche de magia; en general, en esos temas las lavanderías y las sastrerías eran más eficaces que la brujería, pero estaba bien para impresionar a la gente de la zona.

—Me alegro de que hayas intervenido antes —afirmó ella.

—Chel no te habría hecho daño. —Temoc caminó entre sus feligreses hacia el altar, bajo la presión de todas sus miradas juntas. Sus cicatrices brillaban, y su piel estaba cubierta de sombras. Su gente no veía ese lado de él a menudo, supuso Elayne.

Ella mantuvo el paso.

—No estaba preocupada por mi seguridad. —Lo dijo en un tono determinado, para que la oyeran.

Lo que dijo Temoc a continuación no fue así.

—¿Te importaría soltarme? Tu magia pagana me quema.

—Pero pareces tan imponente así, iluminado como un árbol del solsticio...

Sonrió con un aire de superioridad y eliminó las ataduras que lo sujetaban. Primero, la luz se desvaneció, seguida por las sombras.

El hombre que iba a ser sacrificado se tumbó de nuevo en el altar, con los brazos y las piernas abiertos; éste no estaba hecho de piedra en absoluto, sino

que consistía en una mesa baja y resistente apoyada sobre cuatro losas de piedra. Improvisada, falsa.

Temoc alzó el cuchillo. Su hoja de cristal negro reflejó la luz del sol. El público se sentó con un crujido sobre las esteras de hierba. Chel observaba algo apartada, y otros observaban junto con ella; el número de espectadores había aumentado por la conmoción.

Los devotos guardaron un absoluto silencio. La fe acumulada se cristalizó en el aire, frenando toda luz a su paso, afianzando ese momento a millones más que se extendían por toda una eternidad, que no eran millones de momentos separados, sino un millón de reflexiones del mismo momento a través del tiempo, o de sus facetas, todas dando vueltas.

En su mente, apostó a que era la única persona entre los presentes que entendía la hechicería que apuntalaba esa escena: los feligreses entregando pedazos de sus almas para la presentación, para el sacerdote, para el sacrificio paralizado en el éxtasis de su papel, con los ojos abiertos mientras contemplaba los rostros de Dios. Ella era la única allí que podría describir, en seis páginas tal vez, con tres figuras y unos cuantos diagramas, la mecánica que había detrás de la adoración de Temoc.

Y ella era la única que era externa a todo eso. Así que observó.

El sol destellaba en la hoja del cuchillo levantada en el aire. Elayne se puso tensa al recordar el fuego reflejado en los ojos de los cazadores. El cuchillo cayó.

Su pomo golpeó el pecho del sacrificado con un eco intenso, como el golpe de un nudillo contra la caja de resonancia de una guitarra. El hombre se retorció una vez y dejó escapar un ligero suspiro.

Elayne cerró los ojos para observar el sacrificio con la perspectiva de una hechicera. Veía pequeñas distorsiones que se hilvanaban entre el mundo de telarañas iluminadas que se encontraba más allá de sus párpados, como peces nadando rápidamente entre algas marinas: pequeños dioses. Con los ojos abiertos, vio fantasmas verdes que se alzaban desde el altar para lamer la piel del sacrificado. Los espíritus se detenían en el pecho del hombre, justo en el lugar donde habría estado la herida del cuchillo, si es que éste era en verdad un

sacrificio en toda la extensión de la palabra. Las lenguas espectrales permanecían en el hueco que Temoc podría haber abierto para trazar su corazón.

Mientras los dioses menores bebían hasta saciarse, se percibían las palpitaciones de su alegría en la red de fe que Temoc había tejido, para avivar los corazones de su congregación y tocarlos con eternidad, con un ínfimo rayo de luz que representaba los días y las glorias olvidadas del ayer, el persistente regusto de la sangrienta historia antigua. No había más sacrificios de sangre. Los antiguos dioses estaban muertos.

Todo era como debía ser.

Aun así, la multitud disfrutó.

El momento pasó y los dioses menores se desvanecieron en el éter. Temoc bajó su cuchillo y le habló en alto quechal al sacrificado, quien se limitó a asentir al no poder responder por sus lágrimas. Temoc se dirigió a los feligreses en alto quechal primero, luego en bajo. Y, por último, dijo en katholic: «Se ha Logrado el Milagro», de modo que Elayne pudiese oír las mayúsculas.

Y ellos se lo repitieron, los cientos de personas que estaban allí; las palabras ondeaban entre la multitud reunida frente al altar, hasta aquellos que seguían caminando en la distancia.

Temoc le quitó las cuerdas de las muñecas y los tobillos al sacrificado. El hombre se tambaleó antes de abrazarlo y sollozar.

«Soy una forastera», se dijo Elayne.

No sabía por qué sentía la necesidad.

Una figura alada surcó el cielo; una frecuencia subsónica fuerte para complementar los aplausos. Un alcaide había aparecido a lomos de un couatl para observar a los facinerosos desde arriba.

Para observar, al igual que ella. Y hacerse preguntas.

4

—¿A qué debo el honor? —preguntó Temoc después de la ceremonia.

Los amigos del sacrificado lo ayudaron a incorporarse y lo llevaron a desayunar, tambaleándose y sollozando. La congregación se dispersó entre la multitud. Elayne oyó su parloteo: la palabra *hechicera* aparecía con frecuencia.

—¿No lo adivinas? —repuso.

—Tal vez hayas oído hablar sobre mi trabajo aquí. Quizá has venido a ver qué es de mi vida, o incluso a unirme a nosotros. Soñar no cuesta nada, supongo.

—No —convino ella—. ¿Cómo convenciste a tus dioses para que aceptasen un sacrificio falso?

—Con gran dificultad. La mayoría se negaron. Los grandes Señores y Señoras están muertos, y los más hambrientos de los que sobreviven duermen. Se nos han unido algunos dioses menores del maíz y espíritus caseros, aunque para ellos el ritual sin sangre es como beber de una esponja sucia. Sin embargo, es o esto o nada, para todos nosotros.

—Debe de ser difícil.

Temoc se arrodilló detrás del altar, y del espacio vacío que había debajo sacó una toalla, con la que se limpió, y una camisa blanca que se abotonó, cubriendo su pecho.

—Nuestras costumbres no sobrevivirán sin cambios. El antiguo sacrificio unía a mi gente. El celebrante cuyo corazón sacábamos participaba de la divinidad. Aquí, los celebrantes representan el sacrificio, y es por ese medio que entra la comunidad de dioses. Pero no puede quedarse; debe regresar con el conocimiento de lo que se siente al morir. Las acciones que ya se han llevado a cabo son definitivas. Les he enseñado esto a hombres y a dioses por igual durante veinte años. Algún día escucharán. —Los pequeños botones resbalaban bajo sus grandes dedos, y sus músculos luchaban contra la tela. Sus manos no

temblaban. Jamás lo habían hecho en todos los años que hacía que Elayne lo conocía. Una vida limpia, le había dicho él décadas antes, cuando le había preguntado por su secreto. Ambos eran más jóvenes en aquel entonces.

Él aún se veía joven. Y estúpido, con esa camisa blanca. Alguien había tratado de ajustarla a su figura, y lo único que había conseguido era demostrar lo imposible que resultaba esa tarea.

Chel se había quedado, y los observaba desde el otro lado de las esteras de hierba. Temoc le hizo señas para que se acercara y ella lo hizo.

—Gracias por escoltar a mi amiga —dijo él.

—Lo ha atacado, señor.

—Creía que estaba a punto de matar a ese hombre. ¿Habrías hecho algo diferente en su lugar?

Chel apretó la mandíbula, su mirada reflejaba la tensión. Elayne la entendía: se había expuesto al dejarla pasar por la barricada, se había dado cuenta de que había cometido un error y ahora le estaban diciendo que su supuesto error ni siquiera lo era. Sentía que había fallado en todo.

—No —respondió finalmente—. Dice que viene de parte del Rey de Rojo.

—Y tú la has traído ante mí.

—¿Habría preferido que la llevara con el Mayor?

Temoc rio, un sonido profundo y resonante.

—Ven —dijo él—. La ceremonia me confiere un poco de poder, y debo aprovecharlo. Camina conmigo.

—Dime, ¿qué te ha traído con esta gente? —preguntó Elayne mientras andaban.

Avanzaban entre tiendas y multitudes de opositores; algunos dormían, otros desayunaban y otros cantaban. Un grupo, conformado por hombres en su mayoría, practicaba artes marciales. Había padres meciendo niños. El lugar debería haber apestado, pero no era así, gracias a unos inodoros alquímicos de color neón y, para sorpresa de Elayne, debido a su propia nostalgia. El olor a carbón y desesperación, sudor y esperanza, suciedad y lonas y miedo; todo eso evocaba su juventud, y las Guerras, y no todos esos recuerdos eran malos. Los campamentos eran divertidos, en general. Las bromas, las drogas, el sexo, la

música y la magia negra ayudaban a aliviar la tensión causada por el campo de batalla.

—No son cualquier gente. Viven aquí. Tratan de proteger sus hogares.

—De mí.

—Espero que no —dijo él—. Tienes que entenderlo. Tan Batac y sus socios viven en la parte alta de la ciudad. Ellos buscan el cambio por su propio beneficio. La gente de este campamento está luchando por sus vidas.

—¿Y por el regreso del viejo orden, contigo al frente?

—Soy un sacerdote, no un rey.

—Los habitantes de la ciudad nunca han hecho mucha diferencia entre ambos.

—Pero las Guerras han terminado —repuso él—. Especialmente en el Skittersill.

—Tú sigues aquí, y yo también.

—Tu bando ganó, por si no te habías dado cuenta. —Una mujer lo saludó con la mano y él le devolvió el saludo—. Mi rey cayó, y mis dioses están muertos. Y yo habría muerto junto con ellos, de no ser por ti.

—Lamento haber interrumpido tu... espectáculo —dijo ella. Tenía otras palabras en mente para lo que había presenciado, pero no podía utilizarlas. Sobre todo ahora que había salido el sol y la clara luz de la mañana había reemplazado el mundo a medio formar en el que había visto el sacrificio de un hombre que no había muerto.

—No pasa nada. ¿Alguna vez te has percatado de que los seguidores de los místicos de Glebland nunca escriben sobre los días normales de sus maestros? Prefieren hablar de interrupción. Por cada sermón preservado, hay como diez historias sobre hombres ciegos que interrumpen conferencias, madres leprosas que abordan a sabios en la calle, lisiados cuyos amigos los bajan a través de las claraboyas de las casas donde los maestros duermen. Uno puede rastrear la muerte de una fe a partir de cómo van perdiendo la tolerancia a tales interrupciones.

—¿Así que ahora eres un profeta?

Él rio.

—Estoy tratando de ser un buen hombre. O, al menos, mejor de lo que era antes.

Mientras caminaban, ella podía oír fragmentos de acaloradas discusiones:

—... no como individuos, sino como miembros de una clase...

—... una semilla no es insignificante...

—¿... más vino?

—... los sistemas son como los hechiceros: cuando aseguran ser honestos contigo es cuando más alerta debes estar...

—... ¿Cómo vamos con Food Com? ¿Alguna novedad acerca de los suministros después del incendio? Es todo lo que quiero saber, para salir a buscarlos yo mismo...

—... ¿Dónde has encontrado ese café?

—... destreza de manos, eso es todo, destreza de manos...

—... Una ciudad es más que sólo mentirle a la gente...

Pero, mientras se acercaban, la gente miraba a Temoc y guardaba silencio. El estremecimiento provocado por las pisadas del sacerdote los hacía saltar de un surco al siguiente. Al ser una hechicera, y la asociada de un gran despacho, Elayne estaba acostumbrada a provocar temor. Eso era diferente. El temor no era más que una parte de ello.

Adondequiera que fuese, Temoc llevaba una parte de su sacramento del amanecer.

Una joven pareja se acercó a él, con cuidado, escoltando a su hijo de cinco años. De su pecho emanaba un estertor al respirar; cuando vio a Temoc, se encogió y empezó a llorar y a toser. La tos había comenzado la noche anterior, según su madre.

Temoc tocó al niño sobre el corazón. Las cicatrices de su brazo brillaron con un tono verdoso. Una de las partes del poder que había recolectado al amanecer, la fuerza que los dioses menores le habían dado, fluyó dentro del cuerpo del niño y lo llenó.

Un truco simple. La hechicería Medicinal podía lograr lo mismo sin mucho problema. Pero no había médicos allí, y Elayne dudaba que un médico hubiese recibido la misma clase de agradecimientos, acompañados de lágrimas.

—Chel ha hablado de un Mayor —dijo ella cuando dejaron a la pareja y a su risueño niño atrás—. ¿Un líder rival?

—Yo no soy un líder, por lo que no tengo rivales. Pero no todos en este campamento creen que las protestas pacíficas sean la mejor opción. Algunos piensan que esta multitud debería ser el núcleo de un nuevo ejército. La mayoría de los que lo piensan nunca han luchado en una guerra, como comprenderás.

—Y ¿qué hay de ti? ¿Quieres la paz?

—Quiero ayudar a la gente —contestó Temoc.

—Yo también.

Pero, antes de que él pudiese responder, un grupo de hombres y mujeres vestidos de camuflaje se acercaron con una pregunta sobre la distribución de los suministros. Después, llegó un joven con el brazo roto. Temoc recorrió la herida con la mano, alisando el hueso para que fuera quedando entero. Elayne observaba. ¿Qué pensarían los demás de su presencia allí? Podía adivinarlo: una forastera que no entendía su modo de vida y que servía a los poderes oscuros que estaban en su contra.

Justo.

Temoc ralentizó el proceso. Empezó a pensar con más detenimiento en las decisiones que tenía frente a sí y a ser más cuidadoso con las curaciones que ofrecía. El poder de la ceremonia matutina empezaba a menguar. Aparentemente, los sacrificios falsos no impartían tanta gloria a los dioses de Temoc como aquellos que estaban teñidos de sangre.

Un grupo de jóvenes con ropa polvorienta y vaqueros rotos se acercaron a Temoc con una camilla. En ella yacía una chica que se había caído durante un baile, según ellos. Respiraba y su corazón latía, pero no podía hablar, ni siquiera moverse, salvo cuando las convulsiones la sacudían.

La pusieron a los pies de Temoc y él agachó la mirada. Elayne reconocía el miedo en su mirada sólo porque lo había visto antes, en batalla. Dudaba de que fuera capaz de curar a la chica, y no quería intentarlo y fallar. Bajo la duda reflejada en su rostro, Elayne podía ver ira también: hacia sí mismo, por las dudas que sentía; hacia los amigos de la chica, por no haberla llevado antes;

hacia ella, por haberse caído, y hacia Elayne, por quedarse allí parada, observando.

Así que tal vez fue la compasión lo que la hizo decir:

—Yo lo haré.

Elayne se acercó, pero los bailarines se agruparon alrededor de su amiga caída como perros guardianes. No dijeron nada, pero ella podía ver la palabra *bruja* reflejada en la mandíbula tensa de una de las jóvenes, y en el agarre de nudillos blancos de uno de los chicos en el brazo de la muchacha caída. Desde luego, parecía el enemigo, con su maletín, su traje de rayas y sus zapatos de charol: el retrato de un monstruo de unos cincuenta y tantos.

La chica tembló.

—Por favor —dijo Elayne—. Puedo ayudar.

Los bailarines no se movieron.

—Dejadla —dijo Temoc.

Ellos retrocedieron y sus tensos músculos se destensaron un poco.

Elayne se arrodilló junto a la camilla. Las líneas de tiempo se aferraban a ella como una telaraña; el momento se percibía denso, hagiográfico, cada uno de los espectadores encerraba a Elayne, a Temoc y a la chica en una historia. Pero había que olvidar la historia y la política, y centrarse en la paciente.

Elayne cerró los ojos.

Un buen doctor podría describir la dolencia de la chica con una sola mirada a la maraña de su ser. Un buen doctor podría resolver su problema permanentemente, o recomendarle medicamentos y ejercicios preventivos.

Lo único que Elayne podía hacer era entrar en la cabeza de la chica con unos dedos más afilados que el borde de un cristal roto, coger los hilos enmarañados que había dentro y colocarlos en su orden correcto.

Lo que ya era bastante impresionante de por sí.

Abrió los ojos. El sol ya se encontraba muy por encima de la tierra. La chica inhaló profundamente. Sus pupilas se dilataron. Entornó los ojos para protegerlos de la luz y habló:

—Veo. —No dijo lo que veía. Sus amigos la abrazaron.

Elayne sacudió con el frío la hechicería que había quedado. Temoc le ofreció

una mano. Por segunda vez en ese día, ella aceptó, y, por primera vez, no lo hizo con recelo.

—Gracias —dijo él cuando encontraron un espacio privado entre la multitud—. Por ella.

Al principio, no respondió. Había ido allí para encontrar muestras de inconsistencias y debilidades de las que pudiesen sacar partido. Recordó el temor de los bailarines, al sacrificado sollozando, el aliento agrio que emanaba de un junco y el alquitranado hedor a humo proveniente de las antorchas de los cazadores. No estaba segura de cómo decir «de nada».

Un grito interrumpió su búsqueda de las palabras adecuadas.

—¡Temoc! —Era la voz de Chel, que llegaba corriendo—. Tenemos problemas.

Oyeron la discusión desde el otro lado de la plaza.

—¡Carne podrida! —gritó un hombre.

Temoc se abrió paso entre la multitud y, esta vez, Elayne lo siguió. Si el trabajo de sacerdote no le funcionaba, alguna armada de guerra podría contratar al gran hombre como rompehielos. Se acercaron a lo que ella identificó, por el humo y el olor a cerdo chamuscado, como una tienda de cocina. Los gritos continuaron:

—¡Mi hija y mi hijo no paran de vomitar por esa carne podrida que nos serviste!

—Nuestra comida no tiene nada de malo —respondió una mujer en un tono firme y enojado.

—Eres una impostora, Kapania, tanto tú como tu esposo, unos impostores y unos envenenadores.

Cuando llegaron al frente de la multitud, Elayne inspeccionó la escena: la mujer, quien evidentemente era la señora Kemal, con un cuchillo de carnicero en la mano y el delantal manchado de sangre, bloqueaba la entrada a la tienda de cocina. A su lado había un *sous-chef* muy pálido. El hombre que gritaba frente a ellos tenía una voz digna de un escenario, y una mirada provocativa que podría haber impresionado a cualquier jurado. Un típico caso de vocación perdida. Sus brillantes ojos sobresalían de una cara delgada y hambrienta, y sus dientes eran amarillos.

—Tomas nuestras almas y, a cambio, nos envenenas.

Un tambor golpeteaba en el pecho de Elayne, que alzó la mirada: había alcaides sobre sus couatls, sobrevolando en círculos. Una pelea podría hacer que descendieran.

Y esa pelea no había terminado. Las comisuras de la boca de la señora Kemal

decaeron, y apretó el cuchillo de carnicero con más fuerza.

—Cierra el pico. Bill y yo pasamos la gorra, y usamos cada maldito thaum en comida y combustible. Nadie se ha puesto enfermo por nuestra comida antes, y tampoco es el caso ahora.

—¿Me estás llamando *mentiroso*?

—Ayer cocinamos para mil personas. Si fue nuestra comida lo que les hizo daño a tus hijos, ¿por qué no hay nadie más enfermo?

—Voy a entrar en esa tienda. Y le mostraré al mundo vuestra carne podrida.

Algunos entre la multitud asintieron y gritaron en apoyo al hombre. No eran muchos, pero suficientes como para causar problemas.

—En esa tienda no hay nada más que mucho trabajo que hacer. Es sólo una cocina, por el amor de Dios. Si tus hijos están realmente enfermos, quién sabe qué clase de microbios tendrán. No dejaré que entres a ensuciar nuestro espacio de trabajo.

—¿Ensuciar?

Temoc se acercó al claro.

—Kapania —dijo dirigiéndose a la cocinera—, Bill —añadió mirando a su ayudante. Su voz era potente, y la gente se volvió para observarlo—. Este hombre está preocupado por sus hijos. Es comprensible. ¿Cuál es tu nombre?

—Sim.

—Supongo que no será un problema dejar que Sim entre en la tienda.

—Temoc. —La mandíbula de la señora Kemal sobresalía de su cara, y mostró los dientes inferiores—. Todo el mundo aquí come de esa comida. No puedo dejar que nadie en quien no confío entre ahí. Descubrimos a este hombre tratando de escabullirse en el interior.

Sim se ruborizó.

—¿Por qué poner guardias si no tienen nada que ocultar?

Se oyeron gruñidos de asentimiento provenientes de la multitud. Temoc se volvió para mirar hacia atrás y los que protestaban se callaron.

—¿Y si yo lo reviso personalmente, Sim? Te doy mi palabra de que te lo contaré si veo algo desagradable.

—Se trata de mis hijos. No confío en otros ojos, sólo en los míos.

Kapania levantó la vista al cielo.

—Es una pérdida de tiempo, Temoc. Sim, lamento que tus hijos estén enfermos, pero no es culpa nuestra. Tenemos trabajo que hacer.

La cocinera debió de dar el asunto por zanjado; le dio la espalda a Sim y levantó la tela de entrada a la tienda.

Sim corrió hacia ella. Bill trató de bloquearle el paso, pero no era un combatiente. El hombre, frenético, lo arrojó al suelo e intentó empujar a Kapania para pasar. Ella lo empujó a su vez y se volvió con el cuchillo levantado, no por rabia, pensó Elayne, sino que tan sólo resultó que lo tenía en la mano en ese momento, una de esos miles de coincidencias desafortunadas con las que se originan las tragedias. Sim la cogió de la muñeca y se la retorció, y el cuchillo quedó del revés, en dirección a sus piernas. Elayne despertó un glifo en su brazo, por si...

Pero, de repente, Temoc se había colocado entre ellos.

Sim estaba tirado en el suelo, mirando hacia arriba con los ojos muy abiertos. Bill había logrado atrapar a la señora Kemal antes de que cayera. Temoc tenía el cuchillo en la mano.

La multitud, furiosa, se acercó más.

—Kapania —dijo Temoc—, la gente está molesta. Deja que Sim eche un vistazo.

—No.

La nueva voz que se oyó fue como el golpe de un puño en medio de los susurros de la multitud, un golpe que los silenció de repente. Elayne se volvió, Chel se volvió, toda la multitud se volvió, incluso Sim, que seguía tirado en el suelo. Cuando vio al recién llegado, palideció.

Un hombre de acero emergió de entre la multitud.

«Un golem», pensó Elayne al principio. Pero no, los movimientos eran demasiado fluidos, la voz demasiado húmeda; la figura era humana, blindada de casco a botas con placas de metal, cubierto por completo de líneas definidas, bordes irregulares y cuero oscuro. La figura tenía un trozo de tubería de plomo que colgaba de una funda en un costado, y un círculo de esmalte rojo destellaba en su brazo izquierdo.

—Cuánto tiempo, Sim.

No había señal de hechicería en el hombre de la armadura, pero la multitud guardó silencio de todos modos.

Excepto por Chel, que murmuró en dirección a Elayne:

—El Mayor.

Como si la voz de Chel hubiese deshecho alguna clase de amarre, Sim se puso de pie, con espasmos, completamente derecho a causa del terror y la sorpresa. No había terminado de recuperar del todo el equilibrio cuando comenzó a correr.

A continuación, el Mayor movió la mano y Sim se desplomó. «Hechicería», pensó Elayne antes de ver la sangre en la sien del hombre y la pequeña esfera de hierro que salió rodando del cuerpo caído. Un buen lanzamiento, eso había sido todo.

Sim trató de ponerse de pie, pero, antes de que pudiera hacerlo, el Mayor lo alcanzó, lo levantó y lo golpeó en la cara con un puño blindado. Sim giró, recuperó un poco el equilibrio y trató de derribar al Mayor, pero la armadura de metal no parecía hacer al hombre más lento. Sim tropezó con la esfera de hierro y cayó de cara al suelo. El Mayor puso la rodilla en la espalda del hombre, entre los omóplatos, y le retorció el brazo izquierdo detrás de su cuerpo. Los dedos armados sondearon la manga de Sim.

Temoc dio un paso adelante.

—¿Qué estás haciendo?

—Temoc —de nuevo aquella voz oscura y pesada—, te estoy ahorrando un problema.

—No lo entiendo.

—Tráeme un poco de carne —le dijo el Mayor a Kapania Kemal.

—¿Perdón?

—¡Carne!

Ella se movió de inmediato.

—Sim y yo tenemos una historia juntos —dijo el Mayor—, ¿no es así, Sim? Si es que ése es su nombre. —Sim maldijo, luego gritó cuando el Mayor tiró de su brazo hacia atrás. Éste encontró lo que buscaba en su manga: un pequeño vial

que destellaba frente a los ojos cerrados de Elayne—. Durante la huelga de los estibadores del año pasado, en el solsticio, cuando los jefes estaban a punto de ceder, este hombre visitó nuestra tienda de comida. Dos días después, la mitad del campamento enfermó. Nos enfrentamos unos a otros, y los alcaides vinieron. Resulta difícil volver a organizar una protesta después de eso, ¿no es así, Sim? —El hombre en el suelo gruñó—. No pensé que fueras tan tonto como para intentar el mismo truco dos veces. ¿Dónde está la carne que he pedido?

Bill la sacó de la tienda: un puñado de carne picada cruda. El Mayor destapó el vial y derramó su contenido brillante sobre la misma. Elayne observó la transformación con interés clínico: la putrefacción acelerada, los gusanos que se retorcían dentro de la carne. Un agente de descomposición básico, no precisamente de venta libre, pero difícil de detectar. Algunos de los presentes empezaron a sufrir arcadas. Chel se tambaleó y Elayne la sostuvo.

—Esto —dijo el Mayor— es lo que sucede cuando derramo tanto líquido en poca cantidad de carne. Si lo vaciara en un estofado, agriaría el sabor poco a poco y para esta noche todo el campamento estaría enfermo. —El Mayor sacó la pesada tubería de su funda improvisada. Sim gimoteó—. No otra vez. —El Mayor alzó el tubo.

—Alto —ordenó Temoc.

El Mayor se detuvo.

—¿Por qué?

Temoc señaló hacia arriba. Los ojos oscuros detrás de la máscara destellaron mientras miraban al cielo, donde los alcaides seguían planeando.

—Si los entrometidos tratan de derrotarnos, ¿no deberíamos tratar de derrotarlos en respuesta?

—No podemos ganar una pelea contra los alcaides —dijo Temoc—. Somos más fuertes si permanecemos en paz.

—He visto cómo fracasa la fuerza de la paz.

—Si quieres darles una excusa para que vengan a por nosotros —indicó Temoc—, entonces no eres mucho mejor que el hombre que se encuentra debajo de ti. Y yo pienso detenerte.

El momento se tambaleó como una peonza, y Elayne no podía adivinar de

qué lado acabaría cayendo.

Al final, el Mayor dejó ir a Sim y se puso de pie. El hombre respiró agitado y se retorció sobre la piedra como un pez fuera del agua. Despacio, se incorporó apoyado sobre las manos y las rodillas. Temoc y el Mayor se lo quedaron mirando fijamente.

—Vete —ordenó el Mayor—. Antes de que cambie de opinión.

Sim corrió. La multitud se abrió para dejarlo pasar y lo siguieron con la mirada mientras cojeaba hasta el otro extremo de la plaza. Elayne ignoró a Sim; tanto ella como Temoc observaron cómo el Mayor se retiraba en dirección a la fuente.

Temoc estuvo a punto de ir tras él, pero al final se alejó.

—No es un rival —dijo Elayne cuando lo alcanzó—. Ya veo.

—¿Qué quieres de mí, Elayne?

—Lo mismo que quieres tú. Paz. Estas personas necesitan a alguien que los sienta a una mesa de negociación.

—Ven a casa conmigo —le pidió él.

Ella se volvió para mirarlo con incredulidad: no eran lo que solían ser, pero el tiempo los había refinado a ambos. Aun así, había líneas que uno no podía cruzar.

—Temoc —respondió ella, y meditó sus siguientes palabras.

Él casi logró disimular la risa.

—No me refería a eso. Necesitamos hablar en privado. Además... —Entonces ocurrió algo que Elayne no esperaba: la expresión pétrea de su rostro se agrietó y Temoc sonrió casi como lo haría una persona normal—. Quiero que conozcas a mi familia.

6

Chel los guio hasta el borde del campamento.

—Gracias —dijo Elayne.

—Buena suerte. —La mujer se inclinó. Cuando Temoc pasó frente a ella, se llevó la mano al corazón; todos lo hicieron, también los centinelas que se encontraban en el borde.

Las multitudes que se hallaban fuera del campamento eran menos respetuosas.

Los alcaides que vigilaban se movían en paralelo al perímetro de los estibadores. Elayne y Temoc avanzaron entre sus filas, ignorando las miradas reflexivas de sus rostros plateados. Detrás de los alcaides se había reunido una segunda multitud, mejor vestida y más furiosa que la gente de la plaza Chakal. Varios hombres de traje agitaban carteles con el logotipo de la Cámara de Comercio del Skittersill impreso en ellos. Pases de prensa brotaban de las cintas de los sombreros de los reporteros.

Uno de los que llevaban carteles escupió a los pies de Temoc, que desaceleró el paso y se volvió lentamente hacia el hombre, como un verdugo que levantara su hacha. El hombre soportó la mirada de Temoc sólo por un instante, aunque a él debió de parecerle mucho tiempo. Sus dedos se retorcieron sobre el palo del cartel de protesta, el cual no era más grande que el pulgar de Temoc.

Elayne vio a Temoc librar una batalla consigo mismo, y ganar.

Cuando se dio la vuelta otra vez, el pequeño hombre del cartel empezó a gritar de nuevo, incluso más fuerte que sus compañeros.

La pausa había dado a los reporteros la oportunidad de abrirse paso entre la multitud, con sus lápices y sus libretas en ristre. Elayne alzó una mano para parar un taxi.

—¿Temoc? —Una mujer joven con ojeras se abrió paso hasta el frente de la

manada de periodistas—. Gabby Jones, *DL Times*. ¿Me concederías un momento, por favor?

—No tenemos momentos que conceder.

—¿Quién es tu amiga?

—Otra persona que se marcha conmigo.

—¿Algún comentario al respecto de los rumores de que el Rey de Rojo está buscando un acercamiento con el campamento de la plaza Chakal?

Temoc negó con la cabeza.

—¿Estás negando que haya buscado un acercamiento o...?

Un taxi trató de galopar entre la multitud. Elayne atrapó sus ruedas con un poco de hechicería y el carruaje patinó hasta detenerse junto a la acera. El caballo le lanzó una mirada recriminatoria, que ella ignoró.

—Quiere decir que no tiene comentarios.

—¿Y tú eres...?

—Una ciudadana preocupada. Si me disculpan.

Escoltó a Temoc hasta el carruaje, luego entró y le cerró la puerta en la cara a la reportera. Soltó las ruedas del carruaje y el caballo salió disparado por la calle Bloodletter.

—Necesito aprender esa clase de trucos —dijo Temoc—. Para manejar a la prensa.

—Yo creo que lo has hecho bien. No es tan difícil como lo otro que has hecho. O, mejor dicho, que *no* has hecho.

—¿Cuándo me ha preocupado el ridículo de los tontos?

Pero no dijo nada más mientras galopaban hacia el sur y se adentraban en el Skittersill.

Elayne abrió la cortina para ver cómo pasaba la ciudad frente a ellos. Había trabajado en el proyecto del Skittersill desde lejos, y si bien podía trazar su curso en su mapa mental del distrito, no reconocía las tiendas y los parques que veía, las jóvenes acacias con ramas en forma de garra o los patrones de rayuela que los niños pintaban con tiza en las aceras.

Se detuvieron frente a una puerta de piedra en una pared de yeso sin ventanas. Ella pagó el taxi, haciendo caso omiso de las reclamaciones de Temoc. A lo largo

de la calle, sólo unas cuantas puertas interrumpían el liso yeso de la pared. La vieja arquitectura quechal le presentaba un rostro en blanco al mundo.

Temoc abrió la puerta y la guio por un breve y oscuro túnel hasta una luz, el paraíso.

Acostumbrada a Dresediel Lex y sus tonos áridos y marrones, con excepción del bien arreglado césped de su hotel, Elayne se detuvo en seco, impactada por el exuberante verdor. Había una mesa entre las plantas, con una partida de ajedrez a medio terminar. Había también un violín de tres cuerdas apoyado en la sombra, cerca de la entrada principal. Un niño estaba sentado con las piernas cruzadas frente a la misma, haciendo un solitario.

—Bienvenida —dijo Temoc.

El niño alzó la mirada y esbozó una gran y brillante sonrisa. Elayne habría reconocido esa expresión incluso si el chico no hubiese dejado su juego y corrido desde el otro lado del patio, gritando «¡Papá!».

Temoc abrazó al chico, lo levantó y le dio vueltas, de modo que la fuerza de la revolución de sus pies formara un círculo. La máscara de cura se había ido. Sonriendo, dejó al niño en el suelo y se lo presentó a Elayne.

—Éste es Caleb, mi hijo. Caleb, te presento a Elayne Kevarian.

Ella aceptó la mano del chico, que tenía un apretón fuerte.

Seguía impresionada por la escena cuando la puerta mosquitera se abrió y apareció una mujer: alta, bronceada, con el cabello corto y una elegante compostura de realeza menor y profesora numeraria. Ella también sonrió, aunque había algo de tensión en su sonrisa.

—Me alegro de que estés de vuelta —le dijo a Temoc.

Temoc se acercó a ella, raudo e inevitable, la sostuvo entre sus brazos y la besó. Sus manos parecían estar esculpidas para los hombros de él, y su separación era como la separación de dos placas tectónicas. Elayne se sintió culpable por presenciarlo, por ser el pretexto para que Temoc se separara, se diera la vuelta y las presentara.

—Mi esposa, Mina.

El almuerzo consistió en sobras: cerdo asado y muy condimentado en una salsa

que tenía un toque de chocolate, y naranjas de postre. Comieron fuera, ya que la mesa del comedor estaba ocupada en esos momentos por la investigación de Mina, un tema que le proporcionó a Elayne, que se ahogaba en las conversaciones domésticas, una rama a la que agarrarse.

—¿Qué estás estudiando?

—Culturas migratorias del desierto. Mitografía y teología fundacional, principalmente.

—Y ¿es un campo emocionante?

—En la actualidad sí lo es. Acabamos de salir de la sombra de Abervas y Klemt, en el siglo pasado, y del modelo de árbol genealógico de la estructura religiosa. —Comía con el tenedor, cortando la carne en pedazos con el borde del mismo para después arponear los trozos, y se apoyaba en la mesa cuando hablaba—. Es muy gerhardtiana esa idea de que las culturas se vuelven más complejas con el paso del tiempo, y que al estudiar culturas «primitivas» modernas podemos aproximarnos a las creencias de generaciones anteriores.

—Y ¿eso no es cierto?

—No más cierto que el hecho de que el hombre evolucionó del mono; en realidad, ambos provienen de algo más. El desarrollo y la transformación cultural ocurre en todas partes, todo el tiempo, sería un perjuicio para los nómadas modernos considerarlos retrocesos que nunca dieron el salto a la vida sedentaria. Los estudiantes de Klemt perdieron de vista básicamente todo lo que resultaba pertinente al respecto. Resulta que muchas de las culturas que Klemt identificó como «primitivas pretextuales» se estaban recuperando de una plaga posterior al Contacto; nosotros lo tuvimos fácil, nuestros dioses eran lo bastante fuertes como para mantenernos con vida hasta que nuestros sistemas inmunológicos se pusieron al día con las bacterias del Mundo Antiguo, pero el Contacto no fue tan fácil para todos. Klemt era una figura tan dominante en el campo de la investigación que la gente pasó un siglo entero adhiriéndose a sus teorías e ignorando lo que sus propios ojos les decían. Los nómadas no son más intemporales que los urbanitas, su historia tan sólo funciona de manera distinta. Paso la mayor parte del tiempo en el campo, tratando de rastrearla. Fue así como conocí a Temoc.

—Visitamos la misma tribu al mismo tiempo —dijo Temoc—, mientras yo estaba deambulando por allí. No nos pareció que tuviéramos mucho en común en aquel momento.

—Yo pensé que era un pedante y un santurrón. Pero la adversidad hace florecer el cariño.

—Detuvimos una crisis de renegados de Gente Escorpión antes de que infestaran el desierto de demonios desatados.

—En fin, ése fue el comienzo. —Mina cogió a Temoc de la muñeca y se la apretó.

—Y ¿cómo conociste tú a papá? —le preguntó el niño a Elayne. Obviamente, había oído esas historias antes y ya no tenía paciencia para ellas.

Temoc tosió con la mano en la boca.

—Nosotros tampoco nos gustamos al principio —declaró Elayne—. Parece que tu padre tiene ese efecto en las personas.

—Pues me salvaste la vida —objetó Temoc.

—Nos conocimos durante la Liberación. Él trabajaba con los antiguos dioses, y yo era agregada de las Fuerzas Liberadoras.

—¿Tú luchaste para el Rey de Rojo?

Ella asintió.

—Cuando era tan sólo un poco mayor que tú. Me uní a los trece años.

—Qué joven —comentó Mina.

—Eran otros tiempos. Las buenas personas de mi pueblo natal trataron de matarme cuando se enteraron de que había aprendido los fundamentos de la hechicería por mí misma; ni siquiera sabía que lo que hacía tenía un nombre. Muchos hechiceros de mi edad tienen historias similares, en especial las mujeres. Hui hacia las Escuelas Ocultas, pero por aquel entonces se veían tan constantemente amenazadas que bien podría haberme unido a un batallón de artillería y habría sido lo mismo. Pronto entré de verdad en batalla. Cuando conocí a tu padre, acababa de salir de la Rebelión de los Semioticistas en Kath del Sur. Mal negocio. Me enviaron aquí para una tarea fácil: ayudar a Kopil a negociar la paz con vuestros dioses. No fue tan fácil como pensamos. Las conversaciones se rompieron. La paz falló. —Y cayó nieve en Dresediel Lex por

primera y última vez. Crepitaron relámpagos en el cielo, eternamente, un árbol de espinas en el que los hechiceros ensartaron a los dioses que habían capturado y matado. Los motores de guerra rasgaron los cielos en pedazos. El Rey de Rojo brilló con los fuegos del infierno en los cielos. Había encontrado a Temoc en Sansilva, entre la nieve, con el estómago atravesado por una espina de hielo. Ella lo había curado. No estaba segura de si incluso el Rey de Rojo estaba al tanto de eso—. Me topo con tu padre de forma ocasional, casi nunca cuando lo espero, y siempre cuando trama algo extraño.

—Entonces has estado en el campamento esta mañana —dijo Mina, con un evidente desagrado por la palabra *campamento*.

—Sí, por un asunto de negocios.

Pero, al mencionar la palabra *negocios*, Temoc se levantó para llevarse los platos, y cuando regresó portaba una baraja.

Jugaron algunas partidas de bridge, Temoc y Mina contra Elayne y el chico. Elayne y Caleb perdieron las dos primeras manos, pero para la tercera habían descifrado el conflicto en sus convenciones de declaración, y ganaron el tercer y el cuarto juego. El chico jugó la última mano, y aunque ejecutó dos jugadas arriesgadas que ningún maestro habría aprobado, las hizo bien. En el patio con jardín, rodeados de flores de cactus, con el sol brillante en el cielo seco y azul, mientras sorbía una cerveza ligera y jugaba a las cartas, Elayne casi se olvidó de la plaza Chakal.

Casi.

Después del juego, Caleb recogió las cartas y Mina volvió al interior de la casa para seguir con su trabajo. Lo que dejó a Elayne y a Temoc solos bajo el sol, rodeados de cactus.

Ella se terminó su cerveza y permaneció observando las burbujas que quedaban adheridas a las paredes del vaso vacío.

—¿Por qué vas al campamento, si estás preocupado por tu familia?

Se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro, con los brazos cruzados y la cabeza gacha. En medio del silencio, Elayne entendió el papel de los patios, de las ventanas interiores, de los cactus y de las enredaderas. Buscaban encerrarse detrás de paredes de verdor, protegidos de la ciudad en el exterior.

—Tengo una iglesia —dijo Temoc—. No está lejos de aquí. Un pequeño lugar que construí hace diez años. Mi congregación vino a avisarme del plan del Rey de Rojo. Los periódicos les sirvieron como advertencia y los llamaron a actuar. Si se reunían suficientes personas que se le opusieran, no podría continuar. Podríamos salvarnos por medio de la fe.

—La obstinación no salvará nada —repuso ella—. Tus dioses han hecho del Skittersill una pocilga para esclavos. Las guardas de los dioses hacen que el valor de la propiedad se mantenga bajo, lo que provoca que el lugar sea prácticamente imposible de asegurar. Todos los que viven aquí corren el riesgo de sufrir plagas, terremotos, infestaciones de demonios. No ha ocurrido aún porque las antiguas guardas se mantienen, pero no durarán para siempre.

—Aun así, las familias viven, aman y crecen aquí. Los dioses dieron esta tierra a la gente, como esclavos, sí, pero sigue siendo suya en común y en confianza, ahora que los dioses y los dueños están muertos. Propones que les robemos sus hogares. Incrementar el valor del suelo, permitir tarifas de venta simple, y en unos cinco años nadie reconocerá este lugar. Las guardas de los dioses lo protegen de tu... —no dijo «amo»— jefe.

—Así que te has unido al movimiento.

—Les dije a mis feligreses que siguieran los dictados de su corazón. Ellos querían más. Sus ojos me acusaban de cobardía. Fui a la plaza para servir, y al servir mi congregación creció. Los dioses están más cerca que nunca de aceptar nuestro nuevo camino sin sangre.

—Y el culto a Temoc crece junto con tu iglesia.

—¿Quieres que los abandone? Estoy entrenado para servir y pelear. —Apretó los puños hasta que sus nudillos crujieron—. Tardé años en aprender lo que era la paz, aprender a perdonar a las despreciables imitaciones de hombre que me escupen a los pies pero no consiguen mirarme a los ojos. ¿Qué quedaría si le diera la espalda a mi servicio?

—Un hombre —contestó Elayne.

—Ése es uno de los problemas que tengo con la lengua kathic —replicó él—. En alto quechal, *hombre* es una dignidad que debe ganarse. No es lo que queda cuando se le arranca a un ser todo lo demás.

—Está bien. —Incluso desde esa distancia podía sentir el calor que irradiaba de su piel—. Entonces ayúdalos a negociar con nosotros. Fue por eso por lo que implementamos la hechicería, para resolver problemas sin derramar sangre.

—La hechicería fue implementada para el mismo fin que cualquier otra herramienta: para dar poder a aquellos que la manejan.

—La hechicería es más que una gran vara que usamos para golpear a la gente que no nos cae bien. Luchamos para construir un mundo que sea mejor que eso.

—No tengo poder en el campamento.

—Esas personas te ven como un santo.

—Y ¿qué pasará cuando trate de guiarlas? Soy el último Caballero Águila. Sacerdote de los antiguos dioses. El Rey de Rojo ha esperado durante décadas un pretexto para matarme, y tú me pides que le ofrezca uno como regalo del solsticio.

—Negociaré contigo de buena fe, incluso si tengo que romperle el cuello para que así sea.

El modo por defecto de Temoc era estatua, ídolo, edificio. No mostraba ni debilidad ni confusión. Los antiguos sacerdotes habían extraído todo eso de sus reclutas. Pero él tenía sus grietas, y la desesperación empezaba a filtrarse por ellas.

Una de las ventanas de la casa de Temoc se cerró.

—Sabes que tengo razón. Si no unes a esa gente, escucharán a otra persona. Alguien más furioso. Y, si eso sucede, no puedo garantizar su seguridad.

Elayne esperó a que él hablara. Esperó durante largo rato.

—Lo haré —dijo finalmente Temoc.

—Gracias. —Controló su satisfacción todo cuanto pudo—. Avísame cuando estés listo. Ahora, si me disculpas... ¿Dónde está el baño?

—Dentro —respondió él—. Primera puerta a la izquierda.

La puerta mosquitera se abrió, revelando un comedor de baldosas de color suave. Mina estaba sentada a la mesa, frente a un arco de papeles amarillentos desplegados sobre la misma. Con libros abiertos, apoyados en pilas de más libros. Su bolígrafo se deslizaba por el margen de su cuaderno, y entornaba los ojos mientras observaba el calco de una tumba con sus gafas de lectura. No alzó

la mirada cuando Elayne pasó, adentrándose en la penumbra más profunda de la casa. El aceite brillaba desde el vientre de varias lámparas de cristal encaramadas en los estantes. Había luces fantasmales instaladas en el techo, apagadas. A través de la puerta al final del pasillo, Elayne vio a Caleb reflexionando acerca de unas cartas esparcidas sobre el suelo de su habitación, dispuestas para jugar al solitario o a un juego de adivinación.

Se quedó contemplando su reflejo en el espejo a oscuras del baño hasta contar hasta veinte, tiró de la cadena, se lavó las manos y se las secó con la toalla. Mina no pareció notar su presencia al regresar, aunque sí alzó la mirada cuando Elayne dejó una tarjeta de visita sobre su cuaderno.

Los ojos de Mina eran grandes y suaves sobre la montura de sus gafas.

—Por si necesitáis algo —dijo Elayne—. Por si puedo ayudar de algún modo. Mina no sonrió del todo.

—Me temo que no somos muy sutiles en esta familia.

Elayne tampoco sonrió. En algún momento de los últimos años, había perdido la habilidad de hacerlo de manera natural. Sus dientes parecían multiplicarse, su sonrisa era demasiado amplia, como si sus huesos luchasen contra su piel: el esqueleto a la espera de salir.

—No necesito descubrirte escuchando a escondidas para darme cuenta de que estás nerviosa. Yo también lo estaría si me hallara en tu lugar.

—Las cosas se pondrán feas —dijo Mina.

—Espero que no. Pero, si es así, aquí está mi tarjeta. Hotel Monicola, habitación 404. O puedes acudir a nuestra oficina local. Allí pueden localizarme.

Mina se guardó la tarjeta en el bolsillo de su camisa.

—Gracias.

Luego, volvió a su trabajo, y Elayne al suyo.

Los guardias vitorearon cuando Chel llegó junto a la hoguera para cenar. Cuarenta de ellos estaban sentados en un claro entre las tiendas de campaña, y dejaron sus tazones en el suelo para aplaudir: chicos y chicas que conocía desde su infancia y de los muelles, supervivientes de los piquetes y del perverso trato final del último invierno; puro músculo, tatuajes, suciedad, cicatrices y sonrisas. Chel levantó las manos e imitó la reverencia de una actriz, haciendo ondear una capa imaginaria. Sus amigos silbaron y rieron. Cuando alzó la mirada, vio a Tay al otro lado del círculo. No estaba riendo ni había aplaudido. Bueno, pues al carajo con él, o no, al menos por ahora.

—Gracias —dijo con el acento camlaander más esnob que pudo imitar, sobreactuando. Cozim, que estaba sentado cerca del fuego, rio tan fuerte que casi dejó caer el cucharón en la olla. No todos los presentes eran trabajadores del puerto: cuando habían empezado a montar guardia, otros se les habían unido. Una de las mujeres nuevas chocó la mano con Chel y ella hizo una mueca de desagrado. «Manos suaves.» Chel adoptó su tono normal, hablando en bajo quechal—. No es que me importe, pero ¿qué es exactamente lo que he hecho?

Cozim le pasó un tazón de estofado que parecía y olía como si estuviese hecho sobre todo de carbón.

—Hemos oído lo que ha pasado contigo y la bruja esta mañana.

—La has inmovilizado en el suelo —dijo la mujer nueva. Ellen, le recordó su memoria a Chel. Maestra de escuela, una de aquellas que habían llegado con Red Bel del sindicato, lo que explicaba sus manos suaves.

—Me han dicho que la has medio ahogado. —Ése era Zip, un tipo grande y fornido. Por los muelles corría el rumor de que Zip alguna vez había ganado un concurso de cabezazos contra un buey, y Chel daba crédito al rumor—. Deberías haberla ahogado del todo.

—Según lo que yo he oído —apuntó Cozim—, le has salvado la vida a Temoc.

Ella se quedó mirando el estofado, pero éste no le devolvía ningún reflejo. Probó un poco; siendo muy benévolo, algo del contenido podría describirse como carne.

—Cozim, ¿Food Com ha enviado esto?

—No es culpa suya. —Cozim señaló a Zip—. Mandaron carne cruda para que la cocináramos nosotros. Supongo que querían probar algo, después de la discusión de esta mañana. Dale las gracias a Zip por la textura.

—Joder, Zip. ¿Tu madre no te enseñó a cocinar?

—Es mejor cuando está así, negro. Te limpia los dientes. —Zip enseñó sus propios dientes, lo que no ayudó a sustentar su argumento.

—Esconde eso —dijo Chel—. ¿Quieres dejarnos ciegos? —Probó el estofado otra vez, pero los segundos que lo había dejado enfriar no habían ayudado con el sabor.

—¿Por qué no la has matado? —Era Ellen otra vez, y Chel no podía distinguir si estaba asustada o ansiosa. Se oyeron murmullos de interés alrededor del círculo.

—¿Crees que podría haberlo hecho? —preguntó Chel—. ¿Alguna vez has visto morir a un hechicero?

—Una vez vi que a uno lo aplastaba un contenedor marítimo —contó Zip—. Pasaba justo por debajo de la grúa y el cable se rompió. —Alguien rio entre dientes, y él miró con furia a su alrededor para identificar quién había sido. Nadie confesó—. Lo había revisado. Lo juro.

Chel no replicó.

—Y ¿permaneció muerto? Por lo general pueden volver a la vida.

—Ni idea.

—Aun así —insistió Ellen—, ¿por qué no?

—No venía a hacerle daño a Temoc. Simplemente se ha llevado una impresión equivocada cuando lo ha visto en el altar. Ya habéis asistido a ese tipo de ceremonias. —Varios de los que se encontraban en el círculo asintieron—. Lo

ha atacado porque no sabía lo que estaba pasando. Ha sido culpa mía. Debería habérselo dicho.

—De todos modos —dijo Cozim—, le has puesto las manos en la garganta. Eso cuenta.

Chel había pensado lo mismo en un principio. Pero Elayne había curado a aquella chica, y Temoc la había saludado como a una amiga.

—Las cosas no son así —dijo, e incluso más fuerte a continuación, para que los demás pudiesen oírla por encima de sus risas—: No lo son.

—¿Te estás poniendo del lado de la bruja?

—No. —Chel se puso de pie. Los demás dejaron de hablar. Cuarenta pares de ojos estaban sobre ella. De pronto, se sintió desprotegida. Ya había hablado en público antes, había dado órdenes y se había dirigido a multitudes durante la huelga. Pero esto era diferente—. El Rey de Rojo la ha enviado para hablar. Quieren hacer un trato.

—Ya hemos oído eso antes. Los tratos nunca terminan bien para nosotros.

—Éste podría funcionar. Y casi la hemos detenido en la frontera porque teníamos miedo. Yo la he derribado porque no entendía lo que había visto. Digamos que realmente quieren negociar, y me refiero a una negociación normal entre personas, no como los jefes lidiaban con nosotros en los muelles. ¿Alguno de vosotros quiere decirme cuántas veces nos hemos equivocado hoy? ¿Cuántas veces hemos estado a punto de arruinar nuestras oportunidades?

Cozim revolvió el estofado de carbón con su cuchara.

—¿Qué estás diciendo, Chel?

—Cuando estábamos en los muelles, sabíamos cuál era nuestro trabajo. Hemos estado montando guardia aquí como si eso nos convirtiera en soldados, pero no sabemos lo que estamos haciendo, del mismo modo que los novatos no saben cómo cargar un buque de carga. Hemos estado a punto de rechazar a una hechicera que quería ayudarnos y hemos dejado entrar a alguien que trataba de envenenarnos. Si la cagamos y se desata una pelea, ¿a quién creéis que culparán los periódicos? —Dejó que la pregunta diera vueltas en su mente. A unas tiendas de distancia, había alguien tocando un violín de tres cuerdas.

—Entonces ¿qué deberíamos hacer?

—Necesitamos reglas —dijo ella—. Igual que en el trabajo. Para estar preparados para lo que venga. —Volvió a sentarse y cogió su tazón—. Ahora bien, no sé cuáles deberían ser esas reglas.

—Podríamos hacer un uniforme —sugirió Cozim—. Para que sepan que estamos unidos y no somos una simple pandilla. No tiene por qué ser nada exagerado, sólo un simple indicador.

—Hay una regla que yo necesito saber —dijo Zip—. ¿Cuándo podremos sacudirles?

Algunos de los chicos se rieron.

—Cuando ellos nos sacudan primero.

Después de eso, las sugerencias surgieron rápidamente. Incluso Ellen se unió después de un rato. Chel escuchaba más de lo que hablaba, y le alegraba no seguir siendo el centro de atención, aunque de vez en cuando los demás se volvían para mirarla buscando su aprobación, como si ella tuviese las respuestas. Añadió alguna que otra pregunta a la sesión y respondió unas cuantas.

Tay le dio la espalda al fuego y se alejó. No había hablado desde que Chel se había sentado. Mientras Zip y Cozim discutían sobre el color de los brazaletes que los guardias deberían usar, Chel dejó su estofado quemado a un lado para seguirlo.

Alcanzó a Tay fuera del círculo de tiendas. Había encendido un cigarrillo, y le ofreció uno a ella.

—No, gracias.

—Como quieras. —Le dio una larga calada y se guardó el paquete arrugado en el bolsillo de sus pantalones de lona.

Nunca había sido muy hablador. Fumaba una marca barata llamada Imperio Brillante; había empezado a fumar en Kho Khatang, antes de ser expulsado de la marina mercante. Esos cigarrillos contenían más pedazos de cristal y polvo de hadas que tabaco en el papel enrollado. Había obtenido los paquetes de un marinero que medio conocía y que había sido atacado por un hijo de puta homófobo durante una noche de permiso en el que bajó a tierra para beber; le estaban partiendo la cara cuando Tay intervino. El hijo de puta y sus amigos le

rompieron la nariz a Tay; Tay y el marinero respondieron y los dejaron mucho peor, y a Tay lo despidieron por eso. Volvió a DL para trabajar en los muelles con su padre, y ahora su amigo marinero le llevaba cartones de esos horribles cigarrillos y no aceptaba que le pagara. Cuando Tay le había contado la historia en un primer momento, dos semanas después de la primera vez que se acostaron juntos, Chel creyó que era una sarta de mentiras, pero luego conoció al marinero y comprobó que aún tenía las cicatrices.

El violinista que se encontraba a lo lejos empezó a tocar más rápido, y a éste se le unieron unos tambores. El olor del cerdo especiado se mezclaba con hedores a sudor, hierba, la lona de las tiendas y la goma de las suelas de muchos zapatos. Chel extrañaba el olor de los muelles. En ese lugar no había suficiente petróleo ni agua de mar.

—Así que ahora eres una heroína —dijo Tay.

—Como si supiera lo que eso significa.

—No has dicho nada cuando todos han empezado a aplaudir.

—Estás celoso.

—No es cierto —replicó él. Ella se rio—. No lo estoy. Pero si esa bruja en realidad hubiera venido a matar a Temoc...

—Ha venido a hablar, Tay.

—De no haber sido así —insistió—, de no haber sido así, la habrías atacado de todas formas.

—Sí.

—Y ¿cómo crees que habría acabado eso?

—Pueden morir —dijo ella, aunque había defendido lo contrario ante Cozim.

—Si hubiera querido matarte, lo habría hecho.

Había pasado la mayor parte de la tarde tratando de no pensar en ello. Sabía que la hechicería era peligrosa. Los veteranos de las Guerras de los Dioses, aquellos que aún vivían, contaban historias: máquinas de guerra, hordas de muertos vivientes y demonios que se arrastraban, sigilos que se volvían del revés cuando los leías. Y, cada día, ella presenciaba milagros de la hechicería, barcos con mástiles lo bastante altos como para rozar el cielo, cascos de metal sin velas que eran más grandes por dentro que por fuera. ¿De qué eran capaces las

personas que hacían todo eso cuando estaban en guerra? Era mejor no pensar en ello, porque hacerlo causaba terror.

—Pero no lo hizo.

Tay dio una calada, tiró un poco de ceniza y examinó la punta incandescente de su cigarrillo.

—No quiero que mueras.

—Yo tampoco.

—Ni por Temoc ni por nadie.

—Estás celoso.

Tay rio con fuerza y se llevó el cigarrillo de nuevo a los labios.

—Si la hechicera realmente quería hacer un trato —dijo ella—, valía la pena correr el riesgo. Y, si no era ésa su intención, tenía que detenerla.

—Un riesgo de mil demonios.

—Pero piensa en la recompensa. —Ambos se volvieron para contemplar el campamento bajo el cielo dorado. Mientras se ponía el sol, los anuncios y los eslóganes desaparecían. Los corros alrededor del fuego se llenaban de vida. De noche, el campamento se convertía en una aldea desordenada, salvaje y nueva, en medio de Dresediel Lex—. Si existe la posibilidad de llegar a un acuerdo, tenemos que intentarlo. Perdimos la huelga; no podemos perder esto también. Ellos quieren un Skittersill que sea demasiado rico como para que Zip críe a sus hijos. Un Skittersill donde no encajamos. No puedo permitir que eso suceda.

—Yo tampoco. —La agarró por la cintura.

Ella le quitó el cigarrillo de la boca y lo besó, y percibió el sabor a sal, a tabaco, polvo de hadas y cristal.

—Vamos, hay que volver. Tal vez el estofado de Zip haya adquirido un nuevo sabor.

—Te dejo mi parte.

—No es justo. —Chel le clavó los nudillos en el costado—. Si yo tengo que comer esa mierda, tú también. Estamos juntos en esto.

—Sí —dijo él, una única palabra que salió con un toque de placentera sorpresa al final, como si hubiese encontrado un regalo en su interior.

Juntos, regresaron a la hoguera.

8

La secretaria del Rey de Rojo se levantó de su escritorio para bloquearle el paso a Elayne.

—Si no tiene cita, debe esperar.

—Encontraré tiempo —replicó Elayne.

Había pasado una hora en un carruaje y tomado tres ascensores para llegar al vestíbulo del Rey de Rojo, en el piso superior de la pirámide que había remodelado para convertirla en un edificio de oficinas. El viaje no la había calmado. La secretaria no merecía ser el blanco de su ira, pero no dejaría que la detuviesen en el vestíbulo de Kopil, no importaba lo elegantemente decorado que estuviese.

—Está recluso. —La mujer señaló las puertas de obsidiana detrás de ella, talladas con serpientes y dioses muertos. Cerradas, el grabado de las puertas formaba una enorme calavera, con las cuencas de los ojos en llamas—. Nadie entra después de que encienda las llamas. Tiene libre en su agenda mañana a las dos. La anotaré, o, si es urgente, podemos encontrarle un hueco entre su informe de seguridad y los resúmenes de mercado de la tarde.

Elayne cerró los ojos.

Telarañas de color neón y engranajes entrelazados e iluminados con una luz fantasmal inundaron el vestíbulo a su alrededor. La puerta estaba bien protegida con hechicería, pero no lo bastante bien como para detenerla a ella. Encontró el mecanismo de cronometraje en un instante, y su vínculo con el horario que se encontraba sobre el escritorio de la secretaria. No venía al caso torcer el sentido de tiempo local del horario; siempre eran las dos de la tarde del día siguiente en alguna parte.

Las puertas rechinaron al abrirse. Más allá había una oscuridad sepulcral.

La secretaria se quedó boquiabierta.

—¿Ves? —dijo Elayne—. Te he dicho que encontraría tiempo.

Pasó junto a la secretaria y entró por las puertas en dirección a una oscuridad que la rodeó como una boca cerrándose. En medio de la penumbra se alzaron unos escalones de piedra. Podría haber conjurado fuego, pero no lo necesitaba.

Después de mucho subir, salió a un lugar incluso más oscuro donde se encontraba sentado el Rey de Rojo, rodeado de relámpagos.

Estaba flotando en el aire con las piernas cruzadas, los huesos de sus dedos descansaban sobre las agudas protuberancias de sus rodillas. De su cráneo saltaban chispas blancas azuladas hacia el domo de cristal que se encontraba sobre él. Los breves destellos iluminaban los contornos de su oficina: escritorio-altar, librerías llenas, paragüero. En alguna parte se oía un coro de contrabajos de Zurish que entonaba cantos de alabanza y terror.

—¿Qué era exactamente lo que pretendías hacer? —preguntó Elayne.

El coro titubeó y se detuvo. Las cuencas de los ojos del Rey de Rojo se incendiaron con estrellas rojo carmesí.

—Ya veo que has ido a ver a nuestros amigos de la plaza Chakal.

—Así es. En especial a nuestros amigos en común.

El esqueleto suspiró y se incorporó. La túnica caía con pesadez a su alrededor. Los huesos de los dedos de sus pies tocaron el suelo. Los relámpagos desaparecieron y la habitual luz fantasmagórica volvió a la habitación: una cúpula de cristal poco amueblada en el vértice de la pirámide de ocho pisos ubicada en el número 667 de Sansilva, desde donde Rey de Rojo Consolidado distribuía agua a catorce millones de personas en Dresediel Lex. Mucho tiempo antes, los sacerdotes reyes habían sacrificado gente en el altar teñido de rojo que ahora Kopil utilizaba como escritorio.

—No creí que valiera la pena mencionar la participación de Temoc.

—Error. Creíste que valía la pena no mencionarlo. —Había una jarra de café en una mesa pequeña junto al escritorio. Elayne se sirvió una taza con hechicería y la hizo flotar en el aire hasta su mano—. Lo sabías todo acerca de la resolución de Alt Selene. No estás tan desconectado de la realidad. Creíste que la plaza Chakal podría ser un problema. Investigaste y descubriste que Temoc estaba involucrado. —Bebió un sorbo de café—. Está bueno.

—Le añado más café negro —dijo él—. Temoc es el último sacerdote de los antiguos dioses. Sus padres mataron a miles. Sus manos no están limpias.

—Mantuviste las noticias de la plaza Chakal ocultas intencionalmente, pusiste nuestro trabajo y tu ciudad en peligro sólo porque no querías lidiar con él. Y luego intentaste empezar una revuelta para que tus alcaides pudieran arrestarlo por perturbar la paz.

—Por favor, Elayne, no puedes creer las acusaciones de un radical.

—Esta mañana han atrapado a un hombre que trataba de envenenarlos a todos en el campamento. ¿Me vas a decir que a Tan Batac se le ocurrió esa idea sin ayuda de nadie?

—Así fue —afirmó por fin Kopil—. Pero yo no lo detuve.

—Ha estado a punto de envenenar a cientos de personas.

—Intoxicación alimentaria —repuso él—. Desagradable, pero no demasiado peligroso.

—Si uno tiene buena salud, y no puedo decir que sea el caso de todos en la plaza Chakal. Ése ha sido un golpe demasiado bajo.

—Temoc y yo tenemos asuntos sin resolver.

—He hecho tratos con demonios verdaderos en los que había mucho menos en riesgo. Al igual que tú.

—Esto es diferente —señaló Kopil, apoyándose en el cristal negro y rojo de su escritorio.

Sus dedos huesudos se detuvieron en un marco plateado. Ella no necesitaba verlo para saber la imagen que éste contenía. Kopil, más joven, con los brazos alrededor de un hombre al que ella nunca había visto con vida.

—Sé que es duro —dijo ella—. Mataron a Timas en ese altar. Pero ya obtuviste tu venganza. Destruiste su mundo y construiste uno mejor en su lugar.

—No es suficiente.

No podía discutir eso. Ella también había amado y perdido, pero sus amores y sus pérdidas nunca habían sido tan profundas, tan repentinas o tan sangrientas.

—¿Crees que él querría que arriesgaras todo lo que has construido sólo por rencor?

Los rascacielos giraban lentamente sobre ellos. El sol que se ocultaba

iluminaba el esmog con millones de tonos de verde, amarillo y rojo.

—Antes esto era fácil —dijo él.

—¿Durante las Guerras, quieres decir?

—Los dioses trataban de aniquilarte y tú los aniquilabas primero. Ejércitos de luz contra ejércitos de oscuridad. hechiceros luchando por la misma causa: conocimiento, libertad y humanidad contra la ignorancia y la opresión.

—¿Humanidad?

—O como sea que quieras llamarnos —admitió Kopil—. Pero los tiempos han cambiado. Mi gente ha vuelto a depositar sus esperanzas en dioses antiguos y sanguinarios.

—Eso es parte de la libertad.

Él agachó la cabeza. Las sombras permanecían en los pliegues de su túnica y las depresiones de su cráneo.

—Todo era tan claro antes, en aquellos días... Avanzabas entre todos como la reina de la Muerte.

—Tenía diecisiete años —repuso ella—. A los diecisiete crees que muchas cosas son más claras de lo que en realidad son. Tú tenías cuarenta, aún con carne en los huesos, aún humano, lo que te daba una perspectiva similar.

—¿Qué quieres de mí, Elayne?

Alguna vez, esos agujeros que ahora había en su cráneo habían contenido ojos, y sus pómulos altos solían estar recubiertos de piel. Había pasado mucho tiempo desde entonces.

—Una disculpa. Por guardar secretos aun cuando dijiste que no lo harías, por tratarme como a uno más de tus subalternos. Nos conocemos desde hace demasiado como para eso.

—Lo lamento de veras —respondió él, y ella creyó que lo decía con sinceridad.

—Llama a tus agentes, que vuelvan. Basta de embustes. Trabaja con la multitud de la plaza Chakal. Temoc reunirá a los líderes del campamento. Negociaremos y llegaremos a un acuerdo mutuo. Sé sabio por una vez, y fuerte también.

Elayne se preguntó cuántas personas en la vida de Kopil podían soportar su

mirada sin encogerse de miedo.

—Muy bien —asintió él—. Pero Tan Batac no lo entenderá.

Temoc celebraba el sacrificio de la puesta de sol en la plaza Chakal. Mientras entonaba los cánticos, vio a Chel cerca de las esteras de hierba con otro hombre junto a ella, un trabajador del puerto con la nariz rota que se ponía muy tenso cada vez que Temoc levantaba su cuchillo.

Los dioses hambrientos suplicaban y prometían: «Danos sangre esta vez, y alegría y nuevo poder. Un corazón incluso podría despertar a los antiguos, y, una vez despiertos, danzarán contigo la gran gavota de la guerra».

«No», les decía él, y se lo decía a sí mismo.

No toda la frustración que sentía era por culpa de los dioses.

El cuchillo cayó, con el pomo por delante, y el eco del sacrificio dio paso al eco de la dicha. Para los feligreses reunidos sobre la hierba, incluso un eco era más de lo que nunca habían conocido. Era suficiente. Una nueva luz se encendió en los ojos del guardia de nariz rota.

Después de la ceremonia, Temoc caminó entre feligreses que deambulaban por los alrededores. Chel parecía estar lista para marcharse con su acompañante, pero se detuvo cuando Temoc levantó la mano.

—Señor —dijo ella mientras él se aproximaba. Y, después, un pensamiento tardío e incómodo—. Éste es mi compañero, Tay.

Temoc inclinó la cabeza dos veces, dirigiéndose a cada uno por turnos.

—Bienvenido.

—Gracias —dijo Tay—. Nunca había asistido a una de éstas antes. ¡Demonios, realmente son algo especial! Disculpe, no sé muy bien qué decir...

—El sacramento es extraño. Da pie a la oración y a la reflexión, y a veces al sacrilegio. —Temoc deseó sentir la misma seguridad que proyectaba en su voz—. ¿Estás ocupada esta noche? Apreciaría tu compañía en la reunión.

—Desde luego —respondió Chel.

—Yo... —Tay enterró la mano en su bolsillo y cogió algo que había en su interior. No era un arma; Temoc se percató de ello debido a su antiguo entrenamiento. Cigarrillos—. Es mi turno. Debería irme.

Chel tocó su brazo.

—Nos vemos en las tiendas más tarde.

—Sí —respondió Tay antes de tender una mano en dirección a Temoc.

El sacerdote se la estrechó y pudo notar sus callos, que tenían el patrón erróneo para un guerrero. Tay rompió el apretón de manos y se alejó. Después de dar cinco pasos, encendió un cigarrillo, y fue dejando un rastro de humo por el campamento.

—¿Cómo puedo ayudar, señor?

—No es necesario que me llames «señor» —dijo él—. Con mi nombre es suficiente.

Ella esperó.

—El Rey de Rojo y Tan Batac quieren negociar. Debo convencer a los líderes de nuestro grupo para que hablen con ellos.

—No necesitas un acompañante para hablar con los Kemal en Food Com —dijo ella—. O con Red Bel o Xotoc. Incluso podría resultar contraproducente con Bel, si creyera que estás tratando de intimidarla.

—Todos los que mencionas escuchan razones —respondió él—. Empezaremos con el hombre que no.

Las tropas del Mayor se ejercitaban a la luz del fuego y al ritmo de los tambores.

Temoc contó cien hombres y mujeres que portaban ropa de calle y armaduras parcheadas, librando peleas falsas por parejas. Cuando el tambor sonaba cuatro veces, aquellos que estaban en el norte atacaban con puños y cuchillos. Cuando sonaba cinco o seis, los del sur montaban su ataque en respuesta. La carne y el metal golpeaban carne y metal. Los gemidos y la percusión de la carne se mezclaban con el sonido de los tambores al golpear su piel tensa.

Los bordes metálicos dentados del Mayor reflejaban su ejército y las llamas. Seguía el ritmo con una mano. No, Temoc vio cómo cambiaba el ritmo antes de que los tamborileros lo hicieran. Él no seguía el ritmo, él lo llevaba.

—Hola —dijo Temoc.

Chel estaba de pie junto a él, haciendo el papel del agregado silencioso. Temoc estaba agradecido por su presencia: el Mayor provenía de los muelles. Tal vez sería más fácil que oyera voces procedentes de su propio hogar.

—¿Vienes a unirse a nosotros, Temoc? —La máscara del Mayor deformaba su voz y la transformaba en un coro de ruedas, engranajes y cuerdas de banjo vibrantes—. ¿Para enseñarnos el antiguo arte de la guerra?

—El Rey de Rojo exige la paz —declaró Temoc.

La mano del Mayor vaciló. El ritmo trastabilló, y el choque ordenado disolvió la batalla ensayada, transformándola en un caos que recordaba más a las batallas que Temoc conocía. El Mayor le cedió el papel de director de orquesta a uno de sus auxiliares y luego se dirigió a Temoc:

—Es una trampa.

—No lo creo.

—Tú conoces a los hechiceros mejor que nadie. Su supuesto «buen hacer» siempre resulta ser una trampa para animales. Durante la huelga de los estibadores, nos llamaron para negociar, y aquellos que fueron salieron de la sala de juntas hablando de la competencia y las fuerzas mercantiles como recién graduados de las Escuelas Ocultas. Esas personas convirtieron el Sitio de Alt Seline en una masacre, e incendiaron las junglas de Kath del Sur. La única manera de terminar con su prepotente autosuficiencia es negándonos a negociar con ellos.

—Lo cual —respondió Temoc— sólo los pondrá furiosos.

—Bien. Entonces mostrarán su verdadero rostro.

—La mayoría de esas personas no buscan la guerra. —Mantuvo la voz baja y calmada.

—La guerra llega lo quiera uno o no —repuso el Mayor—. Los hechiceros están demasiado seguros de su propia superioridad moral como para dar su brazo a torcer. No puede haber un cambio sin una revolución.

Era precisamente por eso por lo que Temoc rara vez visitaba al Mayor, aunque muchos de los soldados de ese hombre prestaban sus servicios. La

retórica daba vueltas en la mente del Mayor. La guerra era su único fin. Temoc entendía el atractivo, que los dioses lo amparasen.

—Pero ¿estás listo? ¿Lo están ellos?

—La historia determina cuál es el momento de la transición.

—Yo he luchado contra hechiceros. Tus tropas son impresionantes. —Una concesión para el orgullo del Mayor: su ferocidad tenía mérito, incluso si su técnica no era la mejor—. Pero no pueden vencer a la hechicería. Ésta nos borrará de la faz de la tierra y dejará nuestras cenizas como testimonio de que nadie puede vencer a los Reyes Inmortales. Si os negáis a aceptar el trato, los otros lo harán, y su acuerdo será más como una derrota por vuestra ausencia. Se repetirá la historia de la huelga de los estibadores con la plaza Chakal. Aguardad vuestro momento. Fortaleceos. Pero, por ahora, acompañadnos en la mesa de negociación.

El auxiliar del Mayor rompió el ritmo y el ejercicio se volvió caótico otra vez. Las llamas danzaban sobre el acero mientras el Mayor reflexionaba acerca de la vanguardia de su revolución.

—Iré —dijo finalmente.

—Gracias.

Temoc se alejó y contuvo el deseo de encogerse hasta asegurarse de que nadie, salvo Chel, podía verlo.

Recorrió ufano el campamento. Una noche no era tiempo suficiente para cambiar el mundo, pero empezar ya era algo si uno caminaba deprisa y con los dioses.

Las estrellas giraban sobre su cabeza y había fuego en su mente. Arregló huesos rotos. Calmó temores. Una mujer acudió a él temblando por la abstinencia a una sustancia que él no conocía. Al ver la droga con los ojos de la fe, pudo observar cómo se enroscaba en su columna como un ciempiés. Rompió sus mandíbulas y sus patas también, una a una. Los gritos se alzaron hasta las nubes. No podía diferenciar entre los gritos de la mujer y los de la droga.

Al final, el ciempiés murió y la mujer vivió. Apenas podía mantenerse en pie sin ayuda, y al recostarse se quedó dormida en un instante.

Habló con Red Bel. Convenció a Xotoc. En Food Com, los Kemal

accedieron: Bill parecía ansioso; Kapania no tanto.

Temoc trabajó hasta que la luz de sus cicatrices se desvaneció y adquirió un tenue brillo esmeralda.

Chel lo acompañó. La presión de los cuerpos y los graznidos de las canciones, el debate y las oraciones le daban calor. El resto de la ciudad, y los alcaides, permanecían agudos y fríos más allá de la plaza.

—¿Realmente crees que podemos negociar con el Rey de Rojo? —preguntó ella.

—¿Qué esperarías obtener de un trato así?

—Que él y Tan Batac se mantuvieran alejados del Skittersill.

—Y yo busco que nos permitan alabar a los antiguos dioses. Los Kemal quieren alojamiento para los refugiados de las Guerras de los Dioses. El Mayor no se conformará con nada que no sea la paz en la tierra y la buena voluntad hacia cada hombre, incluso si tiene que matar a todo el mundo en el planeta para lograrlo.

—Así que no.

—Es posible llegar a un acuerdo. Pero la posibilidad es un vasto imperio y la probabilidad, su provincia más pequeña. Aun así, es una provincia rica, por lo que trabajaremos para conquistarla.

Él sentía el peso de su mirada, la mirada de esa mujer a quien podría levantar con una sola mano, posiblemente de unos veintitantos, endurecida por el trabajo pero inocente cuando se trataba de la guerra.

Temoc había nacido y se había criado en Dresediel Lex. Chel podía pronunciar el nombre; sin embargo, nunca había visto danzar a las Serpientes ante Quechaltan, nunca había conocido la gloria de un verdadero sacrificio o el ritmo profundo de las olas formadas por las voces de una ciudad entera que se unía en oración, nunca había luchado contra los oscuros y sanguinarios hechiceros conocidos como la Liberación debajo de cielos rotos y por callejones bañados en sangre y nieve derretida. Temoc no había dejado a su ciudad. Su ciudad lo había dejado a él, y reemplazado por otro. Había nacido a unos cuantos kilómetros de ese lugar; no obstante, sentía que estaba a un mundo de distancia de todo cuanto conocía.

—Mi familia me espera —dijo él.

—Estaremos aquí por la mañana.

—Lo sé.

Colocó la palma de la mano sobre la frente de la chica, sintió su calor y la curvatura del hueso debajo de su piel, y transmitió los restos del poder que le había dado la puesta del sol a ella.

Una luz verde danzaba en el iris de sus ojos, hasta que se desvaneció. Cuando retiró la mano, ella no se tambaleó, pero tampoco se quedó quieta. Parecía crecer en todas las direcciones a la vez.

—Vigila en mi ausencia.

Paró un taxi a dos manzanas de la plaza Chakal y se dirigió a casa; en el camino, pasó frente a ventanas iluminadas en casas de vecindad, rectángulos de luz amarilla con siluetas humanas. Había hombres viejos bebiendo en bares mientras un poeta del Imperio Brillante tocaba la cítara bajo un reflector que hacía que su toga de seda brillara. Había también tres universitarios reunidos alrededor de otro que estaba vomitando en un arbusto de rosas. Las luces rojas de la ciudad transformaban a los hombres y a las mujeres medio desnudos que se retorcían frente a las ventanas de las salas de masaje en demonios del Mundo Antiguo. Música extranjera, poemas extranjeros, lujuria extranjera. Nunca habían existido tales perversiones bajo el poder de los antiguos dioses: los cuerpos y sus actos se celebraban en canciones e historias, y el sexo en sí era digno de ser alabado.

Las luces de su patio estaban encendidas, pero aun así el patio estaba sombrío. Los muebles sobresalían del montón de enredaderas, arbustos y cactus. Guiado por el reflejo del brillo de las nubes, encontró su puerta, la abrió y entró en el comedor. Mina había apilado sus libros en la mesa, donde los marcapáginas sobresalían en distintas partes.

Algo se movió bajo sus pies y lo hizo tropezar. Levantó el objeto de la ofensa: una pequeña pelota de goma translúcida, con motas de oro en su interior. Sacudió la cabeza y se guardó la pelota en el bolsillo.

Tampoco había luz en el pasillo, que era más oscuro aún por su ausencia de ventanas. La llama de una lámpara parpadeaba en el hueco que había entre la

puerta cerrada de Caleb y la jamba. Oyó risitas, gemidos y gritos en alto quechal: «¡Mío! ¡No! ¡No es justo!». El idioma de los sacerdotes, el idioma de su juventud, que ya no se hablaba en ningún otro lugar más que en su casa.

Llamó a la puerta una vez y la abrió sin esperar respuesta.

—¿Hola?

Había dos lámparas que iluminaban la estrecha habitación de su hijo y sus muebles: una pequeña cama con sábanas de algodón, una mesa y una estantería. Mina había insistido en que Caleb tuviese libros y aprendiese a cuidarlos. En las paredes había estampaciones de lagartijas que trepaban hechas con esponjas. Lo habían hecho en familia, cuando Caleb había atravesado una breve pero intensa fijación por las lagartijas a los cinco años. El niño había hecho aquellas que se encontraban más cerca del rodapié él mismo, borrosas e irregulares. Temoc y Mina se turnaron para levantar a Caleb sobre sus hombros para que pudiera pintar las del techo. Las gotas de pintura se habían secado en su pelo, y Mina se había cortado el suyo para quitarse los grumos.

Caleb y Mina estaban agachados en el suelo junto a una lámpara, y cada uno sostenía una pila de cartas en la mano, con una pila más grande entre los dos. Repartieron las cartas en el centro por turnos y, de vez en cuando, cada uno de ellos golpeaba la pila con una expresión de triunfo, acompañada del lamento de su oponente.

—Tened cuidado —dijo Temoc—. Vais a tirar la lámpara.

—Confía un poco más en nosotros —respondió Mina sin volverse.

—¡Hola, papá! —Caleb lo saludó con la mano, mientras que Mina dejó una carta sobre el montón y golpeó la pila—. ¡Oye, no es justo!

—Si no prestas atención al juego, pierdes.

—¿Puedo jugar?

Caleb frunció el ceño.

—No podemos repartir tres pilas iguales. Alguien tendría dieciocho.

Temoc se sentó a los pies de la cama de su hijo, con las piernas cruzadas debajo de su cuerpo. En la antigüedad, la llamaban la *posición para orar*.

—Cogeré tus cartas.

—Sin trampas —le advirtió Mina.

Temoc alzó las manos y su rostro adoptó la expresión más inocente de que fue capaz.

Jugaron al tornillo de rata apophitano durante media hora más. Incluso sin la ayuda de los dioses, los reflejos de Temoc eran lo suficientemente rápidos como para que pudiera coger una pequeña pila de cartas, aunque Caleb y Mina parecían tener acceso a una parte del juego a la que él no podía acceder. A veces, Caleb golpeaba cartas que no podría haber leído de ningún modo.

—Contar cartas —advirtió Temoc— hará que os expulsen de muchos juegos.

—Si te descubren —señaló Mina.

—Entonces ¿la idea es que no te descubran?

—La idea es ganar por tu manera honesta de jugar.

—Aunque, sobre todo, la idea es ganar.

Nadie perdió esa noche, aunque la pila de Mina fue la más grande al final. Caleb purificó las cartas, las envolvió en un pedazo de seda y las devolvió a su caja. Un concurso tan simple, sin riesgos que involucraran sus almas, sólo invitaba a un eco de la Dama de los Juegos, pero aun así observaron sus ritos. Al menos, eso el niño sí lo entendía. Temoc había invitado a Caleb a acompañarlo a sus servicios, y a observarlo desde el altar. El chico temía a los sacrificios. Y las largas letanías de los nombres y los actos de héroes que alguna vez le habían dado al joven Temoc ansias de probar su propio valor aburrían a su hijo. Pero Caleb comprendía los juegos y a su diosa, que era, por todos sus límites, la última deidad abiertamente venerada, como en el antiguo Dresediel Lex.

Caleb fue a cepillarse los dientes, y Temoc y Mina esperaron en su habitación. Él se sentó en la cama de su hijo, y ella observó cómo trepaban por la pared las lagartijas pintadas.

—Es tarde —dijo ella.

—Hoy he tenido más trabajo del que esperaba.

—¿Un buen trabajo? —Habían tardado en aprender esa habilidad del matrimonio: tomarse tiempo, y dejar que el otro llevase tanto trabajo como necesitase a casa.

—Espero. Una oportunidad de paz.

—Caleb estaba preocupado. —Eso significaba que era ella quien lo estaba,

pero le costaba decir eso. A ninguno de los dos le gustaba admitir sus debilidades. Por suerte, se conocían lo bastante bien como para escuchar las palabras que no se pronunciaban en voz alta.

—Lo sé. Lo siento. —Alisó las sábanas de la cama de su hijo—. Y agradezco que quisiera esperar despierto a que volviera.

—No sólo él —dijo ella, antes de que el grifo se cerrase y Caleb regresara.

Temoc dejó que el chico se subiera a la cama sin ayuda. Mina besó a su hijo, y él también, luego abrazó a Caleb cuando éste arrojó los brazos alrededor del cuello de Temoc. No existía ninguna palabra en alto quechal ni en ninguna otra lengua de las que Temoc conocía que pudiese describir el olor de su hijo.

—Buenas noches. Duerme bien. Que tengas sueños nobles.

—Tú también, papá. Te quiero.

—Nosotros también te queremos —contestó él, y salieron de la habitación, cerraron la puerta y se llevaron la lámpara consigo.

Mina lo guio por el pasillo en silencio.

—¿Tú has tenido un buen día?

—Me preocupa mi traducción del cenotafio de Oxulhat.

—Está bien.

—Lo sé. Aun así, me preocupa.

Su habitación no tenía lagartijas. Había una pintura de la familia de Mina colgada de las paredes blanquecinas, junto a una litografía de antes de las Guerras que pertenecía a Temoc. Ella cerró la puerta detrás de él y dejó la lámpara sobre la cómoda. La luz pintó sus colores arenosos. Envuelta en sombras, bien podría haber sido el bajorrelieve de un templo antiguo, o una de las pinturas rupestres que tanto estudiaba. Hermosa, cruda y real.

—No era necesario que me esperaras —dijo él.

—Lo sé. —Ella se precipitó sobre él como una ola y, como siempre, él fue arrastrado por ella.

Retrocedió, arrojado hacia atrás por su abrazo, por su beso; la mano de Temoc bajo la blusa de su esposa, sobre su columna. Las llamas florecían en su mirada. Sus labios suaves encontraron su mejilla, su boca, y, aun tambaleándose, él la levantó y cayeron juntos sobre la cama. Se besaron otra vez, y él la sostuvo con

más fuerza, como si pudiese desvanecerse y dejar este mundo transformada en una sombra. Sus dedos se atascaron en los botones de su camisa; ella se quitó la suya por encima de la cabeza en un rápido movimiento, y se rio.

Pero, mientras se movían juntos en la cama, el resplandor rojo de sus hogueras recordadas se reflejó en la armadura del Mayor y las miradas plateadas de los alcaides. El amanecer destelló en la punta de un cuchillo. Él tiró de ella, su línea fuera de las profundidades, la cuerda que una diosa había lanzado para que el pobre Temoc pudiese salir del laberinto de sus propias malas decisiones.

Él la agarró con fuerza, y luego la soltó y se dejó caer.

Ella se percató del cambio. Él buscó la decepción en su rostro, pero sólo vio una pequeña y triste sonrisa antes de que se inclinase junto a él y colocase su mejilla junto a la de él; piel suave contra piel suave. Temoc nunca había podido dejarse barba.

—No tiene que ser todo —dijo ella—. Sólo quiero que estés aquí, ahora, conmigo. Por favor.

Lo besó y él le devolvió el beso. Tumbados, se exploraron el uno al otro como si deambulasen por su casa en una medianoche sin luna. Sin alcaides, sin cuchillos, sin sacrificios, sin batallas que luchar. Sólo ella.

Después, se acostaron boca arriba entre las almohadas esparcidas. Los dedos de Temoc recorrían el vientre de ella, y ella se estiró como un gato al sentir cómo la tocaba.

—No lo hacemos lo suficiente —dijo Mina.

—¿Qué sería suficiente?

—Hay que experimentar.

—Una académica hasta en la cama.

—La humanidad merece saberlo, hombres y mujeres.

—El niño podría darse cuenta.

—Necesita aprender las cosas de la vida algún día.

—Creí que ése era tu trabajo.

—El tuyo.

—Te he echado de menos. —No sabía por qué había dicho esas palabras. Se veían todos los días, a menos que ella estuviese en un viaje de investigación, o él

en un retiro. Aun así, parecían ser las palabras correctas.

—Yo también te he echado de menos. —Los dedos de ella descansaban en el interior del muslo de Temoc, no necesariamente por ser algo sensual, sólo estaban ahí—. A veces te extraño incluso cuando estás aquí.

—Me preocupo. —Era difícil decirlo, y era aún más difícil oírse a sí mismo diciéndolo. Pero, en esa habitación, nadie podía oírlos.

La mano de Mina apretó su pierna. Solía escalar riscos en el desierto por diversión, y también era una patrocinadora habitual del gimnasio de alpinismo de la universidad. Era lo bastante fuerte como para sostenerlo.

—Si no quieres ser parte de eso, no tienes por qué.

—Le dije a Elayne que uniría al campamento para llegar a un acuerdo. Podría funcionar.

La calidez del sexo se había desvanecido, y el sudor los enfriaba a ambos. Eso era todo, se decía Temoc a sí mismo: era por eso por lo que ella tenía la carne de gallina en los brazos y en la piel de su vientre bajo sus dedos.

—Necesitan protección —contestó.

—Las Guerras acabaron, Temoc.

—Alguna vez fui la espalda de los dioses —dijo él—. Al menos puedo ser el escudo de esa gente ahora.

—Preferiría que fueras tú mismo —repuso ella—. Mi esposo. El padre de nuestro hijo. —El colchón chirrió. Ella se dio la vuelta, con la espalda hacia él, los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas apretando la suya—. Nadie puede exigirte que seas más que eso.

—No.

Su casa, su hijo y los brazos de su esposa eran murallas que lo protegían de la noche del desierto. Su cama era un espacio sagrado y secreto, resguardado por las artes oscuras de la historia.

Ella los cubrió a ambos con las sábanas y se durmió. Él fingió dormir también, pero, en vez de eso, memorizaba su huella, el aroma de su cabello, el peso de su cabeza, su pierna y su brazo.

Era suficiente.

¿Por qué iba a serlo?

Antes del amanecer, el mundo de Elayne era del color de un cadáver iskari: la habitación gris de un hotel, cortinas grises, un horizonte gris que sólo era interrumpido por las pirámides de Sansilva. Desde el lomo de un dragón, la ciudad encajaba en un gran y único diseño, pero la ventana de su habitación en el cuarto piso no estaba lo bastante alta como para distinguir ese orden.

Se estiró e hizo inventario de su cuerpo. ¿Sus dedos eran menos sensibles a la presión? ¿Sus articulaciones estaban más rígidas que el día anterior? La hechicería erosionaba la carne. Cuarenta años antes, cuando las Guerras estaban en su apogeo, su cuerpo y su alma habían sido un instrumento que complacía las exigencias de una sola voluntad. Incluso diez años antes había sentido como nunca la división entre mente y forma. Recientemente, despertaba algunas mañanas y movía las extremidades como un titiritero, activando los músculos uno a uno para que se alzaran de forma mecánica de entre las sábanas. Aquellos días, esos días, aguardaba la punzada de la traición en su pecho o los pequeños vasos del cerebro que darían inicio a la siguiente fase de su vida. O, si no podía llamársele *vida*, al menos, sí de su existencia.

La traición no había llegado aún.

Pero, sin importar el cuidado con el que tratara de conservar su persona, algún día daría ese último salto, perdería sus músculos y sus órganos y sobreviviría como... ¿Como qué, exactamente? Un esqueleto, en el nivel más prosaico de la palabra, pero como algo más. Ninguno de sus amigos que ya habían experimentado el cambio había podido proporcionarle una explicación lo bastante satisfactoria. Le ofrecían comparaciones, muchas comparaciones, una miríada de ellas, pero no eran mucho más consonantes que las comparaciones de un ciego tocando un elefante. ¿Qué se sentiría al verlo todo con un alivio frío y descorazonado, al abandonar los suaves colores que eran filtrados, o creados, por

los gelatinosos globos oculares e intercambiarlos por longitudes de onda puras y duras, al cerrar de golpe las puertas de la percepción amplia y cercana? Podía imaginarse la experiencia, puesto que tenía una imaginación muy activa, pero no había manera de comprobar si su imaginación estaba en lo cierto.

Sospechaba que no.

Aun así, el rostro reflejado en la ventana de la habitación de hotel ocultaba su cráneo suficientemente bien. A excepción de sus dientes, cuya blancura perforaba la ilusión.

El hotel Monicola tenía una piscina en el último piso, y un gimnasio. Le gustaba la idea de hacer unos largos en la piscina, pero Elayne había dejado de nadar para ejercitarse hacía mucho. La densidad de los huesos era aún más importante para una hechicera que para el resto de los humanos, ya que éstos permanecerían incluso cuando perdiera la carne. Aunque tampoco podía descuidar los músculos, los cirujanos habían hecho hincapié en ese punto. Elayne conocía a una académica que seguía quejándose de problemas cardíacos y falta de aliento quince años después de haberse transformado en esqueleto.

—Pero tú no necesitas respirar —había dicho Elayne—, y no tienes corazón.

—El hecho de que uno no necesite respirar —había respondido la mujer— no quiere decir que a uno no le pueda faltar el aliento. Y la falta de corazón no nos salva de tener problemas cardíacos.

Entonces, ejercicios de peso corporal en el banco. Nada de ejercicio cardiovascular. Malditos filtros de aire: en Dresediel Lex, correr era como invitar a la ciudad a tus pulmones, y la ciudad era como un invitado borracho al que le gustaba destrozar el lugar. Elayne hacía botar pelotas medicinales, no por diversión: levantaba la esfera sobre su cabeza y la arrojaba con todas sus fuerzas sobre una colchoneta, un movimiento para cortar madera que recordaba de su infancia.

Sus otros yos la observaban desde los espejos.

La jueza. Tan Batac. Kopil, el Rey de Rojo, el hechicero convertido en revolucionario convertido en el gobernante oculto de catorce millones de almas. Temoc, que casi había muerto tratando de evitar la transformación. Que habría muerto si ella no hubiera intervenido, por razones que, hasta la fecha, dudaba

que fuesen sensatas. Compasión por un chico atrapado en el bando equivocado de una guerra. Un poco de atracción, si no por nada más, por su voluntad de luchar por una causa perdida, y la ingenua sensación de que valía la pena salvar una pasión como ésa por su propio bien.

Más espejos. Elayne era más vieja ahora, más sabia tal vez, más fría sin duda, y estaba acostumbrada al poder y a sus formas. Pensó en Mina, la esposa de Temoc. En Caleb, su hijo. En Chel. Una red los rodeaba a todos.

No eran sus clientes. No eran su problema. La habían contratado para desempeñar el papel de mediadora entre el Rey de Rojo y Tan Batac, no para llevar manifestantes a una mesa de negociación. Pero ya había quemado Dresediel Lex una vez, y no volvería a hacerlo.

Arrojó la pelota medicinal con más y más fuerza, hasta que los espejos del gimnasio se sacudieron en sus soportes. Sus brazos se quejaron por el esfuerzo, ignorantes del esquelético destino que les aguardaba. Aunque, a fin de cuentas, tal vez su cuerpo no estaba en peor estado que su mente. Al final, los huesos perdurarían. Pero no había manera de determinar qué proporción de su persona podría dar el salto.

Devolvió la pelota medicinal a su sitio, se secó con una toalla y caminó hasta su habitación para ducharse y vestirse para el trabajo.

—Necesitamos...

—Lo que necesitamos —interrumpió Tan Batac antes de morder un pedazo de rosquilla, masticarlo dos veces y tragarlo, para después repetir—: Lo que necesitamos es que esa gente se vaya. Que se dispersen. Que salgan de la plaza Chakal. Ése es nuestro objetivo.

Elayne lo fulminó con la mirada desde el otro lado de la mesa de negociaciones, cubierta de restos de pastelitos destripados y tazas de café a medio beber. Las juntas grandes eran contraproducentes para una simple charla y tomar decisiones rápidas, así que, desde luego, Kopil y Tan Batac habían llevado consigo tres asociados cada uno esa mañana, partidarios y partidarias que se sentaban a beber un buen café que se arruinaba por la alquimia de una sala de reuniones. Al menos, generalmente permanecían en silencio.

El séquito de Batac estaba conformado por humanos, hombres en distintas etapas de corpulencia y deterioro. Uno de ellos era un hechicero por derecho propio, un antiguo asociado de Varkath Nebuchadnezzar que estaba ahora en plantilla. El grupo de Kopil incluía a un ser serpiente Atavasin, cuyo cuerpo escamoso estaba enroscado alrededor de una aparición de transporte; un golem que portaba una gema de visión para algún asociado distante, y una mujer joven de su departamento de gestión de riesgos. Un grupo mucho más diverso que el de Batac, pero no por ello más reconfortante; la mirada de la mujer joven era tan alienante como los ojos dorados del ser serpiente, las lentes del golem y la luz del interior de la gema. Naturalmente, el grupo de Kopil hacía sentir incómodo al equipo del Skittersill, y Batac había pasado las últimas horas pavoneándose en su nombre.

—Lo que necesitamos —repitió ella, haciendo sus palabras más frías esta vez — es entender a nuestra MAAN.

Batac parpadeó.

Kopil tradujo:

—Mejor Alternativa a un Acuerdo Negociado. El mejor resultado posible es si dejamos la discusión.

—Sabemos cuál es el peor —dijo Elayne, sin permitir que Batac interviniera—. Forzamos la transformación del Skittersill, la multitud de la plaza Chakal se resiste, la realidad se rompe, demonios desatados escapan, acaban con todo y distorsionan el espacio-tiempo local hasta convertirlo en un infierno irreconocible. Entonces ¿cuál es nuestra mejor alternativa? Sabiendo eso, conocemos cuál es nuestra posición de último recurso.

—La mejor alternativa. —Batac mordió su rosquilla otra vez.

—Podemos cambiar las guardas del Skittersill hasta cierto punto —dijo Kopil—, con límites, sin causar una ruptura. Mi gente ya ha hecho los cálculos. —Le hizo un gesto a la mujer joven, que abrió una carpeta y habló sin revisar los papeles que ésta contenía.

—Podemos reemplazar el antiguo seguro divino y el esquema de protección contra catástrofes con sistemas más modernos que se pueden gestionar en privado. Las ventajas inmediatas de la protección contra catástrofes podrían llevarse a cabo con un riesgo mínimo: probabilidad de implementación de cuatro nueves sin ruptura.

—Sigue siendo alto —opinó Elayne.

—Mucho más bajo que cualquier propuesta que incluya la liberación del mercado inmobiliario del Skittersill.

—De acuerdo —asintió Elayne—. Al menos podríamos privatizar la configuración del seguro.

Batac negó con la cabeza.

—Mi gente necesita un mercado libre para ayudar al desarrollo del Skittersill. Sin eso, privatizar el mercado de seguros sólo haría que el suelo fuera más caro de administrar.

—La seguridad ofrece cierto retorno de la inversión.

—Tenemos las cifras aquí... —dijo el estadístico de Kopil.

—Ya he visto las cifras. Si le presento esto al consejo, se morirán de risa,

antes de echarme de la sala. —Tan Batac se limpió el sudor de la frente con un pañuelo doblado—. Qué más querría yo que dirigir un sacerdocio, dispensando bendiciones gratis. Pero soy un hombre de negocios.

—Aquí nadie está discutiendo... —empezó a decir Kopil.

—No es suficiente —lo interrumpió Batac, y luego notó el silencio.

El estadístico lo observaba con horror mal disimulado. La lengua bífida del ser serpiente entró y salió de su boca con rapidez. El Rey de Rojo inclinó la cabeza a un lado. De haber tenido cejas, una de ellas se habría arqueado hacia abajo. Estrellas sangraban de sus ojos.

Elayne se preguntó cuántos años debían de haber pasado desde que alguien había interrumpido al Rey de Rojo por última vez.

Sonó una alarma en su reloj. Lo sacó, le echó un vistazo y fingió sorpresa.

—Hora de un descanso. —Se puso de pie. Nadie más se movió—. Personalmente, me vendría muy bien un paseo. Señor Batac, venga conmigo.

No era una pregunta, y, antes de que pudiese decir «no», ella abrió la puerta y le indicó con un gesto que saliera. Mientras la puerta se cerraba, a Elayne le pareció oír una risotada.

Llevó a Batac hasta una sala de juntas vacía, cerró la puerta detrás de él haciendo uso de hechicería y oscureció las puertas de cristal.

—De acuerdo —dijo él—. Está bien. Lo comprendo.

—No estoy muy segura de ello. De Kopil lo entiendo. Este caso saca a flote una historia muy mala para él. Pero tú no tienes excusa.

—No tiene nada que perder más que su orgullo. —Batac echó un vistazo por encima del hombro, a pesar de que la habitación estaba vacía—. Sé qué parece esto y odio que sea así. Yo crecí en el Skittersill. Mi familia y yo estamos mejor que la mayoría de los que empezaron viviendo allí, pero... el lugar es un desastre. Los alquileres son bajos, hay un elevado nivel de delincuencia. Los refugiados de Stonewood inundan las calles. Esas soluciones ayudarán. Tardé años en reunir a las suficientes personas con derechos de uso sólo para dar inicio a estas discusiones. Pero no todos en mi consejo están ahí por caridad. Tenemos especuladores. Cáteles inmobiliarios. Gente de las constructoras. Todos ellos buscan ganancias, y no me refiero a oráculos. Algunos pidieron grandes

préstamos para comprar derechos de uso en la tierra del Skittersill a fin de que este trato pudiese llevarse a cabo. Si vuelvo con ellos... —señaló la puerta; su mano temblaba—, si vuelvo con ellos y les digo que tengo algunas de las cosas que queríamos pero no las suficientes como para que esto haya valido la pena para ellos, lo dejarán y huirán. Yo habré fracasado, pues todo esto habrá sido para nada. A ti te pagan por tu tiempo incluso si estas negociaciones se van a la mierda. En cuanto a su majestad allí, en la sala de juntas, él es dueño hasta de la maldita agua. ¿Qué está arriesgando él?

Al terminar su diatriba, respiraba con dificultad, y se veía tan seco como un árbol en invierno. Un invierno del norte, añadió Elayne en su mente. A los árboles de Dresediel Lex nunca se les caían las hojas.

—Tienes miedo.

—¿Miedo? —Su risa sonaba forzada—. Tengo responsabilidades.

—Tu mejor alternativa para un acuerdo es bastante mala.

—Sí.

—Puedes culpar a los manifestantes. O al Rey de Rojo. Puedes culpar a la jueza, a mí, o a ti mismo si así lo deseas, pero, culpes a quien culpes, la situación no cambiará. Necesitas un mercado inmobiliario libre. De acuerdo. Entonces, tu mejor opción es dedicarte al proceso. Trabaja con las personas de la plaza Chakal. Decide lo que tu consejo puede ofrecer, porque u obtienes lo que quieres por medio de este proceso o no obtienes nada.

—¿Qué ha pasado con eso de «si no están siendo razonables, no tenemos que negociar con ellos»?

—Están siendo razonables —repuso Elayne—. Si se derrumban en la mesa de negociación, tenemos opciones, pero ese plan no es mucho mejor que la idea de subirse a un ring de boxeo con la esperanza de que tu oponente tropiece con sus propios cordones antes de que empiece el combate. ¿Terminamos?

Él asintió.

—Tú has programado la alarma.

—Era eso o sacarte a rastras de la sala con un pretexto peor.

—Eres una mujer astuta, Elayne.

—Los trucos básicos no son muy astutos que digamos —dijo ella—. Y trato

de no depender mucho de la teatralidad. Pero a veces los fines justifican los desagradables medios.

Deshizo el hechizo que oscurecía las paredes de cristal y las ventanas. Regresó la luz del sol, y la vista de Dresediel Lex más abajo y a lo lejos del rascacielos.

—De acuerdo —dijo él, y de nuevo—: De acuerdo. Vamos a trabajar.

La energía y la masa doblaban el tiempo y el espacio, eso era lo que enseñaban en las Escuelas Ocultas. Así pues, no era de extrañar que la reunión pareciera haber durado una eternidad. Tan Batac jugó limpio, pero los asuntos eran complicados y las minucias demasiado minuciosas. Elayne hizo aportaciones a la determinación de ambas partes hasta que, mucho después de la puesta de sol, empezaron a tambalearse sobre el borde de un acuerdo. Tan Batac estaba afónico, y el plato de pastelitos totalmente vacío. La sala de reuniones olía a loción para después del afeitado y a desodorante extrafuerte.

Sin embargo, Elayne casi se sorprendió cuando la puerta se abrió para dar paso a June, su asistente. Había olvidado que la puerta servía para otra cosa que no fuese separarla de la libertad. June esperó a que el Rey de Rojo terminase con su diatriba sobre las estructuras de propiedad; cuando el esqueleto acabó, Elayne propuso un descanso de quince minutos, y trató de no mostrar alivio al marcharse.

Cerró la puerta de la sala de reuniones como si encerrase toda la maldad del mundo detrás de ella y avanzó por el pasillo con June siguiéndola.

—¿Va bien la reunión, señora?

—Aún no he matado a nadie. Eso ya es algo.

—El matadero está ahí si lo necesita.

—Ojalá pudiera. —Se detuvo frente a una ventana con vistas a la cresta de Drakspine—. Estaremos bien.

—Claro que sí, señora.

—¿Qué querías? ¿O sólo has venido a rescatarme?

—Tiene una visita abajo. Una tal señora Paxil —dijo con acento en la primera sílaba; el nombre del clan, en vez del apellido. June había vivido en Dresediel Lex durante diez años, pero en muchos aspectos seguía siendo muy extranjera.

Las luces de los palacios que se encontraban sobre las colinas brillaban en la distancia. Probablemente, Batac era dueño de alguna villa por allí.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—Los empleados de seguridad están listos; la señora Paxil no tiene cita, y no va vestida para una reunión de negocios, que digamos. Pero tenía su nombre, así que he pensado que debía comprobarlo.

—¿Ha llegado sin más y ha preguntado por mí?

—Asegura que un tal Temoc la ha enviado. Puedo pedirles a los de seguridad que la acompañen a la salida.

Con cuchillos. No, no precisamente. Los demonios no necesitaban cuchillos.

—Bajaré enseguida.

Elayne descendió por el puente de arcoíris desde el rascacielos hasta la pirámide que se encontraba debajo del mismo, donde se hallaban las oficinas de Kelethras, Albrecht y Ao. Pocos hechiceros trabajaban allí, así que estaban lejos de la luz de las estrellas que era su sustento; pero, puesto que las propiedades eran más baratas en suelo sólido, relegaban las tareas administrativas a la pirámide. Comparado con el rascacielos, ese lugar no era gran cosa, pero al menos la recepción ofrecía cierta majestuosidad: sofás sin respaldo, mesas bajas de cristal y pinturas abstractas que colgaban de las paredes, que eran casi del color de la piel humana curada.

Chel estaba sentada en un sofá, leyendo *El taumaturgo*. Había demonios a su alrededor, figuras tenues destellando en el aire. Las vidriosas mandíbulas se rozaban una con otra. Los talones en forma de garra amasaban el vacío como si éste tuviese textura, y tal vez así era, para ellos. O tan sólo se encontraban precalentando, aguardando la oportunidad de mostrar su talento homicida.

Por supuesto, no era que en Kelethras, Albrecht y Ao tuviesen la costumbre de matar a cualquier persona que llegara sin cita. Se habían hecho sugerencias similares en juntas directivas, pero Elayne estaba bastante segura de que Belladonna Albrecht sólo bromeaba al proponerlo.

—La señora Paxil, me imagino.

Chel cerró la revista y se puso de pie. Ignoró enfática y claramente a los demonios que la rodeaban.

—Elayne... ¿O debo decir «señora Kevarian»? Me alegro de verte.

—Estás muy lejos de la plaza Chakal.

Un demonio siseó. Chel endureció la expresión de su rostro.

—Parece que hoy me toca a mí conocer a tus guardias.

—Revancha, es lo justo. Al menos, nadie te ha atacado aún.

—Y me alegro, estos tipos son mucho más peligrosos que yo.

—¿Cómo está el campamento?

—Creciendo. Han llegado otros cientos. Oyeron que el Rey de Rojo sería capaz de negociar, y todos quieren respaldar a un ganador. Esta tarde hemos tenido que ampliar el perímetro. Y los alcaides se han retirado al otro lado de la calle. Muy simple.

—No tan simple. —Elayne se volvió para mirar a los demonios—. Dejados a solas. —Una luz los recorrió mientras se desvanecían detrás de las paredes de color carne, dejando atrás sólo el eco de sus pisadas, de garras, tal vez—. ¿Temoc te ha enviado?

—Estamos listos para reunirnos con tu gente, si ellos vienen a nosotros. —Volvió la cabeza para observar la pared por la que los demonios habían desaparecido—. No confían en vuestro territorio. Y también dice que se apresuren. No está seguro de cuánto tiempo durará su apoyo.

Elayne recordó el argumento en perpetuo movimiento en la sala de reuniones que se encontraba arriba.

—No hay ningún problema —dijo, esperando que así fuera—. Visitaré el campamento mañana para preparar el terreno, y nos reuniremos al día siguiente.

—Gracias.

Chel tenía las manos calientes.

—De nada. —Elayne no la dejó ir—. ¿Cómo están las cosas por allí?

—Bien —respondió ella—. Tensas.

—De acuerdo. —Con un movimiento de hechicería, activó un círculo de invocación—. Un taxi te estará esperando abajo para llevarte de vuelta. O a cualquier otro sitio al que desees ir. Corre de mi cuenta.

—Gracias —dijo ella, y sonrió antes de marcharse.

Algo en su manera de andar le resultó extraño a Elayne. Mientras Chel se

acercaba a la puerta, se percató de que inconscientemente esperaba que la mujer llevara un maletín o, al menos, un bolso. Pero no, aparte de su camisa arrugada, unos pantalones rotos y unas botas desgastadas, Chel sólo llevaba su orgullo consigo.

Elayne subió por el puente arcoíris de nuevo, más sombrío ahora, y regresó a la sala de reuniones. Varias cabezas y sillas se giraron a la vez para mirarla, y varias tazas de café se detuvieron a medio camino de las bocas abiertas.

—Caballeros —indicó ella—, el campamento está listo. Es la hora.

A la mañana siguiente, una barricada de alcaides detuvo el taxi de Elayne a dos manzanas de la plaza Chakal. Caminó el resto del trayecto, dejando atrás opositores de mejillas caídas y periodistas con ojos de gavilán, más allá de la tienda de mando de los alcaides y una mesa en la que había café y bocadillos para los oficiales que estaban de servicio.

Varios centinelas rodeaban el campamento de la plaza Chakal, esta vez, todos en posición de firmes. Cada guardia llevaba un brazalete rojo, lo cual no le gustaba a Elayne. Tampoco le gustaba el hecho de que la recordasen.

Aunque sí apreció la escolta que le ofrecieron. El campamento había crecido. Círculos somnolientos de sacos de dormir, arboledas de carteles de protesta y efigies de esqueletos, iconos garabateados con rotulador, de dioses quechales muertos. Antes, todo se habría visto disperso, desde la perspectiva de alguien que observa el tablero de un juego de mesa, pero a medida que la plaza se iba llenando, habían ido asumiendo un orden orgánico. Elayne siguió rastros de juego por microclimas organizacionales en dirección a la fuente. Alguien había pintado una cara en su dios sin rostro.

Temoc se encontró con ella en un claro.

—Te has vuelto muy popular —dijo ella.

—No es por mí. Muchos han venido a apoyarnos. Chel —quien esperaba de pie detrás de Temoc, con cinco hombres que también portaban brazaletes rojos— ayudó a organizar la guardia.

—¿No la detuviste?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Les ha dado a estas personas una identidad para enfrentarse a los alcaides. Sabes tan bien como cualquiera lo peligroso que puede ser eso.

—No puedo estar en todas partes. —Señaló el claro con un movimiento de la

mano—. ¿Será suficiente este sitio?

—Necesitamos una tienda.

—A mi gente no le gustará eso. Desean que nuestras discusiones sean transparentes.

—Mis clientes arriesgan mucho al venir aquí. Quieren negociar, no jugar por los asientos baratos. Las negociaciones deberían ser privadas.

—Traeremos una tienda.

—Eso bastará. Y yo vigilaré este claro para evitar malas influencias.

—¿Qué quieres decir con *influencias*?

Levantó una mano y unas chispas destellaron entre sus dedos.

—Oh —dijo él.

—Es recíproco, desde luego. Kopil está envuelto en miedo, así como en carmesí, pero tu gente tiene su propio poder. Su fe ha cambiado la noosfera local para atraer más fe con la que alimentarse a sí misma. En combinación, hay demasiadas interferencias para un debate congruente. Por no mencionar a nuestros jugadores ocultos.

—¿A qué te refieres?

—Aún no sabemos quién publica esos periódicos, o cuáles son sus objetivos. Es mejor protegernos ahora que desear haberlo hecho más tarde.

Había muchos espectadores alrededor del claro, asomándose por los resquicios de las telas y alrededor de las paredes curvas de las tiendas.

—Tu encantamiento podría cambiar nuestras voluntades —señaló Temoc—. ¿Por qué debería confiar en ti?

—La palabra de una hechicera es su poder. Prometo proteger a ambos bandos por igual.

—Qué específico —dijo él, y sonrió: una grieta en el rostro del acantilado—. Entonces hazlo.

Elayne tocó el glifo que se encontraba sobre su corazón y sacó su cuchillo de trabajo. La hoja de fuego de estrellas destellaba. La oscuridad se extendió desde ella. Los glifos brillaban en sus sienes y en sus muñecas, y se vio a sí misma transformarse ante los ojos de Temoc de una amiga a un ser de luz y terror. Eso le dolía, aunque estaba acostumbrada a este dolor en particular. Los espectadores

retrocedieron, como era de esperar. El mundo de corazones que laten y aman, ese que nunca murió, quedó en silencio. Sólo se oían murmullos y el ruido del viento.

Había muchas maneras de prepararse para una reunión. Ésa era una de ellas.

Talló un círculo en las losas del suelo de dieciocho metros de ancho, con un espacio de unos cuantos centímetros en su circunferencia. Una vez establecido el contorno, inscribió los términos de la guarda en una escritura no nacida. El espacio dentro del círculo roto se calmó y se estabilizó. Con los ojos cerrados, Elayne pudo ver la marea verde que representaba la fe de la multitud romper alrededor del perímetro que había dibujado.

Los insatisfechos de Dresediel Lex observaron su trabajo. Muchos de esos hombres y mujeres nunca habían visto hechicería de verdad. Conocían sus artefactos y sus ecos: rascacielos formados por pedazos de cristal en las alturas, carruajes sin conductor, autobuses aéreos, opteras, demonios atrapados, médicos que atravesaban la piel de sus pacientes con las manos, y, por cada una de esas señales, miles más pequeñas y sutiles. La hechicería les decía a los comerciantes cómo abastecer sus estantes, y, debido a su poder, el agua corría por las tuberías soterradas de la ciudad. La gente vivía en una tierra hechizada, pero ese día, por primera vez, podían observar a una hechicera de verdad en acción.

Temoc cruzó los brazos, poco impresionado.

—Explica qué haces.

Ella apuntó con su cuchillo.

—Ese lenguaje define el espacio donde nos reuniremos.

—Acordamos reunirnos aquí. ¿Qué más queda por definir?

—Para empezar, dónde es «aquí».

—Estos pocos metros de la plaza Chakal.

—Hace diez segundos, estos pocos metros de la plaza Chakal eran varios cientos de millones en la órbita de nuestro planeta. Han viajado mucho más en relación con el centro galáctico.

—Sabes a qué me refiero.

—Sé a qué te refieres, pero la hechicería sólo sabe lo que yo le digo. Es por

eso por lo que usamos círculos. La geometría es fiable. La mayor parte del tiempo, un punto puede estar o dentro de una esfera definida por un gran círculo determinado, o fuera.

—¿La mayor parte del tiempo?

—La geometría es complicada. Es por eso por lo que he añadido el lenguaje en espiral: para establecer el hecho de que yo estoy manteniendo a raya la esfera descrita por este gran círculo, de acuerdo con la interpretación de un círculo siguiendo el quinto postulado estándar de la geometría espacial.

—¿Eso no es algo irreal?

Ella lo miró de reojo.

—El quinto postulado estándar ni siquiera es factible en la superficie de una esfera, pero nosotros definimos que es real para el propósito que nos concierne en este momento. —El sol descendió, incluso a través de las sombras retorcidas producidas por su hechizo—. ¿Alguien podría traerme agua?

Temoc le hizo una seña a uno de los que llevaban brazaletes rojos, que regresó con una cantimplora. Ella la aceptó con un agradecimiento y la cogió con cuidado de no tocar su mano. Desde la punta de sus dedos, se extendió un poco de escarcha por el metal. Bebió hasta que sus labios congelaron el agua que había en el interior, luego dejó a un lado la cantimplora llena de hielo.

Rodeó su primer círculo con otro, también abierto, para atar y limitar el espacio resguardado.

—¿Por qué desaparecen algunos símbolos?

—Se quedan donde los tallo. Pero no siempre tallo sobre roca.

—¿Sobre qué, entonces?

—Espacio hipotético, donde habita la guarda. No creamos una nueva guarda cada vez que lo necesitamos, es más fácil utilizar formas preexistentes. Esas líneas conectan el círculo con una guarda que creamos hace décadas, que nos retirará —hizo una mueca de dolor mientras cortaba una violenta herida en la tela de la realidad— de la plaza. De este modo, no tengo que luchar directamente contra la fe de la multitud. En vez de eso, establezco que el espacio dentro de estos círculos no es parte de la plaza Chakal, de modo que las creencias de tu gente sobre la plaza no interfieran con nosotros. —El último corte siempre era el

más difícil, cuando la fatiga debilitaba la voluntad. Listo. Se puso de pie, se sacudió el polvo de los pantalones con la mano y reacomodó el pliegue—. Una gota de sangre de cada uno de nosotros y habré terminado.

Él no hizo ni una mueca de dolor cuando ella cortó entre sus cicatrices. La piel resistió más de lo que debería, pero al final corrió la sangre. Ella la atrapó con hechicería, un globo rojo flotando en el aire, sacó una gota de su propio brazo, las mezcló, hizo que su hoja fuese larga y curva como el cepillo de un calígrafo y, después de ponerse de rodillas, pintó para cerrar los círculos. La sangre humeó y se hundió en la roca. Debajo del mundo iluminado por la luz del día, grandes engranajes y contrapesos se movieron. Runas circulares y curvadas, líneas de telarañas, todas brillaron por un glorioso y aterrador instante.

Elayne no parpadeó, pero alguien lo hizo, en alguna parte, y la luz se extinguió. Ella atravesó el círculo sin tambalearse. Después de décadas de pasar de un mundo a otro, uno encontraba su equilibrio rápidamente.

El resto de su trabajo era mundano en comparación: formatos y comida, seguridad y la duración de los descansos para ir al baño. Comieron después, Temoc, Elayne y Chel, un pesado y abundante almuerzo de cerdo asado y arroz que les fue servido por brazos-rojos, cortesía de los Kemal. Temoc no mencionó a Mina ni a Caleb. Elayne tampoco lo hizo. Sin embargo, estaban presentes, sin ser invocados, en el silencio.

A pesar de todas sus cicatrices y su fuerza, pensó ella, Temoc necesitaba su propia guarda alrededor de la plaza Chakal, o alrededor de su corazón, o alrededor de aquel patio con flores de cactus y mosquiteras y el niño que hacía un solitario en el suelo.

Después de comer, Temoc y Chel la escoltaron al borde de la plaza. Estaban cerca de la frontera cuando se desató la pelea.

Primero oyó el grito, seguido por maldiciones en bajo quechal, y el sonido de puños golpeando carne. Temoc se movió rápidamente. Chel corrió detrás de él y Elayne los siguió, llegando casi demasiado tarde para ver.

Una multitud trataba de separar a dos pares de hombres quechales. Había un chico tirado entre ellos, sujetándose la pierna. La llegada de Temoc impactó a

todos excepto a los camorristas, que se encontraban demasiado involucrados en su disputa como para darse cuenta. Uno se aprovechó de la sorpresa de su captor para forcejear y liberarse. Su brazo se disponía a golpear...

Pero se detuvo.

Temoc había agarrado al hombre de la muñeca. El brazo del atacante se dobló en un ángulo extraño, y él soltó un alarido de dolor. El sacerdote lo atrapó antes de que cayera.

—¿Qué pasa aquí? —dijo Temoc.

Uno de los hombres de la derecha gritó en bajo quechal y señaló al chico que yacía en el suelo. Temoc respondió, serio, despacio y calmado.

Ninguno de los dos vio a los alcaides que estaban cruzando la calle ni a los brazos-rojos que bloquearon su camino, con los hombros cuadrados y las mandíbulas sobresalientes.

—¡Atrás! —les gritó Chel, pero los brazos-rojos no la escucharon.

Uno de los alcaides sacó su porra.

Elayne se movió sin moverse.

Una sombra brotó del suelo y fuertes vientos separaron de un golpe a los brazos-rojos y a los alcaides.

Elayne levantó a uno de los brazos-rojos dos metros en el aire y pasó por debajo de él en dirección a la calle. La hechicera destellaba, cubierta por la luz de los glifos. Los alcaides retrocedieron ante ella y alzaron sus armas con la incertidumbre de zorros enfrentándose a un oso.

Ella permitió que sus sombras se desvanecieran. La escarcha de las piedras se convirtió en vapor. La luz del sol se escabulló como un perro con el rabo entre las patas.

—No hay ningún problema aquí. —Hizo flotar una tarjeta de presentación hasta ellos—. Trabajo para el Rey de Rojo. Un chico ha tenido un accidente y se ha hecho daño. Llamad a un médico.

Elayne se reflejaba en sus ojos en blanco.

—Necesitamos comprobarlo en persona.

—Entonces, sígueme —dijo ella—. Sólo tú. La situación es tensa.

El oficial hizo una seña a sus compañeros para que retrocedieran y siguió a

Elayne. Un gigante cubierto de cicatrices con un brazalete rojo les cortó el paso. Elayne estaba a punto de mover al gigante cuando Chel lo agarró del brazo.

—Zip, no.

Se hizo a un lado.

El estruendo de relámpagos distantes siguió al alcaide entre la multitud. Temoc se volvió para recibirlos.

—Aquí no se ha cometido ningún delito.

—Yo juzgaré eso.

—El chico se ha caído —explicó él—. Este hombre lo empujó accidentalmente y se rompió la pierna. Estos dos son sus padres. El incidente resultó en una pelea. Nada más.

El hombre pasó junto a Temoc para dirigirse a los hombres.

—¿Todo eso es cierto?

Las venas del cuello de Temoc sobresalían, pero no dijo nada. Elayne estaba maravillada de ver su autocontrol, aun estando al límite.

Los alcaides empujaron una camilla entre la multitud. A Elayne no le gustó el hecho de que la camilla llegase tan rápido, porque eso significaba que esperaban que hubiese problemas. Nadie quería presentar cargos mientras Temoc los observaba. El muchacho y sus padres fueron con los alcaides, y el sacerdote se volvió para echar una mirada a los camorristas que los dejó pálidos.

No obstante, Elayne podía ver el miedo bajo la ira de Temoc. Ésa podría haber sido la gota que colmara el vaso. Una pelea entre brazos-rojos y alcaides se habría extendido e incendiado toda la plaza.

Se llevó consigo el miedo al marcharse. Y también se llevó una página de periódico que encontró cerca del lugar de la pelea, en la que había un bosquejo de la plaza Chakal debajo de un titular con tan sólo una palabra: REVOLUCIÓN.

En el corazón de la pirámide de oficinas de Kelethras, Albrecht y Ao, había un golem sentado en una silla de acero detrás de un escritorio de acero en una habitación con las paredes de corcho. El golem bebía de una taza de café humeante a través de una pajita. A su alrededor, brillaban estrellas falsas: la luz fantasmal de la lámpara de su escritorio se reflejaba en unas tachuelas y proyectaba impresiones alquímicas en la pared. Había hilos y alambres que conectaban muchos alfileres y muchas fotografías: un puente en Shikaw; el miembro de una tribu de Gleb del Sur desangrándose después del ataque de un león, con las garras marcadas en su espalda; una adolescente con un vestido de flores con el cuello y los puños de encaje que observaba, con el ojo derecho, la reproducción de una pintura *schwarzwald* de más de un siglo y medio de antigüedad (una familia de pie frente a un castillo en las profundidades de un bosque); tres ancianos con barba; una pequeña mujer redonda tallada en marfil, y un hombre joven con una camisa ondeante y una sonrisa tan torcida como la hoz de un viejo druida. De ese hombre, partían veinte líneas más desde la curvatura de su sonrisa; algunas se entretejían de vuelta a Shikaw y el puente, y otras se dirigían a tierras aún más lejanas y a otros trozos de hilo entrelazados. Miles de fotografías, y ésta era sólo la capa superior: había más debajo de ellas, más imágenes que se habían desteñido tiempo atrás; en algunos casos, el hilo estaba muy podrido y había sido reemplazado por alambre.

En la habitación revestida de corcho, el golem trabajaba deprisa y en silencio. Tenía cuatro brazos, y con sus extremidades superiores levantaba periódicos en múltiples idiomas de una pila junto al escritorio, mientras pasaba las páginas con sus gruesos manipuladores. Con las extremidades inferiores, que tenían dedos de tijera, recortaba partes del periódico de su contexto: fotografías, líneas de texto, un fragmento de tres palabras de un anuncio de caramelos de menta para el

aliento. Sus lentes se realineaban para leer. Después de unos cuantos minutos, el golem hacía una pausa para tomar café, o para darle una calada al cigarrillo que se consumía en el cenicero. De la punta del mismo se alzaban finas hebras de humo que se enroscaban en el techo, un dragón reflexionando sobre el tesoro de papel. Tan sólo el trabajo de aquella tarde ya había producido una pila de recortes de diez centímetros. Engranajes en movimiento, pistones que bombeaban, el enrollado y desenrollado de mecanismos y resortes, interruptores que se encendían y se apagaban, todos entremezclados en el balbuceo de un arroyo mecánico entre un bosque de metal. Y, debajo de todo, siempre, estaba presente el sonido de las tijeras cortando el papel.

—Zack —dijo Elayne desde la puerta una vez que hubo esperado suficiente tiempo—, tengo algo para ti.

Los cortes, así como todo otro movimiento visible, se detuvieron. El arroyo mecánico siguió goteando.

Ella caminó hacia su escritorio. Unos ojos muertos la observaban desde el recorte situado en lo alto de la pila. Una mujer con la garganta rajada. Elayne no pudo leer el pie de foto escrito con glifos antiguos del Imperio Brillante.

—No puedes añadir tantos recortes cada noche. A estas alturas, podrías forrar la habitación entera con todos estos papeles.

Se oyó el sonido de la cuerda de un reloj cuando el escudo de la cabeza de Zack giró a la derecha y se inclinó hacia atrás para volverse a mirarla. Las lentes se realinearon para enfocar la mirada y, mientras se ajustaban, ella pudo ver la caldera dentro de él.

—Edito. —Era como la voz de un chelo, la música de las cuerdas transformada en palabras por medio de procesos que no alcanzaba a entender. Sus calificaciones en clase de golemétrica, que involucraba demasiados demonios para su gusto, habían sido sólo pasables. No era que Elayne tuviese algo en contra de los demonios *per se*, pero sus conversaciones con ellos a menudo le recordaban un chiste malicioso en el que ella misma era el remate. Tal vez los demonios sentían lo mismo.

Zack levantó los recortes que tenía en un brazo manipulador.

—Primer corte, lo más relevante de las noticias del día. Así que creo ahora.

Procesamiento inicial completo, comparo. ¿Ejecución de Pandilla Lotus o incursiones de Grimwald en el territorio del Imperio Brillante? El método sugiere Khelids, un culto a la muerte dhistra del siglo XVIII, aunque estudios más recientes indican que los Khelids eran en realidad una tapadera para los intentos de los sacerdotes ocupacionistas camlaander de reconsagrar el territorio de Dhistra a la Reina Inmortal y la Eterna Monarquía.

—O alguien acuchilló a la chica porque tenía algo que ellos querían. O era algo que ellos querían.

—Por consiguiente: edición. ¿El nuevo contenido concuerda con patrones emergentes?

—¿Aceptar hechos que concuerdan con la teoría y desechar aquellos que no? Entrecerrar su abertura para él era como entrecerrar los ojos.

—Una muerte puede ser una muerte, o una advertencia temprana de una amenaza existencial o un problema fuera de contexto. Nada ocurre de manera aislada. La perdición del mundo ondula de ida y vuelta a través del tiempo. — Esa última palabra fue como un acorde vibrante—. ¿Has venido a burlarte de mis métodos, Elayne?

—He venido a pedirte ayuda.

—Tienes protocolos extraños para pedir ayuda.

—Te gustará esto. —Desdobló la hoja del panfleto y la sostuvo frente a sus lentes.

Clics y realineaciones, el chirrido de una aguja sobre una rueca.

—Un simple panfleto propagandístico. Este asunto político no tiene ninguna importancia para mí.

—¿Un ejército que se está formando en el Skittersill no tiene importancia?

—No tengo una vida útil definida —dijo él—. Y tú tampoco la tendrás, una vez que te deshagas de tu coraza de piel. Ambos somos difíciles de matar. Los mayores peligros para nosotros son peligros al sistema de nuestro mundo. Por tanto, podemos dividir todas las amenazas en dos tipos: globales-existenciales y triviales. Las amenazas triviales no merecen que gastemos tiempo ni pensamiento. Esta protesta no amenaza la coherencia fundamental de la realidad. No es importante.

—¿Y si causa un brote de demonios?

—No lo hará. Hay demasiados encargados centrales que no ganarían nada con una destrucción extendida. Incluso si así fuera, dichos eventos pueden contenerse, podríamos perder Dresediel Lex, pero no el planeta.

—Los accidentes ocurren.

—Por naturaleza, los accidentes son obstinadamente resistentes a la prevención. No se puede decir lo mismo de las amenazas conscientes. Esta protesta puede ser un inconveniente para nuestros clientes, pero no es relevante para mi trabajo extracurricular.

—¿Y si te dijera que alguien ha estado imprimiendo y distribuyendo estos libelos por todo el Skittersill, de manera gratuita, desde antes de que los detalles de nuestro trabajo en las antiguas guardas se hiciera público? ¿Y que nadie sabe quién los imprime o qué intención puede tener?

Zack cogió el papel, un arco de guadaña en el aire, y éste desapareció. A Elayne le picaron las yemas de los dedos con su rápida partida. El golem aplanó la hoja de papel y escaneó su página delantera con sus lentes y sus dedos con punta de cuchillo. La cara-escudo se abrió, revelando un bosque de cables, lentes y mecanismos hidráulicos. Las piezas de los ojos se convirtieron en telescopios para una mayor ampliación, y unas lentes secundarias rotaron hasta ajustarse.

—¿No hay más pistas?

—Ninguna.

Un zumbido monótono fue el único reconocimiento que le otorgó. Claro, ningún asentimiento era posible mientras Zack estuviera tan cerca del papel. Sin mover la cabeza, por medio de su cardán giroscópico, cogió una carpeta del estante inferior que estaba junto al escritorio, hojeó sus páginas con sólo tocarlas y encontró una sección que pareció satisfacerlo. Fue entonces cuando retrajo sus ojos y cerró su cara.

—Toma. —Le tendió la carpeta.

—Hermanos Garabaldi: Impresión y Grabado.

—La tienda que creó este panfleto. Un negocio familiar en Vale. ¿Tienes más muestras?

—No.

—Qué lástima. Es poco probable que el objeto de tu investigación haya usado una sola impresora. La combinación de fuentes preserva el suministro y el anonimato. Aunque el anonimato requiere esfuerzo. ¿Cuánto esfuerzo crees que está dispuesto a emplear esa persona?

—No tengo ni idea —dijo ella—. ¿Cuánto te debo?

Él le devolvió la hoja de periódico.

—Cuéntame qué patrón emerge. Podría tener alguna repercusión en mi trabajo.

—Lo haré —asintió ella—. Zack.

—¿Sí?

—¿Qué haces cuando te topas con un problema fuera de contexto?

Él inclinó la cabeza a un lado.

—Depende.

—¿De qué?

—De la forma de la amenaza —repuso—. *Amenaza* es otra palabra para «cambio». *Statu quo ante* no es siempre preferible frente a cualquier cambio. Piensa en el chico iskari que detuvo la fuga de la presa con el dedo: una imagen romántica pero inútil. Si uno va a desempeñar otro papel, uno debe estar abierto a un cambio drástico. La clase de mundo que algunos cambios a gran escala podrían traer puede ser preferible al que habitamos actualmente.

—¿Alguna vez te has topado con una amenaza así? ¿Una amenaza preferible?

Con un gesto, señaló la pared, hacia la red de posibilidades.

—De ser así, ¿estaría trabajando aquí?

—Gracias —dijo Elayne, y se marchó, a pesar de que no había respondido a su pregunta.

Detrás de ella, el golem volvió a su trabajo. El río de metal corrió de nuevo por el bosque de metal, y un dragón de humo se enroscó contra el techo.

Temoc hizo ejercicio en el patio antes del amanecer: sentadillas de una pierna con peso, dominadas, flexiones con palmada y un puente que sostuvo hasta contar hasta cien. Cuando terminó, se colocó de rodillas en dirección al este y sacó su cuchillo. Revisó la hoja de cristal negro como lo hacía cada mañana y vio que estaba afilada. El borde era lo suficientemente fino como para que la luz pasase a través de él.

—Te has levantado temprano.

Mina llevaba una bata blanca de felpa y estaba descalza.

—No podía dormir —respondió él—. ¿Cuánto tiempo llevas mirando?

—Lo suficiente como para echar un buen vistazo —dijo ella con una sonrisa que a él le recordó a las noches bajo el cielo del desierto—. ¿Hoy es la reunión?

Temoc asintió.

—El Rey de Rojo. Tan Batac. Ambos en nuestro campamento, para hablar. Incluso podría funcionar.

—Llevas puesta tu cara de pensamientos profundos.

—Siempre piensas eso.

Mina caminó hacia él, lo cogió del brazo y apretó.

—Cuéntame.

—Caleb. —Ni él mismo sabía lo que iba a decir hasta que pronunció el nombre de su hijo—. Cuando tenía su edad.

Mina olía a sueño, y su bata olía a ropa limpia.

—Cuando tenías su edad, el mundo era un lugar distinto.

—Cuando tenía su edad, me gané mis cicatrices. Me han mantenido a salvo.

—No contra esto. —Recorrió su piel con las uñas, dejando marcas blancas que se desvanecieron enseguida. Temoc se sentía indefenso teniéndola tan cerca. Vulnerable, atado. A pesar de ello, le gustaba el sentimiento, aunque todo

instinto de antiguo guerrero en su cuerpo se rebelaba en su contra—. Tienes miedo, así que estás contemplando varias posibilidades. Lo entiendo. —Deslizó las manos por su pecho. Las arrugas en la comisura de sus ojos se hicieron más profundas. Ella sabía leerlo como si fuese un texto extraño en un pergamino familiar—. Está bien.

Él dio un paso atrás.

—Si esta reunión sale mal, me convertiré en un objetivo. Al igual que tú.

—Puedo cuidarme sola.

—Caleb no tiene cicatrices que lo ayuden.

—Ésa es la idea. Que él pueda ser el dulce niño que ninguno de los dos fue.

—Pero si fallo...

—No fallarás. —Ella lo besó en la mejilla.

—Estabas preocupada antes.

—Aún lo estoy —dijo Mina—. ¿Te importa si te psicoanalizo un poco?

—No.

—Creciste lo suficientemente bueno como para querer ayudar a los demás, y lo suficientemente fuerte como para hacerlo. Eso no tiene nada que ver con las cicatrices que tu padre te hizo, sino con el hombre que las tiene. Pero tú no lo sabes. Tienes miedo de lo que podría pasarnos a nosotros si llegara a pasarte algo a ti, y ya que la bondad, la fuerza y las cicatrices están enredadas en tu mente, te preocupas de que no hayas hecho lo mejor por Caleb porque no le has causado cicatrices. Pero nuestro hijo será bueno y fuerte sin toda esa mierda que tu padre te hizo, o la mierda que mis padres me hicieron a mí. Mi esposo está a punto de lograr la paz con el Rey de Rojo. Estoy orgullosa de ti.

—Te amo —dijo él.

—Claro que me amas.

Se besaron otra vez. Él la levantó y ella rio. El beso de su esposa permaneció en sus labios y su peso en su brazo.

Más tarde, mientras estaba de pie frente a su congregación en la plaza Chakal, con la hoja de su cuchillo levantada, el sacrificio atado en el altar, ella seguía con él. Pero los cánticos se elevaron hasta llegar al clímax, su cuchillo bajó, la

empuñadura golpeó el esternón como una mano sobre un tambor, y en medio de ese movimiento y del júbilo exultante que le siguió, la perdió.

La mañana de la reunión, la calle Bloodletter estaba acordonada a lo largo de varias manzanas. Los alcaides movieron unas barricadas de madera amarillas para permitir que pasara el carruaje del Rey de Rojo; al bajar, Elayne se encontró en un puesto de mando de campo muy similar a los que recordaba de las Guerras. Las camillas apoyadas en una pared y una estación de primeros auxilios cerca. Los alcaides marchaban o corrían de un lado a otro. Hasta donde podía ver, ninguno iba armado, más allá de sus porras. Un alivio. Aunque, si se llegaban a necesitar armas, dudaba que tardaran en conseguirlas.

Los couatls volaban en círculos sobre ellos. Un ayudante corrió para llamar al capitán de los alcaides, que se acercó con su cara sin rostro, de un plateado brillante, al igual que las del resto; era imposible identificarlos de no ser por su estatura, su forma y el número estampado en su insignia en forma de cráneo carmesí. El Rey de Rojo llevó a un lado al capitán y habló con él en voz baja.

Junto a Elayne, Tan Batac estaba encogido: las manos en los bolsillos, los hombros encorvados y la cabeza gacha.

—¿Nervioso? —preguntó ella.

—Es un día importante.

—Todo irá bien. Estas personas quieren hablar.

—Estas personas quieren mi cabeza en una pica, y el resto de mí acomodado en alguna parte como advertencia para todos los transeúntes.

Ella rio entre dientes.

—Escúchalos. —La plaza Chakal cantaba. Desde esa distancia, las palabras se fundían hasta convertirse en un ritmo oceánico sin significado—. Nosotros se lo dimos todo a esas personas. Hay fortunas en el Skittersill debido a mí, debido a mi familia. —Batac golpeó su pecho con fuerza. Un sonido vacío. Su mano

regresó de prisa a su bolsillo, como sobresaltada por el ruido—. Tratamos de hacer un palacio de este lugar, y ¿qué es lo que obtenemos a cambio?

—Esas personas están furiosas porque piensan que las has ignorado. Su ira disminuirá a medida que trabajéis juntos.

—Vendrán a por mí. Espera y verás.

Kopil volvió junto con el jefe de los alcaides y dos auxiliares que los acompañaban.

—¿Tan sigue dándole vueltas a su muerte inminente?

—Eso no es gracioso.

El esqueleto esbozó una gran sonrisa, por supuesto.

—Esperemos que esta reunión de paz salga mejor que la anterior.

La última: las Guerras de los Dioses. La cumbre fallida antes del ataque final en Dresediel Lex. Las fuerzas de liberación se acercaron a la reunión con las cicatrices que les habían dejado años de guerra; la propia Elayne, de diecisiete años por aquel entonces, había sufrido visiones de pesadilla de seres con espinas dándole caza en las profundidades de la selva. Cargaban sus pérdidas consigo para reunirse con los reyes-sacerdotes cubiertos de oro de Dresediel Lex que se dignaban concederles audiencia. La reunión había sido un fracaso desde el minuto uno, pero pasaron varios días antes de que alguien se diera cuenta.

—Esperemos —dijo Elayne.

Kopil se crujió los nudillos.

—Todo irá bien. El buen capitán Chimalli, aquí presente, ha ordenado que una escolta de alcaides nos acompañe. —Se suponía que nadie debía conocer los verdaderos nombres de los alcaides, pero obviamente él los conocía, y obviamente los usaba.

—Espero que tu gente pueda controlarse —dijo Elayne—. Ayer estuvieron a punto de entrar en el campamento a la fuerza para poner fin a una pelea.

—Envío a los mejores con ustedes. —La voz del capitán Chimalli era más aguda de lo que sugería su corpulenta figura, más fina, con un acento que Elayne no lograba identificar. Ella siempre esperaba que las máscaras cambiaran las voces de los alcaides, de algún modo, pero no lo hacían—. El teniente Zoh está a cargo, apoyado por el sargento Chihuahac. —Señaló a cada uno al mencionarlos.

Más nombres: un privilegio otorgado por conveniencia. Al menos, era mejor que números.

Zoh parecía más una pared que un hombre, una característica que, en tiempos prehistóricos, habría permitido establecer su reinado sobre el resto de la tribu, después de arrojar al monarca anterior por un acantilado. Golpeó los talones al saludar, y sus zapatos estaban tan bien lustrados que brillaban como espejos. Chihuac parecía más prometedor: uno setenta con sus botas de combate, fuerte y sólido. Elayne no confiaba en ninguno de los dos, lo que decía más de ella que de ellos. Incluso durante las Guerras, había visto idiotas violentos en cada uniforme.

—¿Entendéis cuál es vuestro papel?

—Preservar el respeto —dijo Zoh—. Proteger. Para ponerlos a salvo en caso de que esto estalle.

—Yo puedo protegerme solo —repuso Kopil—. Pero el poder es algo curioso: la gente suele olvidarse de que lo tienes si no lo aparentas. No recurráis a la fuerza bruta a no ser que nos ataquen primero. Necesito seres perfectos a mi lado en el día de hoy, no hombres.

Zoh saludó otra vez.

—Y cuidado de Tan Batac. Es más propenso a accidentes que Elayne y yo.

Batac lo fulminó con la mirada, pero mantuvo su tono de voz civilizado:

—Gracias.

—Muy bien —dijo Kopil—. Ahora, llevadnos con mi gente.

El ruido empezó a aumentar conforme se fueron acercando. Las oleadas de cánticos y protestas los cubrieron por completo, cargando consigo el hedor de miles de personas amontonadas, un olor a sudor rancio, a esperanza y a ira fresca. Incluso aunque sabía qué podía esperar, Elayne perdió la respiración por un instante al ver a la multitud caleidoscópica, sus colores vibrantes y su tamaño. Alzaban carteles, desplegaban pancartas y entonaban viejas canciones.

Le había dicho a Temoc cuándo debían esperar la llegada del Rey de Rojo y desde qué dirección aparecería. Ahora, formados e indómitos, la gente del Skittersill observaba cómo su señor simbólico se acercaba.

Los alcaides formaron un círculo alrededor de Kopil, Batac y Elayne, con

Zoh al frente. El Rey de Rojo rebasaba en estatura a su escolta, lo que habría preocupado a Elayne si alguna de las armas que la multitud pudiese poseer fuese capaz de dañarlo. Su cráneo no contenía cerebro, y los huesos no eran más que otra ancla que unía al hombre, muerto desde hacía mucho, con la ciudad que gobernaba. La corona en su frente brillaba con un tono oro carmesí.

Los brazos-rojos que se encontraban frente a ellos se hicieron a un lado para revelar un corredor que conducía al campamento, acordonado por más brazos-rojos cuyos codos estaban unidos para resistir la presión de la multitud. El camino era lo suficientemente amplio para su grupo, y estaba vacío salvo por restos de basura y un cartel roto boca abajo. Los miles de personas reunidas se los quedaron mirando.

Entraron en la boca del lobo. Elayne se regañó a sí misma, en silencio, por ver a la multitud como un solo animal insensible, por permitir que el miedo de Batac la contagiara. Había estado allí antes y había salido sin un solo rasguño.

Pero nunca con el Rey de Rojo.

Mientras caminaban, el ruido iba disminuyendo, o un silencio más profundo lo bloqueaba.

Los pies huesudos de Kopil golpeaban los adoquines tres veces con cada paso.

Se encontraron con Temoc al final del camino, frente a una tienda verde. Chel aguardaba a su lado. No había gastado los poderes de la mañana: las cicatrices tenían un brillo verde debajo de su ropa. La última vez que había visto al Rey de Rojo, habían luchado en el aire, por encima del cuerpo de un dios moribundo.

Elayne se volvió para mirar a Kopil, pero el rostro de un esqueleto recibía todo cambio con el mismo humor negro.

Detrás de Temoc se encontraban los líderes que había prometido: los Kemal, Bill con una barba descuidada y Kapania con el cabello recogido bajo un pañuelo estampado. El Mayor acechaba cerca de ellos, flanqueado por una mujer redonda y un tipo delgado con el pelo canoso y un bastón negro. Había un tercer hombre de pie junto a la tienda, con tachuelas de plata en la muñeca y cicatrices en el cuello y en la frente: un zombi de deudas, liberado.

Seis, y con Temoc eran siete, un número apropiado para hacer hechicería y,

aun así, muy pocos para representar a esa multitud. Aunque, claro estaba, el Rey de Rojo representaba a los catorce millones de Dresediel Lex, y a los cien millones de almas en los bancos de la ciudad, en los cuales ese campamento desaparecería como una gota de tinta en el Pax. Incluso Tan Batac representaba al Skittersill, a la comunidad a la que, técnicamente, pertenecían esos descontentos.

Sin embargo, esos catorce millones no estaban allí. La multitud estaba allí.

Temoc se acercó al Rey de Rojo. Chel lo siguió, con aire orgulloso. Su brazo portaba una banda de color carmesí. Su mirada se encontró con la de Elayne, pero su expresión se mantuvo impassible.

El teniente Zoh le bloqueó el paso a Temoc; le sacaba media cabeza de estatura al sacerdote, aunque no era tan macizo y, desde luego, no brillaba. Temoc se topó con la mirada plateada del alcaide.

—¿Has venido hasta tan lejos para esconderte detrás de tus hombres, Kopil?

—No —dijo el esqueleto—. Hágase a un lado, teniente.

Zoh dudó, sólo lo suficiente como para que Elayne y, aún más importante, Temoc se dieran cuenta. Se retiró. El anillo de los alcaides se dividió en dos líneas que flanquearon a Elayne, a Tan Batac y al Rey de Rojo, abriéndole a Temoc el camino para acercarse. El sacerdote se aproximó, irradiando poder divino y autoconfianza.

Le tendió la mano al Rey de Rojo, que la cogió y le dio un huesudo apretón.

—Estás distinto —comentó Temoc.

—La última vez que me viste tenía piel. Y ojos.

—Eso debe de ser.

—Tú estás más o menos igual.

—Vida sana —dijo Temoc—. Gracias por venir.

—Gracias por reunirte con nosotros. Aunque tu gente parece insatisfecha.

—No son mi gente.

—Ciertamente, no parecen sentir que son mi gente.

—Nunca han sido tuyos.

—Yo los tranquilizaré. —Kopil soltó la mano de Temoc; la luz de sus ojos parpadeó y luego se apagó.

Elayne vio la hechicería que había invocado demasiado tarde como para detenerlo sin luchar. Así que observó, y esperó que el Rey de Rojo no arruinara la reunión antes de empezar.

Un viento brutal azotó la plaza, un viento como ninguno que esa gente del sur hubiese visto antes, un viento helado de pradera de miles de kilómetros que no respetaba ninguna de las obras del hombre. Los espectadores de la plaza Chakal se abrazaron unos a otros. Gemidos de terror rompieron contra los aullidos del viento. Una sombra cubrió el sol, y el color del cielo se volvió más intenso, como el de un moretón.

El rostro del Rey de Rojo emergió de ese cielo como el rostro de un bañista de una piscina oscura. Un oro cobrizo ardía en su frente. Se aclaró la garganta, un sonido semejante al estallido de una bomba o el derrumbe de una montaña. El viento aulló con tanta fuerza que Elayne pensó que los oídos le iban a estallar. Luego, Kopil habló; su voz formaba un eco junto con el viento demoníaco.

—Gente de Dresediel Lex —empezó a decir, y lo que restaba del corazón de Elayne se hundió, porque eso estaba mal, ésa era la manera de inspirar a un ejército para invadir un Estado dejado de la mano de Dios, era la manera de incitar un frenesí entre los hechiceros, los demonios y los soldados, no era la manera de dirigirse a civiles asustados y furiosos—. Me han llamado y he venido. Desde las pirámides de Sansilva, desciendo hasta la plaza Chakal. Le he dado forma a nuestra ciudad durante cuarenta años. Juré hacernos fuertes, y he trabajado arduamente más allá de los confines de este mundo para lograrlo. Mi trabajo os asusta y os enoja. No dejéis que el miedo os envenene en contra del progreso. He venido a tranquilizaros. —El «tranquilizaros» retumbó con un gran estruendo. Alguien cercano se desmayó.

»Escucharé vuestros desafíos por medio de vuestra comisión. Encontraremos una causa en común. El futuro de Dresediel Lex no quedará manchado. Hemos matado a los dioses, así que debemos hacer el trabajo del Cielo por nosotros mismos.

Al menos había dicho «debemos» y no «debo». Pero todo lo demás había estado tan terriblemente mal..., tanto las palabras como la forma. Para Elayne, el viento parlante y la cara hecha con nubes eran trucos baratos que apenas si

valían el esfuerzo. Pero, en lo que respectaba a la multitud, el Rey de Rojo acababa de reclamar el mismísimo poder que intentaban negarle: la habilidad para sorprenderlos.

—Gracias —dijo Kopil, y el viento cesó.

La imagen en el cielo no se desvaneció realmente, sino que más bien se rompió. Los huecos negros de las cuencas de los ojos se convirtieron en perturbaciones en la parte inferior de una nube, y los pómulos en una distorsión del viento a través del esmog. La luz del sol regresó, pobre y demacrada por la hechicería de Kopil. El Rey de Rojo chasqueó los dientes dos veces y añadió:

—Así está mejor.

Elayne estuvo a punto de darle un puñetazo en su nariz inexistente. En vez de eso, apretó la mandíbula y recordó el consejo que Belladonna Albrecht le había dado hacía décadas, cuando había sido la novata más fiera de Kelethras, Albrecht y Ao: «No podemos salvar a nuestros clientes de sí mismos. Algún día en tu carrera, Elayne, representarás a un hombre, es casi seguro que se tratará de un hombre, que querrá que lo ayudes a intercambiar su alma con un demonio por tres deseos. Cuando el día llegue, podrás rechazar su negocio, podrás tratar de disuadirlo, pero al final, si un infierno es lo que busca, un infierno es lo que obtendrá».

Chel avanzó furiosa hacia el Rey de Rojo, lista para desatar el infierno ella misma. Zoh le cortó el paso. Trató de hacerlo a un lado, y él la agarró. A su alrededor, la multitud se levantó de las losas en las que habían caído, y los gemidos temerosos se convirtieron en gritos de ira.

¿Cómo podía detener eso? Podía transmitir en el cielo también, pero la multitud no la escucharía.

Chel se liberó de Zoh. Temoc se dio la vuelta.

El cordón estuvo a punto de romperse.

Un accidente podría haberlo iniciado, un tropiezo en cadena a través de la multitud. Los brazos-rojos trastabillaron y casi cayeron al suelo. Los alcaides alzaron sus porras. Tan Batac miró a su alrededor con los ojos muy abiertos, como los de un caballo, su rostro retorcido con una sonrisa extraña.

Temoc se acercó al Rey de Rojo y cerró los ojos.

Elayne hizo lo mismo: los restos del discurso mágico de Kopil flotaban a su alrededor como un nudo desatado. Temoc cogió esos nudos y tiró.

El viento regresó, pero no era un frío vendaval del norte. El de Temoc era un viento del desierto, el viento de las Badlands antes de las Guerras de los Dioses, el viento que hablaba a chamanes en búsqueda de visiones. La multitud guardó silencio. La ira se calmó hasta convertirse en expectativa. Las miradas de todos se volvieron hacia el cielo.

Esta vez no había sombras, ya que Temoc no era un hechicero. Sus cicatrices eran regalos divinos, y por medio de ellas contenía el poder con suavidad. Su rostro se formó sobre la plaza Chakal, construido a base de luz solar, esmog y fe.

—Gracias —dijo—. Le doy las gracias al Rey de Rojo. Estamos felices... —Hubo algunos gritos de protesta, pero Temoc los ignoró. Cayó un silencio tenso—. Estamos felices de que hayas venido. Muchos hechiceros confiarían en la magia y en los alcaides para que los protegiesen de las contrariedades, pero tú has venido en persona a escuchar nuestra voz. Tú dirigiste una revolución en tus tiempos. Sabes lo que se siente al ser apartado por aquellos que tienen el poder. —Se oyeron los primeros gritos de acuerdo—. Tú nos escucharás. Tú negociarás con nosotros. —Más gritos, esta vez de apoyo: «¡Viva Temoc!»—. No estamos enfadados, o faltos de visión o desesperados. No somos débiles. Somos la gente y somos sabios. Somos la gente y conocemos el futuro. Somos la gente y somos pacientes. Somos la gente y somos fuertes. —Los presentes ya aclamaban y, a la vez, estaban quietos, embelesados mientras el río de las palabras de Temoc fluía—. Construyamos un futuro mejor. Hagamos la paz.

El eco de la palabra *paz* se oyó por todo Dresediel Lex. El rostro de Temoc se fundió con el cielo, y el hombre que se encontraba debajo abrió los ojos. Sus cicatrices habían perdido toda la luz, la había usado para aprovechar el hechizo de Kopil, pero estaba de pie, fuerte y derecho frente a su adversario.

El silencio de una multitud no es el mismo que el de una habitación vacía. En la plaza Chakal, después del discurso de Temoc, se oía la respiración de miles. Un niño lloró. Los pies se arrastraban sobre las piedras. Las pancartas ondeaban. Los murmullos eran una brisa entre sauces.

Sin embargo, a pesar de todo ese sonido, Temoc y el Rey de Rojo seguían en

silencio.

—Buen discurso —dijo finalmente Kopil.

Zoh soltó a Chel; ella se sacudió las mangas de su chaqueta, como si las manos del alcaide estuviesen cubiertas de mugre y no de plata.

—Necesitábamos uno. —Temoc gesticuló en dirección al grupo—. Permíteme presentarte al Comité Selecto de la plaza Chakal. Durante los próximos días llegarás a conocerlos mejor.

—¿Conocerlos? —Era la primera palabra que Tan Batac dirigía a Temoc.

—Yo no soy miembro —dijo Temoc—. Sólo facilito las cosas. Espero poder ser un consejero de calma y serenidad para estas personas, como la señora Kevarian lo es para ustedes. —Elayne prestó atención, en busca del desdén que había oído en la voz de Temoc al hablar de Batac antes, pero no lo percibió esta vez.

Se permitió sentir un destello de esperanza. Eso podría funcionar.

—Muy bien. —Kopil juntó los huesos de sus pulgares sobre el cinturón de su túnica y avanzó hacia el Comité Selecto—. ¿Qué tal si nos ponemos manos a la obra?

Los negocios eran aburridos. Y, desde luego, ése era el plan y lo que esperaban. Las negociaciones animadas y dramáticas rara vez producían buenos resultados. Dentro de la tienda verde y la guarda de Elayne, era como si la multitud de fuera nunca hubiese existido. Allí podían sentarse a hablar. Y hablar.

Se acomodaron alrededor de una mesa tambaleante en sillas del campamento que eran más adecuadas para la ropa arrugada y cómoda de los anfitriones que para las prendas de seda de Tan Batac. Una jarra de agua ocupaba el centro de la mesa, flanqueada por vasos. Esta vez, no había bocadillos. No había nada de comida. La luz que se filtraba por el óculo de la tienda formaba una elipse excéntrica sobre la mesa al empezar la reunión, comprimiéndose lentamente hasta constituir un círculo. Un símbolo apropiado, pensó ella, para la reunión, al menos hasta el atardecer. Después de eso, el círculo se distorsionaría una vez más.

Los anfitriones se presentaron. A Kapania y a Bill Kemal los había visto en la pelea durante el primer día, aunque en ese momento no sabía que estaban casados; ellos estaban a cargo de Food Com en la plaza Chakal, y en su vida privada estaban a cargo, habían estado a cargo, de un pequeño restaurante con una organización benéfica adjunta. El Mayor dio su nombre de guerra y cruzó los brazos. Hal Techita, un hombre con un bastón y un semblante sombrío, era un organizador de la comunidad. La mujer grande era Red Bel. Etcétera.

Después de las presentaciones, Elayne se sirvió un vaso de agua e indicó:

—Que cada uno presente sus propuestas en un lenguaje claro. Aquí no hay ningún público al que ganarse; queremos forjar un compromiso.

—Queremos forjar un compromiso —terció Kapania Kemal— si es que existe alguno que forjar. Por lo que he oído de su plan, no creo que tenga muchas oportunidades.

—Nosotros empezaremos —continuó Elayne—. Luego, ustedes pueden explicarnos sus objetivos. Creo que tenemos una buena cantidad de terreno en común.

Kapania frunció el ceño, pero se echó hacia atrás en su silla.

Elayne invocó un esquema del Skittersill en luz fantasmal sobre la mesa. No era tan conveniente como llevarlos a todos a un sueño compartido, pero esa gente se sentía incómoda con la hechicería. Además, esperaba que, con el Skittersill en miniatura, sus problemas parecieran pequeños también.

—Cuando los primeros colonizadores llegaron a Dresediel Lex desde Quechal Bajo el Mar, encontraron una bahía natural separada del desierto por montañas. A medida que el asentamiento iba creciendo, empezaban a surgir patrones: las categorías sociales y las costumbres dividieron la tierra, y los dioses reforzaron esos patrones. El Skittersill estaba reservado para esclavos del templo. En lo que concierne a las guardas locales, lo sigue estando. Pero Dresediel Lex ya no tiene dioses. Su muerte dejó huecos en la protección que ofrecían a esta comunidad. Si no parcheamos esos huecos, el desastre no es sólo una posibilidad, sino una certeza.

Cuando el Mayor sacudió la cabeza, placas y cables de acero chocaron entre sí y vibraron.

—Predicas sobre desastres que no han ocurrido.

—Imaginen un enorme castillo de arena. El primer día, llega la marea y los muros resisten, pero se debilitan. Al día siguiente, siguen resistiendo. Y al tercer día, y al cuarto. Pero, con el tiempo, las almenas se debilitan tanto que una simple brisa las derrumba y las arroja al mar.

—Típica respuesta de hechicero —dijo Bel—. No arreglen un sistema roto. No se molesten en tratar de entenderlo. Sólo reemplácenlo con algo que consideren mejor.

—Entendemos este sistema —respondió Elayne—. Las antiguas guardas necesitan dioses para funcionar, y los dioses se han ido. Las tradiciones también han fallado, nadie en el Skittersill asiste a altos sacrificios en el templo actualmente, por ejemplo, porque ya no hay sacrificios. Nadie trabaja en los tanques de sangre porque no hay tanques de sangre. Las familias ya no se

dedican a la divina esclavitud porque la hechicería no permite comprar o vender seres pensantes.

El Mayor se movió en su silla, pero no dijo nada.

—Las guardas existentes requieren dichas actividades de los habitantes del Skittersill. El fracaso de las tradiciones deja lagunas, ratoneras. Necesitamos empezar desde cero, y reemplazar las guardas hiladas por los dioses por otras hechas por y para seres humanos. De algún modo, nos enfrentamos a la cuestión crítica de nuestro primer siglo posterior a las Guerras de los Dioses. ¿Podremos construir un mundo por nuestra cuenta?

Elayne hizo una pausa para dar efecto a sus palabras, y para escuchar. Ninguna respuesta. Ninguna pregunta. Todos aguardaron a que ella continuara. Había captado su atención.

Como Alexander Denovo le había dicho en aquellos oscuros días en los que trabajaban juntos, la mente es más vulnerable en dos estados: cuando uno duerme y cuando uno está embelesado escuchando una historia. No había usado hechicería para atar su voluntad. Su propia guarda habría bloqueado trucos así. Pero la retórica en sí era como la hechicería. Las palabras de Elayne invitaban a los manifestantes de la plaza Chakal a compartir su visión, a unirse a un grupo de héroes que luchaban contra todas las probabilidades para salvar al mundo.

—Entonces —continuó— esto es lo que proponemos.

Y su trabajo dio comienzo.

—No podemos acceder. No accederemos —dijo Bel dos horas después, apoyada en la mesa con los ojos fijos en Tan Batac, como si una mirada pudiese atravesarlo— a ningún plan que permita que tú y tus compinches vendáis nuestras casas al por mayor a los corredores de Bolsa del Imperio Brillante, o que las derribéis para construir casinos.

Batac se llenó de indignación.

—¿Acaso es un robo tratar de enriquecer una comunidad pobre? ¿Reemplazar edificios de apartamentos que se están pudriendo por palacios? ¿Acaso es un robo tratar de mejorar los terrenos de mi gente? Yo nací aquí. Yo jugué en las mismas calles que tú, Bel. Puedo hablar la misma jerga que tú, cualquier palabra.

La diferencia entre nosotros es que yo estoy tratando de devolverle algo a la comunidad.

—¿Devolver? —La voz de Bel se volvió más aguda—. Sólo se puede devolver algo que uno ha quitado antes. Tú tomas nuestras casas y nos devuelves una comunidad destripada. Tomas nuestro sustento y nos devuelves promesas vagas de trabajos que nunca llegan. Tomas un lugar que no te pertenece y devuelves uno que sí.

—Volúmenes de hechos. Tablas llenas de cifras. Las opiniones de un montón de expertos de las Escuelas Ocultas y el Collegium Flotante e incluso Siete Islas. Proyecciones de profetas liberales y conservadores durante cinco décadas de desarrollo. Todos me apoyan. Esta propuesta contra la que despotricáis, estas innovaciones que vosotros llamáis *profanaciones*, serán buenas para el Skittersill. Nuestro plan traerá trabajo. Construcción. Turismo. La moneda de alma fluirá hacia los bolsillos locales. Los muelles dejarán de ser la única opción de trabajo. ¿Qué más necesitas ver?

—Puedo decirte qué más necesito ver. —Bel hizo crujir sus nudillos contra la mesa.

—Y ¿por qué no lo haces de una vez?

Se inclinaron tan cerca el uno del otro que Elayne casi esperaba que se olvidasen de las palabras y se limitaran a hacer chocar sus cráneos. Aunque no era muy probable, incluso aunque un choque de cráneos pudiera haber ofrecido más oportunidades de llegar a un acuerdo.

—Lo siento —dijo Elayne, y tanto Bel como Batac se volvieron para mirarla. Les mostró su reloj con una expresión de disculpa, confiando en que no fuese muy obvio que era fingida—. Es la hora del descanso. Un poco de sol nos sentará muy bien a todos.

Batac siguió mirando a Bel a los ojos por un instante elegantemente sincronizado, luego se enderezó, dejando a un lado el ardor y la ira como si fuesen juguetes para niños. Esbozó una sonrisa fácil y modesta, la sonrisa de un hombre atrapado en una situación vergonzosa.

—Desde luego. Lo siento. Aprecio tu candor y tu pasión, Bel. —Y se marchó. Bel se quedó mirando su espalda mientras se alejaba con una expresión

aturdida, una expresión que Elayne había visto antes en pankriatistas boca arriba sobre una estera.

Elayne empezó a seguir a Batac rumbo a la salida, con la esperanza de acorralar al hombre y hacerlo entrar en razón, pero la fría mano de Kopil tomó su brazo.

—Yo me encargo.

—Lo necesitamos bajo control.

—He dicho que yo me encargo. —Su voz era rasposa, como el ruido de un hueso frotando contra la arena. Sus vestimentas ondearon detrás de él cuando salía de la tienda.

Elayne revisó su maletín mientras, del otro lado de la mesa, los miembros del Comité Selecto de la plaza Chakal hablaban entre sí. No era que los estuviese escuchando por encima, precisamente, pero se sintió complacida cuando vio que los Kemal se acercaban a Bel y le hablaban en un tono suave y conciliador. Se volvieron para mirar a Elayne, que captó el mensaje y salió.

El sol de la tarde ardía en el cielo azul, y cegaba después de estar en la sombría tienda. La brisa suave y seca acarreaba consigo los olores de la multitud, de incienso, de cuero, de tela y, debajo de todo eso, el ladrillo, el adobe y la piedra engrasada de la ciudad. Allí no había salitre. Unos pocos kilómetros más lejos del océano y bien podrían haber estado en el centro de los campos de maíz de Kathic.

La luz se filtraba por sus pupilas cerradas, pintaba el espacio de la telaraña de un rico tono anaranjado, redes de sangre y piel y sol en vez de hechicería. Los músculos de Elayne se habían entumecido después de estar tanto tiempo sentada. Se puso de puntillas, estirándose hacia el cielo, y arqueó la espalda. Crujidos y estallidos cayeron en cascada por su columna vertebral.

—Suenan tensas.

Era la voz de Chel. Elayne abrió los ojos. La mujer estaba de pie a su lado, con las manos en los bolsillos.

—Lo está —contestó ella—. La multitud parece más calmada.

—Un poco. —Chel tocó su brazalete rojo—. Esa cosa en el cielo los ha hecho enfurecer. Me ha hecho pensar.

—¿En qué?

—¿Recuerdas el primer día? Cuando te tiré al suelo.

—Aún tengo los moretones.

—Pensé que querías matar a Temoc.

Elayne esperó.

—Si hubieses querido matarlo, no habría podido hacer nada para impedirlo. Como mucho, habría conseguido que me mataras a mí primero.

—Lo que hiciste fue algo valiente.

—Y lo que les estoy pidiendo a mis amigos que hagan.

—¿Te refieres a los brazos-rojos? —dijo ella.

—Mis amigos y yo somos segundas y terceras generaciones de trabajadores del muelle. No sé a qué juego está jugando Batac en el Skittersill, pero no estamos ganando. Los salarios han bajado, y si los alquileres suben, y lo harán si Batac se sale con la suya, no sé qué haremos. Dispersarnos, probablemente. Trabajar en fábricas, asesinar para Rakesblight, entregar nuestros cuerpos a zombis en los almendrales. De manera que hacemos lo que está en nuestras manos para conservar el orden aquí. Pero, diablos, esa cara en el cielo... Debemos de parecerle hormigas. Y yo he puesto a mis amigos bajo la lupa.

Los otros salieron de la tienda, de dos en dos. Bel y el Mayor hablaban en voz baja, mientras que la mayoría corrían a por un tentempié o al baño.

—De no ser por tus amigos —dijo Elayne—, la multitud nos habría atacado. Temoc no habría tenido tiempo de calmarlos. Has preservado la paz. Si llegamos a un acuerdo, será gracias a ti. Respeta eso.

Chel alzó la cabeza, cerró los ojos y se quedó de pie en medio de un halo de luz. Una nube pasó entre ella y el sol. Abrió los ojos de nuevo. La sombra había pasado, pero el momento dorado se había ido.

—Bien —dijo Elayne—. Estás haciendo algo grande. El miedo te ayuda a manejarlo.

—Tal vez. —Chel bajó la cabeza para mirar sus manos, que eran pequeñas, gruesas y callosas, y luego se volvió para contemplar a la multitud, a los brazos-rojos, a los alcaides y el futuro enredado.

Había muchas cosas que Elayne debería haber dicho en ese momento. Había

muchas preguntas que debería haber planteado. Pero el Rey de Rojo la llamó alzando una mano huesuda.

—Tengo que irme.

—Está bien —respondió Chel.

Mientras Elayne se alejaba para reunirse con el esqueleto, no se sentía tan segura.

El final del día llegó lentamente y demasiado pronto a la vez. Temoc perdió la cuenta del cambio y el atrincheramiento de líneas de batalla dentro de la tienda, mientras las partes de cada lado avanzaban hacia un propósito en común para después retirarse una vez más y recaer en tópicos. Estaba acostumbrado a esa clase de cosas, desde enemistades entre párrocos hasta los argumentos que surgían como la hierba salvaje siempre que dos sacerdotes se encontraban. Pero en una mesa de mediación esperaba declaraciones de hechos y acuerdos mutuos en base a dichos hechos. No se había dado cuenta de que los hechos en sí podían ser ideológicos.

Tan Batac argumentó que actualizar las guardas requeriría que se permitiera la venta de viviendas del Skittersill en el mercado libre. De lo contrario, la tierra seguiría estando infravalorada y sin posibilidad de ser asegurada. Kapania expuso otra clase de ejemplos: propiedades que antes eran templos y que se habían hecho públicas, palacios iskari que habían sido convertidos en escuelas y museos. Sin duda esas instituciones estaban aseguradas. Pero (era Kopil el que interrumpía ahora) no estaban aseguradas a un precio justo por hombres libres. Su mantenimiento requería intervención divina constante. Desde luego, Iskar aún tenía sus dioses. Y así siguió la discusión. Ejemplos de Alt Selene y Shikaw y Oxulhat y Gleb del Norte contra otros ejemplos de Camlaan y Telomere y el Imperio Brillante. La propia definición de propiedad bajo los conceptos de la hechicería requería que la propiedad fuese comercializable, pero esa definición se había codificado por primera vez hacía siglos, después de la fundación de Dresediell Lex.

La elipse luminosa que proyectaba el óculo de la tienda se deslizó por la mesa, destelló contra los guanteletes del Mayor, trepó por la pared y desapareció.

El atardecer transformó el cielo visible en un globo ocular ensangrentado y sentencioso.

—Si he oído bien —dijo el Rey de Rojo—, no estáis interesados en los beneficios que ofrece este proyecto, que por mi parte incluye empleos, aumento del valor de las propiedades y mejoras en la seguridad como resultado de construcciones y guardas modernas. Pero no entiendo cómo es posible que sea ése el caso. ¿Preferís que el Skittersill siga siendo pobre, sin empleo, oprimido y ruinoso?

Bill Kemal hizo rodar los nudillos por debajo de su barbilla.

—Nosotros —empezó a decir, más por mantener su posición frente a los otros delegados que porque supiese lo que iba a decir— queremos ayudar a nuestra comunidad. Eso es todo lo que los de mi lado han estado diciendo. Creo que ustedes están tan enfocados en la parte de la «ayuda» que se olvidan del *nuestra* antes de la palabra *comunidad*.

—Explícate.

—Yo —de nuevo marcando su posición— no estoy seguro de poder dejarlo más claro. Todos vivimos aquí. Hemos construido nuestras vidas en el Skittersill. Este trato que proponen podría mejorar un montón de números, todos esos valores y cifras y esas cosas. Pero si destruye la comunidad, los números no importan. Mírelo de este modo, ¿vale? —Las chispas en los ojos del Rey de Rojo se encendían y se apagaban mientras el esqueleto trataba de analizar esa frase, aunque a Bill no parecía molestarle esa mirada en blanco—. Tienen una araña. Una pequeña araña casera normal, no como esas enormes que hay en Stonewood. La araña entreteje su red en un rincón de su casa y se ve muy rara, sin forma y abombada, con hilos rotos, y piensan: «Pobre araña, deberíamos ayudarla». Así que un día deciden cambiar su telaraña por una mejor hecha de alambre: resistente, tensa, fuerte. Y piensan: «Genial, a la pequeña araña le encantará esta nueva telaraña». Pero entonces dejan de ver a la araña por allí. Porque las cosas que ustedes consideraban importantes sobre su telaraña no eran las cosas que él consideraba importantes. O ella. El alambre no es pegajoso como la tela, se equivocaron en la forma, la araña no puede arreglar el alambre por sí sola si sucede algo malo. Tal vez la araña usaba esos hilos de tela sueltos

para atrapar insectos, pero ustedes no tienen hilos sueltos en la telaraña que han hecho, porque no pensaron que fuesen importantes. Así.

—Si nos ceñimos a tu lógica, nunca deberíamos tratar de mejorar la naturaleza.

—No, hombre, ésa no es la cuestión. Imagine que llegara a construir su nueva telaraña, y la arañita lo viera desde abajo y le dijera: «Eh, no hagas eso, así no funciona». ¿La escucharía o la haría a un lado y seguiría construyendo con el alambre?

—Me pondría en contacto con las Escuelas Ocultas para informarlos del descubrimiento de una diminuta y desconocida especie de araña parlanchina.

—Sí, bueno. Quiero decir después de eso.

—Tal vez hay cosas que yo podría hacer para mejorar las condiciones de vida de la araña que la propia araña, él o ella, no ha considerado. Opciones que no son accesibles para la araña porque no tiene mi poder.

—Claro. Pero no puede saber si esas medidas funcionarían a menos que llegue a conocer a la araña.

El Rey de Rojo se apoyó en el respaldo de su silla y golpeó su mandíbula con el dedo índice. El hueso raspó el hueso. El esqueleto no habló, pero la textura y el peso del silencio no permitieron que nadie más interrumpiera. El cielo los observaba. Temoc había leído historias de naves skeldic atrapadas en el hielo en la era de la expedición polar: la primera grieta en el hielo indicaba un cambio que se aproximaba, libertad o muerte. Y siempre había una pausa después, mientras los marineros congelados se preparaban para descubrir cuál sería el resultado.

Era mejor terminar en un momento de posibilidad incómoda. Preservar la semilla, con la esperanza de que floreciera durante la noche.

—Con esto último en mente —dijo Temoc—, ¿damos la reunión por acabada? Para pensar en lo que se ha dicho aquí hoy y cómo podemos seguir avanzando.

Tan Batac no habló, ni el Rey de Rojo. Elayne Kevarian tomó la palabra.

—Buena idea. Ya hemos abusado demasiado de su hospitalidad. Retomaremos el tema de los arácnidos mañana.

Así que se marcharon. Chel ordenó a los brazos-rojos que abrieran un camino para el Rey de Rojo, Elayne, Tan Batac y sus alcaides. Al abrirse la multitud, Kapania Kemal se volvió para dirigirse a Temoc:

—Progreso. —Había encontrado una nueva hoja de periódico en algún lado: la habían impreso esa tarde, con un grabado de la cara del Rey de Rojo sobre la plaza Chakal. COMITÉ SE REÚNE CON DÉSPOTA—. Siempre que logremos mantener el frente.

—Esperaba que los de los panfletos respetaran nuestro trabajo. Tal vez la gente de Chel pueda detenerlos en la fase de distribución.

—¿Ayudaría?

Él dejó escapar un suspiro que había estado conteniendo sin darse cuenta.

—No lo creo.

—Descansa un poco, Temoc.

—Tú también.

—No lo necesito tanto.

—¿Porque eres mitad hechicera mitad muerta viviente?

—Porque yo no estoy al frente de una revolución. —El camino se abrió y los alcaides se reunieron, con el teniente alto delante—. Te veo mañana temprano.

Temoc observó cómo se marchaba el grupo del Rey de Rojo, y observó también la multitud, su gente, que había crecido tanto en número. Al principio, sabía cada nombre. ¿Quiénes eran esos recién llegados? ¿Qué querían? Si, o cuando, el Comité llegara a un acuerdo, ¿se dispersarían? O, como los cuchillos mágicos en las antiguas leyendas, ¿exigirían sangre antes de dormir?

El Mayor los alcanzó en la tienda del agua, y esperó mientras Temoc engullía una gran taza de latón llena de agua tibia con limón para disfrazar su regusto. Temoc se sirvió una segunda taza, y la engulló también, y se sirvió una tercera antes de prestar atención a la presencia del Mayor.

—Me alegra que resistieras la tentación de matar a Tan Batac. Al menos, Bel le ha dado a probar de su propia medicina.

—Nunca hagas enfadar a un maestro —dijo el Mayor—. ¿Volverás a casa esta noche?

—Necesito recordar por qué estamos luchando.

—No estamos luchando aún —repuso el Mayor—. Pero tal vez lo hagamos pronto. Y no creo que debas ir. Hay fuerzas muy grandes en contra de la plaza Chakal. Confrontarlas lleno de ira y compromiso, y aun así sin pelear, requiere mucha voluntad. El Rey de Rojo ha estado a punto de destruir esa voluntad esta mañana. No es tonto. Quería un disturbio, una excusa para meter a sus matones en el asunto.

—Imaginas una conspiración donde la estupidez es suficiente —señaló Temoc—. El Rey de Rojo ha pasado tanto tiempo en salas de reuniones que ha olvidado cómo hablarle a la gente. No me gusta. Destruye hogares, vidas y civilizaciones en nombre del progreso hacia una especie de futuro sin sangre en el que no somos distintos de los skazzerai que tejen redes entre las estrellas. Pero no es tan monstruoso como para hacer lo que afirmas.

—Puede que buscara disturbios esta mañana, puede que no. Puede que sea tonto o astuto. Sea como sea —dijo el Mayor—, te necesitamos. Quédate.

La puesta del sol quemaba el cielo. La armadura del Mayor captaba y reflejaba su luz.

—Sin mi familia, nada de esto tiene sentido.

—Estas personas son tu familia.

—Tengo que irme —explicó él—. No llegaré a tiempo al servicio de la tarde.

Temoc dejó al Mayor junto a la tienda del agua, en llamas por el día que moría.

Había tanta gente sentada en la hierba que Temoc no podía llegar a su altar. Había una mujer anciana sentada en los hombros de un hombre alto y encorvado. Un estibador de barriga redonda protegía sus ojos del sol con la mano. Había tres niños saltando, uno después del otro, para poder ver. Todos buscaban a Temoc y ninguno lo veía, ni siquiera se hicieron a un lado hasta que Chel los empujó y gritó:

—¡Dejad pasar a Temoc!

En ese momento, se dieron la vuelta. Retrocedieron. Se arrodillaron.

Él quería correr. Había tantas miradas posadas sobre él... Ningún hombre podía soportar tanta esperanza por sí solo. El maestro Alaptan, cuya pesada corona doblaba su largo y estrecho cuello, le había advertido al joven Temoc

sobre los ojos y su peso. Era por eso por lo que los sacerdotes portaban un atuendo especial, era el motivo de las flores, las cicatrices, el cuchillo, el altar y la falda con cuentas: para que uno pudiese mantenerse en pie bajo tanta presión sin desmoronarse.

Cuando era joven, había pensado que el viejo se refería al peso del poder divino, al peso del hambre de maíz de la gente y su sed por la lluvia. Pero, al satisfacer todas esas necesidades, había otra sed que no podía saciarse.

Temoc era el último Caballero Águila. Había sido entrenado desde pequeño por su padre y sus múltiples tíos del sacerdocio. Trazaba un camino lleno de fe en un mundo que la rechazaba. Sólo por ese motivo sería capaz de soportar el peso de esos ojos y avanzar hacia el altar. Sólo por ese motivo sería capaz de entonar el antiguo cántico ante la multitud. Sólo por ese motivo sería capaz de atar a un sacrificado al altar y alzar su cuchillo y sentir cómo lo inundaba la fe mientras llamaba a los dioses para que sorbieran la sangre no derramada, sentir una dicha tan dulce que al fin comprendía a los adictos que lloraban frente a él diciendo: «Padre, si lo hace una vez, volverá a hacerlo».

Y sólo por ese motivo sería capaz de marcharse y caminar solo entre la multitud, más allá de los brazos-rojos y los alcaides acordonados. Caminar, rechazando taxis y carruajes, hasta adentrarse en el Skittersill. Dar la vuelta en la primera calle lateral, la segunda. Cruzar las puertas de su casa. Toparse con su esposa en la entrada. Abrazarla con fuerza y besarla profundamente.

Sólo por ese motivo sería capaz de olvidar.

Tay ocultó las hojas de periódico bajo su chaqueta y no las soltó hasta asegurarse de que nadie lo observaba. Ése era el trato. Se detuvo un momento junto a un círculo de tiendas y echó un vistazo alrededor; vio estudiantes, brazos-rojos y una familia reunida frente a una estufa de gas, nadie que conociera. Se arrodilló rápidamente y sacó los panfletos de su chaqueta y los dejó sobre una piedra, con el titular boca arriba: COMITÉ SE REÚNE CON DÉSPOTA.

Se enderezó más rápido de lo que se había arrodillado. Le habían dado quinientas hojas, y tenía que ocultarlas todas. Parecía como si hubiese engordado diez kilos, y el relleno de papel hacía la chaqueta aún más cálida de lo habitual.

Ya había sacado doscientas hojas hasta el momento. Sólo la mitad y terminaría. Llegaría tarde a cenar, pero comería rápido y cumpliría con su turno sin problema.

Al doblar la esquina, estuvo a punto de chocar con Chel.

No parecía muy feliz.

—Hola —dijo él, demasiado rápido—. Pensaba que estarías cenando.

—Estaba, pero tú no. ¿Qué pasa?

—Nada. —Se oían las vibraciones de la música de un banjo a unas tiendas de distancia. Siempre había música en ese campamento durante la noche, y él no conocía la mayoría de las canciones. Estaba sudando, aunque no a causa de los nervios. Era el calor, nada más, el calor y la chaqueta—. He salido a dar un paseo.

—¿Conoces a alguien por aquí?

—Sí. —Se encorvó para ocultar el bulto en su chaqueta. Si sacaba las manos de los bolsillos, los papeles se deslizarían, así que apuntó con la barbilla—. ¿Conoces al Viejo Chiper? Sus chicos tienen una tienda por allí. Arreglan ropa y otras cosas por el estilo. Así que me he pasado a saludar.

—Muy amable de tu parte. —Ella se acercó a él, tan hermosa como siempre y con la misma astucia en la mirada. Una mano rodeó su espalda, la otra tocó su pecho, y los papeles bajo su chaqueta—. ¿Qué es esto?

—Nada. —Tay trató de retroceder, pero no había manera de moverse sin llevársela consigo.

Ella abrió la chaqueta de golpe. Los cierres reventaron como nudillos, y las hojas de periódico empapadas en sudor se desplegaron desde el interior. Chel alcanzó a coger una y, al hacerlo, la rompió por la mitad, pero quedaba suficiente para que pudiera leerla: ... SE REÚNE CON DÉSPOTA.

—Tay —dijo ella—. Por el amor de Qet, ¿qué diablos estás haciendo?

—Puedo explicarlo.

—¿Has visto lo que dice aquí? ¿Has leído esta cosa? —Agitó el endeble papel gris frente a su cara como si fuese un látigo: acusaciones de traición. El movimiento en peligro.

—No me gusta, sólo lo paso.

—Ah, bueno, eso está mucho mejor. —El aire sobre ella ondulaba como el aire sobre el asfalto en un día cálido. O, si no, había algo en su mirada.

—Solíamos leer estas hojas antes de venir aquí.

—Solíamos leer estas hojas antes de que se volvieran malintencionadas. No les gusta Temoc, ni el Comité, ni tú, ni yo, ni los brazos-rojos. Quieren alborotar a la gente. Quieren peleas. ¿Eso quieres tú?

—Claro que no —respondió él—. Pero la gente tiene derecho a saber lo que está pasando.

—Lo saben. Nosotros se lo decimos.

—Hablas como una idiota, Chel. O como una bruja.

—No te atrevas. —Se puso tensa, como la cadena de un ancla durante una tormenta—. No te atrevas a bromear siquiera con eso.

—Quieres evitar que la gente hable, me atacas sólo por repartir unas hojas de papel. ¿Cuál es la diferencia entre *su rojeza* tratando de asustarnos hoy y lo que estás haciendo ahora?

—¿Crees que soy un esqueleto? ¿Crees que estoy de su lado?

Tay tenía la boca seca. Tragó saliva antes de hablar.

—No.

—Tenemos que mantenernos unidos, Tay. Estas hojas no las han impreso aquí. Las personas que las escriben no resultarán heridas si algo sale mal. Sólo observarán cómo ardemos.

—Tú eres la que ha estado a punto de atacar al Rey de Rojo esta mañana. — Eso la detuvo. Él retrocedió un paso, dos, hasta encorvarse alrededor de sus papeles—. Estabas furiosa con ellos, y estás furiosa ahora, y estás furiosa con los papeles por hacer que otras personas se enfurezcan. Tal vez deberíamos estar furiosos. Tal vez reunirnos con el Rey de Rojo haya sido un error.

—¿Realmente piensas eso?

—No sé qué pensar —dijo él—. Pero me pregunto si estás tan enfadada conmigo por repartir estos papeles porque te importa lo que están haciendo en esa tienda o porque te importan las personas que lo están haciendo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No lo sé. —Pero estaba mintiendo. Cruzó los brazos y se lo quedó mirando—. Tiene una familia.

—Salvaste su vida. Él salvo la tuya. Conozco muy bien la historia.

—Excepto porque no es así. Traté de ayudarlo porque pensé que estaba en peligro. Haría lo mismo por ti o por cualquier otra persona.

—Así que ahora soy sólo una persona cualquiera.

—Eres un poco más que sólo una persona cualquiera —dijo ella—, y estás muy cerca de ser un idiota.

Él abrió la boca; no estaba seguro de si lo que podría decir más allá de eso la lastimaría. Pero ella no tenía miedo, y por eso seguía siendo la mujer de la que se había enamorado la segunda vez que se vieron. Más papeles sobresalieron de su chaqueta como la esclavina de un gallo. Cerró la boca y los ojos y dejó que sus pensamientos divagaran mientras escuchaba la música de banjo. Ella seguía allí cuando los abrió de nuevo.

—Lo siento, Chel. —Ella no se derritió, aún no—. Escucha, me ofrecieron un poco de alma hace algunas semanas, antes de que viniéramos aquí, para que repartiera las hojas por ahí. Sabes que no nos están pagando nada por estar aquí.

Les doy lo que llega a los Kemal en Food Com, y ellos nos echan una mano con las raciones. Es por eso por lo que obtenemos carne extra.

—¿Sólo tú, u otros también?

—Algunos chicos de nuestro equipo hacen el trabajo. No sé más que eso.

—Déjalo.

—Perderemos la moneda de alma.

—Sólo necesitamos unos cuantos días de paz. Menos, incluso.

—De acuerdo —convino él—. Lamento las otras cosas que te he dicho.

Estaba enfadado.

—Yo también.

—Sí. Pero tenías motivos.

Ella sonrió finalmente.

—Vamos —dijo Chel—. Busquemos un lugar donde tirar toda esta basura.

Como un gallowglass flotando en mar abierto, Dresediel Lex extendía sus bucles fosforescentes por la oscuridad. Sus caminos le robaban al antiguo desierto sus noches. Ocho décadas de irrigación y robo de agua habían reverdecido los páramos de Fisherman's Vale, para las granjas, al principio, pero la gente de la ciudad no tardó mucho en derramarse sobre la tierra donde alguna vez crecieron limoneros y naranjos. Escalar caminos serpenteantes por la cresta de Drakspine, abrazar acantilados estrangulados por enredaderas a través de curvas cerradas, escalar la cumbre seca y contemplar la interminable red de calles del valle era la pesadilla de un urbanista marcada en un terreno inestable.

Los caminos iban de norte a sur, de este a oeste, bajo un cielo plano entre púrpura y negro: un enrejado hidropónico para una civilización creciente. Un poco más allá de la cresta, varias casas y tiendas habían llenado el enrejado con floraciones de fuego y luz fantasmal. Por otro lado, si uno conducía uno o dos kilómetros más allá de las colinas, los caminos quedaban vacíos, y se cruzaban y se entrecruzaban sin señales de tráfico alrededor de una fortaleza industrial de hormigón.

Los hechiceros que habían liberado Dresediel Lex durante las Guerras de los Dioses no habían perdido el tiempo a la hora de vendérselo al mundo. La Ciudad Libre, la llamaban, la Primera Ciudad Hecha para el Hombre, por el Hombre. «Venid todos los excluidos, venid todos los rechazados por dioses y personas. Venid a construir vuestra propia vida.» Tanto los marginados como las hechiceras escucharon y acudieron, y pronto los alquileres y el valor de las propiedades junto a la bahía aumentaron, demasiado para la industria, y se volvieron insostenibles para la mayoría. Las empresas que necesitaban espacio se reubicaron en el valle para obtener suelo barato, y los trabajadores las siguieron.

La luz fantasmal parpadeante iluminaba el letrero con letras de molde de la tienda: HERMANOS GARABALDI: IMPRESIÓN Y GRABADO. De no ser por él, Elayne nunca podría haber distinguido la imprenta del resto de los extensos bloques de dos pisos con parkings enfrente.

Elayne le pagó al carruaje para que la esperara a la vuelta de la esquina. Los arreos del vehículo de dos asientos tintinearón mientras se alejaba en la oscuridad. Un gran ruano en el estacionamiento alzó la cabeza, se volvió y resopló.

Había pedazos de maleza que salían de las grietas en el pavimento, lo que añadía puntos de color a los estanques de sombras. Las luces brillaban desde las grandes ventanas de la oficina frontal, donde había una secretaria con el cabello recogido detrás de un escritorio repleto de calendarios con viñetas.

Elayne ignoró la oficina y caminó hacia un lateral, a través de una entrada abierta y sin letrero. Atravesó un corredor sucio y abrió un par de puertas dobles manchadas de grasa que conducían a una sala que era un verdadero pandemonio.

El cobre, el hierro, el acero y el plomo resonaban, retumbaban y se convulsionaban. Los engranajes se realineaban y los pistones golpeaban. Torrentes de papel se elevaban sobre cilindros del tamaño de carruajes. Las máquinas plegadoras hacían chasquear sus mandíbulas. Las guillotinas cortaban largas tiras de papel de periódico en páginas. Había luces quirúrgicas que apuntaban a cada superficie y a cada rincón. Al respirar, Elayne inhaló una bocanada de papel caliente, tinta vaporizada y plomo derretido.

Con un toque de hechicería, se centró en sus oídos y redujo el ruido a un nivel casi tolerable. Cuando recuperó el equilibrio, vio a los trabajadores: cuarenta y tantos humanos con orejeras que llevaban monos de color marrón, todos observándola.

Los últimos días la habían acostumbrado al escrutinio. Esperó.

Un hombre alto y fornido salió de detrás de la imprenta gigante, seguido de una mujer cuadrada con un poco de grasa de motor en la mejilla. La mujer observó a Elayne y señaló una escalera que llevaba a una oficina en el piso de arriba. La mujer avanzó primero, con el tipo grande a su lado. Elayne los siguió, y otros dos hombres altos se separaron del grupo para seguirla a ella. Los demás

se quedaron de pie observando hasta que el jefe se giró y todos volvieron de inmediato al trabajo.

Elayne subió la escalera. Sus oídos estaban detenidos, pero la percusión mecánica sacudía sus huesos. Debajo de ella, las imprentas devoraban el papel fresco. Los rodillos rodaban, las máquinas plegadoras plegaban, los brazos apiladores apilaban. Los humanos se movían entre el metal. Recordó uno de sus primeros experimentos con hechicería, en el que había abierto un hormiguero para observar cómo las obreras atendían a la reina. Los trabajadores allí se veían igual.

LAS DISCUSIONES SE PROLONGAN, decía el titular de una de las hojas de periódico que habían impreso. ALCAIDES AMENAZAN A MANIFESTANTES. Miles de copias. No esperaba que hubiese tantas.

La oficina era austera. Dos escritorios y una taza de café sin lavar en cada uno. Tres archivadores de metal gris contra la pared. Un calendario de aspecto barato colgado sobre los mismos. Citas garabateadas cubrían el papel brillante. La imagen de ese mes era una cascada cerca del lago Seven Leaf, a unos mil doscientos kilómetros al norte: agua blanca rodeada de un verdor que nadie en Dresediel Lex había visto fuera de las pinturas de los calendarios.

Los dos tipos grandes los siguieron, lo que no le gustó a Elayne. Cuando la puerta se cerró, el rechinar enloquecedor de las máquinas se detuvo. Había guardas a prueba de ruido alrededor de la oficina. Efectivo. Los otros se quitaron sus orejeras, y Elayne deshechizó sus oídos. Después del caos de la imprenta, el aire húmedo de la oficina parecía como muerto.

La mujer y el hombre alto se sentaron; Elayne los imitó y se sentó en la única silla que quedaba en la habitación.

—No he dicho que pudieras sentarte —dijo la mujer.

El hombre alto rio; no era un sonido cruel: redondeado, a todo volumen, contundente. Como si hubiese algo torcido en su cabeza.

—Prefiero hacer negocios sentada —repuso Elayne.

—¿Por eso has venido? ¿Por negocios?

—Algo así. ¿Es usted la señora Garabaldi?

—¿Por qué no empiezas por decirnos por qué has venido?

—Preferiría saber con quién estoy hablando.

—Todos preferiríamos muchas cosas.

El hombre se rio otra vez, muy alto.

—Estoy aquí para hablar con los hermanos Garibaldi.

—Estás hablando con uno de ellos. —La mujer asintió en dirección al hombre que reía. Si sabía que tenía grasa en la mejilla, no le importaba—. Y con la hermana.

—¿Qué pasó con el hermano número dos?

Garibaldi sacó un paquete de tabaco y una caja de cerillas de su escritorio, cogió un cigarrillo, se lo llevó a los labios y lo encendió.

—Muerto.

—Lo lamento.

—Yo también. ¿Quién eres tú?

—Elayne Kevarian.

El extremo del cigarrillo se encendió con un tono rojizo.

—No conozco ese nombre.

—No tendría por qué —dijo ella—. Quiero saber quién la contrató para imprimir esos panfletos.

Sus labios se fruncieron alrededor del filtro del cigarrillo.

—Muchas personas nos contratan para imprimir cosas. No nos contratan para hablar.

—Sabe a qué trabajo me refiero. Las páginas que están imprimiendo abajo.

El hermano rio entre dientes, un sonido bajo y malsano. Los ojos de la hermana eran de un tono entre ámbar y verde, y profundos. Ella asintió, aunque no en respuesta a la pregunta.

Unas manos agarraron a Elayne desde atrás, unas manos grandes y pesadas, como de mecánico, que la apretaron, la levantaron y tiraron de ella. La silla se desplomó al suelo. Ella también cayó hacia atrás y empezaron a arrastrarla en dirección a la puerta, con sus tacones arañando la áspera moqueta.

—Lléváosla —ordenó la hermana—. Aseguraos de que llega a la salida.

Elayne cerró los ojos, y el ruido y el terror llenaron la habitación. Todas las luces, salvo la del extremo incandescente del cigarrillo, se extinguieron. Los

martillos de un millón de demonios llovieron sobre un millón de yunques, irracionales, sin ritmo, un clamor que hacía estremecerse hasta los huesos y hacía castañetear los dientes. El hermano gritó, un sonido agudo y sollozante. Los mecánicos que sujetaban a Elayne tropezaron y cayeron de espaldas, cubriendo sus oídos, cegados por la oscuridad que emanaba de la piel de ella. La hechicera recuperó el equilibrio y enderezó sus solapas.

Las guardas de la oficina amortiguaban el sonido. Resultó fácil invertirlas y amplificar los ruidos de fuera. Lanzó a ambos mecánicos contra la pared y losató con cadenas de luz estelar. Luego, detuvo el ruido.

La luz regresó. Lo que la hermana vio —y siempre era muy importante, tanto en la hechicería como en la magia callejera, considerar lo que otros veían, lo que creían saber y las conclusiones a las que podían llegar a partir de ese conocimiento—, lo que la hermana vio fue una marea negra que retrocedía para mostrar a sus dos matones atados a la pared con hechicería, y a Elayne, libre, con un fuego oscuro ardiendo en su mirada. Elayne levantó su silla de la alfombra y se sentó.

El hermano había retrocedido lejos del escritorio, enseñando los dientes. El cigarrillo temblaba en la mano de la hermana.

—Eso no ha sido agradable —dijo ella.

—Yo pago con la misma moneda.

—Supongo que sí. Discúlpame. —Garabaldi caminó hasta su hermano, lo abrazó y lo reconfortó con palabras que Elayne no trató de escuchar. Él se puso sus orejeras. La hermana lo abrazó con más fuerza, y no fue sino hasta que su sonrisa de rictus se suavizó que ella volvió a su asiento—. Deja ir a mis muchachos.

—¿Podemos tener una conversación?

—Sólo te habrían asustado.

—Mi línea de trabajo no contempla conjeturas de ese tipo.

—Hablemos.

—En privado.

—De acuerdo.

Elayne levantó la mano. Los mecánicos se desplomaron al suelo y, después de

un momento, se pusieron de pie. Ella tomó entonces toda su debilidad, su fatiga, hizo una bola con ella y la arrojó al rincón de su desván mental junto con todo lo demás que no tenía tiempo de sentir. La hechicería era ideal para manipular moneda de alma a gran escala, para ajustar guardas, construir ofertas vinculantes y engañar a la muerte, para moverse despacio y con una certeza sombría. Sí, podía levantar unos cientos de kilos de mecánica sin preparación, pero no disfrutaba del proceso.

La hermana Garabaldi les hizo un gesto para que salieran.

—Perdeos, chicos. Si sigue aquí dentro de quince minutos, venid a por ella con un ejército.

La puerta se abrió, y se cerró de nuevo detrás de ellos.

—¿Suficientemente privado?

—Sí —dijo Elayne—. ¿Cómo te llamas?

—Puedes llamarme Dana.

—¿Te importa si fumo un cigarrillo?

Dana le arrojó el paquete. Elayne lo atrapó en el aire, con hechicería, sacó un cigarrillo del mismo modo y lo encendió con un chasquido de los dedos. De nuevo, un derroche, pero, de nuevo, las apariencias.

—Lamento haber asustado a tu hermano. —El cigarrillo era un alivio agradable, la opresión de su garganta y sus pulmones le recordaba que seguía con vida, una pequeña bendición para un cuerpo que se preocupaba de ser olvidado cada vez que invocaba a la hechicería.

—No pasa nada. Se asusta con facilidad. —Ella le sonrió y él le devolvió la sonrisa—. Es un buen chico. Trabaja bien y a los demás les gusta. Los médicos dicen que algunos nuevos medicamentos podrían ayudar en un futuro. No lo sé. Siento que no debería decidir esa clase de cosas por él, pero él no puede decidir por sí mismo...

—Déjame ser clara —intervino Elayne—. Trabajo para el Rey de Rojo, no para los alcaides, y no he venido a buscar problemas. Sabes cómo está la situación en el Skittersill.

Dana agachó la cabeza, no precisamente asintiendo, pero Elayne lo interpretó de ese modo.

—La multitud de la plaza Chakal se reunió para protestar por algún trabajo de alto nivel que se está llevando a cabo en el Tribunal de Hechicería. ¿Cómo se puede unificar un distrito con base en una complicada cuestión de guardas y ofertas? —Elayne exhaló humo—. Los educas. Inundas la zona con panfletos elocuentes, convincentes y, sobre todo, furiosos, llamadas a la acción, acusaciones contra aquellos que se mantienen al margen. Muy bien. Pero ahora que es probable que la protesta termine de una forma pacífica, las páginas incitan al belicismo. Lo que me lleva a preguntarme, ¿quién paga por todo esto?

—Nosotros sólo imprimimos los papeles —repuso Dana—. El cliente nos contrató para proporcionar un servicio, y lo hacemos. Es una ciudad libre.

—Nada en esta ciudad es libre. Ni siquiera el agua. —Elayne se inclinó hacia delante, y dejó caer un poco de ceniza en el cenicero de Dana—. Déjame contarte una historia.

Dana no puso objeción.

—Una mujer joven está estudiando un oficio, mecánica, pongamos por caso. ¿O golemetría? En fin, su hermano mayor muere, de algo repentino. Insuficiencia cardíaca, supongamos. —Y, a juzgar por la súbita tensión en el rostro de Dana, había adivinado bien—. Dejándola con un negocio familiar y un hermano que sufre una deficiencia mental. Su negocio depende en gran parte de las relaciones, y una transición tan rápida como ésa pone muchas de esas relaciones bajo presión. La hermana se mantiene a flote, pero no está hecha para ese negocio. Puede mantener las máquinas funcionando, pero la contabilidad y la administración de los clientes son algo desconocido para ella. El final se acerca silenciosamente, desde abajo, y, si falla, ciento cincuenta empleados se hunden con ella. Así que cuando alguien aparece hablando de discreción, seguridad y grandes transferencias de moneda de alma, bajo cuerda, no lo piensa mucho antes de aceptar.

—Si lo que buscas es hacerme enfadar, lo has conseguido.

—Lo que busco es un nombre. A cambio, te ayudo a ti y a tu hermano. Mi compañía tiene contratos con empresas de contabilidad. Enviaremos a un contable a revisar tus cuentas. Mano firme en el timón. Estarás bien.

—¿Cómo, si entrego a mis clientes a los alcaides?

—Yo no soy los alcaides —dijo Elayne—. Y tu cliente no sabrá que me lo has dicho. Incluso puede ser que ella siga pagándote.

—¿Por qué piensas que es mujer?

—¿Por qué no iba a serlo?

Dana se había fumado todo su cigarrillo hasta llegar al filtro. Lo aplastó en el cenicero y se reclinó en la silla.

—Trabajas para el Rey de Rojo, pero no para los alcaides. Quieres encontrar a mi cliente, pero no quieres detenerla. Lo que usted dice no tiene sentido, señora Kevarian.

—Tengo amigos en el Skittersill —dijo ella—. Arderán en la ira que tu cliente quiere avivar. Necesitan ayuda. —No se volvió para mirar al hermano de Dana—. Tu cliente no sabrá que he obtenido su nombre de ti. Y creo que mis quince minutos deben de estar a punto de terminar. Si quieres aceptar mi oferta, será mejor que lo hagas antes de que la caballería irrumpa por esa puerta.

Se oyó el tictac de un reloj en la pausa que hubo a continuación.

Dana cogió un pedazo de papel de su escritorio y un bolígrafo, escribió un nombre y se lo pasó, doblado, a Elayne. Ella apagó su cigarrillo y leyó el nombre que estaba escrito en el papel, con mayúsculas muy firmes: KA L ALAXIC. Acompañado de una dirección.

—Gracias —dijo—. Enviaré al contable.

—Ahora vete.

Elayne protegió sus oídos antes de salir al ruido ensordecedor. Los mecánicos la observaron mientras caminaba hacia y por la puerta. La noche se la tragó.

En lo alto de las montañas soplaba un viento seco.

El viento seco y caliente sopló durante toda la noche. Rodaba por pendientes distantes y se secaba al cruzar kilómetros y kilómetros de desierto, hasta que al final no llevaba nada más que a sí mismo, ni siquiera polvo. Los niños que habitaban en casas de tablas de madera se ahogaban en pesadillas de tormentas de arena. Las peleas que se desataban en los bares cerca del muelle Monicola seguían su curso en las calles, seres humanos que se transformaban en nudos de puños y pies y dientes. Incluso los alcaides se detenían un momento antes de poner fin a peleas tan brutales. Era mejor esperar a que los borrachos se sacaran un poco de sangre. Los cirujanos en los hospitales afilaban sus bisturís y tomaban fármacos para mantenerse despiertos.

Temoc observaba su techo y se agarraba a los bordes deshilachados del sueño que había dejado atrás. Fuego. Gritos. Muerte. Y, sobre todo, la sensación de un destino sombrío e inevitable.

Mina se enroscaba y se desenroscaba junto a él, maullando como un gato en su sueño.

Temoc se levantó sin despertarla y caminó solo por la casa. La puerta de la habitación de Caleb estaba entreabierta. Consideró entrar para observar cómo su hijo dormía. Pero decidió no hacerlo, por la misma razón por la que no había despertado a Mina. No había necesidad de infligirle su insomnio a nadie más.

Había plegarias especialmente diseñadas para noches y vientos como ése. El cielo que se veía al otro lado de la ventana de la cocina tenía un tono entre amarillo y anaranjado, y parecía más alto que de costumbre; las nubes encantadas que los hechiceros usaban para proteger su preciada luz de estrella del resplandor de la ciudad se habían retirado por la tierra. Pero el viento seguía soplando. Un mal presagio. Las personas que estuvieran caminando por la plaza

Chakal esa noche temerían por sus almas. Esos vientos surgían de las heridas del mundo, y los demonios viajaban sobre ellos.

Temoc bebió tres vasos de agua, lo cual no lo ayudó. Su ritmo cardíaco se ralentizó.

Salió de la cocina y vio a Caleb junto a la mesa del comedor, observándolo. Maldijo y retrocedió un paso. ¿Una aparición? ¿Un mensaje de los dioses?

Pero el chico dijo:

—No podía dormir. —Después de todo, sí era su hijo.

—Demonios, Caleb. Deberíamos enseñarte a cazar. Ni siquiera necesitarías un arma. Sólo hazle eso al ciervo y caerá muerto.

El niño no se rio.

—Lo siento. Pensaba que me habías visto.

—¿Quieres un poco de agua?

—Sí, por favor.

Temoc le sirvió un vaso y volvió a llenar el suyo. Cada uno de ellos mojó el dedo en el agua y derramó una gota sobre la mesa. «Agua en el desierto», dijo Temoc, y Caleb respondió: «Un regalo generoso». Se sentaron, sombras dentro de sombras, envueltos en aire seco y cargado.

—¿Tú tienes sueños feos, papá?

—Sí.

—Y ¿te asustan?

—No.

—¿Por qué no?

—Existen dos clases de sueños. La mayoría son falsos, no tienen mucha más sustancia que una mentira. Algunos sueños son verdaderos, pero la verdad apenas es más sustancial. Un sueño no puede herirte ni matarte. ¿Por qué habríamos de temerlos?

—Mamá dice que los sueños conectan. Mamá dice que todos estamos conectados en sueños y que, a veces, algunas cosas se extienden de una persona a otra.

—Tal vez.

—Entonces ¿no estás asustado?

—No, no lo estoy.

—Y ¿por qué estás despierto?

«Porque —pensó Temoc— el miedo y el temor no son lo mismo. Porque decir que tengo miedo implica que algo me ha asustado, que conozco la forma de la bestia que me persigue por los corredores de mi sueño. Que mi miedo tiene un objeto, y ese objeto tiene un nombre, y yo conozco o al menos creo conocer ese nombre. Uno no puede tenerle miedo a un viento seco y caliente, uno no puede tenerle miedo al hecho de acostarse despierto junto a su esposa dormida, uno no puede tenerle miedo a su hijo. El hecho de decir que tengo miedo implica que algo me hace tener miedo y, hasta la fecha, no me he topado con nada que no pueda romper con mis propias manos.

»Sin embargo, este niño me observa con mis propios ojos bajo mis propias cejas sobre las mejillas de su madre, y cuando me cuestiona, dudo. Soy Temoc. Una vez, una diosa puso la palma de su mano sobre mi frente, maté a un escorpión del tamaño de una montaña, peleé contra varios demonios hasta acorralarlos en un puente que se encontraba sobre un abismo tan profundo como la muerte. Predico a aquellos que se oponen al Rey de Rojo. Soy Temoc, padre, y esposo, sacerdote, y no puedo ser todos esos hombres a la vez. ¿Qué clase de padre deja a su esposa y a su hijo para ir en busca de la guerra? ¿Qué clase de padre hace a su hijo a un lado por un ideal?»

Temoc se inclinó sobre la mesa y revolvió el cabello de Caleb. El chico arrugó la cara y le apartó la mano. Enjuto, sin la corpulencia de Temoc, pero fuerte. Bastante fuerte.

—Estoy preocupado por ti.

—Puedo cuidarme solo.

—Eso espero —dijo Temoc. Levantó al chico de la silla y lo abrazó. Caleb se retorció, luego lo entendió, y abrazó a su padre también.

Fuera, el seco y demoníaco viento seguía soplando.

A la mañana siguiente, salió el sol. La marea llegó. Los autobuses aéreos flotaban a la deriva. En los fogones se cocinaban huevos revueltos, y los cocineros maldecían y abrían las ventanas para dejar salir el humo. El tráfico de las autopistas del centro de la ciudad avanzaba a vuelta de rueda, más lento que de costumbre debido a los mirones cerca de la plaza Chakal. El carruaje de un contable desafortunado se estrelló contra un carro de fruta. Los limones rodaron por el pavimento y quedaron aplastados bajo pezuñas y ruedas. Ralladura y zumo combinados con sudor, carne de caballo, madera caliente, asfalto, heces. La ciudad gimió como un resucitado y se sacudió hacia delante, hambrienta y en búsqueda de comida que no podía nombrar.

En la plaza Chakal, las partes interesadas se reunieron. Elayne, que trataba de aliviar un fuerte dolor de cabeza que le perforaba el cráneo después de la aventura de la noche anterior, avanzó frente al cordón de brazos-rojos a la derecha del Rey de Rojo. Tan Batac caminaba enérgicamente al otro lado del esqueleto; parecía haber dormido bien. Y, en apariencia, era el único. Debilitado por el amanecer, el viento caliente aún secaba la piel y la saliva de las bocas abiertas. Incluso ahuyentaba el esmog y dejaba un cielo que no podía llamarse azul, sino más bien pálido, el color que los profetas le atribuyen al corcel de la muerte, con tonos vagos de anaranjado y verde y truenos amenazantes. La multitud no murmuró ni gruñó. Sólo observó.

No hubo discursos. Si Kopil hubiese intentado la rutina de la voz en el cielo, Temoc no podría haber calmado a la gente. Se habrían amotinado de inmediato.

El sacerdote los guio al interior de la tienda y se sentaron de nuevo, y, una vez más, el óculo empezó su lenta progresión, aunque ese día la elipse de luz solar parecía un ojo acusador. Cada bando observaba al contrario, exhaustos, con

incertidumbre y manteniéndose a raya. Bebieron agua y esperaron mientras el día se forzaba a sí mismo a encenderse.

Nadie se sorprendería más que Elayne cuando las cosas empezaran a avanzar.

Ella hizo la primera pregunta, sí, pero no podía cargar con la responsabilidad de lo que ocurrió después.

—Ayer, nos marchamos con la araña del señor Kemal —dijo—. Y los peligros de la falta de comunicación. Tal vez podríamos ahondar más en ese tema: tratar de que cada lado presente la posición del otro, como ellos la perciben, con la menor cantidad de emoción posible.

Temoc no estuvo de acuerdo con la idea de que uno debía dejar las emociones de lado al discutir sobre hogares y familias. El Mayor se negó a calificar las metas de Tan Batac de otra forma más que de apocalípticas. Elayne se resignó y se preparó para otro día con todo el mundo gritando eslóganes y golpeando la mesa, pero pocos delegados parecían compartir la pasión del Mayor. Incluso Bel frunció el ceño cuando empezó a despotricar acerca de una revolución. Después del Mayor, cada orador adoptó una postura más calmada, hasta que Kapania Kemal resumió su idea en:

—Quieren derribar nuestros hogares y construir un palacio en el que ninguno de nosotros podrá vivir.

La risa del Rey de Rojo contenía poco humor.

—El cambio es algo inevitable. Incluso vuestros representantes son nuevos en el Skittersill. Los Kemal llevan el nombre de un clan guerrero, *ke*, y todos en la familia de Techita eran artesanos de propiedad vitalicia antes de las Guerras. La gente de Bel ha vivido aquí desde el primer asentamiento, pero el hecho de que os llame *vecinos* demuestra lo mucho que ha cambiado el Skittersill. Demonios, si incluso habéis reclutado a Temoc Almotil para vuestra causa, y recuerdo la época en la que los sacerdotes de la casa Al sólo venían tan al sur para elegir sacrificios. Así pues, tendréis que perdonarme si vuestras evocaciones de comunidad y hogar me resultan graciosas. Queréis protegeros del cambio, al igual que todo conservador desde el principio de los tiempos. Estáis del lado equivocado de la historia.

Hal Techita golpeó la mesa con su bastón.

—Típico argumento de un hechicero, thaumocrático y dependiente de un progresismo histórico falso sin una gota de...

—Hal —dijo Bel, y Techita se detuvo—. No podemos convertir esto en un debate filosófico o estaremos discutiendo hasta que las estrellas caigan del cielo. Tú y yo no estamos de acuerdo en esas cuestiones, al igual que Tan Batac y el Rey de Rojo. Nuestro problema es práctico, no ideológico.

—Estos *caballeros*... —Techita no ocultó su desprecio al pronunciar la palabra— parecen no estar de acuerdo. Les explicamos nuestra posición y no pueden ni repetirla sin hacer alguna referencia al gran contexto histórico.

—En ese caso, permítanme intentarlo —pidió Tan Batac. Eran las primeras palabras que pronunciaba esa mañana, sin perder esa pequeña sonrisa, con los dedos entrelazados sobre su vientre, como uno de esos eruditos de porcelana y mejillas de querubín del Imperio Brillante.

Hal lo observó con cautela.

—Nuestra principal diferencia —explicó Batac— es que a ustedes les preocupa preservar el Skittersill como es ahora, y a mí me preocupa el cambio que es necesario para que el Skittersill sobreviva las siguientes tres décadas, o cinco. Ustedes creen que yo quiero ponerle alambre a su telaraña. Yo creo que ustedes quieren congelarla: preservar su vida actual bajo llave, evitar que cambie en lo más mínimo.

—Sí queremos que cambie —repuso Kapania—. De manera orgánica.

—¿Qué quiere decir con *orgánica*? ¿Quiere decir *lentamente*? Porque los seres vivos se mueven a gran velocidad. Hace cincuenta años, Dresediel Lex era una teocracia; hoy, ya no. ¿Quiere decir en aislamiento hermético? Porque no puedo pensar en ningún organismo vivo que subsista desconectado de los demás. Tal vez esos peces ciegos que viven en cuevas... Pero no creo que quieran ser peces ciegos viviendo en una cueva, incluso si ésa fuese una opción, que no es el caso. Están en una de las ciudades más grandes del mundo.

—Existe una diferencia entre *evolución* y *decreto* —dijo Bel—. Sus planes... —Hizo un gesto con las manos en dirección a los mapas extendidos sobre la

mesa—. Quieren apartamentos de lujo en el lugar donde vivimos. Algunos de estos recintos han estado habitados durante más de seiscientos años.

—Pero ¿acaso esas viviendas no han cambiado en seiscientos años?

—Claro. Después de incendios y desastres, después de victorias y matrimonios y tragedias. —Se volvió a mirar a los demás para que confirmaran lo que decía. Incluso el Mayor asintió—. Las cosas cambian. A nosotros nos importan las vidas que hay aquí y ahora. No una utopía de cristal.

—Pero no les importaría que el Skittersill se convirtiera en una utopía con el tiempo.

—No.

—Entonces, nuestro desacuerdo es respecto a cómo regular la transformación.

—Sí.

—¿Tienen alguna sugerencia?

Y, así, transcurridas ya dos horas del segundo día, la discusión dio inicio.

Elayne tomó nota. Hicieron una pausa para reuniones privadas de cada grupo, hicieron una pausa para beber agua, hicieron una pausa para almorzar, hicieron una pausa para salir al exterior, bajo el cielo enfadado, y contemplar la posibilidad del fracaso.

—No puedo creerlo —dijo Kopil—. Están hablando.

—Ya estaban hablando —repuso Batac con una sonrisa de satisfacción—. La diferencia es que ahora estamos hablando juntos.

—¿Te das cuenta de que buscarán concesiones?

Batac oteó entre la multitud y asintió por algún conocimiento secreto que dedujo de allí.

—Puedo lidiar con mis inversores, hasta un punto razonable.

Elayne trató de sacudirse la sensación de que las cosas estaban saliendo bien por las razones equivocadas.

De vuelta en la tienda, la incertidumbre disminuyó. Se ofrecieron concesiones y compromisos. Si Elayne no hubiese protegido la tienda personalmente, habría sospechado que una mano oculta estaba usurpando la voluntad de los delegados,

pero no había ningún hechizo arcano en ejecución. Las partes tan sólo habían decidido cooperar, como una nube que decide que debe llover.

—Quieren proteger el Skittersill —dijo Tan Batac—. No quieren que se convierta en un museo.

—Las estructuras deberían permanecer —señaló Bel— y los alquileres deberían estar garantizados.

—¿Qué hay de los espacios vacíos y los edificios deteriorados? ¿Quieren que las casas abandonadas lo sigan estando cuando podríamos reemplazarlas por algo nuevo?

—No —respondió Hal—. Nos importan los seres vivos, no la madera muerta.

—Yo me sentiría cómoda —intervino Bel de nuevo— si las estructuras abandonadas o dañadas pudiesen ser reconstruidas, readaptadas, incluso vendidas a un precio bajo.

—Siempre y cuando —añadió Bill Kemal— los dueños estén obligados a proteger su propiedad. De otro modo, apuesto a que nos enfrentaremos a una temporada de incendios sospechosos.

—¿A qué se refiere con «proteger»? —preguntó Batac.

—Supresión completa de incendios y resistencia a terremotos e inundaciones. Control de plagas.

—Especialmente contra las termitas.

—Muy caro —repuso Batac—. No hay muchas aseguradoras que ofrezcan una garantía así.

—Alguien lo hará —dijo el Mayor—. De lo contrario, ¿de qué sirve su tan cacareado mercado libre?

—Esos términos ahuyentarán a cualquiera que quiera comprar un terreno en el Skittersill.

—Si el precio del seguro es alto, habrá menos demanda para bienes raíces en el Skittersill, lo que mantendrá el precio de los alquileres y del suelo bajo al principio. —Bel señaló los planos—. Pero el distrito cambiará, y con el tiempo podrán cumplir esos sueños que tienen.

Batac asintió.

—Necesitaremos algo de tiempo para negociar los nuevos términos con el

seguro. Los mercados se desarrollan lentamente, y los acuerdos integrales de protección de la propiedad no nos caen del cielo.

—Claro que no —dijo el Mayor—. Sobre todo cuando manipulas la subasta para beneficiar a tus cómplices.

—Ésa es una acusación ofensiva. —Aunque Batac no parecía muy ofendido—. No quiero retrasar este acuerdo. Y usted tampoco, me imagino.

—¿Y qué tal si las nuevas guardas requieren una cobertura completa a partir de, pongamos, dos semanas después de efectuarse?

—Dos meses.

—Durante los cuales podrá enviar a sus escuadrones incendiarios a nuestros hogares. Dos semanas me parece un tiempo generoso.

—No tengo ningún escuadrón incendiario. Seis semanas.

Pelearon con palabras. En un par de ocasiones, Elayne pensó que tanto Batac como Bel estaban a punto de volcar la mesa con violencia, o que el Rey de Rojo, furioso, los haría mil pedazos a todos. Pero retrocedían ante el inicio de toda crisis nueva, y para las cuatro de la tarde estaban mirándose los unos a los otros sin decir una palabra.

Sin decir una palabra hasta que Elayne dijo:

—Me parece que tenemos un trato.

Ella detalló los términos, los leyó en voz alta, ajustó algunas cifras y aclaró definiciones clave. Pasó copias a cada delegado, y cada uno de ellos las revisó en silencio. Elayne reconocía la forma de su preocupación. A cada debate le seguía la recapitulación, y un tembloroso pensamiento: «¿Acaso he comprometido mis principios porque estaba cansado y desesperado por llegar a algún acuerdo? ¿Quién de nosotros ha cedido más?».

—Recomiendo que involucremos al Tribunal en este punto —dijo—. La jueza Cafal podría tener algunas preguntas.

—No podemos acudir todos a la jueza —terció Bill Kemal—. La gente se pone nerviosa. El Mayor tiene una cantidad extraordinaria de órdenes de arresto pendientes.

—Es verdad —asintió el aludido.

—Además, necesitamos convencer a todos los de la plaza de que acepten este acuerdo.

El Rey de Rojo cruzó los brazos.

—Creí que teníais facultades para negociar en su nombre.

—Negociar, sí. No decidir.

—Si no podéis garantizar vuestro compromiso...

—Podemos —dijo Temoc—. La gente escuchará. Pero deben estar al tanto de la causa con la que se están comprometiendo.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? —preguntó Tan Batac—. ¿Esperar?

—No —respondió Elayne. Cada retraso incrementaba la posibilidad de que algo saliera mal en el proceso. Con trato o sin él, la presión aumentaba—. El Comité tiene que convencer a la gente del trato mientras nosotros lo finalizamos con la jueza. Pero no podemos ir ante Cafal solos. Necesitamos a alguien que represente a la multitud, alguien en quien confíen.

Las miradas recorrieron y rodearon la mesa. El Mayor tosió.

—¿Por qué —preguntó Temoc— me están mirando todos?

—Debería hablar con ellos antes de irme —comentó Temoc.

Estaban de pie frente a la tienda, a plena vista de la multitud.

Elayne levantó una mano.

—Haré los arreglos necesarios para que puedas hablar en el cielo.

Él dudo y luego asintió.

—Nunca imaginé que pudieras tener pánico escénico.

—No me gusta hablar por mí mismo —respondió él—. Hablo por algo más grande o no hablo. Además, aquí no hay escenario.

—Lo hiciste bien la última vez.

—La última vez tenía que detener una revuelta. Fallar no era una opción.

—Si la presión te ayuda... debes saber que, si tú no puedes convencerlos, dudo que tus delegados lo hagan mejor, lo que significaría que la paz ha fallado y volveríamos a donde estábamos al empezar.

—Mucho mejor. —Temoc cerró los ojos y flexionó los hombros de manera que su esternón tronó; un sonido bajo, como un brazo rompiéndose—. Vamos.

Ella invocó su cuenta de gastos en Kelethras, Albrecht y Ao. Su sangre se heló, y se le fue el color del cuerpo; sólo quedaron longitudes de onda hechas de luz. Los brazaletes de los brazos-rojos perdieron su tono sangriento. Había una chica con flores en el pelo que sostenía en brazos a un niño que gritaba; el rostro del niño perdió su sonrojo y las margaritas dejaron de recordarle a Elayne la sensación de rozar un pétalo contra su mejilla, cuando era joven y estaba casi enamorada, en ese aliento fugaz entre la niñez y la guerra. Todo eso se desvaneció, dejando en su lugar un poder que fluía por su cuerpo, que era resarcimiento.

La hechicería que ella invocaba no tenía la teatralidad de la del Rey de Rojo, lo cual era posiblemente lo mejor, teniendo en cuenta lo delicado del momento.

Extendió una mano hacia Temoc. Llamas verdes y azules danzaban en su palma, lenguas retorciéndose entre sus dedos.

—Te toca —dijo, y abrió la mano.

La flor de fuego lo envolvió, destellando un tono esmeralda mientras las cicatrices de Temoc tomaban el control. Sus ojos se pusieron en blanco, su cuerpo se tornó rígido y su rostro emergió del cielo anaranjado que se encontraba sobre ellos.

—Gente del Skittersill —dijo él—, durante los últimos dos días, hemos estado discutiendo nuestros términos con el Rey de Rojo y con Tan Batac. Hemos buscado preservar la ciudad que conocemos. Ellos entienden nuestras preocupaciones. —Hubo murmullos de incredulidad, un grito de «¿Cómo?». Desde la multitud congregada más al norte, risas. Temoc también rio; su voz era intensa, abundante y húmeda, a pesar del viento seco que soplaba—. Tenemos un trato. Las estructuras en las que vivimos no serán vendidas o dañadas hasta que nosotros así lo deseemos. Tendrán en cuenta nuestras necesidades y nuestro modo de vida. Estas reuniones han creado un puente entre una división que parecía imposible de cruzar. Pero éste no es el final. Hemos demostrado nuestra fuerza. Imponemos respeto cuando nos unimos. No perdáis la fe. Yo iré al Tribunal de Hechicería, donde les presentaré nuestro trato a los jueces. —«¡Temoc! ¡Temoc!» Unas cuantas voces empezaron a aclamar, y unas cuantas manos se alzaron hacia el cielo. Luego, más—. Los delegados os explicarán nuestros logros. Veréis que hemos establecido compromisos, pero no hemos cedido. El mundo que queremos es el mundo que construimos ahora, juntos. — Fuertes pulsaciones en su voz, golpes de martillo para comunicar su punto. Palabras cortas. Un discurso literal: la victoria era la victoria porque él así la llamaba.

»Escuchad al Comité. Escuchad las palabras de vuestros líderes. No vaciléis. Esperad mi regreso.

Se desvaneció de las nubes, dejando un espacio azul donde la hechicería había limpiado el cielo.

—¡Temoc! —La fuerza del cántico creció y éste se extendió, voces de hombres, de mujeres, de niños, bajo, alto, tenor, soprano, clara o áspera o aguda,

furiosa o eufórica o exultante o simplemente dispuesta a esperar un futuro más brillante—. ¡Temoc! ¡Temoc! ¡Temoc!

El hombre, sacerdote, Caballero Águila, padre y antiguo enemigo agachó la cabeza. No dio señal alguna de escucharlos. Para él, el cántico que coreaban las voces bien podría haber formado parte del viento, el viento que se llevaba las nubes y el polvo para arar el momento de claridad azul en el cielo.

El cordón de brazos-rojos tuvo que contener a la multitud de nuevo, esta vez no por la ira de los manifestantes, sino por su necesidad. Los alcaides rodearon a Temoc, a Elayne y a Tan Batac, que se veía como un simple hombre que vestía un traje arrugado pero caro. Y, desde luego, al Rey de Rojo, que se colocó junto a Elayne y dijo:

—Es peligroso.

—Está de nuestro lado.

—Por ahora.

—¿Has oído su discurso?

—He oído a un hombre peligroso. Y lo único que uno sabe con certeza de un hombre peligroso es que es peligroso.

Temoc sonrió y saludó mientras la multitud coreaba su nombre.

La jueza hizo un hueco en su agenda, lo que nunca antes se había visto, al menos en la experiencia de Elayne, pero el Rey de Rojo no era un cliente cualquiera, y ése no era un caso cualquiera. La asistente de Cafal los guio hasta la oficina interna. La jueza estaba sentada detrás de su escritorio, con la misma boca ancha que reflejaba la misma desaprobación desapasionada. Su mirada azul y aguda de ave rapaz los recorrió a los tres, se detuvo en Elayne por un momento y al final se posó sobre Temoc, quien le devolvió la mirada sin expresión alguna. Elayne pensó en gatos y reyes, y se preguntó cuál era cuál.

Cafal se dirigió a Elayne en primer lugar.

—Abogada, ¿ha resuelto su problema?

—Sí, señoría. El Comité de la plaza Chakal ha accedido a hacer compromisos. Envían a Temoc Almotil como su representante.

—¿Tiene entrenamiento de hechicería?

—Soy teólogo —dijo Temoc.

—¿Es suficiente como para entender el acuerdo que se está discutiendo?

Él asintió.

—Es poco ortodoxo que alguien reclame autoridad en mi tribunal sin un documento que lo pruebe. ¿Habla usted realmente en nombre de esas personas?

—¿Nos habríamos reunido con él durante los últimos dos días si no fuese así?

—Se encuentran entre la espada y la pared, abogada. En su situación, me sentiría tentada de reunirme con cualquiera que aceptara.

—Con todo el respeto —Temoc no alzó la voz, pero todos se volvieron para mirarlo—, la evidencia es un eco de la verdad. Mi gente me ha enviado, así que aquí estoy.

La risa de Cafal no inspiraba ni confianza ni consuelo.

—Qué gran responsabilidad. Qué suerte que sus hombros sean anchos.

—Mis hombros tienen poco que ver con la situación.

—He visto su nombre en el periódico, Temoc Almotil. Pero es interesante descubrir la clase de hombre que es en persona.

Cafal chasqueó los dedos y todos quedaron de pie a horcajadas sobre Dresediel Lex. Los soles gemelos de sus ojos proyectaban sus sombras en sus callejones y sobre sus pirámides.

—Muy bien —dijo la jueza desde el vasto y arqueado cielo—. Muéstrenme su trato.

Después de dos días en la tienda de la plaza Chakal, después de Bel y el Mayor y Kapania Kemal, después de la multitud que los observaba y los disturbios inminentes y los brazos-rojos y el viento demoníaco y los rostros en el cielo, el trabajo de esa tarde le pareció muy claro a Elayne. No fácil; la mirada de Cafal era implacable, y su mente aguda. Pero al menos no se desviaba en mitad de un argumento para cuestionar los fundamentos filosóficos de la hechicería, ni tampoco ponía objeciones a los términos básicos del arte.

Temoc respondió a todas las preguntas que se formularon. Lo explicó pacientemente todo acerca de las arañas, las telarañas, y acerca de cómo los manifestantes del Skittersill necesitaban asegurarse de que no venderían sus vidas delante de sus narices. Cruzó los brazos y rara vez dejó que su mano se deslizara hasta la empuñadura de su cuchillo.

Fácil. Pero cuando la jueza dijo: «Que así sea», y despertaron de golpe del sueño en el que tres pasos largos eran capaces de medir la distancia que hay desde Worldsedge a Stonewood, cuando volvieron a sus cuerpos mal ajustados, cuando se dieron la mano y se felicitaron entre sí por un trabajo casi terminado, cuando salieron del Tribunal hacia la tarde que ya había caído, Elayne se sintió menos exultante de lo que había esperado.

La victoriosa arrogancia del acuerdo de los enemigos en la plaza Chakal se desvaneció con rapidez. De pie en la acera frente al Tribunal de Hechicería, mientras el tráfico avanzaba ante ellos, mientras el Rey de Rojo y Tan Batac esperaban que un aparcacoches les acercara sus carruajes y Temoc intentaba conseguir un taxi sin éxito, sintió la misma inquietud que uno sentiría después de

haber caminado a lo largo de medio kilómetro por la bifurcación equivocada de un camino. El primer año después de haberse mudado a Alt Selene, se perdía constantemente sin darse cuenta de inmediato: a cada manzana que recorría, las tiendas le resultaban más extrañas, veía palabras desconocidas en los letreros, un vapor cáustico y especiado fluía desde las rejillas de ventilación de las cocinas de los restaurantes, hasta que llegaba a un distrito que bien podría haber sido extraído de la metrópolis en expansión de Kho Khatang. Y, durante todo ese tiempo, ella había creído estar en el camino correcto.

Demonios. Como siempre, daba demasiada credibilidad a los presentimientos. La química glandular estaba sujeta a las feromonas, al contexto, al furioso cielo naranja suspendido sobre Dresediel Lex como la suela del otro zapato proverbial.

Llegaron dos carruajes, uno de lacado carmesí para el Rey de Rojo, y uno negro y elegante para Tan Batac, tirado por un caballo que tenía la misma relación con los caballos normales que las pinturas de un templo tenían con los hombres normales: idealizada, exagerada, imposible. Ambos arrancaron y se mezclaron con el tráfico, mientras los conductores azotaban el flanco de los caballos.

Temoc hizo señas con la mano para detener otro taxi. Éste redujo la velocidad una fracción de segundo antes de que el conductor recordara que tenía un compromiso urgente en alguna parte del otro lado de la ciudad y acelerara, dejando tras de sí una nube de polvo. En otra localidad, los pantalones de Temoc podrían haber quedado salpicados de lodo, pero el verano en Dresediel Lex era seco.

«Es peligroso», había dicho Kopil, y tenía razón. Pero, por otro lado, Temoc era, si bien no un amigo, al menos sí una persona a la que Elayne no quería ver varada en el centro con el tráfico de la hora punta.

—¿Tienes prisa?

Temoc frunció el ceño y alzó la mirada al cielo.

—Esperaba volver a casa y cenar antes del sacrificio de la puesta de sol.

—¿A esta hora? Buena suerte —dijo ella—. Hay un atasco que llega hasta Monicola, y la plaza Chakal hace que transitar por estas calles sea incluso más

difícil de lo habitual.

—Entonces iré directamente a la plaza Chakal.

—Ha sido un día largo. ¿Qué tal si cenamos antes? Conozco un lugar por aquí donde comer algo rápido.

Detrás del mostrador rojo, un hombre delgado con un bigote ralo pasó un cuchillo dos veces por un afilador, luego cortó la capa exterior de una brocheta giratoria de cordero asado en lonchas finas. Dispuso el cordero en un plato, añadió tomates rebanados, humus, ensalada de col y pan de pita suave, lo dejó sobre el mostrador, gritó: «¡Cuarenta y ocho!» y después volvió a la carne, al cuchillo y al afilador. Elayne levantó ese plato y también el suyo; el plato de cerámica era tan grueso que pesaba más que la comida que contenía. Después, llevó a Temoc a un reservado cerca de la parte trasera, lejos de las ventanas.

—Nunca había ido a un lugar así —dijo él.

Había una cola que iba desde la caja registradora hasta la puerta. Habían logrado apropiarse de una de las dos últimas mesas que quedaban disponibles; todas las demás estaban ocupadas por una mezcla de residentes de DL: trabajadores con ropa vaquera y de algodón, parejas que iban camino al teatro, banqueros que comían a la velocidad de un carroñero. Un hombre joven de traje con un vendaje en la barbilla tragó mal, se atragantó y tosió en una servilleta.

—Deberían comer más despacio.

—La gente no viene aquí para comer despacio.

—He visto coyotes alimentarse con más gracia, y eso que los coyotes deben comer antes de que algo más grande acuda a robarles su comida.

—Aquí sucede eso mismo —dijo Elayne—. O algo parecido. Un carroñero come deprisa por temor a la competencia. Estas personas comen rápido porque temen que alguien como yo visite su oficina mientras ellos están cenando.

—Entonces tú eres el monstruo al que temen.

—Prueba el cordero. Haces un bocadillo con el pan de pita, así. —Se lo enseñó.

Él partió el pan por la mitad con una concentración sombría que la hacía

imaginar a un Temoc mucho más joven en las clases de anatomía como un novato: «Golpea aquí para romper el esternón», «Corta a lo largo de este meridiano», «Pincha aquí para drenar sangre lo suficientemente deprisa como para inducir la euforia, pero no tan rápido como para que el sacrificio muera».

No obstante, aún tenía mucho que aprender sobre el pan de pita. Rompió una de sus mitades mientras la rellenaba.

—El pan es demasiado frágil.

—Ten cuidado con los pedazos tostados. Se rompen. —Ella se terminó su propio sándwich y preparó el segundo. Él comía despacio, y se relamía—. Pareces satisfecho contigo mismo.

—La jueza está de acuerdo, al igual que la plaza Chakal. —Se puso de pie, cogió un puñado de servilletas del mostrador y regresó, limpiándose humus de la mano—. Nos está yendo bien.

—Me preocupa ese asunto de los panfletos.

—Hemos detenido a algunos de los distribuidores —dijo él—, pero los periódicos que quedan viajan más deprisa por todo el campamento. Con suerte, no interferirán en el trato.

—¿Y si fuéramos directamente a la fuente?

Temoc apretó el puño contra la palma de la mano opuesta y la observó por encima de sus nudillos.

—¿Qué has descubierto?

—No tengo tiempo de investigar esta noche —dijo ella—. Debo redactar ese acuerdo. Pero sí tengo un nombre para ti, y una dirección. Te los daré ambos si escuchas mi consejo.

—Adelante.

Un grupo de trabajadores de oficina salió al calor de la calle. Mientras se marchaban, entró una pandilla de estudiantes. El viento caliente se arremolinó por la puerta abierta.

—Tienes una buena familia. Te quieren. Si esto sale mal, cuídalos.

—¿A qué viene esa repentina preocupación?

—Ahora eres parte del movimiento. No sabes lo que es eso.

—Luché en las Guerras.

—Para defender tu ciudad, no para cambiar el mundo. Las causas tienen una fuerza gravitacional que es difícil de resistir. Nunca te he contado lo que hice en la Rebelión de los Semioticistas, por qué me sacaron del campo de batalla y me enviaron con el Rey de Rojo, antes de conocerte.

Él negó con la cabeza.

—Quemé todo un bosque para matar a un hombre. No funcionó. Así que lo seguí por una montaña y un desierto hasta el corazón de otra jungla. Maté a cinco dioses mientras lo cazaba. Dioses pequeños pero dioses, al fin y al cabo. Yo misma debería haber muerto. Casi fue así. Él hirió a mis amigos. Alguien a quien amaba trató de alejarme de la cacería, y no lo escuché. —Un restaurante de shawarma no era el lugar adecuado para esa conversación—. Quiero que cuides a tu familia, no que termines desangrándote en un callejón.

—De acuerdo.

Elayne sacó un cuaderno y un bolígrafo de su maletín, y escribió el nombre y la dirección que le habían dado. Arrancó el papel, lo dobló y lo colocó entre sus platos.

—Cuídate, Temoc.

A continuación, se puso de pie, llevó su plato vacío al contenedor, pasó junto a los estudiantes y salió en dirección al viento que soplaba fuera.

Cuando Temoc volvió a la plaza Chakal, notó un cambio. Bajo la emoción de la gente, bajo su esperanza, crecían malas hierbas de sospecha y temor.

Una mujer entornó los ojos cuando él pasó junto a ella. Dos hombres con gorras de repartidor de periódicos cruzaron los brazos. Un anciano encendió un cigarrillo y exhaló el humo. Tal vez Temoc estaba paranoico, turbado por el nombre que llevaba en el bolsillo de su camisa, por los recuerdos que había ignorado durante años.

Chel lo alcanzó en las tiendas de comida. Había un nuevo surco en su frente, una mueca alrededor de su boca. Llevaba una hoja de periódico enrollada, como un bastón.

—Temoc —dijo ella cuando finalmente pudo seguirle el paso. Ya que estaba distraído, no la corrigió—. Los delegados han presentado el acuerdo. La gente los apoya. A las tropas del Mayor les costó asimilarlo. Pero estamos listos.

—Y la jueza aprobó nuestro trato.

—Bien. —No parecía muy contenta.

—¿Qué ocurre? —A menos que él lo estuviera inventando. A menos que Elayne lo tuviera persiguiendo fantasmas. Pensó en Caleb y en Mina, y trató de concentrarse en cualquier otra cosa.

Ella le pasó la hoja de periódico.

Una imagen del Comité reuniéndose con el Rey de Rojo esbozada el día anterior por la mañana. El pie rezaba: ¿TRATO O TRAICIÓN? Temoc echó un vistazo al artículo en busca de frases clave: «Permitir que los hechiceros se apoderen de nuestra tierra». «Los detalles no están claros.» «¿Qué es lo que no nos están diciendo?» Le devolvió el panfleto.

—Se lo hemos dicho todo.

—Lo sé —dijo ella—. El artículo está mal. Pero hay algunos que creen en

estas cosas y..., en fin, me alegro de que hayas vuelto para el sacrificio. Hay mucha gente furiosa esta noche.

—Yo los tranquilizaré.

Asistieron a ver el sacrificio los furiosos y los confundidos, hombro con hombro con aquellos que tenían una fe sin mácula. Escucharon sus historias sobre los Reyes Errantes, sobre el Antiguo quechal sufriendo en el desierto, sobre la confusión de la gente antes de encontrar un hogar.

—En el desierto —les dijo—, tuvimos miedo y perdimos la esperanza. Pero debemos permanecer juntos. No debemos ser nada menos que lo mejor de nosotros mismos.

Y, al final, por medio de su fe, por medio de los dioses, por medio de la mujer tumbada sobre el altar, que gritó de éxtasis cuando golpeó su esternón, Temoc pudo unirlos y guiarlos a través de la muerte y del renacimiento.

Lo seguían, por el momento.

Eso era suficiente.

Caminó por el campamento, curó a los enfermos, alimentó a los hambrientos. Oró, en silencio y en voz alta.

Cuando terminó, se marchó y cogió un carruaje rumbo al norte, a la dirección que Elayne le había dado.

Temoc no había vuelto a Sansilva desde hacía años. El distrito sagrado que solía conocer se había ido, así como las personas que oraban y hacían sacrificios allí, habían muerto o se habían retirado para consumirse en los suburbios. Sólo quedaban los artefactos, las pirámides y las hojas de periódico adulteradas por monstruosidades modernas de cristal y acero.

Encontró el edificio que buscaba, una torre negra junto al antiguo Templo de la Luna Nueva, tachonado de letreros iluminados con una luz fantasmal y signos katholic en lugar de jeroglíficos en alto quechal: ARTÍCULOS DEPORTIVOS HYPERION, OSRIC & CROUP, SASTRES FINOS, CHARCUTERÍA SCAMANDER. Los pisos más altos anunciaban negocios más arcanos: BONOS ALPHAN, PROPIEDADES GRIMWALD, CBSE, bancos y empresas comerciales, cicatrices talladas en la carne de los dioses muertos.

Antes de que los hijos y los hechiceros del cataclismo clamaran por la Liberación, el incienso y el sándalo solían impregnar el aire allí. Los cánticos y las alabanzas reverberaban en las paredes de arenisca. Los sacerdotes rezaban a los dioses presentes.

«No nos hemos marchado», murmuraron los dioses. Pero no lo habían abrumado en cuarenta años, en todo ese tiempo, no habían vuelto a fluir por sus venas con la fuerza de la marea como lo habían hecho en el calor de su juventud. No les gustaba su culto sin sangre.

Pero basta de recuerdos. Esa noche había trabajo que hacer.

Leyó nuevamente el pedazo de papel. La dirección que estaba escrita ahí correspondía al ático, en el piso veintisiete de la torre.

Temoc abrió sus cicatrices. Encontró una corriente en el aire, una corriente de hechicería refrigerante. Uno de sus feligreses, un arquitecto, había descrito los rascacielos como hornos. La gente, las luces y las máquinas irradiaban calor. Si la hechicería de refrigeración fallaba, esos edificios cocerían a sus habitantes vivos. Eso encerraba algo de poesía, una fábula que podría haberle contado a Caleb cuando el niño era más pequeño: «Una vez, un hombre vivió en una caja de cristal».

Invocó la hechicería y se elevó.

La gravedad se inclinó. Las luces de la ciudad se estiraron hasta convertirse en líneas. El viento fresco lo golpeó en la cara e hizo que sus ojos lagrimearan. Los caminos se encogieron hasta convertirse en tiras. Las estrellas colgaban hambrientas sobre él, tan claras en Sansilva, donde los hechiceros las dejaban brillar. La terraza del ático se acercó. Había parras que cubrían los bordes: vides en el piso veintisiete, que recibían agua que era bombeada veintisiete pisos más abajo para que un hombre pudiese vivir en el cielo y, aun así, cultivar uvas.

Temoc aterrizó en el borde de la terraza.

Estaba de pie sobre un suelo de madera frente a un ático con las paredes de cristal. La hechicería amortiguaba el viento que debería haber percibido a esa altura; la noche estaba tranquila y fría, y olía como el mar.

La habitación de detrás del cristal estaba tapizada de cuero en colores crema y una lujosa moqueta. Llamas falsas parpadeaban en una chimenea de ladrillo.

Había un hombre viejo sentado en un sillón de piel junto al fuego, leyendo, con los pies descalzos sobre el ladrillo. Los dedos pequeños de sus pies se curvaban hacia dentro; los dedos gordos eran largos y finos, y se movían mientras leía. Su piel era oscura, su cabello plateado desde hacía tiempo. Aún tenía dientes, y eran tan blancos como sus ojos eran negros.

El anciano alzó la mirada de su libro, vio a Temoc y sonrió. Con un ademán de la mano, la pared de cristal se abrió hacia los lados como una cortina. Del interior emanó un aire frío y sin aroma.

—¡Temoc! —dijo el hombre—. Qué alegría verte. Pasa. —Hablaba en alto quechal. Su acento no había cambiado en los últimos cuarenta años.

—Alaxic. —Temoc deseó poder sonreír tan alegremente como el anciano. Entró en la habitación y el cristal se cerró deprisa detrás de él—. ¿Qué estás haciendo?

—Qué decepción —soltó el anciano—. ¿Es así como te enseñamos a comportarte? Directamente al grano, ¿incluso al ver a un viejo amigo? Déjame servirte un trago. —Alzó su vaso, que estaba vacío salvo por un brillo ámbar al fondo.

—Té —repuso Temoc.

—Desde luego. —La sala del ático se integraba a la perfección con la cocina. El viejo llenó un hervidor y lo puso al fuego—. ¿No bebes alcohol cuando estás de servicio?

—La vida es estar de servicio.

Alaxic bebió lo que quedaba de su tequila.

—Tienes buen aspecto. La vida activa te sienta bien.

—Más activa de lo que querría estas últimas semanas.

—Bueno —dijo él—, eso era de esperar. ¿Tu familia está bien?

—Sí.

—Un hijo, mencionaste la última vez que nos vimos.

—Un hijo.

—¿Sólo uno?

—De momento.

—Supongo que los dioses han sido generosos contigo en otros aspectos. No

pareces tener más de unos treinta y cinco años.

—Me siento más viejo.

—Pero tampoco te sientes como si tuvieras sesenta, y deberías. —Alaxic examinó su suelo de baldosas a través del fondo manchado de ámbar de su vaso, luego lo enjuagó y lo dejó en la encimera para que se seicara—. ¿Alguna vez te has preguntado por qué permaneces joven mientras que el resto de nosotros envejecemos?

—En realidad, no —contestó Temoc—. Los dioses me mantienen sano.

—Lo que quiere decir que han abandonado al resto de nosotros, o nosotros a ellos.

Eso no era una pregunta, así que no respondió.

—Yo era sacerdote antes de que nacieras —indicó Alaxic—. Hice cien sacrificios con estas manos. —Las alzó; sus dedos estaban retorcidos y sus nudillos inflamados—. Cuando estalló la guerra, luché contra hechiceros bajo el mar, en el cielo, en la tierra. Mi couatl fue asesinado mientras montaba sobre él, caí y seguí peleando. En un callejón a cinco manzanas al sur y al oeste de aquí, estrangulé a un mago con su propia túnica. ¿Crees que he perdido la fe en los dioses?

—¿Los alabas? ¿Oras? ¿Guías a las masas?

Alaxic rio secamente.

—Tal vez. Tal vez no. Quién puede decirlo hoy en día.

—Nosotros.

—Entonces ¿tú los alabas en tu pequeño culto sin sangre, con tus seguidores, que fingen morir mientras tú finges matarlos?

—Eso no es una farsa —replicó Temoc—. Es fe.

—Fe —repitió él, y la tetera chilló—. ¿Qué té te apetece?

—Menta, si tienes. Es tarde y mañana debo levantarme temprano.

Alaxic encontró una caja de té y, con una cuchara, puso un poco en una esfera para preparar infusiones, la cual dejó caer en una taza antes de verter el agua.

—¿Miel?

—No, gracias.

Deslizó la taza por la encimera. El vapor se alzó desde el interior. Alaxic sacó

una botella de tequila de un armario y se sirvió un poco.

—¿Salimos a la terraza?

Avanzó cojeando; el cristal se abrió, permaneció así para Temoc y luego se cerró detrás de él.

—Has aprendido la hechicería pagana.

—Perdimos las Guerras por subestimarlos. Sólo un tonto cometería el mismo error dos veces.

—¿Ellos te enseñaron?

—Enseñan a cualquiera. Imagínate, sus secretos más íntimos aparecen publicados en códices que cualquier idiota puede sacar de una biblioteca. Una vez que los aprendes, puedes seguir tu aprendizaje en sus escuelas, pagando una cuota. Se trata de métodos muy diferentes, extraños para mi mente. Para ver cómo lo hace un hechicero, debes olvidar mucho de lo que sabes, o aprender doblemente. A veces creo que ése fue el motivo por el que las Guerras duraron tanto tiempo. No porque alguno de los bandos mostrara misericordia. Los primeros nigromantes tenían que aprender, así como yo, a pensar en dos mundos al mismo tiempo: nacieron en un mundo de reciprocidad, de fervor divino, de sacrificio y de gloria, y tenían que aprenderlo todo acerca de un mundo nuevo de herramientas y control. La segunda generación creció conociendo sólo ese mundo nuevo, de modo que todas sus acciones lo apuntalaban. La mejor manera de imponer su voluntad era no darse cuenta de que ésa era su voluntad. Para ellos, la conquista resultaba tan natural como ver.

Temoc mojó el dedo en el té, dejó caer una gota en el suelo de madera y pronunció una bendición en voz baja. Después del frío de la casa de Alaxic, el té lo calentó.

—La hechicería no es un simple punto de vista. Funciona.

—Sí, funciona, pero eso depende de la perspectiva. —Alzó la mirada—. Solía temer a las estrellas, ¿sabes?

—Todos nosotros.

—Los demonios tejen sus redes allí, en la oscuridad. Los verdaderos demonios, quiero decir, no las criaturas que los hechiceros invocan, monstruos que atrapan mundos en sus redes. Nos visitan para comer, y los dioses y las

Serpientes les hacen frente. Para nosotros, los hechiceros, que se alimentan de luz de estrella, parecen sirvientes de esas bocas hambrientas al final del tiempo. Sin embargo, para los hechiceros, las estrellas constituyen fuentes de energía nada más. Tienen la esperanza de que, al dejar este planeta, caminarán por los cielos, libres al fin. La diferencia proviene, en mi opinión, del hecho de que su primer mago, Gerhardt, era un habitante del este, nacido en Schwarzwald, entrenado en iskari, que son ambas culturas mercantiles marítimas que veneran las estrellas. Pero cualquier hechicero te diría que sus creencias sobre las estrellas son verdades experimentalmente comprobadas, no perspectivas.

—Y es por eso por lo que pretendes comenzar una nueva guerra.

Alaxic rio entre dientes.

—No ha sido una transición muy elegante que digamos.

—No he venido a hablar de filosofía.

—Sin claridad de principios, nuestra discusión carecería de significado.

—Siempre fuiste un sacerdote de corazón, Kal, uno que piensa y habla. Yo también fui entrenado para ser soldado. ¿Por qué has pasado el último mes tratando de llevar al Skittersill a una rebelión?

—Estoy tratando de explicártelo.

—Entonces habla con claridad y de acciones. Deja las ideas para hombres más sabios.

—No —dijo Alaxic—. Nuestra primera responsabilidad como seres humanos es observar el mundo a nuestro alrededor. Si no veo lo que hay en las sombras, si me estremezco ante el dolor, abdicó de esa responsabilidad. Y ¿para quién? — Giró su copa en dirección a la pirámide de obsidiana que se alzaba sobre el horizonte: Quechaltan, templo sagrado de los antiguos dioses, usurpado durante cuarenta años—. El Rey de Rojo. Tan Batac. Tu amiga Elayne. Los buenos doctores de hechicería. Esas personas de Chakal han abdicado de todas sus vidas porque los entrenaron para hacerlo. Han vivido con un dolor amortiguado en el lugar donde debería encontrarse su sentido de lo que es correcto y lo que no lo es, atrapados en el mal chiste de otra persona. ¿Cuántos de ellos trabajaron todos los días en los muelles, o cortaron el césped o barrieron calles o hicieron cuentas en una granja, o bebieron o atornillaron esa inquietud hasta el olvido? Cuando

descubrí el plan de Kopil y Tan Batac, sabía que podría utilizarlo para abrirle los ojos a la gente. Así que he gastado mi fortuna. Escribí páginas de periódico y las mandé imprimir. El Rey de Rojo encendió el fuego; yo sólo le mostré al Skittersill cómo ardía.

—Entonces ¿por qué oponerte al compromiso que hemos logrado?

—Un compromiso hecho en secreto. Un trato para tararearles canciones de cuna a hombres que están casi despiertos.

—Construimos un movimiento, y tú quieres destruirlo.

—No destruirlo. Salvarlo.

—La multitud de la plaza Chakal no tiene armas, ni fortalezas. Estás arrastrando a esas personas a una guerra que no ganarán. Si hacemos este trato, el movimiento seguirá creciendo, así como el impulso. La ciudad cambiará, para mejor. Si fallamos, sólo veo dolor en el horizonte.

—A veces necesitamos dolor.

—Es fácil decirlo desde la comodidad de un ático.

—Cada uno de nosotros contribuye a la causa a su manera. Si esto sale a la luz, ¿crees que les será difícil a los alcaides localizarme? A ti no te ha costado mucho trabajo, y los alcaides pueden ser muy persuasivos.

Temoc dejó su té sobre la mesa e inhaló profundamente. Había un fuego en su interior, un fuego que había pasado mucho tiempo intentando extinguir durante los últimos días, un fuego alimentado por el temor, por la esperanza frustrada, por indicios de mortalidad.

—Alaxic.

El viejo se dio la vuelta.

—Detén esto. Ahora. Cambia el tono de esos papeles que escribes. O deja de repartirlos. Estás poniendo a mi gente en peligro. Y, si sigues, yo mismo me pondré en tu contra. Hablaré, y ellos escucharán. Sabrán que eres un hombre que busca usarlos para su propio beneficio. Te sientas detrás de tu escritorio y fraguas revoluciones con tu pluma. Esas personas me conocen. Me siguen. Yo los guío.

El viento sopló desde el norte, caliente, seco y furioso, como el aliento de un dragón.

El anciano asintió.

—Supongo que lo haces. —Se terminó su tequila—. Es demasiado tarde para cambiar la edición matutina, pero detendré su entrega. La edición vespertina de mañana respaldará su acuerdo.

—¿Así de fácil?

—Claro —dijo él—. No tienes idea de lo mucho que he esperado para oír que aceptas el liderazgo. Pensé que tu familia te apartaría de él. Pero es bueno ver que vas por el camino correcto. No vaciles.

Los dos se miraron a los ojos durante largo rato, ambos buscando sin encontrar nada.

—Debo marcharme —dijo Temoc.

—¿Tan pronto? —Alaxic se volvió para dejar su vaso sobre la mesa—. ¿Por qué no te quedas? Podríamos hablar acerca de los viejos tiempos.

Pero cuando se volvió de nuevo, Temoc ya se había marchado.

Mina despertó con una brisa que se colaba por una ventana abierta, y se estiró bajo las sábanas de algodón. La mano que sostenía su hombro era cálida y firme.

—¿Qué? —Era más un gruñido que una palabra, alargado y sin la última vocal.

—Soy yo.

La voz de Temoc. Eso era bueno, al menos.

—Hola. —Se dio la vuelta y volvió a sumirse en la profundidad del sueño hasta que él la besó en la frente—. ¿No deberías estar en el trabajo?

—Ven conmigo hoy.

Eso la hizo abrir los ojos y sentarse derecha en la cama.

—¿Qué? —Esta vez, la «e» final sonó muy clara.

Él iba bien vestido, con ese estilo antiarrugas que lo caracterizaba, como si hubiese saltado ataviado de ese modo de la frente de algún dios. Elegante y hermoso.

—Es un gran día —dijo él.

Mina se frotó los ojos con los nudillos para despertarse y cubrió un bostezo con el puño.

—Es un gran día para que me dejes dormir.

Él se rio, lo que a ella la molestó.

—Te he estado dejando de un lado. No quiero seguir haciéndolo.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—¿De la madrugada?

—Claro.

—¿Qué tal si me sigues dejando de lado hasta, digamos, las seis?

—Creí que te importaba.

—Te mataré.

—Algún día, tal vez. Vamos. Prepararé café. Y el desayuno.

Temoc estiró la mano. Ella la cogió y él la levantó de la cama. Casi a ciegas, trató de encontrar su bata y la apretó alrededor de su cintura.

—Firmaréis hoy.

—Hoy salvaremos al Skittersill. Con concesiones de ambos lados, pero habrá paz. Y podremos construir a partir de ahí. El movimiento de la plaza Chakal será el primer paso de algo grande, la gente tiene una voz ahora. —Qué sonrisa, amplia y brillante, como el amanecer en el desierto. Mina podía verla incluso sin sus gafas—. ¿Qué estudioso querría perderse eso?

—¿A qué hora tenemos que salir?

—Tengo un servicio al amanecer. Dentro de cuarenta y cinco minutos, más o menos.

—Primero, café —dijo ella—. Ducha. Después decidiré si mereces vivir.

Él le entregó una taza, cuyo contenido era tan oscuro, caliente y hermoso como cualquier tragedia. Ella la cogió, derramó un poco sobre sus dedos, ignoró el dolor y bebió.

—Estamos haciendo historia.

Ella llegó hasta el pasillo dando traspiés, entró en el baño y le cerró la puerta en las narices cuando él trató de seguirla.

—Despertaré a Caleb.

—¡Más te vale que el desayuno sea bueno! —le gritó desde detrás de la puerta.

—¡Lo es! —aseguró Temoc, y tal vez dijo algo más, pero el sonido del agua lo interrumpió.

La ducha mejoró su humor, o tal vez fue el café. Como siempre que despertaba antes del amanecer, Mina sintió que se movía por una especie de inframundo, uno de los infiernos periféricos que aparecían en las historias que su madre le contaba. En cuanto encendía las luces, al menos podía fingir que era una hora decente de la mañana. Temoc no necesitaba luces internas, sus ojos eran tan sensibles como los de un gato, así que el brillo previo al amanecer que se filtraba

por las ventanas cubiertas por cortinas era más que suficiente para él. El desayuno estaba bueno, como había prometido, aunque pesado: huevos, beicon, pan frito.

—Necesitaremos fuerzas —dijo él.

Caleb estaba sentado frente a la mesa con una expresión vacía. Rechazó el café que le ofrecieron y se metió la comida en la boca.

—Éste es un gran día para tu padre —trató de explicarle Mina—. Para todos nosotros.

—¿Por qué?

Una pregunta razonable, aunque la respuesta requeriría toda una charla académica.

—El Rey de Rojo —empezó a decir ella— ha estado discutiendo con la gente de nuestro vecindario. La mayoría de las veces, él gana la discusión. Esta vez, nosotros ganamos. Y viene a firmar unos papeles que dicen que ganamos.

—Es más emocionante de lo que parece —aseguró Temoc, y Caleb emuló la sonrisa de su padre, pero Mina podía saber cómo giraban los engranajes detrás de los ojos del chico, evaluando, formulando preguntas. Tenía un buen instinto, aunque a veces le preocupaba que fuese demasiado callado.

Ella se vistió con unos chinos y una camisa con cuello, ya que no quería parecer demasiado arreglada para una multitud ni demasiado desarreglada para el rey.

—¿Crees que podremos conocerlo?

—Claro. Ha venido en persona los últimos dos días.

La historia encarnada, el maestro de la Liberación, quien destituyó a los antiguos dioses y reconstruyó Dresediel Lex a partir de las cenizas de la ciudad que él mismo había quemado. Ya era parte del folclore de las tribus que ella estudiaba, líder de un panteón de demonios y espíritus tramposos. Tal vez había valido la pena levantarse temprano.

El viento cálido soplaba por las calles grises y secas. El amanecer nunca se había sentido así en el campo. La naturaleza suavizaba la transición entre la noche y el día: las flores se abrían, los pájaros cantaban, el desierto cobraba vida para beber el rocío. En cambio, no había nada de eso allí, sólo piedras y sueño.

Temoc estaba sentado a su lado, en silencio. ¿Contemplando el día que se acercaba? ¿Repasando sus cuarenta años de lucha o las semanas durante las que había hecho ese viaje a la plaza Chakal solo? Quería preguntárselo, pero no podía hacerlo con Caleb entre ellos. O podría, pero no podría confiar en que le diera una respuesta que no estuviese amortiguada por el efecto que podría tener en el chico.

—¿Cómo ganamos? —preguntó Caleb después de unos cuantos minutos silenciosos de trayecto en el taxi.

Mina parpadeó.

—¿Qué quieres decir?

—El Rey de Rojo derrotó a los dioses. Entonces ¿cómo pudimos ganar?

—Luchamos de manera distinta esta vez —dijo Temoc.

—Es más fácil ganar cierto tipo de batallas cuando no luchas —añadió Mina.

—No lo entiendo.

—En la época de las Guerras de los Dioses, el Rey de Rojo y la gente de Dresediel Lex eran enemigos. Así que luchó con tanta fuerza como quiso, sin preocuparse de lo que la gente pensara de él. Es muy fuerte, y ganó. Esta vez, él considera a la gente de la plaza como sus amigos. No puede limitarse a matarlos, como lo hizo la última vez.

—Ése es un motivo —dijo Temoc.

—¿Hay otro?

Fue entonces cuando ella pudo oler el campamento: humo de las hogueras, metal quemado y sudor. Ropa que había sido usada y usada hasta que pasaba a formar parte de la piel. Alientos mezclados. Oyó las voces.

Temoc detuvo el carruaje, bajó y agarró a Caleb para ayudarlo a bajar también. Mina los siguió, cogiendo a Caleb de la otra mano. El cielo estaba más claro, pero la ciudad les seguía pareciendo irreal. Bajo sus pies yacían piedras familiares y había muros de yeso a ambos lados; caminaron más allá de centros comerciales cerrados y tiendas de conveniencia. El espectacular amarillo de una valla publicitaria destellaba en contraste con el cielo. La ciudad estaba libre de tráfico, vacía y encantada. Luego, doblaron una esquina y, frente a ellos, se

extendió un mar humano, interrumpido sólo por tiendas de lona como islas y carteles como mástiles. La plaza Chakal dejó a Mina sin aliento.

No había hechicería allí, ningún poder como los que veía diariamente en el collegium, sólo el peso puro de almas humanas reunidas.

¿Cómo se habían atrevido tantos a ir allí? En contra del Rey de Rojo, su pasión era inútil. La rebeldía invitaba a la muerte, la tortura y la cárcel.

Y, aun así, habían ganado.

Nunca había estado tan orgullosa de su gente como en ese momento. Unos centinelas con brazaletes rojos clamaron el nombre de Temoc, que fue recibido por los vítores de la multitud.

Mientras los brazos-rojos saludaban al sacerdote y la muchedumbre le abría paso, Mina se llenó de orgullo y un poco de temor. Leía los periódicos, desde luego, y tenía claro cuál era el papel de Temoc. Pero saber que su esposo trabajaba con esa gente, saber que era su tótem contra el desastre, que el Skittersill acudía a él como los nómadas acuden a los chamanes y por el mismo motivo... Nada de eso la había preparado para caminar a su lado hacia las fauces de esa multitud. «Guíanos —decía la gente—. Dirígenos. Sé nuestra fuerza.»

Ella había derrotado demonios con ese hombre a su lado, y discutido con los fantasmas de los dioses del desierto. Se habían enfrentado a seres escorpión y regresado con vida de desiertos donde sólo caminan las sombras. Ella había creído saber lo que significaba ser un Caballero Águila, la vida que Temoc habría tenido si el mundo nunca hubiera cambiado. Pero eso también era parte de ello, una parte que no conocía. Él caminó a su lado, sin vergüenza y cubierto de autoridad.

Los parientes de su padre habían sido cocineros en los templos, y los de su madre sirvientes. Eso nunca le había importado antes. Y no importaba ahora. Pero se acercaba más que nunca a tener importancia.

Quería abrazarlo, golpearlo, besarlo, para recordarle que era humano. Pero se limitó a sujetar la mano de Caleb y a caminar a su lado con toda la nobleza que pudo, con el mentón bien alto y sin encogerse cuando Temoc declaró:

—Éste es el otro motivo.

Al menos, el sacrificio sí le resultó familiar. Mina esperó detrás del altar, junto a Caleb y una mujer llamada Chel, que Temoc les había presentado como una amiga; tenía una figura fuerte, más baja y ancha que ella. Mina se quedó de pie con las manos juntas detrás de la espalda mientras el servicio seguía su curso rumbo al sacrificio. La gente de la plaza Chakal estaba amontonada alrededor del templo improvisado; los pocos cientos que cabían en las esteras de hierba se hincaban ahí, mientras que el resto, miles, estimaba ella, se acercaban todo lo posible. Había niños sobre los hombros de sus padres. Los hombres que estaban más atrás se levantaban de puntillas. Se las arreglaban confusamente en la parte de la llamada y la respuesta, barriendo las consonantes agudas y las paradas glóticas del alto quechal.

Ella conocía ese servicio, pero lo percibía de un modo distinto al aire libre y bajo tantas miradas. Los músculos de Temoc formaban ondas mientras alzaba los brazos. Las cicatrices brillaban con el poder de la fe.

Su esposo. Aunque les pertenecía a ellos también.

—¿A nadie se le ocurrió traer más esteras durante las últimas semanas? —le preguntó Mina a Chel.

—No.

—Así podría haber más gente sentada.

—Pero haría que los que están sentados fuesen menos especiales.

Ella asintió

—Así que arrodillarse conlleva cierto estatus.

—Claro —dijo Chel, aunque había una especie de traba en su voz, incertidumbre.

—¿Cómo deciden quién se arrodilla en las esteras y quién se queda de pie?

—Algunos esperan toda la noche.

—¿Siempre es la misma gente la que se arrodilla?

—No.

—¿Por qué no? Si es mejor arrodillarse que estar de pie, ¿la gente con influencia no querría estar de rodillas todo el tiempo?

—La gente que no ha podido arrodillarse antes debe tener una oportunidad —explicó Chel mientras Temoc sacaba el cuchillo.

—¿Quién decidió eso?

—Nadie —respondió Chel—. Las cosas simplemente son así. Haces muchas preguntas.

—Es lo mío —repuso ella—. Estudio este tipo de cosas. Por lo general, no tengo oportunidad de ver sus comienzos. Ésta es la clase de cosa sobre la que especulamos en las publicaciones científicas, la clase de cosa que nos hace gritarnos entre nosotros si hemos bebido.

—¿Qué cosas?

—La construcción de un ritual. La osificación, o la codificación, de hecho, del acto. Hasta qué punto es intencionada o accidental, o una respuesta intencionada a un accidente inicial.

—No somos un experimento.

—No quería decir eso. —La hoja del cuchillo descendió—. Es sólo que... resulta interesante pensar, a partir de esto, cómo podría ser dentro de cien o mil años.

Mina se volvió hacia Chel y desvió la mirada de los dioses, propios y ajenos, que se alzaron del altar para lamer la sangre del sacrificio. Compartía la fe de Temoc, pero en la plaza Chakal, bajo aquel cielo naranja quemado, sentía que no encajaba.

—¿Crees que duraremos tanto tiempo? —dijo Chel.

En esa pregunta, Mina pudo percibir el miedo que Temoc enterraba bajo su falsa seguridad.

—¿Por qué no habría de ser así?

Mientras los dioses se daban un banquete frente a ellos, quería sacudir a Chel y exigirle: «Dime por qué estás asustada. Dime por qué debería marcharme de aquí ahora, y llevarme a mi hijo y a mi esposo a casa». Pero no lo hizo.

—Cien años es mucho tiempo, nada más.

—Estaréis bien —dijo Mina, y deseó estar en lo cierto.

Elayne aterrizó junto a la barricada de alcaides y soltó a su optera para que éste se marchara, zumbando hacia el cielo matutino.

A su alrededor marchaban figuras sin rostro con uniformes negros, reforzando el campamento, alimentando a las serpientes emplumadas que montaban: una colonia de hormigas grandes y hoscas. Habían llegado más alcaides durante la noche. Había una barricada de sacos de arena entre Elayne y la multitud. Un mal presagio en una mañana para la paz.

Buscó al Rey de Rojo, y encontró a Tan Batac esperando frente a la tienda de mando de los alcaides, los pulgares inclinando sus tirantes, la cabeza gacha, examinando sus zapatos de vestir marrones por encima del montículo de su vientre. Sus mejillas estaban contraídas y su bigote temblaba. «Siempre en movimiento, incluso cuando está quieto»; doscientos años antes, Aristocritus había usado esa misma frase para describir el universo. Tal vez estuviera haciendo una profecía sobre Tan Batac.

—¿Es eso? —dijo él al verla mientras señalaba su maletín.

Ella lo levantó lentamente y con gran esfuerzo.

—Parece pesado.

—Lo es. Son sólo unas hojas de periódico, pero tienen suficiente hechicería entretejida como para hacerlas diez veces más pesadas que el plomo.

—Empecé las negociaciones con las compañías de seguros cuando nos marchamos ayer. Espero poder acordar un buen precio antes de que esto nos lleve a todos a la quiebra.

—El trato te reportará más negocios de los que te quitará.

—Claro. —El asintió, se relamió y asintió otra vez.

—Quería darte las gracias —dijo ella a continuación.

—¿Por qué?

—Por tu sacrificio. Si no hubieras cedido ayer, dudo que hubiéramos podido llegar a un acuerdo tan rápido, o tal vez nunca.

—Sacrificio —repitió él, y agregó—: Sí. —Y—: De nada. Y gracias a ti también. Sin ti... Bueno, es muy posible que nada de esto hubiera ocurrido.

Extendió la mano y ella se la estrechó. Tenía un agarre fuerte y suave a la vez, y sus palmas estaban frías. Sus ojos seguían reflejando inseguridad.

El Rey de Rojo salió de la tienda de mando, ataviado con una túnica roja y aferrándose a las sombras.

—Buenos días —saludó—. Terminemos con esto.

Batac ocultó su fragilidad cuando Kopil apareció.

—Vamos.

Zoh guio a los alcaides, con el sargento Chihuac a su lado, todos vestidos de negro: chaquetas de cuello alto, pantalones arrugados y zapatos de charol. El Rey de Rojo soltó una carcajada cuando Elayne vio los uniformes.

—Éste es un asunto de Estado —dijo—. En cierto modo. Debemos mostrar respeto. Además, un poco de asombro nunca hace daño.

—No —convino ella—. Pero... —añadió en voz baja mientras se acercaban a la barricada—. Prométeme algo.

—¿Qué?

—No más discursos celestes. Y si te pido que dejes de hacer algo mientras estemos en la plaza, en especial algo relacionado con hechicería, hazme caso.

—Elayne... Sé cómo controlar a mi gente.

—Ésta no es tu gente en este momento, y éste es un momento peligroso.

—¿Qué le pasó a la mujer que arrasó la necrópolis Askoshan? —preguntó él—. La echo de menos.

Elayne dejó que un lado de su boca se levantara.

—Ella no habría sobrevivido tanto como yo. No sobrevivió, de hecho.

Kopil alzó una mano. Un tramo de la barricada entró en erupción, mientras los sacos de arena se reacomodaban en forma de arco. El teniente Zoh guio el camino para pasar, y Elayne, Tan Batac, el Rey de Rojo y su escolta entraron en la plaza Chakal por última vez. La barricada se cerró detrás de ellos.

Elayne estaba preparada para la multitud y para el despliegue de brazos-rojos.

Pero no estaba lista para la ira contenida de la plaza Chakal, para la tensión que se percibía como una respiración retenida durante mucho tiempo. Esperaba que Temoc hubiese podido detener la distribución de los panfletos. Una multitud tan grande, confundida y enojada, era una solución que esperaba la semilla necesaria para cristalizarse y entrar en acción.

Una palabra fuera de lugar sería suficiente. Un empujón, una risa. Un cambio en el viento caliente de la muerte. Arena soplada en los ojos de la mujer equivocada. El camino que recorrieron hasta llegar a la tienda en la que Temoc los esperaba parecía ancho, pero en realidad era tan estrecho como el filo de un cuchillo.

Al acercarse más, vio que Temoc había ido con su familia.

Estuvo a punto de arruinarlo todo en ese momento, a punto de crecer treinta metros de altura, arrojarlo al otro extremo de la plaza y gritarle: «¿En qué demonios estabas pensando?!».

Pero se controló. Caleb y Mina parecían mensajeros de un mundo más limpio y tranquilo, en algún lugar más allá de las estrellas. Las miradas de Mina y Elayne se encontraron, y ella intentó ofrecerle todo el consuelo que pudo sin salirse de su personaje. Con el chico, Caleb, se arriesgó más: le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

El Rey de Rojo dio un paso al frente y Temoc hizo lo mismo para recibirlo.

—Ya hemos redactado el acuerdo —dijo Kopil, con un leve toque de hechicería entretejido en su voz para que las palabras llegaran a su destino—. ¿Tu gente está lista?

Le ofreció el hechizo de amplificación a Temoc: un gesto agradable, para hacer su primer acto de rendición.

—Lo estamos —asintió el sacerdote.

Ésa era la señal para Elayne.

—Este maletín contiene nuestro acuerdo. —Su voz también sonaba amplificada, diablos y demonios, pero estaba lista para dejar de jugar por los asientos baratos. Si quisiera actuar ante juez y jurado, habría elegido otra rama de la hechicería.

Ningún problema. A veces, hasta un nigromante tenía que aparecer en

público. Al menos, había menos antorchas y horcas que de costumbre, hasta el momento.

—Gracias —dijo Temoc.

Antes de que Elayne entrara en la tienda por lo que ella esperaba que fuese la última vez, se volvió para observar a Mina, pero no volvió a cruzar la mirada con la otra mujer antes de pasar a la sombra.

Entrar en la tienda de reuniones era como entrar en una piscina limpia después de una larga caminata. Todos lo sintieron; incluso el Mayor se relajó, una vez que estuvo libre de la ansiedad de la plaza. Bel se rio por algo que Kapania había dicho, y Hal sirvió agua a todo el mundo. El Rey de Rojo se hundió un poco, y por un momento se asemejó a un viejo y bondadoso tío que, por alguna razón, también resultó ser una calavera coronada con oro rojizo. Tan Batac era el único que parecía nervioso, pero uno de diez no era una mala proporción.

Temoc entró en la tienda al final. Elayne se acercó a él y lo tomó del brazo antes de que pudiera sentarse.

—¿Qué crees que estás haciendo, trayéndolos aquí?

—Éste es un momento histórico.

—Histórico y peligroso.

—No esperaba que la multitud estuviera tan tensa. Estamos a un paso de la victoria.

—Para ellos, la victoria y la derrota se parecen mucho.

—Entonces hay que mostrarles la diferencia —repuso él.

Ella lo soltó y ambos se sentaron. De pronto, reinó un silencio absoluto. Con el pulgar, Elayne hizo girar las ruedas de la combinación, abrió los cierres, giró las ruedas de forma aleatoria otra vez y levantó la tapa. Bill Kemal se puso tenso, como si esperase que algo explotara, pero el maletín estaba vacío, salvo por un sobre de papel manila, un bolígrafo y un cuenco plateado poco profundo. Sacó el sobre, el cuenco y el bolígrafo, los puso encima de la mesa y cerró el maletín.

—Aquí lo tienen.

A continuación, abrió el sobre y extrajo el documento para colocarlo en el

centro. Cinco páginas, con una firma en la quinta.

—Qué pequeño —dijo Kapania—. Pensé que los contratos de este tipo tenían cientos de páginas.

—Cientos —confirmó Elayne—. O miles. Éste es un caso especial. Hemos hecho la mayor parte del trabajo. Estos papeles alteran el original de acuerdo con sus requerimientos, sustancialmente las condiciones previas a las tarifas de venta simple y la orden judicial de seguro y protección. Me gustaría revisar los términos del acuerdo uno por uno. Por favor, presten atención. Haré una pausa para responder preguntas después de cada apartado. Les agradecería que guardaran sus preguntas para la pausa, ya que es probable que sus dudas se mencionen en alguna parte del texto. —Todos alrededor de la mesa asintieron—.
Primera sección.

Menos preguntas de las que esperaba, y ningún arrebató. Ningún cambio sustancial, unas pocas palabras por aquí y por allá, enmiendas sencillas que Tan Batac y el Rey de Rojo dejaron pasar. Antes de que las manecillas de su reloj indicaran las diez y cuarto, Elayne le dio la vuelta a la última página y preguntó:

—¿Estamos de acuerdo?

Kopil asintió.

—Sí —dijo Tan Batac.

—De acuerdo —dijo Temoc.

—Suenan bien —dijo Bill Kemal.

—Sí, de acuerdo —añadió Kapania.

—Sí —dijo Bel después de un largo y lento asentimiento.

—Aceptable —dijo el Mayor con un tañido de cuerdas de acero.

—Sí —dijo Xotoc.

—Suenan bien —dijo Hal Techita.

Y eso fue todo.

Casi.

Elayne sacó su cuchillo del jeroglífico que se encontraba sobre su corazón, saboreó ese viejo escalofrío de corrupción y mal universal. Habían pasado por muchas cosas juntos, ese cuchillo y ella. Mantuvo el asunto sutil; sólo reunió un poco de luz en el borde. El óculo se atenuó hasta adoptar un tono dorado pálido.

—A algunos de ustedes tal vez les resulte desagradable la parte que viene a continuación —señaló—, pero es necesaria. Pueden usar su propio cuchillo, pero, a menos que hagan este tipo de cosas con frecuencia, será mejor que me dejen hacer los honores. —Con un golpe de su dedo, afiló la curva de luz de luna.

Todos hicieron sus cortes, incluso Temoc. Sólo necesitaba una gota; en la mayoría de los casos, el corte era tan fino que la víctima no sentía nada de dolor hasta que Elayne terminaba. Temoc no se inmutó. Tan Batac se mordió el labio mientras la hoja del cuchillo descendía; ella no le había explicado que eso era una mala idea cuando uno esperaba un gran dolor, de esos que te hacen apretar la mandíbula. Añadió su propia sangre, para estampar la firma en el contrato. Cuando el cuenco le llegó al Rey de Rojo, todo el mundo contuvo la respiración. Kopil estiró una mano, con la palma hacia arriba. Las chispas de sus ojos ardieron y, desde un plano distante y maldito, el viento aulló. El universo parpadeó, y cuando volvió la luz, una diminuta esfera de líquido de color rubí pendía de su mano estirada. La giró y la sangre cayó en el cuenco plateado con un «plof». Nadie le pidió una explicación, y él no la ofreció, sólo se recostó en el respaldo de la silla y tomó un sorbo de café.

Al añadir agua y fijador, la sangre se convirtió en una tinta resistente. Cada una de las partes firmó. Bajo la delgada superficie de la realidad, una rueda gigante giró, varias pesas enormes cayeron en su lugar y, cuando Tan Batac firmó, el trabajo había concluido. Una nota larga en el borde más profundo del oído de Elayne cambió de tono.

Ésa era la parte del trabajo que le encantaba: el mundo había cambiado, ella lo había cambiado. Ellos lo habían cambiado, juntos, esas personas que ella había arrastrado hasta la mesa y a las que había guiado por la oscuridad.

Elayne aplaudió. Incluso Tan Batac se unió al aplauso.

—Buen trabajo —dijo ella, y volvió a guardar el contrato en su maletín.

Todos miraron a su alrededor, atónitos por la victoria que se había logrado a pesar de sí mismos.

Luego se levantaron y salieron de la tienda como una sola entidad.

Elayne salió hacia el silencio de la multitud. El contrato palpitaba en su maletín, recolectando poder de las masas reunidas, tomando forma. El sol estaba sobre el edificio de RKC, hacia el este, un brillante fuego anaranjado en medio de un brillante cielo anaranjado azotado por un viento demoníaco. La gente hacía preguntas, hablaba sin parar y bromeaba. Alguien incluso cantaba. Pero las voces ocultaban el vacío. Todas las miradas se posaron sobre ella, y ella podía leer las preguntas que había detrás.

«¿Ahora qué?»

Al lado de la tienda, sujetando a Caleb, Mina fingió desapego académico, pero su preocupación era evidente. Elayne deseó no haberse dado cuenta. Sintió como si, al hacerlo, estuviese traicionando a la otra mujer.

Las cicatrices de Temoc resplandecían, y se elevó en el aire vacío como si subiera por una escalera invisible: ahora era más alto que el Rey de Rojo; sus botas estaban por encima de la multitud en movimiento. Los gorriones se instalaron en la azotea del edificio de RKC. Los alcaides se dirigieron detrás de la barricada.

Temoc se aclaró la garganta.

—Está hecho. —Al principio, Elayne temió que se detuviera después de esas dos palabras. Pero Temoc sabía cómo aprovechar una pausa—. El trato se ha firmado. Gente del Skittersill..., mi gente, hemos ganado.

Fue como si una presa se rompiera y dejara escapar todo el ruido. Las mujeres gritaron, los hombres bramaron, los niños vociferaron. A lo largo de toda la plaza Chakal, la gente del Skittersill vitoreó. Los carteles de protesta giraron en remolinos de danza. Al Rey de Rojo parecía no molestarle el ruido. Tampoco a Tan Batac: saludaba a la multitud con los ojos entornados, como si buscara algo.

Sin duda, Elayne percibía dicha en el sonido, pero más energía que dicha, un

mes de ira y miedo contenido saliendo por primera vez.

Temoc dejó que los vítores crecieran, pero mucho antes de que alcanzaran la cúspide, alzó las manos con las palmas hacia abajo. El ruido disminuyó. Bajó más las manos y el silencio regresó, incluso más profundo que antes. La presión se acumuló.

Tan Batac no daba la impresión de notar el cambio, pues seguía sonriendo y saludando, incluso después de que los aplausos se hubieran detenido.

Temoc abrió la boca.

Había tal silencio en la plaza Chakal que Elayne podía oír los latidos de su propio corazón.

Había tal silencio en la plaza Chakal que todos oyeron el disparo.

Un sonido alto y agudo. Elayne saltó sobre Temoc, lo agarró de un tobillo y tiró de él, envolviéndolos a ambos en un escudo tan duro como un diamante. El sacerdote cayó de su plataforma de aire sobre una rodilla y luchó por ponerse de pie. Ninguna bala había golpeado el escudo de Elayne, ninguna flecha, ningún misil o dardo de hechicería. Echó un vistazo a su alrededor, confundida: el espacio estaba plagado de alcaides, borrones en negro y plateado corriendo al unísono hacia el Rey de Rojo. Inútil. Ninguna arma dirigida a él podría detenerse con tan sólo matar a unos cuantos alcaides antes. Deberían estar protegiendo a...

«Oh, por todos los dioses...»

Más tarde recordaría que, cuando llegó el disparo, había visto a Tan Batac darse la vuelta, con la mano aún levantada. Señales que debería haber notado: cuerpo rígido, mirada vidriosa y una expresión de adrenalina y conmoción. Pero se había lanzado sobre Temoc en lugar de sobre él.

Tan Batac cayó. Una mancha roja se extendió por su camisa blanca, entre sus tirantes finos. Agitó las manos sobre la mancha, como si tratara de secar la humedad. Sus labios pronunciaban palabras que ella no podía oír. La sangre manaba de su herida a borbotones, y sus manos dejaban huellas rojas en su chaqueta.

Sus ojos se enfocaron en ella.

Había ruido por todas partes. Su propio corazón acelerado, su respiración. Los alcaides gritaban hechizos que ella recordaba de décadas atrás, hechizos que

les habían sido entregados por los veteranos de sus Guerras, unas guerras que nunca habían terminado y, al nunca terminar, nunca cambiaban.

—Tengo contacto visual.

—Hombre caído.

—Un solo disparo.

—... Perímetro...

—... Necesito que me cubráis...

—Al suelo, al suelo, al suelo...

—Un médico.

—Lo veo, ya lo veo.

—¡Un médico!

—En movimiento.

Y, debajo de esos hechizos, percibía otros gritos, el entendimiento, o la falta del mismo, de la multitud...

—... Quién...

—No pueden...

—¡Han abatido a Temoc!

Otro disparo. Ella alzó un segundo escudo.

Esta vez, nadie cayó.

Temoc aterrizó a su lado; las llamas sombreadas de verde envolvían su piel, el aspecto de los dioses convocados para protegerlo. Temoc desvió la mirada de Tan Batac hacia su familia, hacia Mina cubriendo a Caleb con su cuerpo, a Chel cubriendo a Mina, a los alcaides. Elayne, arrodillada junto a Batac, sacó un pañuelo de su chaqueta y lo apretó contra la herida. El cielo amarillo se reflejaba en sus ojos. Invocó jeroglíficos de sus manos, sus muñecas, sus sienes; eran glifos diferentes de los que usaba en el trabajo, eran más viejos y rudimentarios, hechos con herramientas improvisadas en tiempos de guerra. La oscuridad la devoró, la vacante total de un instante, como si un dios superior todopoderoso hubiese parpadeado (así como, si tal Ser existiese, debería haberlo hecho ella unos segundos antes). Elayne extrajo luz venenosa del sol, suficiente, esperó y cerró los ojos. El alma de Tan Batac era una hoja rota azotada por vientos

huracanados, pero podía soportar, por un rato, el toque de la hechicería. Más de lo que duraría sin ella. El coste de la magia era siempre el cálculo de la curación.

Tan Batac era un proyecto de ingeniería arruinado.

Sus sistemas subconscientes rastrearon el caos que estaba en desarrollo. Conocimiento de la situación: una vez que te lo han metido en la cabeza, nunca se olvida, al diablo con el tiempo y la terapia. El Rey de Rojo atrajo poder hacia él.

—Encontrad al asesino. Traedlo ante mí. —Como siempre, dando cosas por sentado. Podía ser una mujer. Podían ser varios enemigos. En ese lugar, los alcaides no eran la policía, eran una fuerza en un territorio hostil. Uno no debía enviarlos sin una misión clara.

—¡No! —gritó Elayne, tratando de comunicar todo eso a la vez, pero Batac se le iba. Era inútil, ni siquiera podía quedarse quieto.

Volvió la atención hacia él, maldiciendo. De todos modos, no podría haber detenido al Rey de Rojo, Kopil no la habría oído por encima del rugido de su propia ira.

Zoh se lanzó sobre la multitud. Los otros alcaides rodearon a Elayne, a Batac y a Kopil. Los brazos-rojos no abrieron el paso lo suficientemente rápido y Zoh golpeó a dos hombres con la fuerza de una bola de demolición. Nadó contra una corriente humana. La multitud respondió: algunos cayeron, pero otros atacaron a Zoh, arañándolo y mordiéndolo. Zoh alzó los brazos para bloquear los ataques.

—¡Fuera de mi camino! —Con sus músculos potenciados por la hechicería, arrojó a los manifestantes a un lado, trazando un camino paso a paso en medio de los cuerpos derribados, buscando al tirador que había visto, que podría haber visto, que esperaba haber visto.

«¡Policía!» «... mierda...» «¿Qué diablos estás...?» «¡Temoc!» «¡¿Qué diablos...?!» «... me ha roto el maldito *brazo*...»

«Concéntrate.» Herido en el intestino. Sangre que no dejaba de manar. Encontrar la bala, fácil, pero ¿era seguro moverlo? Herida de entrada debajo de la caja torácica pero inclinada hacia un lado; además, había que tener cuidado con los riñones, el hígado y la vesícula biliar. Eso sería mucho más fácil si

estuviera muerto. Al menos podría detener el sangrado, o contenerlo, al convencer a su sangre de que corriese por las vesículas no perforadas.

Batac habló. Su piel estaba totalmente blanca, sus labios temblaban, pero buscó el aire suficiente para susurrar:

—Para nada.

—¿Para nada, qué? —preguntó ella, fingiendo calma—. ¿Para nada qué, Tan?

Su lengua demasiado rosada salió de su boca, humedeció sus labios y volvió dentro.

A Zoh le llovían piedras de todas direcciones. Al principio, sólo guijarros, luego piedras más grandes y lanzadas con mayor velocidad. La mayoría rebotaban; un pedazo de mampostería del tamaño de un puño golpeó al alcaide en la cabeza, pero su máscara lo salvó. No obstante, logró enfadarlo, y empujó con más fuerza.

—¡Abrid paso! —gritaba con su voz amplificada, pero no había espacio para que la gente se moviera, no podían abrir paso alguno.

Un escalofrío se extendió por su piel. El Rey de Rojo sostenía fuego en la mano y contemplaba a la multitud cerca de Zoh.

—¡No! —gritó ella, y él la oyó.

—Debe hacerse justicia.

—¿Quieres ayudar? Ayúdame a mí. Si le lanzas hechicería a esta multitud, morirán personas.

—Se doblegarán ante nosotros.

—¡Los matarás!

—¡Calmaos! —gritó Temoc—. ¡Calmaos todos!

Pero ni siquiera él podía ahogar el rugido, o detener la marea de cuerpos que se levantaban contra los brazos-rojos.

El Rey de Rojo gruñó, pero finalmente dejó que el fuego se apagara.

—¿Podemos moverlo?

—Si lo hacemos con cuidado. He contenido la hemorragia.

—... para nada. Para nada.

Podían recuperarse. Ése era sólo un clavo en su ataúd, sólo uno, con muchas barras de palanca a mano. Si llegaban a un sitio seguro, podrían enfriar la

situación. Batac estaba estable, estaría estable, tenía que estar estable. Sobreviviría.

El segundo clavo sonó como el grito de una madre.

El miedo se apoderó de Elayne, pero no era la voz de Mina: ella se había retirado al interior de la tienda, detrás de Chel. No, el grito provenía de la multitud, cerca de Zoh.

El Rey de Rojo maldijo en alto quechal; no le había oído hablarlo desde las Guerras. Sus ojos parpadearon y se encendieron de nuevo.

—¿Qué pasa?

La madre gritó.

—Zoh. Él...

Elayne se puso de pie y vio por sí misma la onda que se extendía desde Zoh, el espacio donde no solía haberlo: un círculo en expansión alrededor del alcaide y la mujer de rodillas. Ella sostenía a un niño de unos seis años, más pequeño que Caleb. Los ojos del niño observaban el sol sobre ellos sin parpadear. Había sangre saliendo de su cuero cabelludo. En una de las losas del suelo junto a ellos había una piedra, manchada de rojo.

Posteriormente, Zoh aseguraría que no había lanzado la piedra a propósito. Que la había atrapado en un acto reflejo y la había arrojado al aire con más fuerza de la que debería haber usado, un lanzamiento de alcaide, potenciado por hechicería, y lo que sube casi siempre tiene que bajar. Otros dijeron que había apuntado a uno de los que estaban lanzando piedras, para romperle la clavícula o una costilla, pero alguien lo había empujado y la piedra había salido disparada, con la mala fortuna de que el niño estaba en su camino.

—¡Asesino! —fue la palabra que pronunció la multitud mientras la madre lloraba.

Zoh se dio la vuelta poco a poco, y tal vez podría haber salvado la paz, incluso en ese momento, con la compasión superhumana que el Sabio Diamante de Dhistra mostraba en las historias de sus millones de encarnaciones. Tal vez podría haberse acercado a la madre, arrodillarse, quitarse la máscara y dejar que lo despedazaran. Pero Zoh no era un santo. Y, con la máscara puesta, ni siquiera

parecía un hombre. Dio un paso hacia atrás, alzando los brazos, y si acaso dijo algo como «Lo siento», las palabras se perdieron en el rugido de la multitud.

—¡Temoc! —gritó Elayne, dándose la vuelta y buscándolo con la mirada. El sacerdote estaba de pie más allá del círculo de alcaides, paralizado como una escultura negra adornada con jade—. Háblales.

Pero la multitud se acercó, y los brazos-rojos no los detuvieron. La vanguardia del ataque era un hombre grande con papada y una barba de matorral: llegó hasta los alcaides y cayó, casi demasiado rápido como para que Elayne pudiese ver el puño plateado que lo había golpeado. Otros saltaron sobre el cuerpo de su camarada caído, sólo para rebotar en un escudo de aire sólido, mientras un segundo escudo envolvía a Zoh. La hechicería de Kopil cortó el sonido de los gritos. Los cuerpos se amontonaban sobre el escudo, con sus mejillas, sus manos y sus estómagos aplanados por su curvatura. Cuando lo tocaban, aparecían relámpagos como grietas. La corona de Kopil era un halo oscuro.

El Rey de Rojo separó las manos y el escudo creció, haciendo a los manifestantes a un lado sin ningún esfuerzo aparente. Apretó los dientes. Los alcaides, que estaban preparados para resistir la revuelta, tropezaron en el espacio repentinamente vacío. Temoc se abrió paso hasta el frente de la multitud; sus cicatrices lucían radiantes.

—¡Regresad! —le gritó a su gente, y algunos obedecieron, pero sólo algunos, y otros corrieron a ocupar su lugar.

Con sus jeroglíficos despiertos y el poder enfriando su sangre, Elayne quería pelear, destrozar a la multitud, abrirles paso a todos hasta ponerse a salvo. Era un resorte, y no quería contenerse. El Rey de Rojo también estaba listo para luchar: se formaron armas a su alrededor, temblando y con un dedo en el gatillo.

—Entréganos a ese hombre —dijo Temoc señalando a Zoh—. Al asesino.

Kopil se rio, la misma risa que había estado a punto de lograr que la multitud se les echara encima dos días antes. Tan sólo dos días. Aunque, claro estaba, unos cuantos minutos antes habían estado a punto de concluir ese asunto en paz y con su orgullo intacto.

—No —dijo Kopil—. Él será castigado. Pero no se lo entregaré a tu

muchedumbre. Antes encontrad al asesino entre ellos.

—¡Entrégamelo ahora y podremos ponerle freno a esto! —chilló Temoc entre los gritos.

—Hazlo —dijo Elayne—. Yo me quedaré con Zoh.

Kopil negó con la cabeza.

—Eso es inadmisibile. Nos marcharemos todos juntos.

—Necesito una concesión. Algo para calmarlos —dijo Temoc.

—No dejaré que mi gente muera a manos de la tuya.

—¡Maldita sea, escúchalo! —exclamó Elayne.

—Ya lo he escuchado. Durante días. Y aquí estamos.

—Esto es un error.

—No es mi error —respondió Kopil.

Un tambor sonó dentro del pecho de Elayne. Unas sombras cruzaron frente al sol. Los gritos de la multitud pasaron de la ira al terror. Ella alzó la mirada. A través del arco azul del escudo vio cómo aparecían dos serpientes emplumadas. Con más de seis metros de largo, sus alas se desplegaron, quedaron estáticas, y cubrieron la plaza de sombras ondulantes. Sus garras sostuvieron la superficie resbaladiza del escudo, y con el poderoso movimiento de sus alas, los couatls se elevaron, llevando consigo a los alcaides, a Elayne, al Rey de Rojo y a Tan Batac al norte, hacia el campamento de la calle Bloodletter. Debajo de ellos, los rostros se fusionaron, formando un tapiz de ira, ininterrumpido salvo por un pequeño espacio junto a la tienda de reuniones, donde Elayne vio, cada vez más pequeños, a Mina y a Caleb, y a Temoc abriéndose paso hacia ellos.

—¡No dejes que esto pase! —gritó, desplazando las palabras de su boca a sus oídos con hechicería—. ¡No lo hagas!

Si él respondió, no pudo oírlo.

—Para nada —dijo Tan Batac— lo que esperaba.

El couatl aterrizó detrás de la barricada de sacos de arena de los alcaides. El Rey de Rojo hizo desaparecer el escudo y se encontraron de nuevo en el suelo. Al sur, se oía el rugido de las voces de la multitud.

—Tenemos que volver —dijo Elayne—. Antes de que esto empeore.

—¿Volver? —replicó Kopil—. De ninguna manera. Balas... ¿En serio? ¿Quién sigue usando eso?

—Alguien que piense que su objetivo no está protegido por hechicería.

—Entonces Batac no ha sido elegido al azar.

—Él era el más vulnerable —dijo ella, y se inclinó nuevamente junto a su paciente.

El segundo couatl dejó a Zoh cerca de ellos. Tropezó cuando el escudo lo soltó, y alzó los brazos como si esperara un ataque. Incluso a través de la máscara plateada, Elayne podía ver su temor.

Un alcaide gritó «¡Médico!», y otros dos arrastraron una camilla hasta donde estaba ella; el capitán Chimalli los seguía de cerca.

—¿Qué ha ocurrido?

—Alguien le ha disparado. —Los médicos levantaron a Tan Batac y lo colocaron sobre la camilla. Elayne ayudó. Sentía frío—. Zoh ha tratado de averiguar quién ha sido. La situación se ha puesto fea. Un niño ha muerto.

—¿Ha encontrado el arma?

—Creo que no. No he podido verlo.

Chimalli frunció el ceño.

—Qué mal.

—Eres todo un ejemplo de perspicacia —señaló Kopil.

Elayne cogió a un médico del brazo.

—Lleven a Batac a un hospital. Ha perdido mucha sangre. He tomado su

alma para evitar que siguiera perdiendo más.

Ellos asintieron, «sí, señora», le respondieron todos, y se fueron corriendo y arrastrando la camilla.

Los ojos de Batac se abrieron al pasar, arrastrado sobre la camilla. Su mirada se posó en Elayne, y sonrió. Sonrió. Una expresión de bebé, suave y estúpida. Recordó al niño muerto en brazos de su madre, manchas blancas de hueso en contraste con la sangre mojada y el cabello negro. Quería estrangular a Tan Batac por su sonrisa, quería arrancarle su hechizo y dejarlo morir.

—¡Vigilad el muro! Equipos cuarenta y siete y cuarenta y ocho, ¡id para allá!
¡Moveos!

Los alcaides corrieron hacia la barricada. Quitaron los seguros de sus armas y se pasaron redes paralizantes y pararrayos; Elayne esperó que supieran cómo abstenerse de utilizarlos. Había algunas armas que no reconocía, y esperó que eso fuera una buena señal. Sólo para controlar a la multitud. No letales. En teoría.

Los médicos arrastraron a Tan Batac hasta el furgón hospital. Vio una huella roja en el brazo de uno de los médicos, y se dio cuenta de que era la suya. Sus manos estaban cubiertas de sangre, así como los puños de su camisa y de su chaqueta. Pegajosa, espesa y aún cálida. Extrajo su calor y la sangre se congeló hasta convertirse en cristales rojos. Flexionó los dedos y los cristales cayeron como nieve de color carmesí.

—Tenemos a un hombre herido —dijo Chimalli—. Pero no hay pruebas, y con la multitud ahí, no podremos conseguirlas. Cubrirán las huellas del asesino. Sin pruebas, no hay asesino. Nos esperan unos días muy duros.

Hubo un destello proveniente de la parte superior de la barricada; los colores del mundo se invirtieron.

—O más —dijo Kopil, y corrió para enfrentar el ataque.

Elayne lo siguió.

La multitud cerca de Temoc se convulsionó de ira. Diez mil voluntades condensadas en una sola alrededor del grito de la madre. El couatl llevó al Rey de Rojo y al alcaide asesino hacia el nordeste, hacia la barricada de la calle

Bloodletter, y la multitud los siguió, unidos por su furia. No había manera de que los manifestantes que se encontraban cerca de Bloodletter supieran ya del niño muerto, de Tan Batac, de los asesinatos. Aun así, se acercaron a la barricada las primeras olas de una marea que iba aumentando.

Temoc se movía agitadamente entre ellos. Detuvo a un brazo-rojo que pasaba por allí.

—Encuétrame a la persona que le ha disparado a Tan Batac.

El brazo-rojo trató de zafarse al principio. No se había dado cuenta de quién le hablaba. Temoc le dio la vuelta al hombre para mirarlo cara a cara. Los ojos del brazo-rojo reflejaban las llamas en el rostro de Temoc.

—Escúchame.

No quería alzar la voz, pero las palabras salían de su boca como un rugido. Acobardado, el brazo-rojo se estremeció. Suficiente.

—Ve y adéntrate en la multitud. Encuentra a la persona que le ha disparado a Tan Batac. Ahora.

El hombre obedeció.

Tenían que atrapar al asesino, y esperar que Batac sobreviviera. Los hechiceros lo atenderían, que era más de lo que Temoc podía decir en cuanto al niño. Dioses. La madre. Debería haber enviado a ese brazo-rojo a protegerla. Y...

Mina.

«Todo el mundo es un desastre, y nosotros somos manchas de dientes parpadeantes y ojos entornados y manos cerradas y tela y saliva y cabello dentro de él.»

Cerca de la tienda, alcanzó a ver un destello del rostro de su esposa, con Caleb en sus brazos; un parpadeo y se habían ido. Gritó su nombre.

Con el poder dentro de él, se movió entre la gente de la plaza Chakal. La mayoría le franqueaban el paso. Con los que no, Temoc se veía forzado a hacerlo: cogió a un hombre de la cintura, lo levantó y lo colocó en otra parte, echó a manifestantes confundidos a un lado con un solo brazo. Los gritos y las maldiciones lo seguían a su paso, interrumpidos cuando la gente se daba cuenta de a quién habían maldecido.

Llegó hasta Mina y la abrazó, aplastando a Caleb entre los dos. El chico se

retorció y rodeó la cintura de su madre. Temoc olió el cabello de su hijo, la piel de su esposa, bajo el hedor acumulado del pánico.

—Estáis bien. —Perfectos, ni un moretón. Quería abrazarlos más cerca de él, dentro de él, para que nunca más volvieran a separarse.

Oyó un tañido metálico y una voz áspera: el Mayor.

—¡Buitres! Mienten, asesinan y huyen. ¡Les da miedo afrontar sus crímenes! Temoc lo ignoraba todo a su alrededor, aparte de ella y de él.

—Estamos bien —le dijo Mina al oído.

—Estamos bien, papá.

—Todo se está derrumbando. Lo siento. Lo siento. —Los vítores rasgaron el aire. ¿Estaban aclamando al Mayor? ¿A sí mismos?—. Tenemos que sacarlos de aquí.

—¿Puedes detener esto?

—No lo sé —dijo él. Chel estaba de pie cerca de ellos, indicándole a un grupo de brazos-rojos que atendieran a los caídos—. Que se queden en la tienda. Protégelos.

—Lo haré.

—Debería quedarme.

Mina lo cogió de los brazos. Él sintió sus uñas a través de su camisa.

—¡Estaremos bien! —Tuvo que gritar para que él pudiera oírla, incluso estando tan cerca que él podía oler su champú.

Unas cuantas horas antes, les había preparado huevos para desayunar. Tan pocas horas y tan distantes. Se había considerado muy astuto: la situación de las hojas de periódico controlada, el final a su alcance. «Verás historia viva», le había dicho. No había mentido. Pero no toda la historia era agradable de presenciar.

La marea se volvió más fuerte. La gente se lanzaba sobre la barricada. La voz del Mayor seguía exclamando, invocando la ira manchada por milenios de civilización. Temoc no podía oír las palabras. El viento demoníaco las fundía con los gritos de guerra, la llamada a la oración.

—Esto no era lo que quería. —Los brazos de Temoc eran como barras de acero, todo él era como una estatua, inmóvil ante la multitud.

Sin embargo, lo que sí lograba moverlo era la mano de ella sobre su pecho, empujándolo de vuelta hacia la corriente. Nunca había podido resistirse a ella.

—Esas personas te necesitan.

Las montañas se derrumbaban con menos renuencia. Caleb la agarró y tiró de su mano para cogerlo a él. Temoc quería mostrar tanto en su rostro, había tanta presión acumulada en su pecho, en su estómago... Pero portaba la armadura de la fe, y no podía mostrar debilidad frente a su hijo. Eso era lo que un hombre hacía, cuando había que hacerlo. Plantarse frente a una multitud. Guiar a su gente. Entregar todo su ser por un bien superior.

Dejar a su familia.

Temoc se volvió. Quería vomitar. Se obligó a ir corriente abajo. Regresó sobre sus pasos una vez, se lo permitió, y vio a Mina llevando a Caleb en brazos hacia la tienda, vio a Chel y a su escuadrón montar guardia. Sus miradas se encontraron una última vez. Los labios de ella temblaban. Él deseó haber oído lo que decía.

Vadeó rumbo al oeste entre la marea humana, hacia la madre del niño caído. Los brazos-rojos lo siguieron confundidos. Encontró un claro: había gente alrededor de la mujer y el cuerpo de su hijo, aislándolos de la revuelta. Kapania y Bill estaban arrodillados a su lado, sin hablar. Ellos también eran padres. Una hija. Lejos de allí, esperó Temoc.

Los ojos de Bill se agrandaron al verlo.

—¿Qué está pasando? He corrido hacia aquí de inmediato.

Como debería haber hecho él.

—El Mayor está dirigiendo un ataque —dijo Temoc—. Estos brazos-rojos te ayudarán.

—¿Qué debemos hacer?

—Cuidar de ella. Yo detendré esto.

—¿Cómo?

—Ya pensaré en algo.

Claro que en realidad no había tiempo para pensar. Sólo había tiempo para abrirse paso con fuerza entre la multitud, para invocar todas sus reservas de fe y esperar que le prestasen majestuosidad. Envuelto en sombras, Temoc avanzó, y

esta vez no fue necesario apartar a la gente de su camino. Se inclinaron para dejarlo pasar, gritaron su nombre. Su asombro aumentaba su poder: era una blasfemia ofrecerle un obsequio así a cualquiera que no fuese uno de los dioses, y una blasfemia aceptarlo, pero se purificaría más tarde. Necesitaba el poderío que le ofrecían. Avanzó entre ellos como en tiempos pasados había avanzado entre las filas de su ejército.

Había destellos de luz provenientes de la barricada de la calle Bloodletter, y gritos. Redes paralizantes: redes de alambre hiladas con relámpagos que enredaban a aquellos que atrapaban, volviéndolos un obstáculo para sus compañeros atacantes. Temoc aún no había visto ninguna arma letal; ningún couatl descendió para atacar. Tal vez no lo harían. Los couatls eran vulnerables cerca del suelo. Los alcaides no arriesgarían sus triunfos aéreos tan pronto, sobre todo porque podrían tener otra utilidad más adelante: reconocimiento o bombardeo.

Su viejo instinto de guerra regresó de inmediato. Como si hubiese pasado las últimas cuatro décadas librando esa batalla en su cabeza sin darse cuenta, y ahora los planes borboteaban como un pozo de gas alquitranado.

Encontró al Mayor cerca de la barricada, rodeado por sus subordinados. Había grupos de gente furiosa que observaban, escuchaban y obedecían.

—Concentraos en la calle Bloodletter, pero enviad grupos al este y al oeste, por Crow y Coyote. Estamos rodeados hacia el norte, pero si los flanqueamos, retrocederán. ¡Vamos! —exclamó con un gesto imperioso, como si separase un océano.

Y se marcharon. Que los dioses los ampararan.

Temoc se acercó. Muchos ojos se ensancharon y varios hombres bajaron sus palos afilados y sus tubos. Algunos cayeron de rodillas.

—Temoc —dijo el Mayor—. Bienvenido.

—Tal vez no pienses lo mismo cuando te diga lo que he venido a decir.

—La paz ha fallado.

—Así será si te empeñas en impedir la retirada de los alcaides. Aún no tratan de atacar a nuestra gente, pero dejarán de contenerse si los desesperamos.

—Queremos justicia.

—Quieres matar a ese alcaide.

—Y ¿tú no?

—Quiero detener esta revuelta antes de que se convierta en una guerra.

—Entonces los dejamos asesinar a un niño y salirse con la suya.

—Será castigado.

—No. —Había tanta ira en esa última palabra—. Los alcaides asegurarán que se trató de un error. Que su hombre respondió por instinto. Le caerá, a lo sumo, una breve condena en prisión. Si uno de los nuestros les hubiera hecho lo mismo a ellos, lo habrían destripado en Sansilva al atardecer. —Dijo todo esto dirigido a la multitud. Eso era una actuación, no una discusión.

—Detén tu ataque. Yo iré a la barricada. Traeré al alcaide hasta nosotros.

—Hablar nos cuesta tiempo. Nos atacarán y pondrán fin a la revolución antes de que haya comenzado.

—¿Eres capaz de arrojarnos a una guerra sin ni siquiera un intento de paz?

El Mayor alzó una mano enguantada y dejó al descubierto un reloj de pulsera sujeto entre sus placas de acero improvisadas.

—Media hora. Convéncelos si puedes.

Una oportunidad. No era mucho, pero era algo.

—Media hora —dijo Temoc, y avanzó hacia la barricada.

—Ha pasado demasiado tiempo desde mi último asedio —dijo el Rey de Rojo desde la cima de la muralla.

Elayne estaba de pie a su lado, asomándose y mirando hacia abajo.

—Esto no es un asedio.

El esqueleto rio.

—Entonces ¿cómo lo llamarías?

Los manifestantes trepaban por el muro de sacos de arena, empujándose unos a otros, ascendiendo más y más. Un hombre corpulento con barba se impulsaba hacia arriba tan sólo con la fuerza de sus músculos; estaba a medio metro de la cima, menos. Cuando su mano tocó la parte superior de la muralla, un alcaide lo agarró y lo empujó. El hombre cayó, gritando. Elayne amortiguó su caída con hechicería.

Los alcaides arrojaron otra red aturdidora por uno de los lados de la muralla. Al tocar los hilos plateados, los escaladores caían. Aquellos cuyas mandíbulas no quedaban cerradas por la corriente gritaban.

—Un día en la playa —dijo ella.

—Una metáfora desafortunada. El océano desgasta las playas.

—No tenemos redes infinitas.

—Un pequeño descuido, fácil de corregir. De todos modos, no las necesitamos. Yo podría unirme a la batalla. O tú.

—No lo haré. Y, como tu abogada, te exhorto a que tú tampoco lo hagas.

—No eres nada divertida.

—En primer lugar, esta situación no es divertida. Y, en segundo lugar, no me pagas por ser divertida.

—Suponía que sí te pagaba.

—Créeme —repuso ella—, cuando esto termine, no tendrás que

preguntártelo.

—Ellos nos han atacado.

—No es como si uno obtuviera un pase gratis para cometer atrocidades sólo porque ellos han atacado primero.

—Hemos hecho un trato.

—Hay gente muerta, y más siguen muriendo. Esas redes no son juguetes. Tenemos que detener esto antes de que empeore.

—Si envían a alguien para hablar, hablaré. ¿Qué tiene de malo disfrutar un poco mientras tanto?

Ella señaló un destello de luz verde que se acercaba entre el mar de extremidades y rostros furiosos.

—Ahí tienes a tu alguien. Se acabaron las vacaciones.

Kopil suspiró.

—Está bien.

Temoc cruzó Crow rumbo a la calle Bloodletter y el muro de alcaides. Un nudo de brazos-rojos cerca de la barricada alentaba a los atacantes. Su líder no paraba de gritar, incluso después de que los otros brazos-rojos notaran la presencia de Temoc y guardaran silencio. Ella no paró hasta que el sacerdote tocó su hombro.

—Ha habido un cambio de planes —dijo él. «Debo hablar», oró, y los dioses respondieron: «Sí»—. ¡Retroceded! —gritó, y su voz resonó—. Hablaré con el Rey de Rojo.

La quietud ondulaba desde el cuerpo de Temoc. Aquellos entre la multitud que podían se volvieron para mirarlo. Los manifestantes caídos se retorcían en el suelo, temblando mientras brotaban chispas de las redes aturdidoras.

Kopil habló:

—¿Qué quieres?

—Dejar de pelear.

—Tu gente nos ha atacado. Nosotros sólo nos defendemos.

—Asesinar a un niño es una forma interesante de defensa propia.

Sus miradas se encontraron a través del espacio. Habían luchado en las

Guerras de los Dioses: lucharon flotando en el aire sobre la pirámide de obsidiana ubicada en el número 667 de Sansilva, mientras los dioses vencidos se retorcían debajo de ellos.

A Elayne le gustaban casi todos los aspectos que implicaba la vida de una hechicera: le gustaba escarbar en cosas muertas y despertarlas, le gustaba manipular las fuerzas ocultas del mundo. Pero no le gustaba tener que aguardar junto a un cliente con la esperanza de que no fuera a decir alguna estupidez. Conocía al Rey de Rojo, y por ello sabía que en ese momento estaba contemplando un amplio rango de respuestas, que iban desde el sarcasmo («Pero si tenéis muchísimos, ¿no creo que uno menos os afecte demasiado!») a lo profesionalmente inhumano («Estas cosas pasan»). Por desgracia, en ese juicio no podía pedir un descanso.

—Lo siento —dijo Kopil, y ella dejó escapar un suspiro que había estado conteniendo sin darse cuenta.

—«Lo siento» no es suficiente. Queremos justicia. Queremos al asesino.

—Él será juzgado.

—¿Enmascarado?

—Enmascarado como alcaide —repuso Kopil—. Hizo lo que hizo, si es que realmente hizo algo, ya que no tenemos pruebas de dicha afirmación, vestido de uniforme. Su familia merece protección.

—¿Quién lo retendrá hasta el juicio?

—Nosotros —respondió el Rey de Rojo demasiado rápido.

Elayne esperaba que Temoc lo aceptara. Esperaba que se diera cuenta de lo poco que Kopil podía ceder. Temoc tenía que ser capaz de darse cuenta de que, estando en la cima de una barricada vigilada por alcaides, con más alcaides a sus espaldas y una multitud enfrente, no podían ofrecer a un alcaide como sacrificio. Si tuvieran tiempo de convencer al capitán, entonces tal vez sería posible, pero no lo tenían. Temoc apenas podía contener la batalla.

—No es suficiente —declaró.

¿Cómo podía ser suficiente? Temoc sabía cómo leer a una multitud. Esas personas querían sangre, y, si no era posible, la victoria. Él no podía entregarles

la sangre que querían, no lo haría. En cuanto a la victoria, ¿cómo podían aceptar algo tan intangible como la garantía de que el alcaide indicado sería castigado?

«Necesito más que eso.» Desplazó la mirada del Rey de Rojo, imperioso sobre la muralla, a Elayne. No podía implorarles sin perder a la multitud, pero deseaba poder hacerlo, con cada hueso de su cuerpo.

—¿Cómo podemos estar seguros de que el alcaide correcto será juzgado? Se oculta detrás de una máscara. Quítale la máscara y entrégnoslo. Nosotros lo mantendremos a salvo mientras vosotros preparáis el juicio.

El esqueleto rio.

—¿Esperas que entregue a uno de los míos? Ya hemos visto los peligros de la plaza Chakal. Tan Batac podría dar fe de ellos, si no estuviera inconsciente.

«Inconsciente, no muerto.» Un punto a su favor, al menos.

—Las acciones de un loco no deben mancharnos a todos. Yo te aseguro que tu alcaide estará a salvo.

—Déjame ir con él —pidió Elayne en voz baja—. Funcionará.

—No. —El Rey de Rojo podía hablar sin mover la mandíbula.

—Tratas de protegerme.

—No pienso darles moneda de cambio.

—Es sólo que no quieres perder.

—¿Qué pasará cuando estés dormida? ¿Cuando Temoc o alguna bruja de alcantarilla derrote a tus guardas y tú y Zoh despertéis atados a un altar?

—Estás actuando de manera irracional.

—No podemos confiar en vosotros —dijo Kopil, lo suficientemente fuerte como para que todos lo oyeran.

¡Maldita sea! Había estado tan cerca... La negativa con una pausa era incluso peor que una negativa sin ella. La pausa mostraba reflexión, consideración y rechazo.

—Al menos, deja que lo veamos. Muéstranos su rostro, su nombre, para que lo reconozcamos cuando vaya a juicio.

—Y exponer así a su familia.

—Tú puedes proteger a su familia. Al menos deja que el hombre elija. Deja que sea él quien se niegue a hacernos frente.

—Es todo —dijo Elayne—. No puede retroceder más. Pregúntale a Zoh.

—No sin una concesión.

—Pide una.

—No puede conceder nada.

—Tiene el control por el momento. No lo desperdicies.

—No te mostraré su rostro sin su autorización —anunció Kopil—. Pero, antes de preguntarle... si accede, debes permitir que los alcaides entren en la plaza Chakal. Ellos buscarán al agresor de Tan Batac. Interroga a aquellos que han presenciado el suceso. Sácales la verdad.

Los brazos-rojos se movieron con cautela. ¿Qué diría el Mayor? De hecho, ¿dónde estaba el Mayor? Temoc debería haberlo llevado consigo como apoyo.

—Muéstranos al hombre —dijo él—. Danos su nombre. Y yo ayudaré a tus alcaides a buscar.

—Yo traeré a Zoh —indicó Elayne—. Sigue hablando. Si desapareces, Temoc pierde el pilar con el que sostiene a la multitud.

Kopil asintió. Mientras ella bajaba por los sacos de arena, él trataba de conseguir tiempo, describiendo la investigación de los alcaides, proporcionándole a Temoc un objetivo.

Los alcaides se volvieron para mirarla y ella los ignoró. Éstos dependían de sus máscaras para presentar un frente unificado, para detener la corrupción y los peligros que seguían a los oficiales a casa. El hecho de exponer a Zoh pondría un fin a su carrera. Los gritos de la gente parecían ir en aumento mientras Elayne se alejaba del muro: la calle estrecha canalizaba a la multitud.

Encontró a Zoh en la parte trasera del campamento, cerca del nido de los couatls. El hombre de gran tamaño caminaba de un lado a otro, con la cabeza gacha. Tres pasos a la derecha, un giro brusco, como en un desfile, tres pasos a la izquierda y vuelta otra vez.

—Teniente —dijo ella. Él se detuvo y saludó. Ella no devolvió el saludo—.
La multitud quiere tu cabeza.

—Y el rey se la otorgará.

—Ya ha logrado convencerlos de que se conformen con otra cosa.

—¿Con qué?

—Tu cara.

—No entiendo.

—Si te desenmascaramos, permitirán que enviemos un equipo a descubrir quién ha disparado a Batac.

—Yo estaba tratando de descubrirlo. Ellos me han detenido.

Él buscaba consuelo, pero ella no se lo ofreció.

—Supongo que ésta es una de esas situaciones... —dijo Zoh, y se interrumpió sin decir la clase de situación a la que se refería—. Está aquí para decirme: «Hazlo o lárgate».

—Estoy aquí para pedírtelo. Eres consciente del coste. Pero eso ayudaría a mucha gente.

—Supongo —dijo él, e hizo una pausa con la cabeza inclinada hacia un lado.

Elayne esperó a que hablara otra vez, pero no lo hizo, al igual que, como se dio cuenta ella, todos los demás. El zumbido de fondo de la conversación de los alcaides se interrumpió de súbito. Estaban todos alrededor de ella, detenidos a la mitad de un paso, escuchando un sonido que ella no podía captar.

Escuchando cómo el sonido de la revuelta crecía y se acercaba.

El sonido no provenía de la barricada, sino del este.

Haciendo a Zoh a un lado, Elayne corrió hacia la intersección de Bloodletter y Falcon, y vio cómo el piquete de alcaides se preparaba para hacer frente al ataque de un grupo de manifestantes de la plaza Chakal. Al menos unos doscientos de ellos ya estaban en la esquina, y llegaban más detrás. Los habían rodeado.

Más alcaides pasaron corriendo por su lado para reforzar el piquete; Zoh y sus compañeros se movían como si fuesen uno solo. Los manifestantes atacaron, los alcaides se agacharon, el ataque se aceleró; los pies golpeaban los adoquines, saltaban...

Para golpear una pared de aire vacío.

La fuerza de su impacto hizo que Elayne cayera de rodillas. No tenía tiempo de soluciones elegantes, sólo tenía tiempo suficiente para convencer a unos cuantos metros cúbicos de aire de que eran tan duros como el acero.

Oía gritos detrás de ella. Supuso que más brazos-rojos se habían dirigido al este por la calle Coyote. También bloqueó esa intersección, esforzándose por discutir con dos pedazos de aire separados al mismo tiempo. Por la premura, había anclado ambas barreras a su cuerpo, lo que quería decir que no podía moverse sin moverlas.

Los alcaides corrieron a su lado en dirección a las filas. La información se transmitió de una máscara a otra, seguramente Kopil ya estaba al tanto de que la tregua de Temoc se había roto, lo que quería decir que...

Una luz roja destelló detrás de ella, y una torre de fuego se alzó hacia el cielo.

«Demonios, demonios, demonios.» Sacó su cuchillo, lo empujó por el puño de su camisa y extrajo un poco de sangre de su antebrazo. La sangre, que era discutiblemente parte de ella, salpicó el pavimento. Se hincó de rodillas y fortaleció la conexión con unos cuantos jeroglíficos de su verdadero nombre trazados sobre las piedras alrededor de la gota que se secaba. Un truco barato, pero bastaría.

Transfirió el ancla de las barreras a la gota de sangre. Las barreras parpadearon, se debilitaron un poco, pero resistieron. Sería suficiente por ahora. Tenía que serlo.

La sangre hirvió.

Las sombras y la luz la envolvieron, dándole fuerza. Salió corriendo en dirección a la barricada.

En la cima de la barricada, los alcaides habían tomado sus armas de nuevo. Las redes aturdidoras destellaban. También empuñaban otras armas: largas varillas retorcidas y ganchos de hierro. Armas letales.

—¿Qué estás haciendo?! —gritó Temoc—. Estamos aquí para hablar.

El Rey de Rojo ardía en la cúspide de su fortaleza improvisada; ya medía unos tres metros de alto y seguía creciendo, y sus ojos brillaban como novias.

Alrededor de sus huesudos dedos cerrados en forma de garras, se acumulaban rayos.

—Para desviar la atención, querrás decir. Pensaba que tenías más dignidad, Temoc.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca has querido hablar. —La voz de Kopil producía un gran eco—. Sólo querías mantenernos ocupados mientras tus amigos se escabullían detrás de nuestras filas.

«¿Amigos?» Temoc estuvo a punto de decirlo en voz alta. Luego pensó: «El Mayor».

—¡Eso no es verdad! —A su alrededor, la gente maldecía y gritaba y se empujaba contra el muro de sacos de arena—. ¡Esto no ha terminado!

—Yo creo que sí —dijo Kopil, y alzó la mano.

Elayne se elevó sobre la barricada de un solo salto.

—¡Kopil!

El esqueleto, que ahora era tres veces más grande que cualquier humano, se dio la vuelta. Ridículamente grande, monstruoso.

—Estoy ocupado aniquilando.

Ella estuvo a punto de perder el control en ese momento. «Maldito caos.»

—Nos han rodeado —dijo lo bastante alto como para que Temoc la oyera—. Aniquila después. Primero, salva el campamento.

Él se encogió de hombros y agitó una mano en el aire con un gesto desdeñoso. Los humanos salieron volando de la barricada y fueron lanzados, girando en el aire, de vuelta con la multitud.

—Que mantengan las filas —le dijo a Chimalli al tiempo que flotaba hacia la calle, ahora con cinco metros de altura, y luego tres otra vez. Elayne lo siguió, desperdiciando alma en su velocidad para poder seguirle el paso.

—Debería haber previsto esto. —Sus pies tocaron el suelo un instante antes que los de ella.

—Encapsúlalos con hechicería. Evita que avancen hacia el norte. Contén la revuelta.

—Demasiado costoso. Es más fácil matar a unos cuantos y aterrorizar así a los demás.

—Hazlo y tendrás un problema mayor.

Kopil se detuvo.

—¿Quién va a detenerme? ¿Tú?

—¿Quieres pasar a la historia como el primer Rey Inmortal del Nuevo Mundo que usó fuerza letal contra civiles?

—¿Qué definición de *civil* conoces que incluya a anarquistas uniformados?

Llegaron a la intersección, donde se encontraban los jeroglíficos de Elayne. La gota de sangre chispeó y chisporroteó; estaba soportando demasiado poder a la vez. Su barrera se rompería en cualquier segundo.

Los alcaides gritaban órdenes mientras las barreras se debilitaban. Una brecha estrecha se abrió en el lado este, y los alborotadores se amontonaron para entrar.

—Es tan fácil matarlos... —dijo él—. Si lo hago ahora, rápidamente, todo el movimiento se despedazará como cristal sobre un yunque. Bloquearlos sólo da crédito a estos locos, y fuerza. De ese modo, aniquilamos mucho más a largo plazo.

—Kopil.

Él la miró a los ojos, como si los atravesara con agujas. Cualquier otra persona habría cedido, pero Elayne lo conocía desde hacía tiempo.

—No lo hagas.

Sus ojos parpadearon. Una serpiente devoró el sol. Él chasqueó los dedos con un sonido de trueno.

Sus barreras se rompieron como porcelana y él las reemplazó. Cayeron cientos de guillotinas, al este, al oeste, por todo Jackal, separando al Skittersill de la ciudad del norte. Muros brillantes como diamantes, y repletos de pesadillas: cualquiera que se viera reflejado en ellos enloquecería. Muchos lo hicieron en ese momento, y cayeron al suelo retorciéndose, atormentados por visiones de dientes resplandecientes e interminable perdición.

El Rey de Rojo estaba en su propia ciudad, su lugar de poder. ¿Qué fuerza podía oponérsele?

Se oyeron gritos procedentes del este. Al alzarse, las barreras segaron brazos

y piernas. Una mujer sollozó.

—Está hecho —dijo Kopil—. Estamos en guerra.

Temoc observó cómo se desvanecía la paz.

Trató de ponerle freno. Gritó hasta enronquecer. No lo escucharon.

El Rey de Rojo abandonó la barricada. Debajo, la gente de la plaza Chakal se puso en pie, vencida, golpeada y furiosa, y se arrojaron contra la pared otra vez. Ya sin el Rey de Rojo, los alcaides parecían menos formidables que antes. Arrojaron más redes aturdidoras, y hombres y mujeres cayeron, pero otros los ayudaron, o treparon sobre sus cuerpos para continuar.

—¡Deteneos! —gritó, pero había perdido a su gente, y no era fácil recuperarlos. Él había sido su corazón. Ahora era una roca en contra de su desbordamiento.

Ordenó a los brazos-rojos que se dispersaran y detuvieran el ajetreo, que detuvieran el flujo de atacantes para minimizar daños. Aquellos que estaban escalando la pared ya estaban perdidos. Protocolo de intervención. Odiaba esa expresión.

Pasaron minutos, o segundos, horas, antes de que oyera los gritos. Terror, conmoción, dolor. Ésos no eran los gritos de hombres que se enfrentaban a armas. Las armas se podían entender. Esos gritos significaban una cosa: hechicería.

Unas cuchillas de diamante dividieron la plaza Chakal.

En las barreras translúcidas danzaban reflejos demoníacos, estirando brazos formados por la luz solar refractada. Una mujer había estado atacando la barricada montada sobre los hombros de un hombre alto. El hombre tropezó, y ella se balanceó demasiado cerca de la pared. Las garras espectrales dejaron marcas blancas en su piel, y cayó gritando. Cuando su cuerpo golpeó el pavimento, Temoc oyó un fuerte crujido. Sólo un brazo roto, esperó, o una pierna.

—¡Ayudadlos! —les gritó a los brazos-rojos—. Haced que la gente retroceda. Dadles espacio.

Los brazos-rojos saludaron con el puño sobre el pecho, a la antigua. Temoc se dio cuenta, segundos después, de que les había respondido igual. Era un soldado otra vez.

Oyó más lamentos procedentes del este, por la calle Crow, y del oeste, por Jackal. Los muros demoníacos se alzaron. Las pesadillas de insectos translúcidos que contenían proyectaron arcoíris sobre la multitud.

Los estaban encapsulando.

Se abrió paso entre la muchedumbre como un toro en el mar, rompiendo olas y esparciendo espuma. Cuando vio a un grupo de brazos-rojos, les ordenó:

—Id hacia las barreras. Ayudad a los heridos.

Ellos obedecieron y él siguió avanzando, guiado por un destello de sol reflejado en un pedazo de acero, abriéndose paso entre los obstáculos humanos hasta que llegó a donde se encontraba el Mayor.

—¿Qué has hecho?

El Mayor estaba de rodillas sobre un cajón, de espaldas a Temoc y hablando con sus soldados. Al oír las palabras del sacerdote, los soldados retrocedieron, y el Mayor se puso de pie.

—Temoc, ¿qué tal tu reunión? —Sus ojos negros destellaban detrás del casco.

—Les has ordenado que atacaran mientras yo seguía hablando.

—Les he dicho a mis hombres que ocuparan sus posiciones. Seguramente me han malinterpretado.

—Nos habrían entregado al alcaide. Lo has echado todo a perder.

—Cualquier trato que hubieran hecho sólo habría sido una concesión para nosotros. El genio está fuera de la botella.

—Nos están encerrando. Cualquier habitante de la plaza es ahora un enemigo de la ciudad. Están declarándonos la guerra.

—¡Excelente!

—¿Estás loco?

—El Rey de Rojo nos ha declarado sus enemigos. Ahora somos soldados, juntos. Cualquiera que pensara que había un camino pacífico para salir de la

plaza Chakal afrontará la verdad hoy.

—Hay familias aquí. Mi familia está aquí.

—Entonces lucharán. —La voz detrás del casco resonaba con el débil sonido de botas que marchaban—. Lucharán, y ganaremos.

—No así. ¿Qué harás al enfrentarte a un couatl? ¿A la hechicería?

—Lo que podamos —repuso el Mayor—. Y más, contigo a la cabeza. Temoc, el último de los Caballeros Águila. Podrías dejarlos llorando a tus pies.

—Ni siquiera todo el cuerpo de Caballeros Águila pudo detener a los hechiceros en la última guerra, ni siquiera con los dioses de nuestro lado.

—No hay ningún ejército que se te oponga ahora, no hay legiones de magos y demonios y dragones y muertos vivientes. Sólo unos cuantos policías y un rey incierto.

—Los dioses están demasiado débiles como para luchar en esta guerra.

—Entonces ofreceremos nuestras vidas para su causa —dijo el Mayor—. Haremos sacrificios. Derramaremos sangre. Ellos se alimentarán y tú nos guiarás a la gloria.

—Gloria. —La palabra sonaba bien.

Los dioses durmientes se estiraron en el corazón de Temoc. Conocían esas palabras antiguas, y sonrieron, sonrisas llenas de colmillos, mientras soñaban. «Levántate y pelea. Mata, como en la antigüedad, como un hombre.» Buscó en los ojos del Mayor algún indicio de duplicidad o locura. No encontró ninguno.

—Realmente crees que podemos ganar.

—Sé que podemos, contigo al mando.

El Mayor debió de oír el crujido de los nudillos de Temoc cuando éste hizo un puño con la mano, pero no lo entendió a tiempo para agacharse.

El golpe de Temoc aterrizó en su casco, provocó que el Mayor se elevara unos cuantos centímetros del suelo y lo arrojó de espaldas hacia los brazos-rojos, que lo observaban todo. Cayó al suelo con el repiqueteo de una pila de metal y la hendidura de un puño en su casco.

Temoc se alejó.

—¿Adónde vas?! —le gritó el Mayor.

—Con mi familia.

Temoc caminó hasta la tienda de reuniones. Se detuvo para curar la pierna rota de un hombre joven, sujetando la rodilla con una mano y tirando del tobillo con la otra. Una oración a Olam el Sanador, un suspiro de divinidad en el toque de su mano, y hambre. Los dioses olían sangre.

«No hay sangre aquí —les dijo—. El mundo ha cambiado.»

El problema era que no podía ofrecer ninguna prueba de ello por el momento.

Curó la pierna de un muchacho, la herida sangrante en la cabeza de una mujer, y soldó las costillas de un hombre gordo. Ellos lo siguieron. Vio a Kapania Kemal reuniendo seguidores, con Bill a su lado. Pasó junto a ellos, y si acaso alguien trató de detenerlo, no se dio cuenta.

Encontró a Chel vigilando la tienda. Ella lo saludó.

—Están a salvo.

—¿Alguien...? —No completó la frase, no podía pronunciar las palabras, eran demasiado grandes para su boca.

—No.

—Estamos rodeados. Es imposible pasar por cualquier camino que vaya al norte.

—¿Qué harás?

Él frunció el ceño.

—Llevar a mi esposa y a mi hijo a casa.

—¿Regresarás?

—No lo sé —dijo él, lo cual quería decir «no». Y, cuando ella no respondió y sólo se lo quedó mirando sin moverse, añadió—: Deberías irte. Llévate a todos los que puedas. Esto empeorará.

—¿Antes de mejorar?

—Antes de empeorar incluso más.

—Mis amigos están aquí —indicó ella—. Mi gente. —Y oyó después de eso: «La tuya también».

—Lo sé. —«Y lo siento»—. Necesito cuidar de mi familia.

—¿Qué debemos hacer, Temoc?

—Ya te lo he dicho. Marchaos.

—No puedo. —Desesperación. Miedo. Y, aun así, controlada frente a sus hombres. Habría sido una excelente comandante durante las Guerras, si hubiese habido mujeres comandantes en aquel entonces—. Ayúdame, incluso si piensas llevarte a Mina y a Caleb. —«Tu esposa y tu hijo (de nuevo, sin decirlo), a quienes he mantenido a salvo, tu esposa y tu hijo, con quienes he cumplido mi deber como soldado. Con la esperanza de que tú a la vez cumplas con tu deber como comandante.»

Con los restos de sus poderes divinos, Temoc atrajo las miradas de los seguidores de Chel hacia él.

—Al principio, el caos será una amenaza más grande que los alcaides. Protege a estas personas. —Puso la mano sobre el brazo de Chel y percibió su fuerza—. Ellos te seguirán.

—Gracias —dijo ella.

Temoc se percató de cómo se armaba de valor para hablar de nuevo sin temblar:

—Salga de aquí, señor.

Él entró en la tienda.

Mina estaba sentada dentro, ayudando a Caleb a hacer un solitario. Cuando la entrada de la tienda se abrió, ella se volvió hacia la repentina fuente de luz, con una mano levantada para protegerse del brillo o de un golpe.

—Nos vamos —dijo él.

—Caleb, ya es hora.

El chico juntó sus cartas, las envolvió en el pedazo de seda y las guardó en su caja.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Ella lo abrazó. El calor de su mejilla se transfirió a la suya.

—No sabía que esto sucedería. Lo juro. Pensé... —¿Qué? Había palabras que

podía usar, si acaso podía recordarlas, si acaso el recuerdo de los ojos de Chel no las había arrancado todas de su memoria. «Guíanos.»—. No... —Era un comienzo, pero ¿qué vino después?—. Tenemos que marcharnos.

—Yo llevaré a Caleb en brazos.

—Lo haré yo —dijo él—. Soy más fuerte.

—Maldita sea, déjame hacer algo.

—Ayúdame a salir de aquí. Eso es suficiente.

Mina quería saber más sobre todo: sobre Chel, sobre el Mayor o sobre lo que Temoc habría hecho si ella y Caleb no existieran. Todas esas preguntas no formuladas y sin respuesta revoloteaban por su cabeza como murciélagos, aterradores y aterrados a la vez.

Temoc cogió a Caleb y guio a Mina fuera de la tienda. Chel los saludó al salir, y Mina se detuvo para devolverle el saludo. Se abrieron paso entre la multitud hasta Bloodletter, donde una barrera bloqueó su camino, pero las barreras no pasaban por edificios, sólo por calles cerradas. Temoc derribó de una patada la puerta de una tienda y escaparon por las habitaciones conectadas hasta un callejón detrás del muro de pesadillas. Corrieron por calles vacías, mientras los couatls daban vueltas en el cielo sobre sus cabezas. No eran más que una familia anónima que se dirigía a casa. Los alcaides pasaron en furgones negros rumbo al lugar del sitio.

Llegaron a casa. Su patio estaba aparentemente igual, pero, a la vez, les parecía muy extraño, como si cada superficie y cada objeto hubiese sido pintado con un color sutilmente distinto. El apartamento seguía oliendo a desayuno. Temoc dejó a su hijo en el suelo y se sentó; Mina se sentó también. Inhalaron las sombras que los separaban y sintieron miedo.

El Rey de Rojo rio, una avalancha de risas, y dirigió a los alcaides con el excesivo dramatismo del promotor teatral de un club nocturno de Schwarzwald; sus movimientos eran rápidos y fluidos mientras daba órdenes con una voz atronadora. Los alcaides corrían a donde él indicaba.

—¿Estarás bien? —preguntó Elayne antes de marcharse.

—No me sentía tan bien desde hacía años —dijo él—. Debería darles las gracias.

—Contrólate.

—Siempre estoy perfectamente bajo control.

—Escúchame. —Observó fijamente las conflagraciones de sus ojos—. Como tu abogada, como tu amiga. Las Guerras terminaron. Deja que los alcaides hagan su trabajo.

—Las Guerras nunca terminan.

—Terminaron —repitió ella con toda la certeza que podía reunir.

Llevar unas cuantas décadas muerto no había mejorado la inteligencia emocional de Kopil en algunos aspectos. Esperó que aún le costara trabajo identificar cuándo le estaba declarando un hecho y cuándo tan sólo estaba deseando que lo que decía fuese cierto.

—De acuerdo —convino él.

En apariencia.

El Rey de Rojo continuó:

—Cuéntame lo que descubráis. Y mantén ese maletín a salvo.

—Lo archivaré después de ir a ver a Batac al hospital.

—Infórmame de lo que averigües. —Y, sin más, se marchó para sermonear a más alcaides.

El capitán Chimalli alcanzó a Elayne antes de que se fuera.

—Lady Kevarian —dijo él, usando el vocativo quechal para dirigirse a la nobleza—. ¿Va al hospital Gracia y Misericordia?

Ella asintió.

—Si no le importa. —El capitán sacó una carta sellada de su bolsillo—. Llévelo esto a la doctora Venkat. Necesitaremos más suministros de primeros auxilios aquí pronto. Enfermeros también.

Elayne cogió la carta.

—¿Cuántos?

Chimalli rumió sus pensamientos entre los dientes, oscilando de sobremordida a submordida.

—Todos los posibles. —Le dirigió un saludo de despedida—. Señora. —Dio media vuelta y se marchó.

¿Cuántos años tendría? Unos cuarenta y pocos, tal vez. Elayne recordaba esa edad. Uno creía entender el mundo y los límites de su propio entendimiento. Uno siempre creía que lo peor había pasado.

Voló al norte, hacia el hospital Gracia y Misericordia.

La doctora Venkat era una mujer de raza dhistra y aspecto redondo que tenía más o menos la misma edad que Chimalli. Elayne la encontró en una tribuna quirúrgica que olía a alcohol, menta falsa y lavanda incluso más falsa. Venkat jugueteaba con un bolígrafo entre los dedos. El quirófano más abajo era dolorosamente blanco. Pensando en todas esas ocasiones en las que Elayne había querido estrangular a Tan Batac, o despellejarlo poco a poco, no sabía cómo sentirse ahora que lo veía sujeto a la mesa como una mariposa en la pared y todo ensangrentado.

—¿Se pondrá bien?

La doctora frunció los labios y asintió.

—¿Pronto?

—No.

La voz de la mujer la cogió por sorpresa: un contralto lo bastante suave como para aliviar quemaduras.

—¿Puedo hablar con él?

Venkat negó con la cabeza.

—Tal vez consiguió ver a la persona que intentó matarlo. Necesitamos toda la información que pueda darnos.

—Si lo despertamos antes de que esté listo, quizá nunca despierte otra vez.

—Podría entrar en sus sueños.

—Señora Kevarian —dijo la médica—, los alcaides que trajeron a Batac dijeron que usted le había practicado primeros auxilios.

Ella asintió.

—Detuvo el sangrado, pero su hechicería drenó su alma. Apenas quedaba suficiente percepción como para que lograra salvarle la vida para cuando llegó aquí.

—Hice lo que tenía que hacer.

—Y, gracias a usted, sobrevivió. Por los pelos. Tenemos medicamentos para mantenerlo dormido y medicamentos para ayudarlo a soñar. La exposición a la luz de estrella ayudará a que su alma vuelva a crecer. Pero si se mete en su mente antes de que esté listo, podría dañarlo hasta tal punto que la persona que despertara no sería la misma que se durmió. Es por eso por lo que no solemos dejar que los nigromantes operen a pacientes vivos.

—Le salvé la vida. —Incluso a ella misma le pareció que su respuesta sonaba quejumbrosa.

—Estoy segura de que su familia le está agradecida.

Elayne resistió el impulso de insultarla.

—Tengo una carta para usted, del capitán Chimalli.

Los ojos de la mujer se despegaron brevemente de la operación. El bolígrafo en su mano dejó de girar y quedó descansando sobre la barandilla. Ninguna de las dos habló.

Elayne no había abierto la carta, ni la había leído. La había adivinado. Chimalli tenía poco tiempo como para escribir y sellar una carta. Había pocas clases de mensajes que un hombre uniformado podría llevar consigo, sólo por si acaso..., y poca gente a quienes podría dirigírselos. No era pariente de Venkat. Amantes, entonces, o amigos cercanos.

No le gustaba hacer uso de ese tipo de trucos, pero necesitaba todos los que pudiera utilizar.

Venkat guardó el bolígrafo en su bolsillo.

—Deme su tarjeta. La avisaré cuando despierte.

—Tan pronto como despierte. Por favor.

La médica asintió. Elayne le pasó la carta.

—Gracias.

Elayne seguía siendo lo bastante humana como para darle su espacio a la otra mujer, como para dejarla allí de pie, examinando la sangre y leyendo la carta mientras se agarraba a la baranda. Elayne seguía siendo lo bastante humana como para marcharse.

Un hombre de baja estatura que vestía de traje tropezó con ella en el ascensor. Ella se puso de pie y lo ayudó a levantarse. Llevaba también unos quevedos; no había visto a nadie utilizar gafas así, salvo a los esqueletos, desde los años treinta, y en el caso de los esqueletos era sólo debido a su falta de orejas. La combinación de lentes que agrandaban sus ojos, hombros estrechos y rostro inclinado hacia delante hacía que el hombre tuviera el aspecto de un hurón entrometido.

—Disculpe, ¿sabe dónde puedo encontrar a Tan Batac? Tengo entendido que está ingresado aquí.

¿Un asesino tal vez? Elayne cerró los ojos y lo examinó como hechicera: sin jeroglíficos, muy poca hechicería, un alma apalancada con unos cuantos préstamos incobrables, contratos doblados en su maletín. No era una amenaza.

—Soy uno de sus socios de negocios —explicó el hombre—. Jim Purcell, de Aberforth y Duncan. Necesito revisar unos detalles para un trato, y que me firme unos papeles.

—Tendrá que esperar mucho tiempo.

—Es muy importante.

—Hable con la doctora Venkat en la sala de observación. Pero dele unos cuantos minutos primero.

El hombre la miró a través de sus quevedos y parpadeó, pero finalmente dijo:

—De acuerdo.

—Buena suerte. —Elayne lo dejó y salió del hospital.

Al ponerse el sol, Chel asaltó las oficinas de RKC en el borde este de la plaza. Lideró la carga con Tay a su lado, pero fue Zip quien arrojó una lata vacía a una de las ventanas frontales del edificio. Los pedazos de cristal cayeron como gotas de lluvia sobre el suelo de baldosas y destellaron como escarcha afilada.

Corrieron por el vestíbulo vacío, pasando junto al mostrador de recepción, como la espuma de una ola humana. Si dejaban de correr, los que iban detrás los pisotearían, triturados junto con los cristales. De todos modos, Chel no quería parar. Noche tras noche montando guardia, recorriendo el campamento, y todo había terminado en una tarde. Corrió, y varias oficinas quedaron destruidas detrás de ella.

La carga se dividió por pasajes y escaleras. Astillaron madera, rompieron paredes de yeso y destruyeron tuberías que vertieron su preciada agua en el suelo de los baños. La gente del Mayor fue la que hizo la mayor cantidad de destrozos, cazando trofeos, despojando a la oficina de todo el equipo con el que los contratistas del Rey de Rojo habían profanado el antiguo templo. Los agujeros en las paredes de yeso dejaban al descubierto las piedras talladas que había debajo.

Chel corrió entre galerías y espacios de trabajo abiertos, y sus brazos-rojos la siguieron.

—¡No veo la puerta! —gritó Tay.

—Tiene que estar por aquí. —Respiraba con dificultad—. Los Kemal han dicho... ¡Ahí!

A la izquierda, más allá de la sala de descanso, sin ventanas y con un brillo verde fantasmal, después de unas mesas vacías que llegaban hasta una cocina oscura. Sartenes y coladores colgaban del techo, y había cuchillos en la pared. Olía a desinfectante y a quemado, detergente lavavajillas y grasa. Detrás de la

cocina encontraron una bodega llena de cajas apiladas de cebollas y patatas. Una puerta de acero ocupaba la mayor parte de la pared. Se cerraba hacia abajo, como la puerta de un garaje.

Tay primero trató de abrir el pestillo.

—Cerrada.

Chel sacó una llave de dientes afilados del bolsillo de su chaqueta.

—Los Kemal eran los encargados del servicio de comida aquí. —La llave encajó y el cerrojo dio un chasquido. La puerta se abrió. Un fino rayo de la puesta de sol brillaba en el suelo de la bodega como oro líquido.

—Y ¿ahora qué? —preguntó Zip—. ¿Corremos hacia los muelles?

—No. No sabemos cuánto tiempo durará el sitio, y los Kemal no tienen suficiente comida para todo el campamento. Pueden pasar suministros por aquí.

—Los alcaides se darán cuenta.

—Por eso tenemos que ser cuidadosos. —Chel se dirigió a los brazos-rojos que estaban en la habitación—: Vosotros os encargaréis de este almacén. Si alguien sale por esa puerta, pondremos sobre aviso a los alcaides antes de estar listos. Si somos astutos y esperamos hasta el atardecer, podemos hacernos con unos cuantos suministros antes de que alguien se dé cuenta. Si actuamos como tontos, no obtenemos nada. ¿Entendido? —Todos asintieron—. Avisaré a los Kemal.

—Iré contigo —dijo Tay, y se marcharon juntos.

Él se mantuvo tenso hasta que llegaron a las oficinas de cubículos. Luego se rio.

—Estaba seguro de que todos saldrían corriendo por esas puertas.

—Eso vendrá después.

—¿Por qué no ahora? Ya viste esas paredes embrujadas en Crow. Los alcaides están molestos. Esto no acabará bien.

—Nos quedamos porque podemos ayudar a esta gente. No te preocupes. Correré cuando llegue el momento.

—Y ¿cuándo será eso?

Se oyeron unos gritos provenientes de la entrada principal.

—Ahora —dijo ella.

Había seis hombres y dos mujeres de rodillas sobre las baldosas rotas; tres de ellos eran quechales y cinco de piel pálida, como los habitantes del Mundo Antiguo, de sangre camlaander o iskari, Chel no los distinguía. Eran oficinistas: sus manos y sus rostros eran suaves y tersos. Llevaban ropa de oficina, lana arrugada y algodón planchado, corbatas y chaquetas, y todos se habían duchado esa mañana. La mayoría de los hombres tenían unos kilos de más en las caderas, sus estómagos y sus carrillos. Uno de ellos era musculoso, una rata de gimnasio; su nariz estaba rota y chorreaba sangre, y con una mano se sujetaba las costillas, que probablemente estaban también rotas. Otro de los hombres lloraba.

Las tropas del Mayor estaban de pie detrás de ellos, armados con tuberías largas. El Mayor caminaba de un lado a otro frente a los rehenes, y se detenía de vez en cuando para inspeccionarlos de manera individual. Ya iba por la mitad de la fila.

—Por el amor de los dioses, Stan —dijo la mujer que estaba de rodillas junto al hombre que lloraba. Su espalda estaba erguida y tenía un moretón fresco en la mejilla.

Había un círculo de brazos-rojos y manifestantes observando al Mayor, a sus hombres y a sus prisioneros. Chel dejó a Tay para abrirse paso hasta ellos. Empujó con los hombros a un tipo más grande que ella y se dirigió furiosa al Mayor.

—Déjalos ir.

Él se dio la vuelta despacio. Su casco tenía la marca de un puño. Detrás de la máscara, sus ojos brillaban con fervor.

—Desde Rey de Rojo Consolidado se les dijo a los empleados de esta oficina que se quedaran en casa. Parece ser que éstos no recibieron el memorando.

El hombre con la nariz roja escupió sangre sobre los cristales rotos; un integrante de las tropas del Mayor lo pateó en la espalda.

—Quieres usarlos como moneda de cambio.

—Vidas a cambio de vidas. Si devolvemos a estos inocentes, el Rey de Rojo nos entregará al alcaide asesino para castigarlo.

—No hagas esto.

—¿Por qué no?

Por todos los dioses. Temoc le había pedido que mantuviera al campamento unido. ¿Cómo podía hacerlo? Bajó la voz, pero la habitación estaba en silencio, así que todos la oyeron:

—Si secuestras a estas personas para usarlas como rehenes, los periódicos nos retratarán como asesinos. Es más importante tener apoyo que ventaja. Necesitamos comida. —Era todo cuanto podía decir frente a toda esa gente: «Si haces esto, los Kemal ya no trabajarán contigo. Y ellos son los que tienen el maíz». Decirlo sin rodeos obligaría al Mayor a actuar. Había peleado contra bastantes ratas de muelle como para saber que no se pueden acorralar—. Nuestra lucha es con el Rey de Rojo, no con sus zánganos.

La multitud era una mezcla de su gente y de la de él. Sus tropas estaban armadas y preparadas, pero la batalla no sería limpia, o fácil, y no podía arriesgarse a perder.

Eso esperaba ella.

—Los llevaremos al campamento —declaró el Mayor—. El Comité decidirá qué hacer.

Chel sabía cómo resultaría eso: darle vueltas al asunto, argumentar, criticar, hablar del equilibrio de poder, nadie podría ponerse de acuerdo. Los prisioneros estarían a salvo, por el momento.

Pero no podía sonreír, no podía dar la impresión de que había ganado... Tampoco de que había perdido, ya que decepcionaría a sus seguidores.

Por todos los dioses, ¿era así como Temoc se sentía todo el tiempo?

—Vámonos —dijo ella.

Una red de luces, del tamaño de una ciudad, colgaba entre Elayne y el abismo. Los hilos de la red eran más gruesos que montañas, sus vínculos tan firmes como los del núcleo de un átomo. Recorrió la red con hechicería. Cortó sus hilos con delgadas cuchillas de lógica, los quemó con furia y frustración, los azotó con olas de llamaradas y los ató en paradoja.

La red resistió. Al menos, por ese lado era irrompible.

Se desplazó a través de intersticios del tamaño de manzanas de edificios hacia las profundidades. Grandes y terribles seres se movían a su alrededor, como los peces ciegos que nadan en el fondo del océano. Elayne los ignoró y golpeó la red desde abajo. Si ella, una mujer, podía causar por sí sola el más mínimo daño a esa edificación, si podía cortar su hebra más fina, ésta nunca resistiría un ataque real. Una incursión demoníaca tendría más fuerza de la que la propia Elayne podría soportar.

Alzó ambas manos. Garras de sombras que surgían desde las profundidades sostuvieron la red y tiraron hacia abajo. Había gotas de sudor en su frente. Sus brazos temblaban por el esfuerzo. La red se torció y se estiró, pero no se rompió.

—¿Estás satisfecha?

Al principio no se percató de la presencia de la jueza Cafal ni respondió a su pregunta. Lenta y metódicamente, probó otros ángulos de ataque, sin éxito.

Finalmente, derrotada por su propia creación, se alzó desde la oscuridad. Un demonio la agarró del tobillo con su lengua de alambre de espino y trató de atraparla en sus fauces abiertas. Ella lo mató, arrancó la lengua de su pierna y se reunió con la jueza en los vastos cielos.

Cafal tenía el mismo aspecto allí que en el mundo de carne y hueso. Apariencia y alma en perfecta consonancia: Elayne lo respetaba.

—Señoría. Creí que estaría dormida.

—No puedo dormir —dijo ella—. Gajes del oficio. Dados los problemas del Skittersill, creí que sería bueno revisar tus nuevas guardas. No esperaba encontrarte tratando de destruirlas.

—Probándolas —la corrigió Elayne—. Un contrato firmado une a todas las partes, sin importar sus sentimientos después del hecho. La revuelta del Skittersill no tendría por qué dañar las guardas. Pero la teoría y la práctica rara vez están de acuerdo.

Cafal rio.

—Si lo sabré yo. Supongo entonces que las guardas te parecen seguras.

—Sí.

—Pues ¿por qué parece triste?

—No estoy triste.

—Lo has hecho bien, abogada. Y lo sabes. No estás aquí porque temes haber pasado alguna debilidad por alto. Estás aquí porque esperas haberlo hecho.

Consideró mentir, o hacerse la tonta, pero decidió que ambas tácticas estaban muy por debajo de ella.

—No podemos detener la violencia en la plaza Chakal. El conflicto es autosuficiente: cuando los atacan, los alcaides responden con fuerza bruta. La multitud, a su vez, responde a esa fuerza con más fuerza, y así sucesivamente. Debemos pararlo. Tenemos algo que ellos quieren: al alcaide Zoh. Pero ellos no tienen nada que nosotros deseemos, así que el Rey de Rojo no tiene por qué escucharlos. Si hubiera algún fallo en las guardas, deberíamos retomar las negociaciones.

—Estás peligrosamente cerca de incumplir tu deber fiduciario.

—En este momento, las acciones de mi cliente son dañinas para sus intereses a largo plazo. Soy más fiel a mi cliente de lo que él lo es.

—Esa clase de lealtad va más allá de tu cometido. El Rey de Rojo goza de crédito en los Tribunales. La guarda del Skittersill sigue siendo fuerte, como puedes ver. Tú la construiste y ni siquiera tú puedes destruirla.

—Tenemos que detener la lucha —dijo ella.

La jueza alzó una ceja.

—¿Ah, sí?

La respuesta parecía tan obvia que Elayne lo pensó bien antes de hablar, como si estuviese de vuelta en el aula de las Escuelas Ocultas.

—Ya veo.

—El Rey de Rojo y su gente tienen un desacuerdo civil. El Tribunal no tiene lugar en este asunto.

—No diría eso si hubiera visto lo que está ocurriendo en la plaza Chakal.

—Tal vez no —señaló Cafal—. Pero la hechicería también tiene sus límites.

—¿Es por eso por lo que luchamos, señoría? ¿Para dejar que la gente muera innecesariamente porque la hechicería tiene sus límites?

—Luchamos —dijo ella, y se detuvo—. Yo luché, quiero decir, porque la gente trataba de matarme, y si hubiera permitido que tuvieran éxito, ahora estaría muerta. Tú eras joven en aquel entonces. Creo que los jóvenes luchan por distintos motivos, o eso es lo que se dicen a sí mismos.

—Kopil está equivocado —repuso Elayne—. Se está perjudicando a sí mismo y a la ciudad.

—Este Tribunal no tiene ningún tipo de hechicería que te ayude a cambiar su voluntad.

—Entonces encontraré otra manera. —Creyó que había mantenido un tono de voz neutro, pero debió de haber algo de lo que ella no se percató.

La jueza se le acercó:

—Elayne...

Pero ella ya se había ido.

La primera noche de la revuelta fue la más difícil. Temoc estaba tumbado en la cama, despierto, con Mina a su lado, que también estaba despierta. Ninguno de los dos hablaba. El sol se había puesto sobre el campamento, y, por primera vez en semanas, él no había estado allí para celebrarlo. Los dioses hambrientos murmuraban en su cráneo. Dormían, pero estaban inquietos, a diferencia de él.

Se levantó, caminó por el pasillo en calzoncillos. No había lámparas que alumbraran su camino, sólo el tenue brillo de las luces de la calle que se colaba por las ventanas. Hacía once años, se habían mudado a esa casa con pocas habitaciones, que eran pequeñas en comparación con las cámaras palaciegas de su lejana juventud, pero después de sus días de recorridos errantes y embriagadores, el lugar le parecía un paraíso. Al principio, se había resistido a mudarse a una casa que había pertenecido a esclavos, pero cuanto más conocía a su gente, más llegaba a amar el Skittersill; sus habitantes eran personas honestas y fuertes, oprimidas por criminales.

Se sentó en una silla de hierro en el patio. El metal enfriaba su espalda y sus piernas. Las nubes hervían y se retorcían como multitudes embistiendo barricadas. Hacia el noroeste, tenían un brillo rojizo... ¿Iluminadas por las hogueras de la plaza Chakal?

La puerta se abrió. Mina se inclinó para besarlo en la sien.

—Te quiero. —Con lo que quería decir: «Me alegro de que estés en casa».

—Yo también te quiero. —Con lo que quería decir: «No estoy seguro de haber hecho bien».

—Hiciste lo correcto.

—Lo sé.

—Podrías ir. Si quieres. Yo puedo... —Se detuvo súbitamente, con una repentina respiración entrecortada—. Lo siento.

—No tienes que decir eso sólo porque sea lo que yo quiero oír.

—Entonces vuelve. Lánzate a ello.

—Quiero estar aquí, contigo.

—No mientas.

Temoc se puso de pie para enfrentarla en un solo movimiento que resultó ser más rápido de lo que esperaba. Su corazón latía tan deprisa como el de un caballo de carreras que hubiese corrido más de un kilómetro.

—No estoy mintiendo.

—Si crees que te estoy frenando, puedo lidiar con eso. Pero necesito que seas honesto conmigo.

—He dejado gente buena allí. —Bajó la voz. No quería despertar a los vecinos, podrían pensar que ocurría algo malo. Graciosísimo. Absurdo. No se rio—. Pero no puedo estar en el movimiento y fuera de él al mismo tiempo, ¿entiendes? Si volviera, tendría que vivir y morir con ellos.

—Llévanos contigo —dijo ella, pero oyó el quiebro en su voz antes de terminar la oración.

—Tú podrías sobrevivir. Pero ¿Caleb? Ya hay demasiados niños involucrados en este asunto. Y si os dejo solos a ambos, el Rey de Rojo os tomará como rehenes, o algo peor. Así que por un lado tengo a mi gente, y por el otro a mi esposa y a mi hijo, a quien nunca he enseñado a luchar porque creí que, en la era moderna, no necesitaría saber. Y... Te quiero. Deseo estar aquí. —Quería apoyar la mano sobre la mesa, pero no calculó bien su propia fuerza y la golpeó—. Desearía poder multiplicarme por dos. Desearía poder multiplicarme por un millón. Y entonces todos los demás se irían a corregir todas las injusticias del mundo, y yo me quedaría. Prometí estar a vuestro lado. No romperé ese juramento.

La ciudad podía ser tan silenciosa de noche... El viento soplaba por encima de los tejados y frotaba enredadera contra enredadera. Pasó un carruaje frente a su casa. El camisón de Mina ondeaba entre sus piernas.

—No podría lidiar con un millón de esposos. Uno es mi tope. Así que no te pongas creativo.

Él bajó la mirada, se observó a sí mismo y rio.

—No soy lo suficientemente sabio como para tomar decisiones de este tipo. Las elecciones dejan heridas, y las heridas costras. Cuando creo haber tomado la decisión correcta, me arranco la costra para comprobarlo. —Fingió abrir una cicatriz en su antebrazo, y la expresión en el rostro de ella se retorció—. Cuando tenía la edad de Caleb, los sacerdotes me marcaron para llevar las cargas de los dioses. Esperaba enfrentarme a demonios que provenían de más allá del cielo. No debería necesitar tanta fuerza para resistirme a luchar.

—Esto no es resistirse.

—No —admitió él—. Supongo que no.

—Ven a la cama.

—No podré dormir.

—Yo tampoco. Pero al menos podremos no dormir juntos.

A la mañana siguiente, tuvo que caminar tres kilómetros para encontrar una tienda de comestibles que estuviera abastecida. El supermercado estaba abarrotado, pero las calles se hallaban casi del todo vacías. Inquietante. Dresediel Lex era una ciudad de grandes avenidas. Incluso el Skittersill, que parecía un laberinto en comparación con otros distritos, tenía calles que cualquier persona de otra ciudad consideraría amplias. Por lo general, éstas estaban invadidas por el tráfico, pero ése no era un día normal. Zombis barrenderos se movían sin rumbo, ya que habían perdido su ocupación: sin excrementos que limpiar, sin polvo que quitar.

Temoc se detuvo frente a su casa para hojear el *Times* que había comprado junto con las provisiones. En la portada había una ilustración de la plaza Chakal. El artista había dibujado la arquitectura con minucioso detalle, pero a las personas como una masa uniforme. Temoc gruñó al leer el titular: EL SKITTERSILL SE SUBLEVA. Sugería una guerra entre la gente del Skittersill y la gente de Dresediel Lex, como si no fuese la misma; implicaba a todos los habitantes del Skittersill en la violencia de la plaza Chakal. Tal vez debería buscar al periodista y corregirlo. Pero él, Temoc, ya no hablaba en nombre del movimiento. Ya no era su líder, ni siquiera su sacerdote. Sólo un ciudadano más que leía las noticias.

El *Times* dedicaba más espacio a las revueltas de lo que jamás le habían dedicado al movimiento pacífico. Era de esperar. La violencia vende. No mencionaban a Tan Batac, sólo decían «un hombre herido cuando estallaron los disturbios». Nada sobre el asesino. La historia se centraba en la madre y su hijo ensangrentado, y en la piedra que el alcaide había lanzado. Incluso en esa situación, el *Times* ocultaba la verdad. «En medio de la confusión.» «En defensa propia.»

—No es bueno leer en la acera —dijo Elayne Kevarian—. Alguien podría chocar contigo.

Él no se sobresaltó. La abogada estaba de pie frente a él, vestida de gris carbón, con las manos en los bolsillos. No la había oído acercarse.

—Me preguntaba si vendrías.

—Me preguntaba si te marcharías de la plaza. Sorpresas agradables para los dos.

—Agradables —repitió él.

—Ve a ver al Rey de Rojo, Temoc. Ponle freno a esto.

—No estoy seguro de que estemos hablando del mismo Rey de Rojo —repuso él—. El... hombre... que vi ayer no quería ponerle freno a la pelea.

—Escuchará si exiges la paz.

—Si suplico, querrás decir. Y, si lo consigo, ¿qué haré entonces? ¿Regresaré a la plaza Chakal a decirles que, a pesar de haberlos abandonado, he acudido a negociar en su nombre?

—Si consigues un buen trato, ellos lo aceptarán.

—Cualquier trato que consiguiera sería el compromiso de un cobarde.

—El Rey de Rojo quiere ganar —dijo ella—. Otórgale una victoria personal sobre ti, y tal vez te sorprenda lo mucho que estará dispuesto a ceder a cambio.

—No le mostraré que la fuerza puede doblegarme. No le mostraré a mi gente que debemos defendernos sólo hasta que alguien saca una espada.

—La paz no es algo de lo que avergonzarse —contestó ella.

—No, no cuando se trata de la paz en general. Cada tipo de paz tiene sus propias características. —Tiró el periódico a una papelera—. Quiero ayudar, Elayne. Quería luchar, pero me marché. Le quité al Rey de Rojo su objetivo. Y,

por ello, mis padres no soportan mirarme a la cara. Puedo sobrellevar su decepción. Pero no me arrodillaré ante el hombre que mató a mis dioses.

—Y ¿permitirás que Chel y los Kemal y todos en esa plaza sufran por tu orgullo?

—Ellos han tomado sus decisiones. Yo he tomado las mías. He sobrevivido. Eso fue lo que me pediste.

—Está bien —dijo ella.

—Tengo que irme. —Temoc levantó su bolsa de provisiones—. Antes de que la carne se eche a perder.

—Cuídate. Y cuídalos a ellos.

—Lo haré. —Le dio la espalda y entró a ver a su familia. Ella dejó tras de sí un destello de alas de insecto.

Ese día no trabajaron. Mantuvieron las ventanas cerradas. Mina hizo a un lado sus apuntes y sus libros. Jugaron a las cartas: pesca, gin rummy, xaltoc y una variante de dou dizhu, que Mina ganó. Temoc le preguntó a Caleb cómo iban las cosas en la escuela, y el chico le contó historias de sus compañeros, algunas de las cuales eran ciertas. A las dos de la tarde, sus ventanas empezaron a traquetear y el agua comenzó a escurrirse por los cristales. Caleb salió corriendo fuera, y Temoc y Mina lo siguieron. Un grupo de couatls volaba hacia el oeste en formación en «V». Sus garras brillaban bajo el sol. Temoc apretó el brazo de Caleb con más fuerza. No se dio cuenta hasta que el chico se retorció y lo soltó.

El humo tiñó el cielo del oeste.

Esperaron. Después de un rato, prepararon la cena.

Durante todo ese tiempo, en la mente de Temoc, la ciudad ardía.

El humo al norte de la plaza Chakal era tan negro como el interior de una boca, y espeso. Los fuertes vientos lo partían como a unas cortinas para revelar los edificios en llamas. El cristal de una ventana alta se rompió y los pedazos cayeron hacia el fuego infernal. El calor rodeaba a Chel. La cortina se cerró otra vez y la noche regresó, arremolinada y absoluta.

—¿A quién se le ocurre incendiar un maldito edificio en medio de una ola de calor?

Tay, que estaba a su lado, sacudió la cabeza.

—¿A la gente del Mayor?

—Lo abriré como si fuera una lata.

Un hombre grande salió corriendo de la oscuridad en dirección a ellos; Chel tiró de Tay para hacerlo a un lado y el corredor pasó rozándolos. Los gritos se alzaron junto con el humo. Chel reconoció una voz.

—¡Acercaos! —El Mayor—. Vamos.

Ella y Tay se asfixiaban con el humo. La multitud disminuyó mientras corrían hacia el norte. La mayor parte de los que continuaban de pie eran las tropas del Mayor, con sus rostros manchados de ceniza.

Él se hallaba de pie entre sus seguidores, con la armadura puesta a pesar del calor. Sus hombres estaban agachados a su lado como velocistas, sombríos y tensos, de cara a las llamas que consumían tiendas y edificios en la parte norte de la plaza.

—¡A la carga!

—¿Qué demonios está haciendo?

—No tengo ni idea.

El Mayor y su gente corrieron hacia las llamas. Chel trató de ir tras ellos, pero sólo podía adivinar el camino que habían recorrido en la humareda negra, que le

irritaba los ojos.

Se aproximaron algunas figuras: al principio, figuras inhumanas, fantasmas tambaleantes alumbrados por una luz roja, muchos armados y con tres espaldas. No. No eran fantasmas. Seres humanos: la gente del Mayor que regresaba. Cargaban con otras personas, con los brazos alrededor de mujeres que cojeaban y hombres inconscientes, jóvenes y viejos, cojeando para salir del fuego.

El Mayor llegó el último, ya que era más lento que el resto. Llevaba a un hombre sobre el hombro izquierdo y a una mujer bajo el brazo derecho. Su armadura brillaba en ciertas partes, y no por hechicería.

Ellos lo ayudaron: Chel cogió a la mujer desmayada y Tay al hombre, y juntos corrieron hasta ponerse a salvo o, al menos, hasta poder respirar.

Encontraron un espacio vacío para dejar a los heridos. El Mayor se arrodilló. Su armadura sonaba y silbaba mientras se enfriaba, así como el hombre dentro de ella, a causa del dolor. Podía hablar, aunque su voz era débil.

—Gracias.

—¿Qué ha pasado?

—Un campamento cerca de la frontera norte. Una de las tiendas ha empezado a incendiarse. —El Mayor presionó su mano enguantada contra el suelo, pero no logró ponerse de pie—. O tal vez ha sido el edificio el que se ha incendiado primero, no lo sé. Ha sido mala suerte de cualquier modo.

—¿Tú no has hecho esto?

—¿Qué clase de persona crees que soy?

Chel no respondió a su pregunta.

—Mi gente está en el incendio, ayudando a aquellos que no pueden escapar. ¿Dónde está la tuya?

—Sacando a gente de las inmediaciones de la frontera —dijo ella—. Desmontando campamentos para evitar que esto siga extendiéndose.

El Mayor jadeó.

—¿Y los otros?

—Hay alcaides tratando de ingresar por el frente este. La gente de los Kemal corrieron al Skittersill para buscar provisiones. Vendas. Medicamentos.

—La guerra de recursos —dijo él, y Chel pudo oír el desdén en su voz.

—Sus medicamentos salvarán vidas.

El Mayor logró darse impulso y ponerse de pie, y se fue tambaleándose rumbo al norte.

—¿Adónde vas?

—Entraré otra vez. —El humo se abrió nuevamente. Las llamas se reflejaban en su armadura casera—. Puedes venir conmigo si quieres.

Y desapareció.

—Demonios. —Chel permanecía de pie. Tay la cogió de la mano. Ella trató de alejarse, pero él no la soltó—. Si hay gente ahí...

—Vayamos juntos.

—Está bien.

Corrieron en dirección norte, hacia un infierno extranjero.

Las siguientes horas se derritieron en un residuo de la memoria: calor, sudor y respiración entrecortada a través de tela mojada, el peso de seres humanos inconscientes... ¡Y, por todos los dioses, desde luego la carne humana era una carga muy pesada! Músculos tensos y el ardor del metal caliente contra la piel. Chel tosió ceniza y escupió humo negro. Aulló indicaciones. Pidió ayuda a gritos. En la humareda se formaban rostros desconocidos, un nuevo panteón de dioses y salvadores forjado durante esas horas tan oscuras.

Alguien contuvo las llamas del norte: alcaides, tal vez, o el departamento de bomberos. Las tiendas que se encontraban cerca de la frontera ardieron hasta marcar las piedras debajo de ellas.

—No podemos hacer esto —comentó Chel—. Por lo menos, no solos.

—Lo hicimos —respondió Tay.

—Esta vez. Las cosas sólo empeorarán: el Mayor diciendo que los Kemal dejaron que muriera gente, los Kemal asegurando que él inició el fuego. Y aún tenemos a los rehenes.

—¿Quién crees que lo ha iniciado?

—No me importa. Necesitamos unirnos, y no podemos hacerlo solos.

La mano de Tay cayó sobre su estómago. Ella se la agarró en silencio. Por encima de ellos, el humo y las nubes de hechiceros cubrieron las estrellas.

Al día siguiente, Temoc salió a dar un paseo.

Le dijo a Mina que iba a la tienda, lo cual era cierto, pero tomó el camino más largo, en dirección a la plaza Chakal.

No entró en la plaza, así que no era realmente una mentira o una omisión. Sólo se acercó lo suficiente como para oír a la multitud.

La ciudad estaba muerta. Había basura cubriendo las alcantarillas. Los autobuses aéreos y el tráfico civil habían abandonado el cielo. Sólo pasaban volando couatls, tan alto que parecían pájaros pequeños. En escaparates a oscuras, monstruos de calcomanías anunciaban los nuevos precios bajos. Pechuga de pollo, trece thaums el kilo. Nuevo plato combinado barato.

La fe y el hambre lo atraían como la fuerza de gravedad. A pesar de que la acera bajo sus pies era plana, mientras caminaba hacia la plaza sentía que lo hacía colina abajo.

Mucho después del punto de donde debería haberse alejado, se topó con la contienda. Los alcaides, siluetas de unos centímetros de alto a esa distancia, vigilaban un muro de sacos de arena al final del camino. Más allá de la barricada, se alzaban gritos. Un brazo-rojo llegó a la cima del muro, y el primer amotinado se tambaleó.

El chico era joven, vestido con tonos marrones y azules, salvo por el brazalete rojo. Resbaló al bajar y cayó de golpe en la calle. Mientras intentaba levantarse, un alcaide lo golpeó y cayó de nuevo al suelo. Un enjambre de brazos-rojos siguió al chico, les llovieron a los alcaides desde atrás. Los brazos-rojos pelearon de forma valiente, pero no bien, y con fuerza meramente humana. Los alcaides parecían frenéticos: policías apaleados, fuera de su elemento.

Pero eran fuertes. Una mujer —supuso Temoc, por su cabello largo— corrió hacia un alcaide, quien le dio un fuerte rodillazo en las costillas. Un tipo

corpulento trató de levantar a un alcaide con un abrazo de oso, pero fue este último quien lo levantó, y lo arrojó al suelo. Algunos brazos-rojos cayeron y no volvieron a ponerse en pie. Su ropa estaba manchada de puntos blancos y rojos: sangre y fracturas múltiples, huesos rotos sobresaliendo de la piel rasgada.

A Temoc le picaban las cicatrices. Los dioses le gruñían pensamientos y oraciones a medias en las cavernas de su mente. Por los caídos. Contra todos los enemigos. Incesante y eterno. En defensa de los débiles. Al servicio de la divinidad.

Podía ayudar. Veinte alcaides podía ser algo complicado, pero podría arreglárselas. Atacarlos desde atrás por sorpresa, golpear al que estaba al mando primero y avanzar por los rangos como un torbellino. Entonar los cánticos de sangre; el dolor de sus enemigos alimentaría a los dioses. Con cada alcaide que cayera, Temoc se volvería más fuerte y, con los brazos-rojos a sus espaldas, podría avanzar hasta la plaza Chakal, hasta su destino. Podría gritar los nombres de los dioses y los cielos se abrirían. El viento demoníaco cesaría y la lluvia bañaría su ciudad marchita.

Pero ¿qué pasaría con Mina entonces? ¿Y con Caleb?

Observó la pelea.

El comandante de los alcaides ordenó la retirada. Los brazos-rojos se rieron cuando éstos corrieron. Estúpidos. Los alcaides cogieron unos cilindros finos y los arrojaron engañosamente. Uno rebotó en los adoquines, y luego otro.

Después llegó el ruido.

Un dios se aclaró la garganta. Una diosa gritó. Caballos metálicos galopaban por una jungla de acero. Un enorme insecto masticaba los intestinos de un hombre gordo. Temoc se cubrió los oídos con las manos. Las máscaras de los alcaides los protegían, pero, al desvanecerse el sonido, los brazos-rojos yacían en la calle, retorciéndose. Les manaba sangre de la nariz y las orejas. Una mujer vomitó. Había largas y finas grietas en la ventana de un Café de la Muerte que estaba al final de la manzana. Desde esa distancia, Temoc no podía oír los gemidos de la gente.

Los dejó allí caídos y se dirigió a la tienda, donde compró vegetales, arroz, alubias y pollo a trece thaums el kilo... «La demanda —dijo el carnicero

encogiéndose de hombros—, qué le vamos a hacer.» Huevos, tortillas. Tequila. Periódico.

Mina estaba esperándolo cuando llegó a casa. Se sentó en el patio con una taza de café y el periódico del día anterior sobre su regazo.

Temoc debería haber comentado algo sobre la barricada, sobre el ruido, sobre el pollo. Pero no lo hizo.

—¿Me estás diciendo —inquirió el Rey de Rojo mientras caminaba de un lado a otro de la sala de guerra bajo el brillo de luces fantasmales y largas pantallas— que en veinticuatro horas y con recursos prácticamente ilimitados no hemos sido capaces de localizar a un pequeño grupo de rehenes?

Elayne se apoyó en el respaldo de su silla y observó. Se las había arreglado para entrar en la sala de guerra hablando y sin enfrentarse con nadie, pero llamar la atención de Kopil era un asunto distinto. El Rey Inmortal no había dejado de reprender a sus alcaides desde su llegada. No entendía cómo esperaba que hicieran algo si los bombardeaba con tantas preguntas.

Se preguntó si sería ético cobrarle por ese tiempo.

La sala olía a chispas, a sudor y a huesos. El capitán Chimalli dibujaba el mapa de la plaza Chakal con los dedos. Durante la última hora, habían trazado las líneas impresas con ceras y lápices de colores. Pronto, necesitarían un mapa nuevo; ya habían usado tres. En el sótano del edificio bajo que hacía las veces de cuartel general de los alcaides había una imprenta que vomitaba gráficas cada hora, con los grabadores y los cartógrafos haciendo horas extras. Litros y litros de ácido se derramaban sobre planchas de plomo. Las imprentas martilleaban la tinta en el papel, convirtiendo los informes de los exploradores en una realidad.

—Dado que durante nuestro primer ataque estuvimos a punto de capturar al Mayor, la multitud de la plaza Chakal se ha vuelto más precavida. Los rehenes se encuentran cautivos en el campamento principal. —Pasó la mano por encima de una docena de tiendas, la fuente y la capilla—. Nadie de nuestro bando sabe exactamente dónde. Las predicciones proporcionan resultados limitados.

—Y ¿qué hay de los prisioneros que capturamos?

—Se niegan a hablar.

—¿No tenéis caballeros especializados en esa clase de cosas?

—¿Me está pidiendo que torture a esas personas?

Kopil agitó las manos con gesto vago cerca de los agujeros donde solían ubicarse sus orejas, como si hubiese mosquitos zumbando a su alrededor.

—Mis hombres podrían negarse.

—Entonces no uses a esos hombres.

—Es posible que la información de que disponen los prisioneros ya esté desactualizada. Y, cada vez que enviamos a nuestros alcaides a investigar y a capturar, corremos el riesgo de que la multitud también capture a uno de los nuestros. Por el momento, nos tienen miedo. Pero ¿qué pasará si eso cambia?

—Pues cambiará y ya está.

—Lo que alentará a las facciones agresivas de la plaza Chakal, incrementando el número de vidas perdidas en ambos frentes. Señor, no sabemos qué planean hacer con los rehenes. No han pedido ningún rescate. Tal vez no quieren que se los perciba como terroristas.

—Esos bastardos tienen a mi ciudad como rehén, y estamos perdiendo tiempo. ¿Entiende el precio de este asedio, capitán? Yo sí. Así como la Cámara de Comercio, cuyos chacales me muerden los talones mientras hablamos. ¿Qué ha pasado con Temoc?

—Se ha quedado con su familia. Está jugando a ser el padre modelo. Lo mantenemos vigilado, pero a una distancia segura, para que no se dé cuenta.

—Sin él, la plaza Chakal está indefensa contra la hechicería, o prácticamente indefensa. Tal vez no estemos pensando a lo grande.

—¿Qué es lo que sugiere?

—Atacar la plaza, dejarlos atónitos. Arrestarlos a todos. Y separar a los rehenes de los culpables.

—No sabríamos dónde meter a tanta gente.

—Encerradlos.

—Pero ¿dónde? Nuestras cárceles están un veinte por ciento por encima de su ocupación.

Kopil apretó el puño.

—Majestad —dijo Elayne antes de que Kopil continuara—, ¿me permite unas palabras con usted? ¿Fuera?

Kopil se volvió y la fulminó con la mirada, y ella soportó su ira sin parpadear. Su amenaza esquelética podía intimidar a teístas y a subordinados, pero ella no encajaba en ninguna de las dos categorías.

—Capitán —dijo él por fin—, cuando regrese, quiero planes, cualquier tipo de plan, no me importa. Quiero recuperar la plaza Chakal y ponerle fin a este movimiento. Todo lo demás es negociable.

Chimalli asintió. Elayne se preguntó si el capitán habría visto a la doctora Venkat desde que ella le había entregado su carta y qué diría a puerta cerrada sobre las órdenes de Kopil.

El Rey de Rojo dejó su café sobre la mesa y salió de la sala. Elayne lo siguió. Las puertas se cerraron detrás de ellos.

Subieron en el ascensor en silencio hasta la azotea, que era amplia y plana y estaba repleta de serpientes emplumadas. Los couatl dormían allí enroscados. Sus costados escamosos se inflaban y se desinflaban cada vez que respiraban. La punta de su cola se retorcía. Sus alas temblaban. Los alcaides caminaban entre los durmientes, acariciaban sus lomos, los calmaban.

—¿Sueñan? —preguntó Elayne.

—Sueños de animales —respondió el Rey de Rojo—. Volar y comer. Cazar.

—¿Eso es todo? —Una cabeza de serpiente asomó desde una de las espirales de tres metros de largo. Su boca podría habérsela tragado entera.

—¿Qué otra cosa podrían soñar?

—Pertenecieron a los dioses, antes de las Guerras.

—Sí.

—¿Los recuerdan?

—No lo creo.

Se acercaron a un muro bajo en el borde de la azotea. El Rey de Rojo se subió y le ofreció una mano, la cual ella aceptó a pesar de que no necesitaba su ayuda.

Detrás de ellos, hacia el norte, se encontraban las pirámides de Sansilva, donde los dioses habían muerto. Allí, en el centro de la ciudad, la mayoría de los edificios eran modernos, con paredes inclinadas y florituras en bajorrelieve para evocar la antigua arquitectura quechal. El movimiento de Liberación había arrasado con esas calles cuarenta años antes. Por aquel entonces, estaban bordeadas de estructuras civiles de yeso y madera, menos resistentes que los templos de arenisca y obsidiana. Los conquistadores construyeron la nueva ciudad sobre los escombros.

Estaban de pie mirando hacia el sur, hacia el Skittersill. Si Elayne estiraba el cuello, podía ver las casas del distrito: pequeñas y, en medio de un laberinto de

calles, con paredes de adobe y madera pintada de colores brillantes.

—Querías preguntarme algo —dijo Kopil.

—Ponle un fin a esto. Elimina las barreras. Deja que todos se vayan a casa.

—Si fuera tan sencillo... —El esqueleto dio un paso en dirección al vacío—. Camina conmigo.

Elayne lo hizo y dio una pisada firme en el espacio. El suelo se encontraba doce pisos más abajo. Activó algunos jeroglíficos de levitación, usando una cantidad mínima de poder.

—¿No confías en mí? —preguntó él.

—Confío —dijo ella—, pero verifico.

Caminaron hacia el sur, avanzando más rápido que sus pasos. Podían ver las calles enrejadas del centro debajo de ellos, así como líneas brillantes e intersecciones luminosas. El Rey de Rojo sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo, le dio un golpecito en la parte inferior, extrajo uno, colocó el filtro entre sus dientes y le ofreció la cajetilla a ella.

—No, gracias. Estoy tratando de dejarlo.

—Buena idea —repuso él—. Esto podría matarte. —Guardó el paquete en su bolsillo y encendió el cigarrillo con un chasquido de dedos—. Si lo sabré yo...

—¿Fue eso lo que lo hizo al final? ¿Cáncer?

Él exhaló una fina línea de humo.

—Ah, debería hacer esto más a menudo. —Ella no preguntó a qué se refería—. Fui a una revisión cuando tenía..., no sé, apenas lo recuerdo. ¿Sesenta tal vez? Esto fue antes de que Belladonna te transfiriera a la oficina de DL.

—Sesenta y tres.

—Unos años antes de eso. Fui por una tos que no me dejaba en paz, y por un ruido sibilante en el pecho. Dolor de articulaciones. Había un tumor en el pulmón. Podrían haberlo extraído, incluso en ese entonces. Habría dolido, mucho, pero podrían haberlo hecho. Sin embargo, pensé: ¿para qué molestarse? Por aquel entonces, ya llevaba unos años trabajando en ejercicios *pre mortem*. No puedo decir que lo esperara; en aquella época, sabíamos mucho menos de estas cosas de lo que sabemos ahora. —Señaló el cigarrillo—. Pero uno llega a cierta edad y toma sus precauciones.

—A cierta edad... —repitió ella.

—Espero no ofenderte. Tú tenías... ¿Qué?, ¿unos veinte durante la Liberación?

—Diecisiete.

—Entonces sabes de qué hablo. La larga y lenta noche se acerca. Parece que has llevado una vida más sana que yo. Yo era un desastre después de las Guerras. Jornadas laborales de veintidós horas. Reconstruimos esta ciudad con nuestras propias manos, embargamos nuestras almas cientos, miles de veces para sacar Dresediel Lex de las sombras. Mi vida era el trabajo. No tenía tiempo para el amor, el gimnasio, largos paseos por la playa o cualquier otra de esas cosas que la gente que no sabe lo que significa entregarse por completo a una causa dice que deberíamos hacer con nuestro tiempo. Tal vez no se equivocan. Para cuando cumplí sesenta, tenía mucho sobrepeso y un genio de mil demonios. No había dormido ocho horas ininterrumpidas desde hacía una década. Así que, cuando el doctor me dijo lo que estaba creciendo en mi pulmón, desperdicié una semana sintiendo lástima por mí mismo, pero luego dije: «Al diablo, terminemos con esto». No estaba usando el cuerpo para nada importante. Tomé unas vacaciones de unos cuantos meses, empecé con la preparación *pre mortem*, luché con un dragón por el secreto de la vida eterna, oculté mi muerte en una aguja en un huevo en una gallina en un baúl en una isla en un océano en una caja de seguridad en el Primer Banco Lexicano y luego fui a hacerme un último pulido y brillantado. Y ahora fumo un cigarrillo ocasionalmente con impunidad. Recomiendo un traspaso temprano a cualquiera que pregunte. Disminuye el trauma.

—La carne me ha tratado bien hasta ahora. La conservaré mientras siga dependiendo de mí conservarla.

—Siempre tan romántica. Ésa es la cruz de tu generación, según yo, de los jóvenes. Aunque, lo admito, tu cuerpo no parece haberte traicionado de forma tan feroz como el mío.

—Gracias —dijo ella—. Creo. —Y después de unos cuantos minutos de caminar en silencio—: Te das cuenta de que nos estás llevando a la plaza Chakal, ¿no es así?

—¿En serio? Creí que eras tú quien lo hacía.

—Yo te estoy siguiendo.

—Entonces ¿quién conduce esta cosa?

Elayne cerró los ojos, invocó las guardas y despertó sus jeroglíficos antes de oír su carcajada.

—Eres un individuo exasperante.

—Te he pillado por un segundo.

—¿Te das cuenta de que he estado a punto de romper tu hechizo y hacernos caer hacia nuestra perdición?

—¿«Hacernos»? Tú eres la que sigue estando hecha de carne. Además, habríamos pensado en algo antes de tocar el suelo. En fin, me estabas diciendo que me rindiera.

—No quería decir que deberías rendirte, sólo que deberías ponerle un fin a esto. Quita las barreras. Ofrece una amnistía. Discúlpate. Al menos, castiga a Zoh por lo que hizo.

—En resumen, quieres decir que muestre debilidad.

—No es debilidad, ellos saben que no pueden derrotarte. ¿Por qué no elegir el camino de la misericordia?

—Porque... —Kopil se interrumpió.

La plaza Chakal se encontraba a más de treinta metros por debajo de ellos y a menos de medio kilómetro de distancia al frente. Salía humo de las constelaciones de hogueras y el espacio entre las mismas estaba atestado de gente. De haber estado más abajo, Elayne podría haber oído sus canciones y sus oraciones, sus lamentos y sus discursos alcoholizados. A esa altura, sus voces se desvanecían en el silencio y el viento. Las personas no eran más que corrientes en la oscuridad.

—Porque... —repitió ella.

—Porque vivimos de los beneficios que nos proporciona el miedo —dijo finalmente—. Ésta es una ciudad de millones de habitantes, tanto quechales como extranjeros, ricos y pobres, fuertes y débiles. Somos todas las razas y ninguna a la vez. Somos humanos y no lo somos. Somos una tela hecha de

retazos y, como cualquier tela hecha de retazos, nuestras costuras son nuestros puntos más débiles.

—En Alt Coulumb podrían decir lo mismo. O en Alt Selene.

—El dios de Alt Coulumb mantiene a su gente unida; Alt Selene tiene sus cultos a la muerte y espíritus en guerra, ambas son soluciones de algún tipo. Pensamos que los enemigos de nuestro nuevo orden estarían demasiado asustados como para pelear, y así fue durante décadas. El recuerdo de la Liberación bastaba. Derrotamos a los dioses, ése era el punto, y, si no os unís a nosotros, os derrotaremos a vosotros también. Pero esas *personas* —Elayne captó cierto desdén en la palabra, y también un toque de asombro— no recuerdan la Liberación. Creen que los alcaides son mi fuerza, y no símbolos de dicha fuerza, y cuanto más dure este asedio, más disminuirá su temor. Si un grupo de estibadores y fanáticos pueden hacerme frente en la plaza Chakal, ¿por qué no los inmigrantes de Stonewood? ¿Por qué no los colonos de Fisherman's Vale? ¿Por qué no los granjeros de Midland, que ya de por sí nos guardan rencor por habernos apropiado de su agua? ¿Por qué no habrían de unirse las familias de criminales también? Si Tan Batac y su gente vieran alguna oportunidad de rebelarse, lo harían.

—Te preocupas demasiado.

—Una victoria suave en este caso no ayudará a mi ciudad a conservar su seguridad y su integridad. Un asedio lento y exitoso no funcionará. Debo recordarle a esa gente cuáles son los poderes que mantienen intacto Dresediell Lex. La Revolución del Skittersill se convertirá en una lección para esta ciudad, y para el mundo.

Nuevas profundidades se abrieron en su voz: se hizo más grave, resonando por el cuerpo de Elayne, zumbando en sus globos oculares. Unas llamas azules danzaban en los labios de Kopil y unas chispas saltaban entre sus dientes. Volvió a crecer, así como su distorsionada y torcida realidad. Cuando ella parpadeó, lo vio como una nova de sangre. Cualquiera entre la multitud que tuviera algo de hechicería podía alzar la mirada y ver eso, verlo a él, un sol en medio del cielo nocturno que anunciaba el Juicio Final.

—Entonces —dijo él— ¿por qué no debería abrir el suelo debajo de ellos

ahora? ¿Por qué no hacer que llueva fuego desde el cielo? ¿Por qué no descender en medio de ellos, rodeado de sombras con una espada ardiente, y caminar de tienda en tienda entonando canciones de matanza? Podría convertir la roca en la que se encuentran en ceniza, secar la fuente de la que beben. Podría llenar las calles de gas venenoso y hacer trizas sus sueños. El miedo podría volver a unir las costuras de Dresediel Lex.

—Y tú tendrías la sangre de miles de personas en las manos.

—La sangre ya está ahí. Sólo añadiría una capa fresca a lo que queda de las Guerras.

—Y ¿crees que nuestros colegas aprobarán una masacre?

—¿Acaso la guerra no es una masacre? Y todos me llamaron *héroe* por eso.

—Existen otras maneras de gobernar.

—Dime una que funcione.

—Tienes miedo. Le dispararon a Tan Batac en medio de esa multitud y eso te asustó. No tiene nada de malo.

—Yo no me asusto —replicó Kopil.

Debajo de ellos, los bailarines empezaron a girar más rápido.

—Si necesitas una victoria —dijo Elayne—, toma una. Pero no uses hechicería. No cruces esa línea.

—¿Qué propones?

—Deja que los alcaides hagan su trabajo.

—Tal como lo dices, parece muy sencillo.

—Lo es. Tienen a los rehenes en la tienda de reuniones, de lo contrario, tus oráculos ya los habrían encontrado. Sabes quiénes son los cabecillas; éstos son tus objetivos prioritarios. Empieza a ejercer presión mañana, ataca con alcaides por todos lados. Concentra la atención de los defensores en el perímetro, luego atácalos desde arriba. Arresta a los líderes. Rescata a los rehenes. Lleva el asunto a los tribunales. Procesa a Zoh al mismo tiempo. El motín se disuelve. La gente se escabulle. Tú obtienes tu victoria. Ellos recuperan sus vidas.

—Es arriesgado, Elayne. Cada vez que fallamos, su poder crece.

Ella se encogió de hombros.

—Entonces, no falles.

—Si no funciona...

—Funcionará.

—Si no funciona, tendré que actuar para mantener el orden. ¿Entiendes? Me veré forzado a hacerlo. Caerá fuego. No tendré opción.

—Siempre tenemos una opción.

—Yo ya elegí la mía —dijo él—. Hace de ello ya mucho tiempo.

Debajo de ellos, una bailarina tropezó y giró sin control en dirección a una hoguera. Alguien la atrapó antes de que se quemara.

Temoc encontró a Mina en la cocina, maldiciendo frente a una sartén con huevos. El olor de salchichas fritas seguía en el aire.

—No me has despertado —dijo él.

—Tardaste bastante en dormirte anoche. He pensado que necesitarías descansar. Yo puedo arreglármelas para preparar unos huevos. —Un olor a cobre quemado desplazó el olor de las salchichas. Mina maldijo y retiró la sartén del fuego.

Temoc salió de la cocina sin decir nada y caminó hacia el patio. Se alzaban columnas y nubes de humo sobre Dresediel Lex, desde el noroeste, y los couatls volaban en círculos por encima de la ciudad, escudriñando hacia abajo con la mirada y con hambre de aves de rapiña. Se oía un estruendo procedente de la calle: carretas negras arrastradas por caballos con anteojeras que pasaban junto a su reja. Había alcaldes sentados en bancos dentro de las carretas, con los arneses de sus armas abrochados sobre sus monos y las porras en la mano. Fila tras fila, avanzaban hacia la plaza Chakal.

Los dioses llamaron a Temoc, y él sabía sus nombres. Ili de White Sails. Ixaquartil, cantando desde sus múltiples bocas, desde el pie del trono del sol muerto. Qet, el Señor de los Mares, cantaba su canción de surf, e Isil cantaba el viento.

Caleb estaba sentado a la mesa del jardín, barajando sus cartas.

—¿A qué juegas?

—Al solitario. He perdido.

Temoc alzó la mirada para contemplar el humo.

—¿Cuánto hace que empezó esto?

—Al amanecer.

—Claro. Querían sorprender a la gente. —Se sentó junto a Caleb mientras su

hijo repartía las cartas—. Recuerda esto: cuando duermes, estás en peligro.

—¿Crees que los alcaides arrestarán a tus amigos?

—Si tienen suerte. Me refiero a mis amigos.

—¿Suerte?

—No es fácil arrestar a alguien sin herirlo. Algunos de mis amigos morirán hoy.

Colocó la palma de la mano encima de la espalda de su hijo: tan pequeño, tan frágil... El chico ni siquiera se había roto un hueso aún. Caminaba, corría y se caía, pero todo con cuidado. Siempre pensaba en sus acciones. Algún día sabría lo que se sentía al romperse. Lo que se sentía al fallar.

Tal vez ya debería haberlo aprendido. Tal vez eso era algo que Temoc el pacificador, el Temoc que se había alejado de la plaza Chakal y dejado la guerra en manos de los aspirantes a guerreros, no había logrado enseñarle a su hijo. A esas alturas, el chico ya debería ser consciente de que no todas las heridas podían curarse mezclando las cartas, que algunos juegos nunca se ganaban o se perdían, sino que recorrían la baraja una y otra vez en busca de una salida que nunca llegaba.

Pero ¿acaso era eso lo que el padre de Temoc le había enseñado? ¿O su padre antes que él? ¿A temerle al futuro? No. Eso lo había aprendido él solo, como lo hacía todo hombre. Seguía aprendiéndolo. Cada año. Cada día.

Ese aprendizaje se había reafirmado con el humo que provenía de la plaza Chakal.

—Estoy aquí para ti —dijo él, y trató de aparentar que realmente lo creía—. Pase lo que pase.

Caleb sonrió y le dio la vuelta a una carta.

Elayne llegó tarde al ataque. Para cuando se presentó en la sala de guerra, el Rey de Rojo, el capitán Chimalli y sus edecanes ya se habían retirado al pozo de visión. Había dos alcaides montando guardia en las puertas dobles que llevaban a la habitación del pozo. Ambos se hicieron a un lado para dejarla pasar. Uno la saludó, el otro no.

Ella abrió las puertas y las cerró tras de sí sin un chasquido de dedos siquiera

que delatara su uso de hechicería.

—Tropa siete a Jackal y Temal —dijo el Rey de Rojo—. Parece que están a punto de intentar una huida.

—Tropa siete, encuentro con la barricada en la intersección de Jackal y Temal —ordenó Chimalli.

—Tropa siete —murmuró el soñador atado a la cama—. Barricada Jackal y Temal.

Por debajo del sonido de sus voces se oía el grito distante de la revuelta.

La habitación estaba abarrotada. El pozo se encontraba en el centro, un modelo más viejo construido a base de bloques de piedra ásperos robados de alguna aldea, con símbolos e invocaciones tallados con ácido. Chimalli y el Rey de Rojo se encontraban junto al pozo, y sus rostros estaban iluminados por las imágenes proyectadas en el agua. A su alrededor había cuatro camas de losas de piedra, una por cada punto cardinal. Una de las camas estaba vacía, y otra hacía las veces de escritorio, cubierta de mapas y rodeada de alcaldes y agregados que revisaban sus opciones y sus estrategias con lápiz y regla. Las otras camas estaban ocupadas por soñadores, que estaban atados, con los ojos vendados. Había dos líneas, una para comunicaciones, sujeta a un soñador en la tienda de mando *in situ* de los alcaldes. El otro soñador dirigía el pozo. Sus gemidos se filtraban a través de la mordaza. Los otros lo ignoraban.

—Lamento llegar tarde —dijo Elayne—. La jueza quería revisar nuestro contrato.

Kopil alzó la mirada.

—¿Y no me lo has dicho?

—Una solicitud *pro forma*. Fácil de manejar.

—¿Y...?

—Ningún problema. Es por eso por lo que contratas profesionales. —Elayne creyó haber ocultado su decepción.

Se acercó al pozo de visión. Bajo su superficie lisa yacía la plaza Chakal y sus alrededores, retorciéndose con los movimientos de una colmena en guerra. Desde esa altura, la multitud se veía como un organismo enorme y amorfo, una bestia con mil espaldas. Los alcaldes, en contraste, conformaban filas estrictas y

regladas. El Rey de Rojo gesticulaba por encima del mapa viviente, y se formaban flechas rojas que indicaban la dirección del ataque. Sacudió la cabeza y las flechas desaparecieron. El grito del soñador cambió de tono.

—¿Te están acorralando? —Interesante. Una parte de ella incluso lo encontraba emocionante.

—Para nada. Pero la batalla está más equilibrada de lo que esperaba.

Giró el mapa en su eje central.

—Estas instalaciones son impresionantes —comentó ella.

—La mayoría se conformaría con una gema de visión. Usamos a los soñadores para posprocesamiento y proyección. Es duro para ellos, pero ¿qué le vamos a hacer?

—Sabes que ahora hacen pozos de visión en el Imperio Brillante que no utilizan piedras robadas, ¿no?

—Las sintéticas no tienen la misma textura. Además, el control es menos fino. Tal vez dentro de una década más o menos logren mejorarlas, pero, por ahora, lo mejor es hacerlo a la antigua. Sobre todo para esta clase de cosas. Esta configuración nos da una resolución individual de cada soldado, aproximadamente a un cuarto de segundo de diferencia de tiempo. Mira.

Su punto de vista descendió deprisa, como un halcón, hacia el flanco este de la batalla, donde los alcaides atacaban una fila de brazos-rojos. Grandes movimientos hechos añicos en seres humanos. Varios hombres con ballestas les dispararon a los alcaides que los atacaban desde las ventanas de segundos pisos. Los brazos-rojos respondieron a la ofensiva con picas, piedras y lanzas. Al acercarse aún más, la imagen se desplazaba para enfocarse en un chico aislado. Su camisa azul claro estaba manchada de sudor. Tenía un moretón en el ojo y sostenía una porra que había confiscado. Había presenciado combates y sobrevivido, pero no sabía por qué vivía, y cada batalla nueva era una oportunidad para dejar de estar con vida.

Elayne recordaba ese sentimiento.

Figuras fantasmales rodeaban al muchacho: la predicción del pozo sobre cuáles serían sus acciones durante el siguiente medio segundo, superpuestas en la actualidad. Retroceder medio paso, avanzar. Cambiar la porra de mano.

Agacharse. Cerrar los ojos, abrirlos. Gritar resistiéndose. Mantener la boca bien cerrada.

Los alcaides atacaron. Desde ese punto de vista, parecían monstruos: uniformes, escudos y armas negras, mientras que sus rostros eran de un tono plateado pálido, criaturas salidas de las profundidades de algún infierno. El muchacho y sus camaradas corrieron a su encuentro. Cientos de gritos de batalla se unieron en un solo grito sin palabras.

El chico blandió su porra, pero un alcaide lo golpeó en el rostro con el borde de su escudo. Él cayó, agitando su porra, y se puso luego en pie con dificultad. Una porra le dio en las costillas y el chico se dobló, retrocediendo y golpeando a la vez, enseñando los dientes. No vio al alcaide que le pegó desde atrás.

—¡Otro más que cae! —El tono de voz de Kopil se asemejaba al de un comentarista deportivo—. ¿Ves a qué me refiero? No puedes obtener la misma resolución con los nuevos modelos, aunque es verdad que son más baratos y no enfurecen a los aldeanos. —Agitó la mano en círculo, en sentido contrario a las agujas del reloj, y su vista retrocedió a una distancia segura: sin sangre, sólo ejércitos estrangulándose en las calles.

—¿Cómo va la guerra? —preguntó ella, para cambiar de tema.

Chimalli respondió:

—Estamos presionándolos por todos los frentes. Tienen límites, y nosotros los encontraremos. El campamento oeste ha caído poco después del amanecer, así que hemos retrocedido y nos hemos redistribuido. Unos cuantos grupos de combate han tenido la oportunidad de entrar en la plaza principal, pero no queremos luchar ahí todavía. Hemos tenido suerte con las bajas hasta ahora. Cuando nos llevamos a su gente, la metemos en carretas y la enviamos a la central para procesarla. Es algo lento, pero no pretendemos establecer un récord de velocidad en tierra.

—Háblale del otro asunto —dijo Kopil, sin dejar de observar el pozo.

—¿El otro asunto?

—Nos han sorprendido un poco después del amanecer —explicó Chimalli—. Han lanzado un contraataque en el flanco este.

Elayne parpadeó.

—¿Contraataque?

—Alrededor de las nueve treinta, realmente han hecho daño en nuestras bases del este. Hemos ocupado el edificio que rodea la plaza desde que hemos descubierto que los rebeldes podían salir por él para atravesar el muro demoníaco... —Le lanzó una mirada mordaz al Rey de Rojo—. Ha sido ahí donde nos han atacado.

—Escucha —dijo Kopil—, conozco a los dueños de esos edificios. Si un amigo tuyo cortara tu casa por la mitad para lidiar con un problema de plagas, te molestarías con él, ¿no?

—¿Ahora los llamamos *plagas*? —preguntó Elayne.

—Una mala elección de palabras. Ya sabes lo que quiero decir.

—Con todo el respeto, un mínimo daño a la propiedad a corto plazo podría evitarnos más problemas después. Han estado quemando edificios.

—Arderán, y construiremos más. En fin, no le has contado lo del asunto.

—Sí —afirmó Elayne—. Por favor, cuéntame lo de ese asunto.

Chimalli volvió la cabeza para mirarla a ella y luego a su amo. La abogada pudo distinguir las capas de su frustración: con los rebeldes, con la revuelta, con Kopil.

—Un pequeño cuerpo de brazos-rojos, más disciplinado que los demás, nos ha atacado al amanecer. Ha sido una lucha intensa, de una habitación a otra. Hemos retrocedido para proteger los pisos superiores y a nuestros hombres. Ha sido entonces cuando han huido.

—¿De vuelta a la plaza Chakal?

—Fuera —dijo Chimalli—. Al sur y al este, rumbo al Skittersill. Al principio hemos pensado que podrían dar media vuelta, atacar nuestras bases desde atrás, pero han seguido corriendo y los hemos perdido de vista en los callejones. —Habla con sinceridad, sin tratar de ocultar su fracaso—. Es difícil rastrear locales en el Skittersill. Una búsqueda con couatls podría ayudar, pero hay callejones y mercados cubiertos en esa área; además, estamos reservando nuestra fuerza aérea para la plaza.

—Una huida.

—No es la opinión que tienen mis comandantes en tierra. De acuerdo con lo

que dicen, eran buenos peleando.

—La gente puede pelear bien para huir de una pelea.

—Con todo el respeto, señora, yo sé eso. Pero no los impulsaba el pánico. Ha sido un movimiento planeado, y uno no saca a gente capaz de pelear así de sus filas a menos que crea que pueden cambiar el rumbo de la situación. Esto parece ser una misión para conseguir provisiones, o armamento. Hemos clausurado todos los depósitos de armas del Skittersill, y estamos vigilando, tan bien como podemos con menos patrullas, a los grupos criminales locales y al campamento de refugiados de Stonewood, por si están buscando aliados. Si encuentran refuerzos, esto podría ponerse feo. Más feo todavía —añadió.

—Afortunadamente —dijo Kopil, e hizo un gesto en dirección a Chimalli para que continuara.

El hombre frunció el ceño.

—Por suerte, tenemos maneras de rastrearlos.

—¡Soltad a los perros!

Elayne ignoró al Rey de Rojo.

—Creí que os hacía falta personal. ¿Tenéis suficientes personas como para llevar a cabo una búsqueda de rastreo canino por el Skittersill?

—Bueno —dijo Chimalli—, no canino, precisamente.

—¿Precisamente?

—Quiero decir, ya no lo son.

—Cobertura de totenhunds —anunció el soñador—. Persiguiendo a diez posibles sospechosos.

—Oh —exclamó Elayne.

—Lo sé —respondió el Rey de Rojo—. Genial, ¿no es cierto?

Temoc estaba haciendo dominadas en el patio cuando oyó los aullidos. Dos voces se perseguían mutuamente a través de altos y aterradores arcos, tal como lo haría un humano que tratara de escapar.

—Caleb —dijo—. Entra en la casa.

El chico estaba sentado frente a la mesa, con sus cartas en la mano.

—¿Qué es eso?

—No lo sé. Entra hasta que pase. Por favor —recordó añadir.

Caleb juntó sus cartas y se marchó. La puerta mosquitera se cerró detrás de él.

Temoc terminó la última repetición de su ejercicio, concentrándose en el tirón en sus dorsales y no en los gritos de pesadilla. Dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, era un dolor placentero. Los aullidos se acercaron. Los lobos del desierto hacían ruidos muy similares cuando salía la luna, pero ellos aullaban por hambre, por manada y por soledad. Uno podía oír las imágenes en sus canciones, si prestaba atención. En estos gritos, lo único que Temoc oía era una cacería al descubierto.

Se secó la cara con una toalla y fue a ver qué pasaba.

La calle estaba desierta en ambas direcciones. Había una bicicleta apoyada en una palmera en la acera de enfrente. El pavimento de adoquines, que había sido barrido dos días antes, seguía limpio. ¿Cuánto le estaría costando ese cierre de emergencia al Rey de Rojo? Aunque tal vez ése hubiera sido el motivo del ataque de esa mañana. El precio sobrepasaba lo que el esqueleto podía pagar, así que la plaza Chakal sufría.

Los aullidos se alzaron otra vez, y por debajo de ellos Temoc oyó pisadas. Pisadas humanas, que corrían.

Se dio la vuelta justo a tiempo para ver a Chel doblar la esquina de su calle.

Nadie puede parecer sereno mientras corre por su vida, y Chel no era la

excepción. Sus brazos bombeaban como pistones. Más que correr, iba tropezando hacia delante todo el tiempo. Se escoraba visiblemente hacia un lado. Su camisa estaba rasgada, y manchada de gris y rojo, por la ceniza y la sangre. Una de las mangas terminaba en su codo. Sus dientes brillaban a la luz del sol.

Trastabilló, se puso de pie con rapidez y siguió corriendo, cojeando aún más. Por todos los dioses.

Temoc corrió hacia ella. Ella lo vio, negó con la cabeza y gritó:

—¡No! —con lo que le quedaba de aliento.

Luego, llegaron los no-lobos.

No tenía otras palabras para describirlos. Su carne se fusionaba a la perfección con el metal de su espalda. Sus ojos, como diamantes ennegrecidos, ardían por encima de sus grandes bocas, donde sus dientes metálicos escurrían veneno. Sus largas garras tallaban surcos en el pavimento. De sus cuellos sobresalían pernos de metal, mientras que en sus costados había cicatrices y puntadas entrecruzadas. El no-lobo líder de la manada galopó por el callejón, recuperó el equilibrio y saltó hacia Chel, una masa de acero, carne y dientes.

Temoc llegó antes que él.

Sus cicatrices se abrieron. Tenía poco poder del que había recolectado en la plaza, sólo lo que quedaba en su interior, sólo el que los dioses durmientes podían proporcionarle. «Ixaqualtil —oró mientras corría—. Águila Séptima, guía mi mano.»

Se llenó de fuerza, de ira justificada y de la mismísima sed de sangre de los infiernos.

Empujó a Chel para quitarla del camino. El no-lobo no podía cambiar de rumbo a medio salto. Temoc entrecruzó los dedos y clavó sus puños en la espina dorsal de la criatura, que cayó y rodó por el suelo, golpeándose y despidiendo chispas por el roce de su cuerpo contra los adoquines.

La segunda bestia se le echó encima. Él se volvió, empujó su brazo envuelto en sombras y golpeó fuertemente a la criatura en la cara. Las garras del no-lobo se reflejaban en sus cicatrices. Giró la cadera y empujó para arrojarlo. Una de las garras arañó su pecho, dejando una línea caliente marcada. Sentiría el dolor después, si es que sobrevivía.

—Detrás de ti —gritó Chel justo antes de que el primer no-lobo aterrizara sobre la espalda de Temoc.

Las garras frontales apretaron sus hombros, mientras que las traseras arañaron sus riñones. Los dientes intentaron morder su cuello y rebotaron en las cicatrices que tenía ahí. Viejo con suerte.

No. La suerte no existía. Existía la fuerza. Y, cuando te quedabas sin fuerza, quedaban los dioses.

La segunda bestia se retorció y volvió a levantarse. El golpe que le había dado Temoc con el dorso de la mano le había doblado hacia un lado el cuello, el cual giraba sobre articulaciones antinaturales mientras intentaba volverse para mirarlo; la bestia rugió, y su rugido era más profundo que el de cualquier lobo que hubiese oído antes.

Éstos eran no-lobos en muchos sentidos: el principal era que los lobos reales estaban vivos, y éstos habían muerto hacía mucho.

Muy bien. No podía matar algo que ya estaba muerto, pero podía romperlo.

Estiró el brazo hacia atrás, evitando las garras y los dientes. El grosor del cuello del no-lobo era prácticamente igual que el muslo de un hombre. Había cilindros metálicos sobre la columna vertebral de la bestia que sobresalían de su piel. Los cilindros vibraban con la energía que había en su interior, pero estaban demasiado protegidos, cubiertos de plata, para que Temoc pudiera arrancarlos. No obstante, no tenía importancia, ya que él era lo bastante fuerte.

Apretó. El segundo no-lobo saltó.

«Sangre y victoria», oró Temoc, y luego se movió.

Con un rápido movimiento, se arrancó a la criatura de la espalda y se dio la vuelta, sacudiéndola hacia abajo y dándole vueltas como un palo de golf. Golpeó al otro no-lobo en pleno salto, metal contra carne, carne contra metal, sus garras en su vientre. Temoc soltó el cuello de la criatura y ambos cayeron enredados al suelo. Antes de que cualquiera de los dos pudiera recuperarse, Temoc se arrodilló, alzó la mano y la bajó, dos, tres veces. El icor se escurría de sus nudillos. Los no-lobos yacieron quietos en el suelo.

Levantó a uno y se lo echó sobre el hombro. Un simple entrenamiento, como cuando cargaba sacos de arena.

Chel lo observaba. El miedo reflejado en su mirada lo ponía nervioso.

—Temoc —dijo ella.

No quería oír lo que tenía que decirle, aún no.

—Los llevaré un par de manzanas más allá. Tenemos que alejar sus cuerpos todo lo posible. Y quemarlos.

Ella asintió. ¿Acaso ya lo había mirado así antes y él nunca se había dado cuenta?

«Pídele que se vaya —le advirtió el Temoc que vivía en una pequeña casa en el Skittersill y que cuidaba de su rebaño y que no alzaba ni una mano en contra de los reyes de esa tierra—. No quieres oír el mensaje que viene a entregar. Ella es la guerra, regresa a casa.»

—Entra —le dijo—. Enseguida vuelvo.

Se alejó con los no-lobos a cuestas y sintió cómo ella lo contemplaba al alejarse.

Cuando Temoc regresó, Chel estaba apoyada en la pared, con la mano sobre la herida de su costado, respirando y apretando los dientes a la vez.

—¿Me oyes? —Él se inclinó a su lado. Sus párpados se agitaban. Sus pupilas estaban encogidas y dilatadas, y se encogieron aún más antes de poder enfocarse en su rostro—. Te llevaré en brazos.

—Puedo caminar.

—De acuerdo.

Él colocó el brazo bajo el suyo y la empujó ligeramente para que se enderezara. Ella bufó. Su mano se quedó pegada a la sangre que empapaba su camisa. Las heridas de Temoc ya se estaban cerrando, además de que eran más superficiales que las de ella. Ella no tenía cicatrices que la protegiesen. Chel no gritó. La mayoría lo habría hecho.

Cojeando y apoyándose en él, Chel cruzó la verja del patio. Las cuatro paredes, las enredaderas, los cactus y las ventanas blancas se burlaban de ellos con sus insinuaciones de seguridad.

Caleb se hallaba de pie en el umbral, detrás de la puerta mosquitera, que estaba abierta. Obedeciendo, como de costumbre, las indicaciones de su padre al

pie de la letra. Se quedó mirando a Chel y a Temoc.

—¿Papá?

Mina apareció corriendo por la puerta, rápida como el viento.

—Por todos los dioses, ¿qué ha pasado?

—Está herida.

—Ya lo veo.

—Estoy bien.

Mina cogió el otro brazo de Chel.

—Hay que llevarla a la silla. —Chel gimió cuando la bajaron—. ¿Dónde te duele?

—En todas partes.

—Caleb, ¿recuerdas dónde guardamos el botiquín?

—Bajo el lavabo.

—Entonces ¿por qué sigues aquí todavía?

Ya no estaba ahí. Mina devolvió la atención a Chel.

—Estás sudando sangre y sangrando sudor. ¿Has corrido hasta aquí?

—He tratado de caminar, de mezclarme con la gente. Pero los perros...

—¿Han enviado perros a perseguirte?

—Dos —dijo Temoc—. Y tampoco eran precisamente perros. Bestias muertas y revividas en forma de perro. Los he detenido.

—Genial, porque seguro que sólo han enviado a dos.

—No he podido contar los aullidos —dijo Chel—. Quizá una docena, tal vez más. Contra quince de nosotros.

—¿Todos ellos venían hacia aquí?

—No —repuso ella—. Les he dado a otros dos la dirección. Yo he tomado el camino largo. Si aún no han llegado es que no lo han conseguido.

«Diez sabuesos», pensó Temoc. Dentro de él, Ixaqualtil se retorció de alegría y enseñó los dientes: «Podemos matar diez, incluso veinte, con facilidad y placer». Temoc dudó que eso fuese cierto, pero el dios no estaba lo suficientemente despierto como para razonar. Distante, soñador, embriagado por la sangre derramada.

—Quédate quieta —indicó Temoc—. No hables.

Invocó el poder del dios. Su alegría. «Complétala —oró—. Cúrala, para que pueda pelear.»

—Si los alcaides la están persiguiendo, tenemos que marcharnos de aquí.

—No. No. —Chel negó con la cabeza.

Temoc colocó una mano en sus costillas y ella se mordió el labio. Sus ojos se ensancharon con dolor o con visiones, o con ambos.

—No te muerdas el labio, querida. Vamos. No estoy enfadada contigo, Chel. —Mina le sostuvo la mandíbula entre los dedos y apretó para que abriera la boca. Con el pulgar, sacó el labio de Chel de entre sus dientes—. Está bien. — Caleb salió corriendo de la casa cargando con el botiquín—. Sólo quiero saber lo que está pasando, eso es todo.

—A ver —dijo Temoc—, tengo suficiente poder para ayudar. Esto va a doler.

—Aquí tienes, muerde esta gasa. Odio cuando hace eso.

—¿Mamá? ¿Qué está pasando?

—Tápate las orejas, Caleb. Y no mires.

Temoc colocó la mano sobre las costillas rotas de Chel. A pesar de que fue un toque ligero, sintió cómo se movían sus huesos. Ella gruñó a través de la gasa.

—Águila Séptima, ácala.

—¿Estás usando al Águila Séptima?

Los ojos de Chel se abrieron de golpe, y él pudo ver el miedo reflejado en ellos.

—Se ha alimentado recientemente. Y las heridas de batalla son su especialidad.

—Caleb, tápate muy bien las orejas.

—Águila Séptima, ácala. Águila Séptima, cúrala. Águila Séptima, hazla fuerte para la batalla a la que nos enfrentamos ahora, para la batalla que no termina, para el final que llega cuando nadie está preparado.

Temoc repitió la oración en bajo y alto quechal. El dios oyó sus pensamientos, pero el ritual seguía siendo importante, incluso un ritual tan básico como una oración. Le ofreció sangre, la suya y la de él mezcladas en sus manos. El calor se acumuló en sus huesos, y él dejó que fluyera en el cuerpo de ella. Sus huesos se sacudieron, danzaron y volvieron a unirse. Las fibras

musculares desgarradas se entretejieron otra vez. Su corazón latió con más fuerza. Su sangre fluyó, y Mina la secó con una toalla.

Chel gritó, apretando la mandíbula: un sonido arrancado desde lo más profundo de su vientre. Sus dientes rechinaron bajo el pedazo de gasa.

Cuando ya había pasado lo peor, el dios la soltó y ella se desplomó. Mina también se tambaleó. La toalla que sostenía antes era blanca.

Temoc retiró la mano. El dios se durmió, hambriento otra vez. Hambriento como siempre.

Las heridas más graves de Chel se habían cerrado, y el daño interno estaba curado. Pero a Águila Séptima le importaba poco la pérdida de sangre, y Chel seguía sangrando.

—Caleb —dijo Mina—, tráeme una aguja, hilo y un mechero. Temoc, ¿puedes levantarte?

Su cabeza no le pertenecía en ese momento y no podía moverla. Asintió, pero sólo por intervención divina.

—Trae un poco de agua. Estaré aquí durante un buen rato.

Una hora después, Chel estaba sentada frente a la mesa del comedor, con una de las viejas camisas de lino de Mina puesta. Sus vendajes se veían oscuros bajo la tela. Metió un dedo en su vaso de agua y observó cómo se formaba la gota en la punta y después salpicaba en la mesa.

—Agua en el desierto.

—Un regalo glorioso —dijo Temoc.

Ella levantó la taza con las dos manos, como un caballero camlaander levantaría su grial, y bebió con los ojos cerrados. Cuando dejó la taza sobre la mesa, estaba vacía. Temoc la llenó otra vez.

—Gracias —dijo después de la tercera taza.

—Hacemos lo que nos llaman a hacer —contestó Temoc.

—De nada —añadió Mina.

—Os he puesto a todos en peligro.

—Bueno —repuso Mina, moviéndose en su silla—, no podíamos dejarte en la calle.

—Podríaís haberlo hecho.

Ella negó con la cabeza, aunque dejó que fuese Temoc el que dijera:

—No. —Cuando Chel no respondió, él continuó—: ¿Por qué estás aquí? ¿Acaso la plaza Chakal ha caído?

—No —respondió ella, agachando la cabeza.

Él no estaba seguro de qué pensar.

—Entonces has huido —señaló Mina—. Estupendo. Podemos ocultarte.

Él le sirvió más agua. Ella bebió. Caleb lo observaba todo desde un rincón de la habitación. Temoc consideró enviarlo a su cuarto, pero decidió no hacerlo. El chico merecía saber qué era lo que daba forma a esa ciudad.

—Limpiaremos el desastre de la calle —dijo Mina—. Puedo coger tu ropa

vieja y meterla en un taxi o algo así, para darles una buena persecución a los perros. Puedes dormir en la habitación de Caleb.

—No.

—O aquí fuera si lo prefieres.

—No —repitió ella—. Lo siento, Mina. No era lo que quería decir. No planeo quedarme.

—No pienso dejarte en la calle a tu suerte.

—Me encuentro lo suficientemente fuerte como para caminar.

—¿Adónde?

—De vuelta —respondió ella, y nadie preguntó por el lugar al que se refería.

—De vuelta a la guerra, a enfrentarte con los dioses saben qué... No.

Chel sostuvo el vaso en su regazo y bajó la vista para contemplar el agua, para mirar su propio reflejo, o el reflejo del techo, o sus propias manos. Mina se las había lavado.

Había corrido todo ese tiempo con la certeza de que podría morir. Se había enfrentado a los alcaides y a sus bestias armada tan sólo con su convicción. Sin embargo, ahora estaba allí sentada, sin poder entregar el mensaje que llevaba desde la plaza Chakal. ¿Sólo porque Mina había sido hospitalaria? ¿Porque ahora veía por qué se había marchado él?

Temoc le ahorró el sufrimiento.

—Quiere que vuelva con ella.

—¿Qué?

Un pájaro cantó en el jardín: cuatro silbidos altos y el último más bajo.

—¿Por qué diablos iba a pedirte eso? Ha estado a punto de morir tratando de salir de ese lugar. No hay manera de que...

—Es verdad —dijo Chel.

Mina se quedó callada.

—¿Has visto los periódicos?

—Sí —contestó Temoc.

—Y ¿qué piensas? Sé sincero.

—Tenéis problemas. —«Tenéis», dijo, no «tenemos»—. Los alcaides arrestan a todos los que pueden. Los incendios han puesto a la ciudad en vuestra contra,

incluso aunque no hayáis sido vosotros quienes los iniciaron. Y tomar rehenes fue un error.

Vio la mirada de advertencia de Mina: «No seas tan duro con ella». Pero Chel no se inmutó, aunque tampoco alzó la mirada de su vaso de agua.

—Eso fue lo que les dije —repuso ella—. Al menos, evité que presentáramos una petición de rescate. Pero no he podido liberarlos. El campamento está dividido. Los Kemal gorronean provisiones. El Mayor lucha. Bel está haciendo una llamada a diversos grupos de ciudadanos en el Skittersill para que se nos unan. Todos tienen miedo.

—Qué mal —comentó Temoc cuando ella se detuvo a beber. No podía soportar permanecer en silencio, no con ese pájaro haciendo ruido en el patio. No con su hijo observando.

—Los alcaides atacaron antes del amanecer. Estamos construyendo nuestras propias barricadas para mantenerlos fuera, pero no podemos evitar que se lleven a nuestra gente. El Mayor piensa que éste es su momento, su gran lucha.

—Los hechiceros no participan en luchas de desgaste —dijo Temoc—. Ellos prefieren las victorias disruptivas, los golpes calculados. Si os están atacando por todos los flancos, es sólo para que os concentréis en la periferia mientras ellos atacan el centro. Vigilad el cielo. Proteged los objetivos vulnerables.

—Necesitamos un líder —replicó ella.

—Tenéis muchos.

—El Mayor no quiere escuchar a Kapania Kemal. Bel apenas reconoce la presencia de ambos y, aun así, a regañadientes. Yo no soy más que un desgarrón más en una hoja rota. Necesitamos cohesión. No podemos pelear así. Ni siquiera podemos rendirnos. Si volvieras, podrías salvarnos.

—Y condenaros. Si vuelvo, el Rey de Rojo dejará de luchar contra una nueva rebelión, y empezará a librar una guerra antigua. Morirá mucha gente.

—Están muriendo de todas formas, y peor. Están perdiendo. Tu generación tuvo su última resistencia. Ésta es la nuestra, y nos estamos derrumbando. Dentro de diez años recordaremos este momento y diremos: «¿Os acordáis de cuando no pudimos defendernos?».

—Pero seguiréis con vida para decirlo.

—Morir por poco sigue siendo morir.

—Hablas como una mujer que nunca ha muerto antes.

—Creí que lo entenderías. —Esas palabras dolían más que los mordiscos de los no-lobos.

—Me encantaría mandar al Rey de Rojo a tomar viento —dijo él—. Despertar a los dioses de su sueño profundo y luchar contra los poderes de la hechicería. Pero el mundo ha cambiado. Solía creer que la plaza Chakal era un paso hacia el progreso. —Los ojos de ella estaban muy abiertos y húmedos—. Esto no es culpa tuya. No es culpa del Mayor. Ni siquiera es culpa del Rey de Rojo por completo. La paz se ha roto.

—Mientras tú esperas —replicó ella—. Con tu familia.

—¿Debería renunciar a ellos? ¿Debería quemar y destruir mi casa porque otros sufren?

—Tú solías predicar sobre el sacrificio. Me gustaban esos sermones. Esperaba que tu comportamiento estuviera a la altura de ellos.

Temoc no desvió la mirada.

Chel dejó el vaso sobre la mesa y empujó su cuerpo para levantarse. Le temblaban los brazos, pero se puso de pie.

—No puedes irte —dijo Mina—. No estás en condiciones de luchar.

—Entonces no lucharé. Pero estaré en el lugar al que pertenezco. —Asintió—. Gracias por los vendajes. Y por la camisa...

—Puedes quedártela —ofreció Mina.

—Gracias.

Cojeó y salió hacia la luz cegadora, donde el pájaro solitario seguía cantando.

La puerta tardó mucho en cerrarse.

Mina abrazó a Temoc.

—Sé que es difícil —dijo ella—. Lo sé. Pero estás haciendo lo correcto.

—Sí —asintió él.

Mina no era capaz de sacarle ni una palabra. Se había quedado como una roca, observando un punto vacío en la pared a la izquierda de la mosquitera. Finalmente, llevó sus libros desde la estantería hasta la mesa, donde los esparció, y empezó a leer. Su bolígrafo trazaba largas líneas bajo frases importantes. Mina tenía mano firme a pesar de los litros de café que bebía cada día. Cuando cosía el costado de Chel, había logrado que sus dedos dejaran de temblar con tan sólo una respiración. El único sonido en el comedor era el de su bolígrafo, y cuando pasaba una página ocasionalmente. Era probable que el pájaro de las cinco notas se hubiera ido volando.

La conversación que estaban evitando inundaba la habitación. Enredaderas con muchas ramificaciones de palabras silenciosas se embrollaban, se anudaban y se pudrían entre ellos. El aire tenía un olor seco, como a polvo de biblioteca.

Ella estaba en lo cierto. Al final de todos los caminos y las rutas alternativas, ella seguía estando en lo cierto. Temoc era un padre, y la primera responsabilidad de un padre era para con su familia. Cuando era un hombre joven y soltero, había ido a la guerra, armado sólo con su fe, alzando su lanza, y con el brillo del amanecer y la gloria en su mirada. Podría haber muerto en ese momento, sin duda ni arrepentimiento, y habría tenido la certeza, mientras las garras de los hechiceros arrancaban sus entrañas y sus bestias devoraban su piel, de que había hecho todo lo que esperaban de él. Pero los dioses lo habían salvado de ese destino, y sin duda lo habían hecho por algún motivo.

O tal vez no.

—Voy a rezar —dijo mientras se ponía de pie.

Ella alzó la cabeza y se volvió para mirarlo, como si hubiese una gran distancia entre ambos. Él era esa distancia, y se odiaba a sí mismo por serlo.

—¿Quieres que rece contigo? —le preguntó ella.

—Creo que debería estar solo.

Ella lo apuntó con su bolígrafo, pero, fuera cual fuese la objeción que se estaba formando en su mente, ésta murió antes de manifestarse en su lengua.

—Aquí estaré.

—Lo sé.

—Te quiero.

—Yo también te quiero —debería haber dicho Temoc, porque siempre lo decía; era algo tan natural y normal para él como la fuerza de gravedad. Pero, al salir de la habitación, no recordaba haberlo dicho, no sentía la marca que las palabras deberían haber dejado, que siempre dejaban, en su alma. Sólo sentía la certidumbre del hábito, que era algo del todo incierto.

Actualmente, su casa era demasiado pequeña para albergar una capilla completa. Cuando Caleb nació, usaron el pequeño cuarto junto al baño como habitación para el bebé, y Temoc había acomodado a sus dioses y a sus santos en la habitación al fondo del pasillo. Una vez que Caleb fue demasiado grande para dormir en una cuna, intercambiaron las estancias: una cama para su hijo en la habitación consagrada y los dioses en el cuarto pequeño.

La palabra *cuarto* se quedaba incluso corta. Temoc no sabía cuál había sido el propósito original del mismo. Tal vez había sido un despacho o una bodega, de dos por dos metros con una rendija por ventana. Temoc había dormido en rincones más pequeños durante el caos después de la Liberación: debajo de puentes, al abrigo de los peñascos de Drakspine, en grietas y cuevas y túneles ocultos debajo del desierto. Una vez que colocó unos estantes, unos tapices y una estera de hierba, quedó el suficiente espacio allí para sus dioses.

Al menos, para la mayoría.

Abrió la puerta y entró a la sombra de la divinidad, a la opresión del incienso. Desde los estantes lo observaban rostros de piedra. Bocas con colmillos abiertas. Una pequeña estatua de hierro forjado de las Serpientes Gemelas formaba una espiral en el altar, flanqueada por las Hermanas Heroicas, Aquel y Achal talladas en basalto en pleno movimiento: una danza o un juego. Por encima de las Serpientes había una perla negra suspendida en el aire, el corazón que debía ser consumido, la sabiduría que debía obtenerse, los nombres que debían transferirse

de devorador a devorador. Y ésa era sólo una faceta de la devoción, el culto central entre muchos dioses. Qet e Isil, Señor de los Mares y Nuestra Dama del Cielo, colgaban en un tapiz de arras junto a la ventana; Dresediel Lex se había fundado en las plegarias a esos dioses, mucho antes de que la antigua patria quechal se hundiera bajo el mar. Ili de White Sails observaba desde las paredes, así como Ixaqualtil Águila Séptima, y Tomilat, el Señor Araña, y los siete dioses de los setenta y siete tipos de maíz, y el Jorobado. En la base de cada estatua, bajo los pies de cada figura, había dos barras de escamas de serpiente, un recordatorio constante: caminamos sobre la piel de un mundo que podría consumirnos en cualquier momento. Ése era el molino de la historia, y la oración, el agua que lo movía.

Al menos, ésa era la idea, aunque mucho de aquello se había perdido, aunque los mismos dioses habían muerto. Ixchitli, el Señor del Sol, había sido desgarrado en su propio altar por el Rey de Rojo. Isil se había ido. Qet, el Señor de los Mares, y su consorte habían sido reducidos a una carcasa vacía y esa carcasa estaba aprisionada por la infame hechicería. El Jorobado había sido quemado, la red de Tomtilat destruida. No había habido sacrificios para las Serpientes de Quechaltan en cuarenta años. Y los otros, despojados de su ciudad, arrancados de su gente, desvanecidos. Dormían; no estaban muertos del todo, pero no tenían la fuerza suficiente como para hablar. Unos cuantos seguían alabándolos de pequeñas maneras, y las canciones e historias de los dioses perdurarían en los sueños lexicanos durante generaciones, incluso si sus nombres verdaderos habían muerto. Siempre habría una araña negociando con una mosca, siempre habría dos hermanas jugando con demonios, siempre habría monstruos tratando de comerse al sol, incluso si su esencia y su majestuosidad se filtraban de los mitos.

Pero él los mantenía con vida. Él oraba. Él celebraba. Él enseñaba. Otros lo escuchaban y, debido a que lo escuchaban, habían podido organizarse para protestar por la destrucción de sus hogares y, debido a que se habían organizado, morirían, y él podría salvarlos; e incluso si no los salvaba, al menos les debía su liderazgo o, en su defecto, su presencia, porque, ¿cómo se le llama a un sacerdote que abandona a su congregación cuando ésta más lo necesita?

Mentiroso, ¿qué, si no? Sin embargo, sin embargo... Él era sólo un hombre, no un eidolon de la justicia, no un mensajero del más allá, no un terror nocturno para invadir el sueño de los malvados. Era un hombre, y un hombre debía servir a su familia. Ése era el deber que los dioses imponían: que cada hombre buscase la hora más adecuada para su sacrificio, y que pagara la deuda de carne que tenía con ellos.

Temoc era un Caballero Águila. Era sirviente de los múltiples Señores y Damas, su campeón, su instrumento.

Y acababa de enviar a una mujer a morir. ¿Qué sentido tenía fingir que no era así? Una mujer que casi había muerto en su peregrinación para encontrarlo, que había sacrificado a sus amigos para buscar su ayuda. Él la había despachado. No: se había negado a ayudarla porque tenía miedo, por su familia y por él. La había dejado irse, cojeando hacia la luz, hacia el patio donde el pájaro triste entonaba su melodía de cinco notas, porque sabía que ella tenía razón. Podría haberla parado. Era lo suficientemente fuerte. Si ella estaba tomando la decisión equivocada, ¿por qué no la había detenido?

Ella tenía razón. Además, era muy fuerte. Él la admiraba por su fuerza. Por la pureza de sus intenciones. Por su lealtad. Era una luchadora. Como Mina.

Isil sonrió desde su tapiz. ¿De eso iba todo a fin de cuentas? Chel era una mujer hermosa. No. Chel era joven, y su fortaleza lo hacía sentir avergonzado. Él era el doble de ancho que ella y quince centímetros más alto; sin embargo, ella le hacía sombra.

Ella era el hombre que él había sido cuarenta años antes.

«Dioses —oró—. Estoy perdido. Guiadme. Por favor.»

Ellos lo observaron.

«¿Acaso fue para esto para lo que me salvaron, para tomar este camino? ¿Para desperdiciar mi vida? ¿Para abandonar a mi familia, mi deber, mi esperanza y mi futuro? ¿Para dejar a mi hijo indefenso? Me han mantenido joven. Me queda un largo camino por recorrer.

»Pero, si lo recorro solo, siempre caminaré en la sombra de las piras funerarias que arden en la plaza Chakal esta noche.»

Oyó que alguien llamaba a la puerta. Mina. No podía hacerle frente.

Volvieron a llamar. No era Mina: el sonido, se dio cuenta, era más abajo en la puerta. Un segundo después oyó a su hijo decir:

—¿Papá?

Consideró no responder.

—Pasa, Caleb.

El chico dudó; giró el pomo de la puerta a medias. Temoc le había mostrado la pequeña capilla, le había presentado a los dioses, le había permitido sentir su calidez y los ritmos de sus danzas. Pero nunca había invitado al muchacho a acompañarlo en sus oraciones privadas.

—No pasa nada —dijo Temoc—. Puedes entrar.

La puerta se abrió. Temoc, aún sobre la estera, se dio la vuelta. Caleb lo miró, luego echó un vistazo a los rostros que los observaban, y luego dirigió la mirada de nuevo hacia él. Se quedó en el umbral de la puerta, después entró, con un solo pie primero, como si estuviese probando el agua en una piscina.

—¿Tenías alguna pregunta?

—La mujer que ha venido antes... Ella nos ayudó ayer.

—Sí.

—Estaba herida.

—Estaba herida. Lo que está tratando de hacer en estos momentos, lo que toda la multitud está tratando de hacer, es muy difícil. Cuando la gente intenta hacer cosas difíciles, a veces se hace daño. A veces se hace mucho daño.

—Lo sé —repuso él con un leve tono de ofensa.

—Desde luego que lo sabes. —Estiró el brazo para revolver el cabello de Caleb, lo vio retraerse ligeramente y sonrió mientras ponía la mano sobre el hombro de su hijo en lugar de en su cabeza.

—¿Por qué no la has ayudado? Quiero decir —dijo Caleb cuando Temoc estaba a punto de responder—, sé que la has curado. Pero quería que fueras con ella y no lo has hecho.

—No lo he hecho.

—A pesar de que es tu amiga.

—A pesar de eso.

—¿Por qué?

—Quería que la ayudara con la cosa difícil que está tratando de hacer.

—Sí, la he oído.

—Eres bueno prestando atención.

—Mamá dice que es así como ganas a las cartas.

—Yo nunca gano a las cartas.

—Así es como ella gana, quería decir.

—Quería que la ayudara con la plaza Chakal.

—¿Te preocupa que te hagan daño?

—Algo así —admitió él.

—Pero no te harán daño. Tú eres fuerte. Muy muy fuerte.

—A veces, hasta las personas fuertes se hacen daño. Además, no estoy preocupado por mí.

—¿Por mí y por mamá?

—Por ti y por mamá. El mundo es un lugar grande y duro.

—No es necesario que te preocupes por nosotros.

—Es lo que hacen los padres.

—Mamá puede cuidarse sola. Ella también es fuerte.

—Tienes razón.

—Y yo también.

Temoc rio.

—Lo soy. Ambos lo somos.

Y ahí estaba. El voto emitido, el canto del coro. Su hijo sería fuerte. Lo suficientemente fuerte para seguir adelante sin él. Lo suficientemente fuerte para abrirse paso en la vida.

«Nosotros lo protegeremos —cantaron los dioses—. Nosotros lo vigilarémos. Si decides ir a sufrir para servirnos, si dejas de ser un hombre para convertirte en una leyenda que glorifique nuestro nombre, él no estará solo. Siempre observamos. Siempre cuidamos de nuestra gente, y de sus hijos.

»Sólo hace falta que allanes el camino para nosotros.

»Sólo hace falta que nos des lo que nos pertenece. Lo que nos fue prometido por tu estirpe, padres e hijos a lo largo de la historia.

»Dale al muchacho la fuerza que necesita. Cuando tenías su edad, te hincabas

de rodillas frente al altar. Cuando tenías su edad, nos tallaste en tu piel. Cuando tenías su edad, te dedicaste en cuerpo y alma a la guerra que ha vuelto a encontrarte ahora. No criticamos tus dudas. Han pasado muchos años, y las batallas más grandes siempre llegan a nosotros de forma inesperada. Pero ¿de verdad crees ser tan imprescindible como para que tu familia se desmorone sin ti? ¿Crees que el tiempo se detendrá si mueres? Necesitas tener más fe en tu propia sangre. Necesitas que ellos te necesiten.

»El chico quiere ayudar. Deja que ayude.»

—¿Papá?

—Lo siento —dijo Temoc; le temblaba la voz.

No contemplaba, le era imposible contemplar la certidumbre que surgía dentro de él en ese momento, como si el tiempo fuese piel y los dioses el cuchillo que la cortaba y la desprendía para revelar el futuro debajo de ella. «No me hagáis hacer esto. No allanéis este camino para mí.» Sin embargo, nada de lo que pensara podía quitarle esa sensación del cuchillo y la piel.

—Lo siento —repitió—. Sé que eres fuerte. Puedes cuidarte solo. Únicamente necesito ayudar un poco.

Caleb lo abrazó, y él lo abrazó también, y se sintió avergonzado.

Al caer la noche, el humo de la plaza Chakal se extendía por el cielo, oscureciendo las nubes. Temoc preparaba la cena. Mina se ofreció a ayudar, y él lo rechazó al principio, luego accedió y le dio las gracias. Mina no habló de Chel ni de las revueltas, y él tampoco. Cocinaron juntos y, cuando hablaban, se referían sólo al hecho de preparar la cena: cuántos tomates, cuándo añadir la harina y hasta qué punto tostarla, si podría poner las guindillas secas a remojar, dónde habían dejado el abrelatas, «¿crees que será suficiente sal?». Los dos juntos ocupaban casi toda la pequeña cocina, y se intercambiaban el cuchillo y la tabla de cortar. El calor de la cocina los hacía sudar. Era tan fácil olvidarse de ese sentimiento, tan fácil pasarlo por alto incluso en el mismo momento: trabajar con un ser querido en alguna labor pequeña. Los años los habían hecho acostumbrarse el uno al otro.

Él trató de mantener la mirada clara, trató de centrarse en el silbido de la ternera en la sartén, el olor de la carne chamuscada, el burbujeo de la grasa. Ella se escabulló por detrás de él, deslizó las cebollas cortadas de la tabla con el mango del cuchillo y se escabulló otra vez, dejando el recuerdo en su piel, un aroma en el aire mientras se freían las cebollas.

Cenaron en el jardín. Por una única vez, la luz que se reflejaba en las nubes no lo perturbó con el recuerdo de las estrellas que deberían haber estado ahí en su lugar. Comió con su familia. Rieron juntos. Él les sirvió, luego volvió a la cocina, mezcló el vino y sirvió una copa para Mina, para él y hasta para Caleb.

—Te comportas como si ésta fuera una noche especial —señaló Mina.

—Lo es —dijo Temoc—. No me he ido. Podría haberlo hecho. De algún modo, éste es el primer día del resto de nuestras vidas.

Bebieron juntos. Temoc recogió la mesa, fregó los platos y volvió al patio, donde su esposa y su hijo estaban descansando. Los cactus se alzaban a su

alrededor y las frondas de los helechos se mecían en la fresca brisa. El viento del norte se había ido, y por primera vez en días podía sentir la brisa del mar.

Quería llorar. Pero no lo hizo. No podía permitirse el lujo de desperdiciar el tiempo que le quedaba.

Contó historias de coyotes bajo el cielo cubierto. No había dioses en esas historias, tampoco héroes en sí, sólo criaturas astutas tratando de aventajar a enemigos más fuertes. Los embaucadores no eran líderes. Nadie los buscaba para ser guías. Ésa sería una buena vida. Así era como los seres humanos habían aprendido a vivir en el principio de los tiempos: buscando comida y traicionando.

Cuando acabó de contar una antigua fábula oriental sobre el día en el que el amanecer se congeló, oyó una profunda respiración. Se volvió hacia la izquierda y vio a Caleb desplomado en su silla, con la cabeza inclinada hacia un lado. A pesar de que los dedos del chico se movían ligeramente, sus párpados estaban cerrados por completo.

—Ya se ha dormido —dijo él.

—Ha sido rápido —repuso Mina.

—Demasiado vino.

Cogió a su hijo en brazos y lo llevó a la cama. El chico se movió contra el pecho de Temoc. «Recuerda esto —se dijo él—. Su peso. Su calor. La presión de su pecho al respirar, en contacto con el tuyo, y con tus brazos.»

Le quitó los zapatos, los pantalones y la camisa a Caleb, lo metió bajo las sábanas y palmeó las mantas. Caleb odiaba eso; de haber estado despierto, habría gruñido.

—Míralo —dijo Mina desde la puerta.

La luz tenue que se filtraba por las persianas iluminaba al niño, lo bruñía como bronce; sus facciones eran tan perfectas como las de su madre. «Fuerte», había dicho.

Necesitaría serlo.

Temoc y Mina se retiraron a su habitación, se acostaron juntos e hicieron el amor. Él deseaba ardientemente quedarse dormido a su lado y despertar al día

siguiente con la certeza de que la noche había pasado y las revueltas de la plaza Chakal habían terminado.

Se levantó de la cama sin hacer ruido y se vistió despacio. Pantalones de lona gruesos. Botas. Una camisa de manga larga. Un cinturón. Y a ese cinturón le añadió el cuchillo que siempre llevaba, la hoja de cristal negro que no había sacado sangre en décadas. El cuchillo era un símbolo de su labor: su empuñadora de piel de tiburón, el reflejo blanco y curvo a lo largo del filo, como si la hoja cortara la luz al empuñarlo. Era lo único que podía llevarse. Si sobrevivía, era posible que no pudiera regresar en mucho tiempo. Incluso si Mina lo perdonaba, los alcaides no lo harían, por los actos que cometería en la batalla a la que no se había unido aún.

Había observado el horizonte, en espera de las fuentes de fuego, el indicio del ataque del Rey de Rojo. El maestro del terror golpeteaba con sus huesudos dedos sobre su trono y se deleitaba en su fachada del sitio, paciente como una araña, aguardando el momento perfecto para atacar. Temoc esperó que tardara al menos una hora más.

El pasillo que conducía hasta la habitación de su hijo parecía más largo en la oscuridad. Las tablas de madera no chirriaban bajo sus pies.

Encendió una vela frente a la puerta de Caleb, pasó la hoja de su cuchillo por la llama y la apagó con los dedos.

Varios juguetes se alzaban en forma de bultos rellenos desde las estanterías y las mesas. Las cartas de Caleb también estaban sobre la mesa, sobre el pedazo de seda. Una ciudad de bloques a medio construir creaba sombras extrañas en el suelo, con sus arcos y sus torres derrumbadas.

Temoc rezó:

*Alabadas sean las dos hermanas,
las hermanas Aquel y Achal.*

Aquel y Achal, quienes descendieron hacia la oscuridad.

*Quienes, descendiendo hacia la oscuridad, encontraron a las Serpientes
y, al encontrar a las Serpientes, las ataron con sus corazones, atando como
atamos, dando como damos.*

Carne a los dioses, y dioses a la carne.

«No hagas esto. Sólo márchate. Ve a luchar en la guerra en la que sabes que tienes que luchar. Mina lo cuidará. Él se cuidará solo.

»Pero el chico necesita a su padre. Sin un padre, necesita fuerza que lo proteja y lo guíe.»

Y esa fuerza para proteger y guiar se encontraba en la hoja del cuchillo de Temoc.

Retiró las mantas. Caleb yacía tan quieto como si estuviera muerto. La droga que había echado en el vino lo mantenía así. No había tiempo para búsquedas de visión. No había tiempo de enfrentarse a los Dioses de las Tres Puertas; de todos modos, uno de esos dioses llevaba cuarenta años muerto. El ritual tendría que bastar. El ritual... y las cicatrices.

El cuchillo temblaba en la mano de Temoc.

Cuánta soberbia, pensar que podía dedicar a su hijo a unos dioses que el chico apenas conocía. Qué tontería, pensar que unos cuantos cortes podrían convertir a su hijo en un Caballero Águila.

Rezó, sin hacerlo de la forma tradicional, a cualquier dios o diosa que pudiera oírlo. ¿Estaba haciendo lo correcto? «Debo servirlos, debo ayudar a mi hijo. ¿Acaso abuso de vuestro poder al pasarle mi camino a él? ¿Acaso mi padre abusó de él cuando me lo pasó a mí? ¿Cuando me dio la opción, a los nueve años, en la cúspide de la pirámide de obsidiana en el corazón de nuestra ciudad? ¿Acaso no debería otorgarle a Caleb la elección que yo tuve que afrontar?»

Y ¿qué elección fue ésa? El padre de Temoc era mucho más alto que él en aquel momento, un gigante, anciano de días, losas de músculo y un semblante sombrío: un señor entre los hombres, un sirviente de los dioses. Cuando ese hombre le preguntó a su hijo si estaba dispuesto a seguir el camino del caballero, ¿cómo podría haber respondido su hijo? Cuando todos los días, durante nueve años, había oído historias de los Caballeros Águila mientras se quedaba dormido, con la esperanza de ser digno algún día de unirse a sus filas. Cuando todos los hombres mayores en su familia habían hecho el juramento, recibido las cicatrices, durante siglos.

Temoc era un instrumento. Era un cuchillo en las manos de hombres más grandes que él, de fuerzas más grandes que los hombres. Un caballero era un sirviente, así como un rey: una herramienta de los dioses que eran la historia, que eran la suma de hombres y hombres trascendidos. Sus manos lo sostenían. A pesar de que dormían, lo sostenían firmemente, apretando su puño alrededor del pomo del cuchillo que descendía.

El segundo corte fue el más difícil; el primero había sido casi un accidente, una inmersión de la cuchilla en la piel del vientre, un corte superficial del que fluía la sangre poco a poco. Caleb ni siquiera se movió. La droga lo sostenía, y los dioses también, al mismo tiempo que sostenían a Temoc y su cuchillo. El segundo corte, por otro lado, fue una larga curva debajo de la primera perforación. Temoc necesitaba concentración y un pulso firme. No podía pensar en el chico debajo de él como en su hijo. Caleb pertenecía a su linaje. Pertenecía a las cicatrices que su familia había portado desde antes de que su patria quechal se hundiera bajo el mar. La sangre fluía con más rapidez ahora. Debería haber cogido una toalla.

Mientras Temoc dibujaba la cicatriz, temió que los dioses lo hubiesen abandonado; que, ya que estaban dormidos, no imbuirían las cicatrices de poder. Pero la herida que su cuchillo dejó adoptó un brillo verdoso y se cerró sola. Aun así, se había perdido sangre, y seguiría perdiéndose más. Mucha más.

Oró mientras trabajaba, enunció las palabras y centró su mente en la posición correcta para los dioses. El fallecido Ixchitli primero, el Sol que arregló el cielo, el guerrero más fiero en las batallas contra los skazzerai entre las estrellas. Imagina a un hombre bañado en sangre a horcajadas sobre un campo verde bajo el cielo azul. Dos lanzas en una mano, un garrote en la otra. Primero, ve su fuerza; después, su edad. Contéplalo como una montaña que sangra. Ve sus pies enredados con la hierba, velo como un fuego dentro de todo lo que crece, un fuego en las entrañas de la tierra. Luego, sus hijas, Aquel y Achal, las gemelas de un corazón con dos serpientes que se entrelazan debajo del mundo, guardianas y perdición de nuestra gente. Qet e Isil. El Jorobado. Dios tras dios, cada uno se presentó como una curva ardiente en la piel de su hijo. Caleb conocía las historias. Mientras Temoc cortaba, éstas se volvían parte de él.

Los brazos y las piernas pertenecían a la Araña, cuya red eran llamas, la hija rebelde de las estrellas. Las Serpientes se enroscaron alrededor del corazón del chico, protegiéndolo y perturbándolo, su agitación convertida en su latido constante, su magma recorriendo sus venas. Los pulmones eran de Isil y su sangre salada de Qet. «Mantén el pulso firme, asegúrate de que las líneas se encuentren perfectamente. Sin manipular el cincel con finura, sin jeroglíficos elegantes»: talló a los dioses y sus oraciones en su forma más elemental sobre el cuerpo de su hijo y dentro de su alma.

La sangre manchó las sábanas. La sangre se quedó pegada a los dedos de Temoc cuando la limpió para hacer sitio para la siguiente incisión. La sangre no se quedaba pegada al filo del cuchillo. Se escurría, dejando pequeñas gotas en la piel. La respiración del niño no cambió. Sus párpados se agitaron, sus ojos se movieron debajo de ellos, pero siguió tumbado, atrapado en un sueño invadido por los dioses.

El sudor goteaba de su frente y hacía que le ardieran los ojos.

El tiempo pasó. Un ángel de sangre brotó desde el cuerpo de Caleb en las sábanas, con las alas abiertas debajo de sus brazos extendidos. Las heridas se cerraron, en su mayoría, pero estaba pálido y temblando por la sangre que había perdido. Debajo de sus costras brillaban líneas verdes y plateadas.

Sólo quedaba una cicatriz: el corte vertical por encima del corazón, debajo y arriba de las fauces abiertas de las Serpientes. Cualquiera podía trazar las otras cicatrices, aunque era un honor hacérselas uno mismo. Pero sólo el receptor podía trazar la última, como símbolo del sacrificio que haría, de la vida que llevaría, como si fuese un hombre ya muerto.

No había tiempo de explicarle todo eso a Caleb. Temoc esperó que, sólo por esa vez, esa forma fuera suficiente. Los dioses sabían que estaba muy necesitado. Los dioses los guiaban a ambos. Los dioses perdonarían una distorsión.

Levantó la resbaladiza y pegajosa mano de su hijo y envolvió sus pequeños dedos alrededor del cuchillo. Los huesos bajo la piel inscrita de Caleb eran rectos y finos: falanges y metacarpianos y pequeños nudillos redondos. «Fuerte.» Temoc sostuvo la mano de su hijo, que sostenía el cuchillo, y la mano de los

dioses sostuvieron la suya. La muñeca no quería girar perpendicularmente del todo hacia el pecho, así que Temoc tuvo que levantar el codo de Caleb y moverla. Esperaba notar el brazo pesado, pero no fue así.

Un último corte, del ancho de un dedo. La piel se abrió poco a poco, como si el cuchillo se hubiese desafilado. Ésa era la firma, el permiso, el acto que ataba todas las cicatrices desconectadas juntas.

Y los dioses entraron en Temoc.

Su columna vertebral era como un cable vivo. Su carne se encrespó, su piel se resquebrajó. Las llamaradas recorrieron su interior, estirándolo hasta un tamaño imposible, y pasó su mano a la mano de su hijo, al cuchillo, a la sangre. Caleb abrió los ojos de golpe y jadeó en busca de aire. Sus ojos brillaban con rayos de luz coherente, las cicatrices zumbaban como si el alma del muchacho fuera un tambor con el que los dioses marcaban el compás. Un sonido escapó de su boca, un chillido sordo de animal.

Estaba hecho.

La luz de las cicatrices se atenuó, aunque seguían pulsando. Caleb cayó de nuevo sobre la cama. Su cuerpo golpeó las sábanas empapadas con un sonido húmedo y pesado. Sus ojos seguían abiertos y en blanco, mirando hacia arriba, sin ver nada. Las respiraciones pasaban velozmente por sus labios, dentro y fuera, dentro y fuera, demasiado rápido. Las sombras se desdoblaron desde las cicatrices del chico y se doblaron otra vez, de un modo espasmódico; ya no estaban sujetas a la voluntad de Caleb, al igual que sus manos temblorosas.

Temoc no recordaba eso. Tal vez era imposible que lo recordara. O tal vez era algo nuevo, alguna reacción a la manera en que lo había llevado a cabo, o a la droga que había empleado. Se quedaría y observaría hasta que pasara.

El cuchillo en su mano estaba tan limpio como nunca. Los dioses lo mantenían así.

Había hecho lo que había ido a hacer.

Se odiaba a sí mismo. Odiaba a los dioses. Odiaba la guerra, la plaza Chakal, a Chel por haberlo encontrado y, más que nada ni a nadie, al Rey de Rojo. Pero lo hecho hecho estaba.

—Temoc. —La voz detrás de él, el susurro del despertar, lo envolvió en hielo.

La voz de Mina—. Temoc, ¿qué ocurre? ¿Por qué sigues despierto?

El sonido de sus pisadas en el suelo de la habitación de Caleb era suave y claro, como alguien que pulsa con delicadeza la tecla de un piano. Era la última vez que oiría esa nota.

No se dio la vuelta. No se volvió para mirarla. Era lo suficientemente valiente para cualquier cosa, menos para eso.

Ella vio lo que sucedía, y gritó.

Pasó corriendo junto a él, como un barrido de cabello y camisón. Él trató de ponerse de pie y se tambaleó hacia atrás. Mina se inclinó sobre la cama, una curva en la oscuridad, sujetando a Caleb, con las manos manchadas de rojo. Sus palabras eran respiraciones aceleradas que pulsaban con consonantes.

—Oh, por todos los dioses... Por todos los dioses... —¿Acaso podía ver la luz en las cicatrices de su hijo? ¿O sólo veía la sangre?—. Caleb... Caleb, mi amor, despierta.

El chico tosió, respiró con dificultad, tembló, pero no despertó.

—Está bien —dijo él—. Caleb está bien.

Ella se dio la vuelta.

—Hay sangre, Temoc. Hay...

Él extendió las manos entre ambos.

—Está bien —aseguró en voz baja y firme—. Mina, no lo entiendes. Esto es algo bueno.

Aún sujetaba el cuchillo y sus manos estaban rojas.

Los ojos de Mina se encendieron, negros y grandes en mitad de la noche.

—¿Qué... *demonios*... has hecho?

Había tantas maneras de decirlo...: «He llenado de cicatrices a nuestro hijo». «Le he dado fuerza.» «Lo he introducido en el legado de su familia desde el principio de los tiempos.» «Lo he protegido contra las legiones que querrán hacerle daño algún día.» Pero las palabras no llegaban. Ninguna, más que la más simple. Sólo un «Yo».

Fue todo lo que ella necesitaba: «Tú».

Él dio un paso hacia ella. Ella retrocedió.

—Las heridas ya están cerradas.

—Vete.

—Estará bien.

—Quieres irte, así que lárgate de una jodida vez... —replicó Mina con la voz rota.

Él envainó su cuchillo. No podía acercarse a ella.

—Lárgate de aquí. Lárgate de aquí de inmediato o, si no... —Se interrumpió. La ira le cerraba la garganta. Cogió una lámpara que había en la mesilla de noche de Caleb y la levantó como una maza—. Vete.

—Mina.

—No des ni un maldito paso más. —Un grito. Caleb se convulsionó y gimió. Temoc quería decir algo. Lo que fuera.

Alzó una mano.

—No.

La palabra era como un muro, y el muro cayó sobre él.

«Detenla. Abrázala, tranquilízala. Explícaselo.»

Pero ¿cómo, si no era capaz de explicárselo ni a sí mismo?

Dio un paso atrás y salió del cuarto. Para cuando llegó al comedor, estaba corriendo. Más y más rápido cada vez. Le ardían los ojos. Le ardían las manos, por la sangre. Ésta lo manchaba, lo cubría. Los dioses que habían despertado lamían sus manos y entonaban dulces melodías en sus oídos. Corrió más rápido, como si pudiera escapar de sí mismo.

Más rápido aún, cada nuevo paso conduciéndolo a la guerra.

Detrás de él, desde los tejados, dos figuras que vigilaban la casa intercambiaron una larga, plateada y hambrienta mirada.

«Pronto —dijeron—. Muy pronto.»

Se relamieron y saborearon sus colmillos.

Su ira fluía fría y rápida como una catarata, mezclada con el miedo e incapaz de separarse de él. Mina estaba de pie, rodeada por la habitación de Caleb. Estanterías. Libros. Cartas. Bloques de construcción. Ángulos rectos y bordes afilados por todas partes. La puerta frente a ella estaba entreabierta, el mismo lugar que Temoc ocupaba un momento antes, y más allá sólo había oscuridad.

No había visto lo que había visto. No podía ser cierto.

No. Ése era el acto reflejo de la mente de un niño asustado, rechazar la realidad que no encajaba en su concepción del mundo. Había visto el cuchillo en la mano de Temoc. Lo había oído tratando de disculparse, de ese modo particular que tenía él de no disculparse. Lo había visto marcharse. Ella le había dicho que se marchara.

Y ahora se había ido y ella seguía allí. Meciéndose sobre sus pies. Su respiración y la de Caleb retumbaban en sus oídos.

«Caleb.» Volvió a la cama, adonde estaba su hijo, temblando, dormido, cubierto de heridas sangrantes. Cubierto de sangre.

Tanta sangre, por todos los dioses... El cuerpo humano tenía... ¿unos cinco litros? Menos en el caso de un niño, y había tanta derramada allí... ¿Cuánta era? Las sábanas estaban manchadas de rojo. Todos los dioses y los demonios observaban.

Tocó el pecho de su hijo, su rostro. Caleb gimió. Sus ojos se abrieron, pero no podían enfocarse. Había un olor dulce, frío y húmedo en su aliento: alguna clase de somnífero, mezclado con el vino. Temoc tenía esa clase de cosas a mano, para rituales y misiones de sueños. Lejos del alcance del chico. Bien ocultas.

—Caleb. ¡Caleb! —No hubo respuesta—. Caleb, ¿me oyes?

Nada, otra vez.

Quería llorar. Estaba llorando: grandes sollozos que la carcomían. Sus ojos

estaban mojados. Se los limpió con la mano, sin pensarlo, y la sangre hizo que le ardieran. Qet e Isil. Malditos. Malditos todos los dioses, y su esposo también.

Reconocía las cicatrices. Había escrito artículos sobre ellas, discutido su lenguaje y su relevancia para la hechicería moderna, había recorrido con los dedos los mismos surcos en la piel de su amante, de su esposo. Pero nunca antes las había visto en el cuerpo de su hijo.

Era demasiado, demasiado. Estaba sacudida por la ira y paralizada por el miedo.

No podía permitirse el lujo de ser esa persona en ese momento.

Su cuerpo lo entendió antes de que su cerebro lo hiciera. Dejó de sacudir a Caleb y se puso de pie. Echó un vistazo por la habitación, no encontró nada, salió dando tumbos al pasillo y, al llegar al baño, se dio cuenta de que estaba buscando una toalla. Una bata. Algo para cubrirlo. Cogió ambas cosas y regresó a la habitación. «No arrastres la toalla por las heridas.» Fuera lo que fuese lo que Temoc hubiera hecho —lo que Temoc y sus dioses hubieran hecho— para curar al niño, sus cortes seguían estando frescos, las costras rosadas y en carne viva. Ya no sangraban abiertamente. No era bueno, no había nada bueno allí, en esa habitación, pero sí lo bastante bueno. Presionando con la toalla, absorbió la sangre. Quedó un poco, sucia y seca en su piel. Una huella. La suya o la de Temoc. No. Se resistió a pensar en ese nombre. La hacía paralizarse, y no podía permitirse el lujo de quedarse paralizada.

—¿Mamá? —La voz era suave, desgarradora, débil, como si estuviese bajo muchas capas de algodón.

—¿Caleb? ¿Puedes oírme?

—Mamá —repitió antes de dormirse otra vez.

Bien. Mejor, de hecho. Lo levantó, para evaluar su peso. Normalmente pesaba mucho; había crecido bastante, pero lo sentía como una pluma en ese momento. Lo había perdido todo, salvo la vida. Ella conservaría su vida, y estrangularía a cualquiera que tratara de quitársela. Echó los brazos del niño sobre sus hombros. Las costras raspaban su piel debajo de la fina bata. Él gimió en sus sueños, por el dolor, por las pesadillas.

Sola. Sola con su hijo en una ciudad enloquecida. Podría caminar por las

calles e intentar, con mucha suerte, conseguir un taxi. O podría volar. Cerró los ojos e hizo un inventario de su alma. Consideró que le quedaba suficiente.

Era probable que el Rey de Rojo hubiera prohibido que los opteras aterrizaran en la plaza Chakal, pero la necesidad de los amotinados era grande; envenenaría el aire y confundiría a los insectos que volaban sobre el Skittersill. No obstante, su necesidad era incluso mayor, y estaba dispuesta a pagar el precio que fuese necesario.

Corrió con su hijo en brazos, al patio, a la calle, pisando los adoquines descalza. «Insectos de hechicería que flotáis en las nubes, ángeles de quitina, escuchadme. Nadie os ha necesitado tanto como yo en este momento.»

El cielo se extendía opalescente sobre ella, teñido de naranja al oeste a causa del fuego. Las paredes blancas la rodeaban, el horizonte estaba festoneado de negro por los tejados. Notaba los adoquines húmedos por el rocío resbaladizo bajo sus pies. Sentía una respiración cálida sobre el cuello, la de Caleb, tan acelerada, con el cuerpo rígido y agarrotado mientras ella corría.

Unas figuras se movieron en el tejado al otro lado de la calle. Formas humanoides con extremidades largas. Unas placas de cobre que se encontraban en el lugar donde deberían haber estado sus ojos destellaban, como los ojos de un gato vistos desde un determinado ángulo. Se inclinaron hacia delante, observando. Sus siluetas mostraron garras.

No gritaría. Corrió.

«Os necesito.»

Unas patas de insecto la agarraron por detrás, y voló.

Temoc corrió alejándose de sí mismo, de su esposa, de su hijo y de dos décadas de paz. Corrió en dirección a la batalla.

A su alrededor, Dresediel Lex se agazapó a la espera. Detrás de las ventanas a oscuras había familias ocultas, aguardando una señal para seguir fingiendo, una vez más, que llevaban vidas normales. Las tiendas de conveniencia iluminadas observaban con sus pasillos vacíos las calles desiertas, esperando clientes que no llegarían. Había un carrito volcado en el parking. El letrero de una óptica, iluminado por una luz fantasmal, titilaba y zumbaba. Pasó corriendo junto a tiendas siempre abiertas, tiendas de adivinos adornadas con bolas de cristal y cartas de tarot, la oficina local de poca monta de un hechicero, bares de techos bajos, un club nocturno con palmeras en el exterior, una librería con ventanas enrejadas, una fila de sastrerías. La mayor parte de las noches, esa zona palpitaba de gente. Ahora, era su vacío el que palpitaba.

El viento cambió en dirección al norte, caliente otra vez, y Temoc olió humo, polvo y arena. Con sus sentidos dilatados por el pánico, la ira y los dioses, oyó el ruido de la batalla en la plaza Chakal: un océano de gritos y cuerpos enredados. Ése era su mundo ahora. Se sumergió en él y corrió más rápido. Sus músculos se estiraban. El poder recorría su cuerpo. Se convirtió en una criatura de la oscuridad.

Notó el batir de las alas antes de oírlo. Ondas de choque golpearon su pecho como puñetazos, haciendo eco en el interior como un segundo latido. Tropezó y pensó: «¿Un ataque al corazón?». ¿Acaso lo había perdido todo sólo para morir allí? Pero entonces alzó la mirada y los vio. Tal vez moriría de todos modos, pero no por la debilidad de su corazón.

Una formación en «V» de couatls volaba rumbo a la plaza Chakal. Veinte alas se movían al unísono. Las colas de serpiente sacudían el aire. Volaban tan alto y

en una formación tan elegante que alguien que se hubiese criado en alguna otra ciudad podría haberlos confundido con cisnes.

Temoc no los confundía.

No se trataba de una patrulla, iban a matar.

Los dioses habían sido benevolentes después de todo. Crueles y benevolentes. El Rey de Rojo había reservado su ataque para la noche, cuando, después de un día de lucha brutal, el grupo de la plaza Chakal no tendría más opción que cuidar sus barricadas improvisadas y esperar lo mejor. Entonces, los alcaides atacarían el centro, feroz e inesperadamente.

Los dioses eran benevolentes, a menos que lo hubiesen condenado a presenciar ese ataque sin poder hacer nada para detenerlo.

No podía fallar ahora, no después de todo lo que había hecho. Corrió más rápido, atravesando las calles durmientes de la ciudad atemorizada.

—Estamos ganando —le dijo el Mayor a Chel en un tono que no invitaba a argumento alguno.

—¿Ganando? —Ella hizo un barrido con un brazo para abarcar todo el desastre de la plaza Chakal—. ¿A esto lo llamas ganar?

Se encontraban en el corazón de la plaza, en el claro junto a la fuente que habían destinado para los heridos, que eran demasiados. Había cuerpos sobre camas de tela doblada, gimiendo y ensangrentados. Las enfermeras se movían entre ellos y, aunque no llevaban uniforme, les sobraba compasión. Pocos en el campamento tenían formación médica; en su mayoría, estaban limitados a las lecciones de primeros auxilios, que medio recordaban, de los campamentos de la escuela primaria. Y ahora atendían las heridas de la guerra. En cuestión de días, las infecciones reclamarían la vida de la mayoría de los caídos, si es que el campamento duraba tanto.

Detrás de ella, el fuego rugía; en el perímetro, la batalla seguía. Los alcaides atacaban las barricadas una y otra vez.

—Hemos resistido el ataque de un día. Si hubiesen pensado que seríamos tan duros de roer, nos habrían atacado con más fuerza. Hemos sobrepasado las expectativas del Rey de Rojo. Lo hemos desafiado.

Chel estaba bañada en sudor. El dolor atenuaba los bordes afilados de su mente. El recuerdo de la curación de Temoc aún la ponía enferma, la sensación de su cuerpo volviendo a la vida, costillas retorciéndose y vasos sanguíneos fusionándose como un jabalí enraizado bajo su piel.

—Estamos perdiendo gente; no resistiremos ni un día más a este ritmo, porque ni siquiera han empezado a atacarnos de verdad. Y lo harán, si no les entregamos a esos rehenes.

El Mayor se rio con sonidos metálicos y de resortes. Había arreglado la abolladura de su casco, pero aún quedaba un rastro de la marca dejada por los nudillos.

—Quieres que entreguemos una de nuestras monedas de cambio sólo porque tienes miedo. Incluso si los dejamos ir, ¿cómo podemos estar seguros de que los alcaides detendrán el ataque?

—Aquí no hay nada seguro. Lo mejor que podemos hacer es apostar.

—Pues anda que tú has apostado bien hoy...

Chel inhaló hondo y se refrenó para no matarlo. Prácticamente se había arrastrado sobre cristales rotos para regresar a la plaza Chakal. Había recorrido el último medio kilómetro corriendo, o lo más parecido a correr que le permitía su cuerpo herido. Se había roto las suturas de Mina huyendo de esos malditos perros. Y sus hombres, aquellos que había guiado fuera de la ciudad para llevar a Temoc a casa, no habían vuelto. Seguían ocultos en alguna parte, esperaba ella. Tenían amigos y vías de escape. No estaban muertos. Necesariamente. No todos ellos. Aún no.

Sabía que ése era un argumento endeble. Por todos los dioses.

—He tomado la decisión correcta —dijo ella—. Si Temoc estuviera aquí...

—Si Temoc estuviera aquí, nos habría llevado por el mismo camino de conciliación que nos condujo a este desastre. Si Temoc estuviera aquí, no sería capaz de contrarrestar este ataque.

—Escucha.

—Ya he escuchado. Tú deseas que necesitemos a Temoc porque entonces tu sacrificio no habrá sido en vano.Quieres que perdamos esta batalla debido a tu fascinación equivocada por dioses viejos y antiguos héroes. Te niegas a...

—¡No a mí, demonios! ¡Escucha!

El Mayor dejó de hablar.

El campamento a su alrededor se había quedado en silencio. Incluso los convalecientes habían dejado de gemir.

Se oyó el batir de un tambor sobre ellos.

Chel agarró al Mayor del brazo y lo empujó al suelo. Él graznó de sorpresa y trató de levantarse con dificultad.

Entonces, las tiendas saltaron por los aires.

Cualquier otra noche, Mina no se habría dado cuenta de que la estaban siguiendo hasta que hubiera sido demasiado tarde. Por lo general, el cielo por encima de Dresediel Lex estaba plagado de aviadores, autobuses aéreos, couatls y patos, así como los arrecifes de coral espejo de los Fangs estaban plagados de peces de muchos colores. Incluso de noche, el espacio aéreo debería haber estado tan lleno que habría sido prácticamente imposible percatarse de la presencia de unos cuantos aviadores más.

Sin embargo, esa noche los cielos del Skittersill estaban vacíos. Los couatls se arremolinaban alrededor de la plaza Chakal al oeste, pero ella volaba sola hacia el norte.

«Sola», había pensado en un principio.

El zumbido de las alas del optera mecía y tranquilizaba; sus garras estaban entrelazadas bajo sus brazos, alrededor de su cintura y sus muslos, tan fuertes como la arquitectura de un edificio. Ella no estaba tan segura de su propia fuerza. Caleb era una carga ligera; sus brazos rodeaban su cuello con firmeza, y los de ella, su espalda, pero incluso una carga ligera empieza a doler si se lleva durante mucho tiempo.

Caleb respiraba. Eso era bueno. Respiraba y no estaba sangrando. Por todos los dioses. Mina echó una mirada atrás, a través de los arcoíris que se formaban en las alas de dos metros del optera y alrededor de la hinchazón de su cuerpo, sus ojos brillantes, la trompa por la cual el insecto probaba y drenaba su alma. La adrenalina del momento había sido tal que no se había percatado del tirón de la criatura. Tal vez no lo haría. Tal vez la ira confería fuerza a su espíritu.

La hechicería no funcionaba así, pero podía albergar esa pequeña esperanza.

Se volvió para contemplar su casa, que se había desvanecido en medio de otras casas similares del Skittersill, otra vuelta equivocada en el laberinto de luz.

Las sombras revoloteaban a través de esa luz. El zumbido de las alas refractaba el brillo de las farolas.

Eran dos opteras. Los que la seguían. Más rápidos, además. Pisándole los talones.

Cualquier otra noche, habría pensado que estaba paranoica. *Apofenia*, ¿no era ésa la palabra? ¿Ver patrones donde no los hay? Pero ésa no era cualquier noche. Seguía siendo la esposa de Temoc —por todos los dioses, ¿aún lo era? ¿Siquiera en su propia mente?— y ese niño era su hijo, y Temoc se había marchado para luchar contra el Rey de Rojo en la plaza Chakal. Obviamente, alguien debería haber estado vigilándolos. Y, si Temoc se marchaba y ellos buscaban refugio en otra parte, los seguirían.

Pero éstos no eran alcaides. Los alcaides no usaban aviadores civiles. Ellos tenían sus propios medios de transporte.

Caleb gimió, presionado contra su pecho.

El optera succionaba el alma de Mina, ahora lo sentía: una ligera ralentización de la mente, la percepción nublada y las emociones adormecidas. Pero podía permitirse el lujo de un segundo de retraso para estar segura.

Giró a la izquierda, hacia la costa. Debía aparentar que tenía un destino en mente. ¿Qué había en esa dirección? El muelle Monicola. No era el lugar más adecuado para una mujer que huía. Oficinas. Unos cuantos hoteles.

Volvió la cabeza y no vio a ninguno de los opteras detrás de ella. Los había perdido. Bien.

Pero ¿adónde habían ido?

Escrutó las luces de la ciudad en busca del arcoíris delator de las alas opteranas. Allí, a la derecha, siguiendo su trayectoria previa, a gran velocidad. Y, una vez que vio al primero, encontró al segundo más deprisa: había girado en un gran arco a la izquierda, casi a la par que ella, moviéndose para rebasarla.

Bajando en picado, se dirigió hacia el norte otra vez, sin perder de vista a su perseguidor. Bajó y bajó, hasta que casi tocaba la cima de los rascacielos. El

viejo miedo irracional a las alturas se apoderó de ella; estaba lo suficientemente abajo como para que el suelo dejara de ser absurdo y se convirtiera en algo real. Una larga caída letal. Más rápido, al norte por Jibreel, y, ahí, su perseguidor del oeste pasó frente a una espectacular valla publicitaria con un grotesco rostro sonriente, alumbrada con una luz fantasmal blanca y roja. Mina vio unas largas extremidades, demasiado largas, una cabeza puntiaguda, un destello metálico y algo en su mano, un instrumento contundente en forma de garra con púas de cristal que destellaban amenazadoras.

La luz se movió y se redujo a un punto, señalando hacia ella.

Se apresuró a subir de nuevo. El cielo debajo de ella se agrietaba con relámpagos, y el trueno que se oía en respuesta se extendía por su cuerpo. Viró a la derecha, girando, apretando a su hijo con tal fuerza que temía romper sus huesos y derramar su sangre sobre la ciudad como si fuera lluvia. Su bata ondeaba a su alrededor. Sus pies estaban descalzos y fríos. Giró en torno a dos grandes círculos para crear un patrón, luego un giro pronunciado a la izquierda justo al mismo tiempo que un segundo relámpago atravesaba el cielo donde acababan de estar, éste proveniente de la derecha, del segundo atacante. El primero no había disparado. Tal vez sus armas tardaban un tiempo en cargarse, o no querían llamar la atención.

Ambos volaban ahora directos hacia ella, abandonando toda farsa de inocencia.

No podía luchar con ellos en el aire, no con su hijo en brazos. Su optera tenía hambre, escarbaba en las profundidades de su alma. Succionaba, drenaba y se retorció. Tenía que perderlos de vista y encontrar ayuda, rápido. El hospital Gracia y Misericordia estaba demasiado lejos hacia el este; tendría que deshacerse de sus perseguidores primero.

Recordó la voz de Elayne Kevarian: «Por si necesitáis ayuda». Una tarjeta del hotel Monicola. No se hallaba lejos, al menos estaba más cerca que el hospital. Mina no confiaba en la mujer. No confiaba en nadie en esos momentos. Pero Elayne le había hecho el ofrecimiento, y parecía ser, si no amable, al menos sí eficiente.

¿Cómo podía contactar con ella? No podía seguir esquivando por mucho

tiempo a los opteras. Tenía que volar deprisa. Debía hacerse invisible.

«Ah. Sí.»

Subió, esperando, no, suplicando porque en ese punto las armas de sus perseguidores siguieran cargándose. Unos segundos más, era todo lo que necesitaba. Arriba, hacia la base nacarada de las nubes de hechicería. Los brazos de algodón húmedo la abrazaron.

No podía ver, ni siquiera distinguir dónde estaba el norte. Formas enormes se movían a su alrededor en la nube artificial. Pero el optera conocía el camino. Sus ojos multifacéticos miraron a través de la oscuridad.

«Ve —le dijo ella—. Llévame al hotel Monicola.»

Las tiendas estallaron y quedaron reducidas a tela rasgada y madera astillada. En el pavimento se abrieron grandes grietas, dos juegos de tres zanjas cada uno. Al caer, Chel se golpeó enérgicamente contra el suelo de roca, y la caída del Mayor resonó a su lado, ambos derribados por la fuerza de algo enorme que se encontraba sobre ellos. Un rugido en el umbral de la audición humana raspó sus huesos y le hizo un nudo en el estómago. Gruñendo, débil, se dio impulso para ponerse de pie, se volvió y... no vio nada.

Una nada inmensa e imponente, un espacio retorcido en el que sus ojos no podían enfocarse. Oyó el rugido nuevamente. El viento producido por un aleteo la golpeó en la cara. Más tiendas se rompieron. Un brazo-rojo corrió hacia la destrucción, y una distorsión en el aire, una no-cosa sin color, sin textura, sin facciones que su mente pudiera identificar, lo golpeó en el estómago y él salió volando hacia atrás, para aterrizar sobre las tiendas caídas. Impactos sordos desde arriba, más madera astillada, más rugidos sin gargantas que los produjeran.

Chel se puso de pie con dificultad y tiró del Mayor para que también se levantara. Él desenvainó la tubería de plomo que llevaba en la cadera y la sostuvo como una espada de cuento, pero sus ojos buscaban a su enemigo en vano en medio de las tiendas destruidas. Bramó de manera desafiante y corrió hacia la nada con la tubería en alto. Entonces, una fuerte ráfaga de viento lo

golpeó y salió volando tres metros a la izquierda, aterrizó, derrapó y se tambaleó sobre una rodilla. De la armadura rota de su pecho manaba sangre.

Las ascuas de un brasero caído atrapadas en un lienzo. El humo aceitoso se abrió para revelar la forma que Chel no podía ver: un cuerpo como de serpiente y alas emplumadas, grandes garras y dientes afilados al descubierto.

—¡Couatls! —gritó ella, y agarró el palo de una tienda derruida para usarlo como arma—. ¡En el humo!

El Mayor la oyó y se dio la vuelta, buscando. Algo que debía de ser una garra formó un arco invisible a través del fuego, y él movió su tubería para bloquearlo. Aunque la fuerza del impacto logró derribarlo de espaldas, el couatl aulló y se encabritó, y su frustración le dio tiempo al Mayor para levantarse.

Entonces, se alzaron más gritos a su alrededor: la tienda de rehenes, la armería, destruidos.

—¡Couatls! —gritó otra vez.

No había manera de saber si los demás la habían oído. El Mayor blandió su tubería en dirección a lo que creía que era el cuerpo de la criatura y falló. «Mierda, mierda, mierda...» Más brazos-rojos que corrían. Nunca lo lograrían. Más gritos y erupciones de cuerpos cerca de la tienda hospital, de las cocinas. Cada grupo de alcaides había acudido con un propósito en mente, y el de ése era matar al Mayor. Y tal vez matarla a ella también.

No, si podía impedirlo.

No podía ver el cuerpo, no podía enfocar la mirada. Pero si la criatura podía golpearla, ella podía responder a los golpes. El cuerpo se retorció, las garras describieron una danza asesina. Las alas, enrolladas, barrían la tela y la madera quemada a un lado, dejando un rastro entre el polvo y las astillas. Era el mejor objetivo que tenía a su disposición. Y, si lograba trepar por las alas, podría llegar al jinete.

Chel corrió, saltó y atrapó una de las alas mientras ésta se movía hacia arriba. Rasgada por el aire y golpeada por el viento, se elevó, cayó y aterrizó sobre plumas que no alcanzaba a ver. Sentía músculos en tensión debajo de ella, y piel estirada sobre huesos como de acero.

La hechicería que revestía al couatl no deformaba la luz, de lo contrario, el

jinete de la bestia no podría ver. Chel recibía órdenes a ciegas: el encantamiento presionado contra ella le ordenó que apartara la mirada. Pero aún podía sentir, y tocó las alas del couatl hasta que las plumas se convirtieron en escamas tensas.

La cabeza se encontraba por allí, siguiendo el borde de las alas. Notó unas correas de cuero: la silla.

Seguía sujetando el palo roto de la tienda en la mano. Lo blandió en un arco a ciegas, gritando. La madera golpeó huesos: el cráneo del jinete. El couatl se encabritó. Ella se agarró a su flanco con las piernas y golpeó otra vez, en el mismo punto. El mundo empezó a girar. Llevó su brazo hacia atrás para asestar el tercer golpe.

Una mano humana cogió entonces su muñeca y la retorció. Chel jadeó de dolor. El mazo improvisado cayó de sus manos, y el alcaide —tenía que ser un alcaide— la empujó. Cayó violentamente del lomo del couatl y los adoquines del suelo la golpearon como un martillo.

Por encima de ella, delineadas por el humo, vio las enormes fauces de una serpiente en un gran bostezo.

Mina volaba a ciegas en una nube hechizada. Figuras luminosas pasaban zumbando con rapidez por su lado y luego se alejaban: otros opteras, sin jinete, volando en círculos sobre la ciudad, esperando que alguien los necesitara. De pronto, el suyo viró de forma pronunciada a la derecha, y Mina se preguntó por qué, hasta que vislumbró un cristal facetado del tamaño de un edificio que emergía entre la nube: un rascacielos que se alzaba sobre la niebla artificial para tener una vista clara del cielo nocturno. Había figuras borrosas que se movían detrás de paredes de cristal, o agachadas sobre escritorios, ignorantes de su presencia y de la oscuridad de los insectos.

Caleb se estremeció. El viento, pensó ella, o su velocidad, o la pérdida de sangre, que empezaba a afectarle.

Mina apenas si podía seguir consciente. El optera drenaba su alma, y no tenía tanta para entregar. Sus brazos estaban empezando a cansarse.

«Llévame al hotel Monicola. Yo puedo encargarme del resto. Unos cuantos kilómetros más.» Sus estudiantes contaban historias de abducciones de opteras

cuando creían que los profesores no escuchaban: historias tontas en las que alguien, una mujer, por lo general, la amiga de la prima de la hermana de alguien, se había perdido en pleno vuelo para nunca regresar, cascarones muertos y vacíos volando eternamente entre las garras de un insecto. Ella no creía en esas historias. Había demasiadas formas tradicionales incrustadas ahí: el dios buey que había secuestrado a la Reina del Mundo Antiguo, la novia búfalo, incluso obras de terror locales, herramientas cotidianas retorcidas para convertirse en instrumentos de liberación. Pero, estando tan arriba, sentía la semilla de las historias germinar en su interior. La libertad eterna de la gravedad y el suelo, de cuchillos y dioses. Tentador.

No. Ya había perdido demasiada alma. Incluso su miedo se había desvanecido, y la incipiente mortalidad cedía el paso a la clase de objetividad académica que convertía una «muerte segura» en «mortalidad incipiente». Pero Caleb la necesitaba.

«Hotel Monicola —pensó a través de la conexión que compartía con la criatura, la cual no era tanto psíquica como gustativa—. La conexión de comensal con cena... No, demonios. Concéntrate. Los brazos fríos de tu hijo alrededor de tu cuello. El dolor donde lo sujetas. El ardor de la probóscide contra tu piel. La nube huele a tierra, a carbón, a azufre. El hotel Monicola. ¿Dónde?

»Aquí.»

Bajaron.

Bajaron los tres juntos.

El océano de nubes se extendía por debajo de ellos y lo atravesaron.

Como un saltador sumergiéndose en las profundas aguas en la noche, pero al revés, saliendo de la oscuridad hacia la deslumbrante ciudad, Dresediel Lex, que sólo era perfecta cuando se la veía desde arriba: de día, la espalda de un lagarto gigante al sol, una gran costra agrietada, un cáncer, pero un paraíso de noche. Creció. Por todos los dioses, el miedo era como un pedazo de carbón en su estómago. Nunca se había movido a esa velocidad, las alas del optera zumbaban para acelerar su caída, como si la gravedad necesitara alguna ayuda.

Y la ciudad seguía creciendo. Un pedazo de sello postal de piedra con una piscina negra en el centro, semejante a la pupila de un ojo, rodeada de luces

cegadas, más grande cada vez, del tamaño de un libro, hasta que dejó de ser la imitación de un lugar real y se convirtió en el lugar en persona; iban cayendo hacia la verdadera ciudad que los destruiría a ambos, tan rápido... «Levanta, levanta, levanta, arriba, arriba, *arriba...*» La fuente era como un puño en dirección a ella.

El optera extendió las alas y frenó la caída, bajando poco a poco la velocidad, aunque seguían moviéndose muy deprisa.

Entonces, los soltó.

Mina cayó unos dos metros por el aire, abrazando a Caleb, para aterrizar con un gran chapoteo en la fuente del hotel Monicola.

Diez segundos de agitación ciega después, recobró el equilibrio, se puso de pie, con agua hasta el pecho, descalza y resbalando con pedazos de cobre arrojados a la fuente. Sus brazos estaban libres. Moviéndose, buscando. Ahí estaba él, Caleb, flotando boca arriba y con las piernas y los brazos abiertos. Las cicatrices de sus piernas ardían con un brillo verde. Sus fosas nasales estaban dilatadas.

—¿Caleb?

—¿Mamá?

No podía llorar. Lo abrazó. Todo parecía tan distante, su abrazo no era más que una leve presión en su pecho, un vago calor. Los colores se desvanecieron. Su cabello no tenía el tono azul oscuro profundo, su piel no tenía el color del palisandro, sólo longitudes de onda de luz. El tiempo avanzaba marcado por segundos, no por latidos.

Le quedaba tan poca alma...

—Vamos. Tenemos que irnos.

Salir de la fuente: aplicación de tantas unidades de fuerza contra el borde de la fuente, contracción de sus brazos casi agotados para darse impulso y sacar al niño. Su hijo. Le costó tanto trabajo procesar ese pensamiento... Incluso más trabajo de lo que esperaba recordar qué músculos debía mover para caminar. «¿Primero la pantorrilla izquierda y luego la derecha? Aparentemente, no. Cuádriceps, el izquierdo primero, después el derecho, pero apretando la zona abdominal para mantener el equilibrio, y sujeta al chico a tu lado.» En dirección

a las puertas de cristal debajo del letrero angular estilo *art déco* que decía: HOTEL MONICOLA. Hacia delante. La gente se la quedaba mirando por alguna razón.

Necesitaba moneda de alma. Avanzó a trompicones con Caleb; ambos seguían chorreando agua de la fuente, cruzaron la puerta giratoria y entraron en un vestíbulo con el techo abovedado, de unos diez metros de altura en su punto más alto. Lámparas de araña de cristal falso. Laminado de oro por todas partes. Suelos de mármol. Había unos diez grados menos de temperatura en comparación con el exterior. Se estremeció.

Debía de haber un círculo bancario en alguna parte. Echó un vistazo por el vestíbulo. Un par de hombres con traje y placas metálicas con sus nombres se acercaron a ella; sus rostros reflejaban preocupación profesional. El que estaba a la izquierda, diez kilos más pesado que el otro, se había cortado afeitándose. Tenía un poco de espuma blanca bajo la barbilla. Mina se apartó de ellos junto con su hijo. Allí: un pequeño cajero al lado de la puerta. Una persona hacía cola, un viejo con una camisa de manga corta y estampado de flores anaranjadas, que dio un paso hacia atrás y levantó las manos hacia los lados cuando ella se acercó.

Mina entró en el cajero y presionó el centro del círculo plateado con un dedo. Se acumuló energía estática, haciendo que se erizara el fino vello de sus brazos y su cuello. Se estremeció otra vez, perdiendo temperatura corporal. El pinchazo de una aguja en su pulgar, una gota de sangre, el zumbido de contrapesos detrás de la pared en respuesta, y luego su piel, su carne y su mente se abrieron de golpe al recibir una avalancha de alma de su cuenta de ahorros.

Jadeó, tragó aire y retrocedió tropezando en el ostentoso vestíbulo, con su hijo a su lado, cuyo cabello era negro otra vez, así como sus ojos, y su rostro volvía a tener el color que ella conocía. Los ojos del niño se pusieron en blanco al desplomarse sobre sus brazos.

—¡Caleb! Vamos, Caleb, quédate conmigo.

Los hombres de traje ya habían llegado hasta ella; el hombre grande del corte iba al frente. Los botones metálicos de su abrigo reflejaban la luz.

—Disculpe, señora, ¿puedo ayudarla?

—Soy una invitada de Elayne Kevarian. Habitación 404.

—¿Invitada, eh?

—Llamen a su habitación y compruébenlo. Ella me conoce. Esto es importante.

—Señora, cálmese.

—Estoy calmada —gruñó. A la mierda la calma y a la mierda con él—. Necesito verla. —Parecía desesperada. Estaba desesperada. Era maravilloso sentir otra vez después de que su alma hubiera estado a punto de desvanecerse por completo, pero si no se controlaba la echarían a la calle.

El hombre abrió la boca.

En ese momento, sus perseguidores aterrizaron en el patio.

Mina notó su impacto: no aterrizaron lentamente, no; cayeron con las rodillas dobladas desde el cielo para situarse junto al puesto del aparcacoches, destruyendo las rocas debajo de ellos. Un caballo se asustó y echó a correr. El aparcacoches cayó al suelo. En el instante que transcurrió antes de que una nube de polvo se alzara para oscurecerlos, notó que los cazadores llevaban trajes negros. Uno de ellos se arreglaba las solapas. No tenían labios, pero sí muchos dientes.

Mina no esperó a que el polvo se disipara, ni a que los cazadores emergieran. El impacto y los gritos repentinos distrajeron a los guardias. Levantó a Caleb y corrió hacia la escalera.

Detrás de ella se oyó el estruendo de unos cristales que se rompían.

Temoc arrastró a la centinela de los alcaides silenciosamente; la garganta de la mujer acunada en la curva de su codo. Por encima de ellos, los couatls agitaban sus alas para ganar altitud, volaban en círculos hacia arriba y se escurrían, no había otra palabra para describirlo. Sus formas se alisaron y se desvanecieron. Sus cicatrices ardían y perforaban la hechicería que las ocultaba. Mientras dejaba a la centinela inconsciente en el suelo, vio cómo se zambullían los couatls. Luego, oyó los gritos.

La parte trasera del campamento de los alcaides era un caos de camillas y furgones de encarcelamiento, uno de ellos lleno de manifestantes que sacudían sus barrotes de acero. Éste también estaba vigilado por un par de alcaides, un hombre y una mujer. Arriesgado, aparte de que no le gustaba pelear con mujeres, pero necesitaba sembrar la confusión; además, era culpa del enemigo por enviar mujeres a la guerra.

Golpeó al hombre en la clavícula, que tronó, y el tipo cayó al suelo. Al ver a Temoc, la mujer no lo dudó ni un instante, por todas sus sombras y sus llamas. Lo atacó con su porra y él la esquivó. Volvió a atacar y él volvió a esquivarla, pero esta vez sus manos siguieron las de ella, sujetaron la porra y redireccionó su impulso hacia ella, doblando la muñeca hacia atrás y más allá de su codo, cortando como si su brazo fuera una espada. Ella cayó. Algo en su interior se rompió. El alcaide hombre trató de ponerse de pie a pesar de su clavícula rota. Temoc lo estranguló. Permanecería en el suelo quince segundos. Tal vez. Quedaban unos diez segundos más o menos antes de que la primera centinela despertara.

La cerradura de la jaula estaba hecha de acero. La destruyó con la palma de la mano y abrió la puerta de golpe. Los manifestantes del interior lo miraron

boquiabiertos. Algunos estaban ensangrentados. Heridos. Sorprendidos. Aun así, podían ser de utilidad.

—Causad problemas. Distraedlos para que yo pueda llegar a la plaza.

—Temoc —dijo uno antes de escabullirse hacia la oscuridad de la noche.

Los prisioneros salieron de la jaula y rugieron por su libertad. Uno pateó al alcaide hombre en la cara. La mujer se puso de pie otra vez, ignorando a los prófugos, y corrió detrás de Temoc. Él la golpeó en las costillas, con fuerza. Salió volando un poco antes de golpear una pila de sacos de arena, y no volvió a levantarse.

Se agachó detrás del furgón mientras pasaban más alcaides, atraídos por los prófugos. Cuando se despejó el camino, Temoc corrió hacia la barricada, hacia la plaza Chakal, donde la gente, su gente, la gente por la que había sacrificado su vida, estaba muriendo. Al lugar donde los couatls descendían entre ellos, rapaces e invisibles, ocultos de la vista de todos para incrementar el horror que esparcían entre las personas.

La barricada estaba repleta de alcaides y, aunque algunos estaban distraídos por la fuga, seguían siendo demasiados para pelear con todos a la vez. Más allá de la barricada, la plaza hervía de gente sitiada. Necesitaba llegar al centro, rápido.

El muro de sacos de arena abarcaba dos edificios de ladrillo, cuatro pisos a la izquierda y cinco a la derecha, cada uno repleto de alcaides y personal de apoyo. Una escalera de incendios subía por el edificio que estaba situado a la derecha. Había una alcaide agachada en el piso de arriba con una ballesta de hechicería, y otro que la protegía. Ellos eran su mejor opción.

Llegó a la escalera de incendios de un solo salto. En esos momentos necesitaba más velocidad que un sigilo. Un alcaide cerca de la escalera de incendios trató de detenerlo; Temoc lo empujó contra la pared de ladrillo y éste cayó.

El sacerdote saltó entonces a la escalera de incendios y ascendió dos pisos, tres, subiendo varios escalones de un salto. Ixaqualtil mostraba sus setecientos dientes y sostenía con las garras las barandillas de hierro, extendiéndose desde

su columna dorsal hasta sus extremidades. El dios del asesinato era muy fácil de invocar, hambriento roedor de corazones ocultos.

La alcaide de la ballesta no notó que Temoc subía, ya que estaba inclinada sobre el punto de mira, pero el otro guardia sí se percató. Levantó su porra, gritó a modo de advertencia y se agachó junto a la escalera preparado para golpear.

Temoc no usó el último tramo de escalones. Saltó, disfrutando del uso de la velocidad y la fuerza después de todos esos años de predicar tranquilamente, después de dos décadas de un aburrido opiáceo de alegría. Saltó por encima de la barandilla, saltó otra vez, se agarró a los finos peldaños de hierro que amurallaban el rellano superior y aterrizó en la baranda, detrás del alcaide que había intentado bloquearle el paso. Las puntas de sus zapatos golpearon la parte baja de la espalda, y el hombre cayó en la escalera. La francotiradora se dio la vuelta, apuntando con su ballesta. Temoc rompió el arco de un golpe, y su hechicería salió despedida en forma de fuente de chispas. Con la otra mano, golpeó la mandíbula de la alcaide y ésta cayó.

Subió el último piso hasta llegar al tejado y observó a su gente. Se agitaban de un lado a otro como un océano durante una tormenta, atacados por todos lados y hasta por arriba. En el centro del océano, cerca de la fuente, los couatls peleaban, salvajes y enormes, dispersando a los defensores. Dudaba que la mayoría de los manifestantes se hubiesen dado cuenta ya de la naturaleza de su enemigo.

Tenía que ayudarlos.

Invocó a los dioses. De Qet, el Señor de los Mares, a la muerta Isil. De Ili de White Sails a Tomtilat y el Jorobado y los siete dioses del maíz; de Kozil, Quien Dormía Bajo Tierra, hasta los Señores del Trueno y las Damas del Rayo, los Guardianes del Templo y los Guardianes de Cuchillos. La plaza debajo de él estaba llena de terror, pero también de fe. Y él podía utilizar esa fe.

«Ayudadme, dioses durmientes. Ayudadme, vosotros, que os habéis marchado. Apoyadme. Me habéis dado tanto hasta ahora...

»Tanto como yo os he dado a vosotros.»

Saltó del edificio.

—¡Sí! —El Rey de Rojo dio un puñetazo al aire—. Excelente. Bien hecho, equipo couatl. Mira cómo corren. Deberíamos haber hecho esto hace días. Demonios, deberíamos haber hecho esto en vez de todo ese parloteo en la tienda. Quiero decir, claro que sé que no podríamos haberlo hecho, necesitábamos el contrato, pero, demonios, está bien entablar combate por una vez, ¿no crees?

—Sí, señor —dijo el capitán Chimalli.

Hacía rato que el ambiente en la sala de guerra se había agriado con el olor a sudor y a fideos instantáneos. Los soñadores gimoteaban en sus mesas. Ése era el tercer par que usaban ese día; a los dos primeros se los habían llevado en camillas unas horas antes, e iban balbuceando sobre la oscuridad más allá de las estrellas. La cena había consistido en fideos del economato; habían sorbido sus fideos y habían tirado los botes en cubos de basura que alguien debería haber vaciado hacía horas. El Rey de Rojo solía olvidar que otros tenían necesidades biológicas, y ningún alcaide quería ser el primero en recordárselo. Ya habría suficiente tiempo para la higiene después de la victoria.

—Es decir... ¡Caray! Sé que no estabas aquí en los viejos tiempos, capitán, pero es que ya no podemos hacer este tipo de cosas hoy en día. Las batallas son tan claras... ¡Diablos! Apuesto a que echará de menos ese brazo. Uno pasa tanto tiempo debatiendo cuestiones de estrategia y de ética, los «y si» y los «por qué»... Es como el juego previo. Y entonces llega la oportunidad de hacer algo de verdad y la vida se vuelve tan maravillosamente transparente..., al menos, hasta que el tiempo llega para recoger los pedazos. Dile al equipo cuatro que ataque en cinco.

—Sí, señor.

—Cuatro. Tres. Dos. Uno. Y... ¡bum! Brillante. Destruid esas tiendas de cocina. Quemad las tiendas. Es difícil reponer ese tipo de cosas. Y... Oh, bien. —La imagen en el estanque se deformó y se retorció—. ¡Le hemos dado! El Mayor ha caído. —Soltó una fuerte risa, más bien como una carcajada—. Una brazo-rojo les está dando problemas a tus muchachos, capitán. Oh, olvídalo, ya la han abatido también. ¿Sabes?, casi me alegro de que Elayne no esté aquí. No puedo hablar así cuando ella está cerca.

—Claro, señor.

La imagen en el pozo retrocedió y se detuvo. Se acercó de nuevo. El Rey de Rojo parpadeó.

—¿Chimalli?

—¿Sí, señor?

—¿Qué demonios es *eso*?

El couatl saltó, y Chel rodó sobre su costado. La nariz afilada de la criatura agrietó la piedra detrás de ella. Se puso de pie, sin aliento; parecía una figura de palo dibujada con líneas de dolor. Buscó un arma a tientas. Ya no podía ver al Mayor, había caído. Ojalá siguiera con vida. El aire era denso, lleno de gritos, de humanos, de animales y de pájaros-serpiente.

Entornó los ojos para tratar de divisar algo entre el humo y el sudor que hacía que le ardieran los ojos. Sudor y tal vez sangre también. Las suturas de sus heridas habían reventado, pero sus dedos encontraron el palo de tienda caído. El couatl retrocedió; donde no había fuego, había un vacío corrompido. La bestia se abalanzó sobre ella; Chel se tambaleó y dobló las rodillas, a la vez que blandía el poste con las dos manos apuntando al cráneo.

El poste se rompió.

El couatl inclinó la cabeza hacia un lado, desconcertado, si es que una serpiente podía estar desconcertada. El humo se enroscaba entre sus dientes y bajaba por los suaves conductos de su garganta. Eso sí podía verlo. Los huesos se curvaban y arqueaban la parte superior de su boca, como una catedral del Mundo Antiguo. El viento de carroña soplaba a través de ella, y ella se estremeció ante su fétido peso.

El couatl estaba demasiado cerca como para que Chel lo esquivara. Incluso en su mejor época, no podría haber escapado de sus dientes.

El tiempo se ralentizó. Una luz verde la envolvió. Había oído a algunos amigos que habían estado al borde de la muerte decir que habían visto luces al final de túneles y visiones brillantes y distantes, pero nadie había mencionado ese resplandor verde, calmado y frío, reconfortante y feroz a la vez, como si los dioses hubiesen extendido sus brazos para abrazarla.

Se preparó para morir en aquella luz. Lo bueno era que ya estaba de rodillas,

pensó, y sonrió.

El couatl atacó.

Y Temoc lo golpeó en toda la cara.

Su cabeza cayó de lado y se estampó contra el suelo, seguido del cuerpo de la serpiente. Una de las alas trazó una amplia franja a través del humo. Una figura se desplomó de su espalda: el alcaide, arrojado de su silla. El couatl azotó y siseó. El alcaide, que al fin era visible, rodó por las brasas del campamento destruido.

Temoc estaba a un metro por encima del suelo, brillando con una luz intensa.

Cuando había matado a los no-lobos en el callejón, estaba envuelto por sombras y el destello de sus cicatrices, un hombre elevado por la bendición de los dioses.

Esto era como aquella vez, pero más. Las sombras eran más oscuras, las cicatrices más brillantes, trazando patrones geométricos e iconos divinos por sus brazos, su espalda, sus piernas y sobre su cabeza. Parecía más grande de lo que solía ser, y eso que lo era bastante.

Enroscado en el fuego, el couatl extendió las alas y se abalanzó sobre Temoc, quien se hizo a un lado como si el aire fuese una pista de baile. Su puño salió volando; la mandíbula de la bestia se desencajó con un chasquido. El couatl giró, imposiblemente rápido para un animal de su tamaño, deslizándose más que volando, y envolvió a Temoc en una espiral de torsión, de la cual él se liberó con un empujón de pies y manos y subió a horcajadas sobre la serpiente, con un brazo doblado debajo de su mandíbula, tirando hacia arriba, hacia arriba...

Pero ¿dónde estaba el alcaide?

Chel lo encontró junto a la luz del fuego reflejada en su máscara. El alcaide estaba arrodillado, con una pequeña ballesta alzada en una mano, apuntando a Temoc. La hechicería crepitaba alrededor de la punta del gatillo.

El couatl se resistió a Temoc y perdió. En segundos, su cuello se rompería y Temoc se soltaría. Demasiados segundos. La ballesta tal vez no heriría a Temoc, pero Chel no podía arriesgarse.

Corrió. Las lágrimas provocadas por el humo humedecieron sus ojos. El alcaide apuntó y exhaló.

No había tiempo de rodear el fuego. Saltó por encima de él, con el rostro oculto entre sus brazos cruzados. El calor la rodeó, pero seguía sintiendo dolor; después, salió de las llamas y chocó contra el alcaide.

El hombre cayó.

Así como la ballesta.

Chel y el alcaide rodaron juntos. Ella lo agarró con las piernas y sujetó sus muñecas. Él se resistió. Ella era fuerte, pero él lo era más: su fuerza estaba realizada por hechicería y estaba mejor entrenado.

Esperó el crujido, el estruendo provocado por la caída del cuerpo titánico que indicaría que podía rendirse, que Temoc estaba a salvo, pero no llegó. El batir de las alas y de la cola de serpiente rompió tiendas y esparció chispas. El alcaide presionó con los brazos hacia arriba y, a pesar de que trató de empujarlo con todo su peso, no pudo detener el avance de sus manos, centímetro a centímetro, hacia su garganta. Sus ojos ardieron en los de ella, a través de los reflejos apocalípticos de su máscara. Dedos fuertes, de estrangulador.

Ella metió la barbilla, soltó sus brazos y golpeó el puente de su nariz con la frente. Los huesos crujieron debajo de la máscara. El alcaide maldijo y trató de agarrarla mientras ella se liberaba. El puño de su camisa se rompió, lo que la ralentizó lo suficiente como para que el golpe salvaje dirigido a ella le diera en el costado. Chel intentó ponerse de pie, pero él ya se había levantado, encima de ella. Sus manos rozaron algo, una empuñadura: la ballesta.

La cogió, la colocó entre ellos y la apuntó a su pecho.

Tiró del gatillo.

Relámpagos sin sonido, pero no sin trueno. Su corazón latió dos veces. El aire escapó de sus pulmones. El rayo desapareció en el centro del pecho del alcaide. Las chispas recorrieron aceleradamente su cuerpo, por sus brazos, arqueados entre sus dedos. Incluso así, siguió agarrándola, y ella pensó por un terrorífico segundo que podía ser más que humano.

Él se desplomó.

Ella notó algo húmedo y frío en la mejilla, y algo húmedo y cálido en el pecho. Empujó al alcaide para quitárselo de encima. Yacía tendido y sangrando. Su máscara fluyó como jarabe de mercurio. Debajo, era un hombre quechal de

grandes ojos negros. Mayor que ella, por unos pocos años. Mandíbula ancha y labios gruesos, abiertos como si estuviese a punto de hacer una pregunta.

Chel acercó una mano temblorosa a su mejilla. Cuando la retiró, las puntas de sus dedos tenían un brillo plateado. El frío de su mejilla provenía de su máscara, lloraba. El calor de su pecho, su sangre.

«Oh.»

No era el primer hombre que mataba, se dijo. Había arrojado las suficientes piedras y armas. Era probable que hubiera matado a otros durante su huida esa mañana, cuando había pateado la pared agrietada para derribarla sobre sus perseguidores, cuando había blandido su porra. Ése no era el primero, pero sí era el primero con el que sentía que había sido ella quien había apretado el gatillo. El primero que había muerto encima de ella, con su aliento en su rostro y su sangre en su camisa.

Se oyó un grito proveniente de una garganta inhumana, seguido de un golpe que sacudió la tierra. Chel se vio bañada en ceniza y astillas quemadas. Una de las brasas cayó en el ojo abierto del alcaide, y él ni siquiera parpadeó.

Chel se puso de pie.

El couatl yacía, visible, en los restos de la hoguera de su tienda destrozada: veinte metros de escamas, anillos y alas desplegadas; su enorme cabeza se movía con cierta dificultad. Su lengua bífida se retorció entre las dagas de sus dientes. Temoc estaba de pie a horcajadas sobre la criatura, con los pies bien plantados y cubierto de luz. Respiró. No veía miedo alguno reflejado en él, ni duda, ni impacto por la enormidad de lo que acababa de hacer. No. Ésa no era la palabra correcta. Grandiosidad, inmensidad. La enormidad era pecado: lo que había hecho ella y lo que les estaban haciendo.

Temoc se volvió hacia ella y la vio jadeando encima del alcaide caído. Detrás de él, más explosiones, más couatls volando. Algunos gritaban de ira al ver a sus hermanos muertos. El sacerdote alzó la mano a modo de saludo dirigido a Chel, y ella respondió de la misma manera, o al menos lo intentó. Aún tenía la ballesta en la mano. No la había soltado.

Le quedaban más rayos, uno enfundado de cada lado del eje de la ballesta. Pensó que podría intentar averiguar cómo recargarla.

Bajó la mano.

Temoc no apartó la mirada de ella. Ella parpadeó y él ya se había ido, arrastrado por la lucha.

Chel se arrodilló junto al cuerpo y, con manos temblorosas, colocó el siguiente rayo en posición y lo siguió.

Mina corrió por la escalera, ignorando los sonidos de batalla detrás de ella. El cristal rompiéndose, sin duda se trataba de sus cazadores atravesando las puertas del hotel. Luego otro estruendo, un jarrón destrozado. Sonidos de carne y de metal.

Subió los escalones de dos en dos; el cuerpo de Caleb le pesaba. Ella era fuerte debido a sus largas travesías por el desierto, pero no lo suficiente como para seguir subiendo con él en brazos, no después de todo lo que había hecho esa noche.

—Mamá, ¿qué está pasando?

—Todo va bien —dijo ella, la palabra *bien* entre jadeos para recuperar el aliento.

«No puedes protegerlo —balbuceó la voz en la parte de atrás de su cabeza—. No puedes proteger a nadie, mucho menos a tu hijo. Marcaste a tu hijo. El hijo que su padre trató de destruir. Le fallaste al elegir a ese padre para él. —No obstante, no había tiempo para esos pensamientos—. Sigue subiendo. Arriba, arriba...» El miedo la impulsaba.

Entró de golpe por la puerta que daba al cuarto piso. El suelo estaba cubierto con una moqueta de color azul grisáceo y las paredes con papel pintado blancuzco con rayas verticales anchas. Le ardían los ojos por el sudor, que también empapaba su camisa. Podría haberse exprimido a sí misma como una toalla. Había puertas en ambas direcciones. «Habitación 404. ¿Dónde estoy?»

La puerta frente a ella no tenía número, sólo un pictograma de una máquina de hielo. Corrió hacia la izquierda hasta llegar a una puerta con número: 433. La siguiente era la 431, y seguían así por ambos lados hasta dar un giro brusco a la derecha que hacía que las perdiera de vista. Detrás de ella, probablemente, estaban los números pares. Claro, había corrido hacia la escalera trasera, las

habitaciones de la 01 en adelante debían de estar cerca del ascensor, pero tendría que cruzar por ahí otra vez para llegar a la 404; tal vez debería dar media vuelta, pero había llegado tan lejos, casi estaba allí. «Vamos. No hay tiempo que perder.» Si se daba la vuelta sus perseguidores podrían llegar antes que ella al lugar desde el ascensor, si es que estaban usando el ascensor y no la habían seguido por la escalera, en cuyo caso, si regresaba por donde había llegado, podría...

«Al diablo. Corre. Más rápido.»

Después de otra vuelta, llegó al pasillo donde estaban los ascensores. 411, 409, 407, oyó un «ping» que provenía del ascensor y una flecha que apuntaba hacia arriba se iluminó con una luz fantasmal. «Son ellos... No, podría ser cualquiera. De todos modos, corre.» Las puertas del elevador se abrieron. 405. 403. Se oyó un golpe proveniente del ascensor y de él emergió una gran figura borrosa, una combinación de color negro, marrón y blanco en movimiento, hasta que la figura golpeó la pared con un crujido enfermizo: el guardia de abajo; su rostro era un destrozo sangriento y su camisa también estaba manchada. Sus ojos se pusieron en blanco mientras caía sobre la moqueta.

401.

Mientras corría junto al ascensor, Mina oyó el clic del mecanismo de un reloj, engranajes que rechinaban, ruedas que giraban. No había tiempo de volverse para mirar.

—¡Elayne! —gritó, una advertencia, una súplica, demasiado tarde.

Una mano metálica la agarró del brazo, pero antes de que el apretón pudiera cerrarse, ella se liberó con un sonido que fue entre un grito, un gruñido y un rugido. Golpeó la pared, y también Caleb, que chilló.

402, ya casi estaba.

—¡Elayne! ¡Auxilio!

Detrás de ella se oía el tictac de los engranajes y la cuerda de los resortes, así como movimiento de tela y cuero. ¿Se estaban tomando su tiempo? ¿Jugando con ella? No, más bien la conmoción y el miedo ralentizaban su percepción de las cosas. Dejó a Caleb en el suelo. Él se volvió para mirarla. Algo nadaba en el agua detrás de sus ojos.

—Corre —dijo Mina—. Lo más rápido que puedas. Corre.

Él dio un paso hacia atrás. No había tiempo.

Ella se volvió con las manos en alto.

Dos figuras llenaban el pasillo.

Eran altas, delgadas y no humanas, salvo en su silueta general. Orbes vidriosos de muchas lentes, encaramados en las cuencas de los ojos de unos rostros alargados y burlones, como máscaras para la representación de una tragedia de Mar de Ébano, lisas como cuero pulido y endurecido. Llevaban corbatas y trajes negros. Tenían manos y dedos largos: tres dedos en cada mano y un pulgar, notó en uno de esos repentinos momentos de claridad que atormentan a los atemorizados. Notó también que esos dedos y esas manos eran transparentemente mecánicos, no habían hecho esfuerzo alguno por ocultar sus articulaciones de bisagra. Metal ensangrentado.

Una luz morada parpadeaba a través de sus camisas blancas, bajo sus estrechas corbatas negras, donde habrían estado sus corazones de haber sido humanos. Pero no lo eran. Había un balbuceo enloquecido en la parte posterior de su cerebro.

Ellos no dudaron en actuar.

Y ella tampoco.

Había una pequeña mesa con un helecho morado en una maceta verde al lado de los ascensores; Mina la cogió y la arrojó a la cara del primer golem. O, al menos, lo intentó. Él levantó un brazo para bloquear la maceta, la cual quedó hecha añicos, pero Mina se había acercado justo después de arrojarla y, enseñando los dientes, estaba golpeando a la maldita cosa en su estúpido pecho brillante con todo su peso; no importaba lo fuertes que fuesen, sesenta kilos al centro de su masa los haría tambalearse.

Y así fue, acompañado del gruñido del rechinar de sus engranajes. Ella rebotó del pecho y se sacudió para mantener el equilibrio. El golem tropezó con su compañero, que detuvo su caída con una mano, mientras apuntaba al otro lado del pasillo con la otra, hacia —oh, por todos los dioses— Caleb, frente a la habitación 404, la de Elayne, que golpeaba la puerta y gritaba: «¡Ayuda!». La mano se estiró, los dedos se fusionaron y se separaron, el pulgar se descoyuntó

mientras los huesos de metal se reajustaban para formar una garra de dos puntas dirigida hacia el chico, una garra con grabados en ácido: sigilos, glifos y círculos que formaban espirales a través de extrañas dimensiones que Mina no podía identificar. Las chispas y la carga eléctrica danzaban alrededor de su cuerpo, y se percató en ese momento de que no la habían atacado con un arma mientras volaba, sino que ellos mismos eran el arma.

Se abalanzó sobre el brazo del golem mientras éste disparaba.

Caleb se volvió y alzó una mano; la expresión de su rostro era vacía y distante, como si siguiera dormido, como si hubiese vuelto a caer en el coma del que apenas había logrado salir a medias después de su caída desde los cielos de Dresediel Lex. Sus ojos estaban cerrados y su mano se movió hacia arriba, rápida y lentamente a la vez.

Un rayo salió del arma en dirección a Caleb.

Y Caleb lo atrapó.

El rayo golpeó la palma de su mano y se quedó ahí, danzando entre sus dedos extendidos. Mina golpeó el brazo del golem un segundo después y lo estrelló contra la pared. Los ojos de Caleb se abrieron de golpe y parecían arder desde el interior, tan brillantes como el fuego de un alquimista. Los arcos crepitantes dejaron de danzar entre sus dedos, y más bien fueron absorbidos, saliendo disparados por sus múltiples cicatrices, incontrolablemente brillantes, iluminando a los dioses y los reyes que el cuchillo de su padre había dejado en sus brazos, su pecho, su espalda y sus piernas. Luego, volvió a salir de su mano, no en forma de una carga acumulada esta vez, sino como una sola línea de blanco coherente, una varilla que conectaba su mano al pecho del golem.

La luz se desvaneció con la misma rapidez con la que había ardido, dejando tan sólo una barra de color púrpura en la visión de Mina y un agujero en el pecho del golem, un poco a la izquierda de su corazón brillante.

La criatura tropezó.

Caleb cayó.

Mina corrió hacia su hijo, pero el golem se recuperó enseguida. La agarró, tiró de ella y la golpeó, una vez en la cara y otra en las costillas, tan deprisa que ni siquiera le dio tiempo a levantar las manos para parar los golpes. Cayó sobre

una rodilla al lado de Caleb, sólo para ponerse de pie de nuevo y aporrear al golem en el pecho con ambas manos.

Éste retrocedió un paso e inclinó la cabeza hacia un lado. Se oyó más movimiento de engranajes y ruedas. ¿Acaso se estaba riendo? ¿Los golems eran capaces de eso? Nunca se le había ocurrido preguntárselo.

El segundo golem también se recuperó. La luz púrpura se filtraba por el hueco en su pecho, y se movía despacio, arrastrando el brazo derecho, pero se movía.

Detrás de ella oyó un clic.

El primer golem le lanzó un golpe. Mina se agachó bajo su puño y golpeó a la cosa en el costado; sus nudillos impactaron en las costillas metálicas, bajo el traje.

Y el golem se desintegró.

No se estremeció, no hubo ninguna etapa intermedia: al golpear a la cosa, ésta se hizo pedazos, diez mil fragmentos de metal, engranajes, ruedas, alambres, resortes, levas y pistones desconectados, y el traje rasgado por la fuerza de su explosión. Pero los fragmentos no cayeron al suelo, ni perforaron las paredes con la fuerza de una metralla. Simplemente se quedaron flotando en el aire, todo el golem desensamblado. El segundo, aquel que Caleb había dañado, alzó la mirada y, al realinear sus engranajes, Mina oyó —esta vez no tuvo dudas, como con la risa— cómo gritaba.

Luego, se despedazó también.

Numerosas sombras flotaban alrededor del remolino de metal y la tela rasgada: formas rotas e incipientes de bordes afilados rodeadas por bandas plateadas que giraban, las cuales podrían haber sido luz o metal tan fino que parecía translúcido. Las sombras lucharon, de ellas brotaron tentáculos y pinzas y largos brazos con garras; se tornaron de metal y de piedra y de espejo brillante, pero no podían liberarse.

—Por favor, disculpad mi retraso —dijo una mujer detrás de ella.

Mina reconoció la voz de Elayne Kevarian antes de darse la vuelta y verla, de pie frente a la puerta abierta de su habitación. La hechicera llevaba una bata blanca y su cabello estaba mojado. Unos glifos brillaban en sus muñecas

descubiertas, así como en sus dedos y su frente. Tenía una mano alzada frente a ella, trazando círculos en el aire despacio con el dedo, al compás de las bandas de plata que giraban.

—Estaba en la ducha.

—No importa —respondió Mina débilmente, porque tenía que decir algo—. Gracias.

Elayne chasqueó los dedos dos veces. Las sombras atrapadas en plata cambiaron una vez más: se transformaron en cristal y se despedazaron. Los fragmentos que caían al suelo se convirtieron en vapor. Los pedazos de metal también cayeron, pero éstos no desaparecieron. Cayeron sobre la moqueta con el suave golpeteo de una lluvia de primavera.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Elayne, pero Mina no la oyó.

Caleb yacía a sus pies. Manaba sangre de sus cicatrices y ésta había manchado su bata desde dentro. Con ambas manos, Mina presionó la bata sobre su cuerpo, pero la sangre seguía saliendo. Caleb tosió con un sonido húmedo.

—Necesita ir a un hospital —dijo Elayne, y Caleb empezó a flotar sobre la moqueta como si lo hubiesen subido a una camilla—. Pediré un taxi.

—Otros dos couatls caídos.

—Joder. —El Rey de Rojo golpeó un lado del pozo de visión con el puño e hizo rechinar los dientes—. ¿Qué demonios está pasando ahí?

Bajo la superficie del agua, los fuegos seguían ardiendo, y la plaza Chakal se convulsionaba de dolor. Pero el tempo de las convulsiones había cambiado, irradiando del campo de batalla junto a la fuente hasta los campamentos que estaban más alejados. Una luz brillaba entre las tiendas.

—Los rehenes están a salvo —explicó el soñador—. El equipo siete está saliendo. Llevan a algunos miembros del equipo tres, cuyas monturas han sido derribadas.

—Salid de ahí —dijo Chimalli—. Rápido, y volad alto. —El pozo de visión destelló una vez más, y la imagen se acercó a la fuente de luz: su couatl estaba delineado de verde, y el invasor, el recién llegado, era un punto blanco en movimiento, de forma humana y enorme, cuando se quedaba quieto lo suficiente

como para que pudieran verlo—. Señor, estamos perdiendo couatls rápidamente. Y gente. Ya han caído cinco.

—No podemos retroceder ahora.

—Señor, con el debido respeto. No planeamos esta misión como una batalla. El objetivo era entrar, provocar el caos y salir. Ya hemos derribado a sus líderes. Ya tenemos a los rehenes. Cuanto más tiempo nos quedemos...

—Si no matamos a Temoc, todo lo que hemos conseguido esta noche no habrá servido para nada.

—Planeamos un ataque limpio. No esperábamos una segunda Guerra de los Dioses. Si nos retiramos ahora, podemos decirle a todo el mundo que hicimos lo que fuimos a hacer, que rescatamos a algunas personas y que algunos alcaides salieron heridos en el proceso. Sigue siendo una victoria. Así es como lo verá la ciudad. No sé qué es lo que Temoc está haciendo, pero no hemos logrado provocarle ni un rasguño. Estamos desperdiciando gente buena. —«Mi gente», quiso decir, pero no lo hizo. «Mi gente, que no entró en esta misión equipada para pelear contra dioses y sus seguidores. Mi gente, que está muriendo»—. Ordene la retirada. Reevalúe la situación.

—Debemos reafirmar nuestra victoria —replicó Kopil.

—Esto ya no es una victoria. En este punto, es un empate que podemos disfrazar de victoria. La balanza empieza a inclinarse de su lado, señor. Si sigue adelante, tendrá una retirada entre manos, y no la deseada.

—Cuatro seis y cuatro siete han caído. El equipo cuatro mantiene altitud.

—Piénselo. —«Por favor.»

Kopil gruñó. La imagen en el pozo de visión se acercó a la batalla, hasta que los soñadores se retorcieron de agonía y una forma única llenó el agua: una silueta cubierta de luz, un arma disfrazada de hombre. Un alcaide corrió hacia él, un recluta de Fisherman's Vale que Chimalli había visto de pasada un par de veces, ¿cuál era su nombre? Temoc lo golpeó tan rápido que el soñador no pudo capturar la velocidad de la imagen, y se desplomó.

—Señor —insistió Chimalli.

Una luz verde se reflejaba en la corona del Rey de Rojo. La sala estaba en silencio. Los demás habían dejado de hablar, de respirar incluso.

—Alcaide caído —dijo el soñador.

—Está bien. —La voz de Kopil era suave y aguda—. Está bien. Ordena la retirada. Que regresen todos. Misión completada.

—A todos los escuadrones —llamó Chimalli—. Despegad.

Al principio, Temoc no entendía los vítores. Estaba acabando una batalla a puñetazos sobre el lomo en movimiento de un couatl: un alcaide blandió su porra para tratar de darle en la cara y él le quitó el arma, le dislocó el brazo al hombre, lo golpeó dos veces en el cuello, le rompió algunas costillas de una patada y lo derribó del couatl. Éste batió las alas y se elevó. Sus hermosas plumas destellaban; incluso de noche, brillaban: rubíes, esmeraldas y zafiros de una etérea finura. Consideró romperle las alas, pero decidió no hacerlo. Seguían siendo las aves de los dioses, incluso si habían sido pervertidas por las manos de los hechiceros. Ésas eran las aves de los dioses y ya había matado a muchas ese día.

El couatl estaba ya a tres metros sobre el nivel del suelo y seguía elevándose, como un sacacorchos, en dirección a las nubes. Se bajó y aterrizó en un claro donde solía haber tiendas. Por todas partes a su alrededor oía el rugido de voces humanas; se dio la vuelta, en busca de una nueva amenaza.

Al final, se percató de que no la había. Su gente gritaba de alegría.

Alzó la mirada al cielo. Los couatls volaban hacia el norte. Llevaban prisioneros y heridos, pero se marchaban.

Había ganado. Habían ganado.

Pero ¿a qué precio?

Sintió un repentino toque en la espalda; se estaba haciendo viejo, tanto que no oyó a alguien escabullirse por detrás en una multitud. Se dio la vuelta, rápida y ágilmente, cogió la mano y la retorció, recorrió el brazo conectado a ella hasta la garganta, agarró la tráquea entre su dedo índice y su pulgar...

Cuando sus ojos por último conectaron con el resto de su cuerpo, se dio cuenta de que estaba asfixiando a Chel. Soltó su brazo y retrocedió, alzando las manos entre ellos.

—¡Chel! Por todos los dioses, lo siento.

—No —dijo ella con voz ronca—, no pasa nada. De todos modos no necesitaba esa garganta.

Estaba cubierta de sangre. Tenía un cardenal en la mejilla. Su camisa estaba rasgada y había huellas de hollín en su rostro. La sangre manaba de sus heridas abiertas. También había sangre en su pecho, aunque ésa no era suya. Se notaba. El olor no se correspondía.

En una mano sostenía una ballesta, fabricada por los alcaides, sin rayos. Sus respiraciones eran lentas y profundas. La multitud rugió otra vez, una onda de sonido que la mantenía a flote. Sus labios finos esbozaron una sonrisa.

—Hemos ganado —dijo él.

Ella sonrió.

—Se están retirando. El campamento está a salvo por ahora. Los alcaides se han ido incluso de las barricadas. Gracias a ti.

—Gracias a nosotros.

—No —replicó ella.

—¿Qué pasa? —dijo él—. ¿Cómo están los demás?

—No puedo... —empezó a decir ella, pero decidió no completar la frase. Lo cogió del brazo—. Debes verlo por ti mismo.

Lo guio entre los escombros de las tiendas, entre brasas, llamas y humo, pasando junto a cuerpos aplastados como astillas. Se oían gemidos de los moribundos. El campamento olía a sal y a un enfermizo hedor a carne de cerdo.

El Mayor yacía entre las tiendas quemadas.

Había otros de pie a su alrededor, y su presencia fue un alivio: Bill Kemal estaba allí, y Kapania. Bill estaba abriendo una caja de vendajes mientras Kapania aplicaba unguento. Temoc reconoció al brazo-rojo que estaba junto al Mayor, aunque no sabía cómo se llamaba el hombre. Todos alzaron la mirada y se volvieron para mirar a Temoc. No obstante, no lo saludaron como lo habrían hecho dos días antes, como un amigo y colega. Había asombro en ellos. Lo miraban como si fuese más que un hombre que había abandonado a su familia; como si fuera algo bueno o, en su defecto, algo grandioso.

Se arrodilló junto al Mayor.

Su armadura estaba rota por muchos sitios. El primero habría sido suficiente:

la garra del couatl había perforado la hoja de metal sobre su estómago y traspasado hasta su vientre. El metal roto había empeorado el daño que la garra había causado; sus bordes atravesaban la carne. Pero el Mayor había seguido luchando: había perforaciones en su pechera causadas por el disparo de las ballestas y más hendiduras provocadas por golpes de puños sobrehumanos. El brazo con el que sostenía su espada estaba en un ángulo casi recto. Detrás de su visera, sus ojos destellaban con un tono rojizo a la luz del fuego. La armadura no reflejaba la luz del mismo modo que antes. Por la sangre.

Pero seguía respirando.

—Temoc. —Esa voz no del todo humana—. Temoc...

—Hola —dijo él. No sabía el nombre del hombre moribundo, y no podía preguntarlo ahora—. He vuelto.

—Gracias.

Temoc quería darle las gracias también. El Mayor podría haberle dicho: «Te lo advertí», amonestar a un soldado por abandonar su puesto en tiempo de guerra. Pero dichas palabras le habrían servido más a Temoc que al Mayor, y las necesidades de Temoc no importaban ahora.

—De nada.

—¿El campamento?

—A salvo —dijo él.

—Volverán. Son más fuertes. No sólo los alcaides. El Rey de Rojo vendrá.

—Lo detendremos.

—Necesitas... —Tosió, húmedamente, la tos de un hombre que se ahogaba—. Necesitas fuerza.

—Los dioses están con nosotros.

—Los dioses. —Tosió otra vez—. Los dioses no bastan así como están... Durmiendo.

—Nos han ayudado a luchar contra los alcaides.

—Necesitas más. Sabes que tengo razón.

Tenía razón. Allí arrodillado, mientras la adrenalina de la batalla disminuía, Temoc se sintió más cansado de lo que se había sentido en años. Podría ganar otra batalla como ésa, pero el Rey de Rojo no repetiría su estrategia. No después

de enterarse de que Temoc se había unido a la resistencia en Dresediel Lex. El hechicero aplastaría a la plaza Chakal con toda su fuerza.

—Por eso te necesitamos. Deja que te quite esta armadura. Puedo curarte. Les haremos frente juntos.

—No me necesitas. La gente te seguirá.

—Soy sólo un hombre.

—Ése es el motivo. —Asintió—. Necesitas a los dioses. Despiertos. Los necesitas fuertes. Los necesitas alimentados.

—No —dijo Temoc.

—Es la única forma.

—Dejamos atrás ese camino. A la gente...

—A la gente no le importa la teología. Son pasión, miedo e ira, y necesitan a los dioses para alimentar esa pasión, aliviar el miedo y avivar esa ira. —El Mayor cogió el brazo de Temoc con uno de sus puños enguantados y lo apretó. Las placas de sus dedos tiraron de la camisa de Temoc, y la sangre en sus manos dejó una mancha entre las otras manchas—. Además, no me queda mucho tiempo de cualquier modo.

—Yo puedo salvarte.

—Durante uno o dos días, hasta que muera. Pero puedes hacer algo mejor. Puedes darme un significado.

Era una blasfemia proponer siquiera algo así. Bueno, no una blasfemia. Los dioses exigían sacrificios. Pero Temoc había predicado otro camino durante veinte años, predicado sobre el sacrificio en cuerpo vivo. Alimentar a los dioses y vivir del modo en el que el mundo moderno aún se lo permitía.

No obstante, había ido allí a defender a esas personas, a las que el mundo moderno no les permitiría vivir mucho más. Se había puesto en contra del Rey de Rojo, como lo había hecho décadas antes, cuando luchó contra los hechiceros en los cielos de Dresediel Lex. Y esa noche había entregado su hijo al servicio de los dioses del modo antiguo, con cicatrices, sangre y ritos sagrados.

¿Se había mentado a sí mismo todos esos años con la idea de que era posible recorrer un camino distinto? ¿Con la idea de que podía llegar a un acuerdo de paz con el Rey de Rojo, con la creencia de que todo lo verdadero y lo bueno en

la vida quechal sobreviviría cuando las pirámides se convirtieran en edificios de oficinas y los viejos calendarios cedieran su lugar a los nuevos?

—No esta noche —dijo al fin—. No hay eclipse. Los dioses no recibirán un sacrificio fuera de su ciclo.

Sabía que la excusa era débil incluso antes de decirla, antes de que el Mayor se riera.

—Los dioses no se han alimentado en cuarenta años. Perdonarán lo que haga falta con tal de comer.

—Esto pondrá a todos en nuestra contra. A toda la ciudad.

—Ya están en nuestra contra de todos modos.

—No puedo.

—Temoc.

—Hemos llegado tan lejos... —Su cabeza estaba inclinada cerca del casco del Mayor, al que apenas le quedaba voz para hablar.

—Dame mi muerte.

Cuchillos en la oscuridad. Mina le había gritado. Su hijo, sangrando, en la cama. Y ¿cuántos habían muerto en las últimas horas? Había estrangulado a un couatl con sus propias manos, en el aire. Ya se había unido a la batalla.

Se agitaban dentro de él, debajo de él, alrededor y por encima.

«¿Tiene razón?»

No obtuvo ninguna respuesta que él pudiese oír. El simple hecho de hacer la pregunta era una señal de orgullo. Podemos saber la voluntad de los dioses a través de nuestras acciones.

La respiración del Mayor se hizo más pesada. La muerte ejercía su peso sobre él.

—Pronto, ahora.

Temoc deslizó las manos bajo la espalda del hombre. El metal estaba pegajoso por la sangre. Lo levantó y descubrió que era más ligero de lo que esperaba. Las placas metálicas tintineaban mientras él acunaba el cuerpo. El Mayor dejó escapar un gemido, tan débil que apenas lo oyó.

—¿Temoc? —dijo Bill Kemal, arrodillándose—. ¿Qué sucede?

—Ha pedido que ponga fin a su vida —respondió Temoc—. Se lo concederé.

Él lo entendió. Estaba pálido, y contemplaba a Temoc como si lo viese por primera vez, o como si se diera cuenta por primera vez de lo que siempre había sido.

Él se volvió para mirar a Chel.

—Reúnelos.

—¿A quiénes?

—A todos.

—Todas las fuerzas retiradas —dijo el soñador—. Se confirma que los equipos uno, dos, tres, cinco y ocho están a salvo. Recuperando dos posiciones aseguradas. Esperando órdenes.

—Son los últimos —señaló Chimalli—. Hemos terminado.

—Puedes irte —dijo el Rey de Rojo—. Si lo deseas. Quiero ver cómo se desarrolla esto.

—Tendrá las opciones para el ataque de mañana sobre su escritorio a las cuatro de la madrugada.

El esqueleto se asomó al pozo de visión.

—Temoc lleva al Mayor hacia las esteras de oración.

—Eso no tiene sentido —repuso Chimalli—. El Mayor no ha demostrado nunca tener inclinaciones religiosas.

El Rey de Rojo no respondió.

—Personalmente, estoy a favor del aturdimiento —se atrevió a decir Chimalli—. Hay algunos riesgos para la salud, pero podemos neutralizar a la multitud con daños mínimos para nuestra gente. Y es memorable. Todos en la plaza Chakal sabrán que, si trabajan con el sistema, estarán protegidos, y que, si intentan pelear, sólo quedarán como unos tontos. Se darán cuenta de que las manifestaciones son un regalo que les permitimos, no un poder que poseen. Y fomentaremos la reputación de resolver situaciones peligrosas de manera apacible. —Ninguna respuesta. Siguió hablando, con la esperanza de obtener algo—: Podríamos dejar ir a la mayoría de las personas. Encarcelar a los líderes, juzgarlos. Todos los demás despertarían en sus propias camas, en casa.

—Chimalli —respondió el Rey de Rojo—. Por favor, cállate. Y observa.

—¿Señor?

Uno de sus dedos esqueléticos apuntó hacia el agua. El capitán sabía que

debía de estar equivocado, que había bebido demasiado café o había pasado demasiado tiempo en esa sala, con ese olor espantoso, pero creyó ver su dedo temblar.

—Están tomando la decisión por nosotros.

Temoc colocó al Mayor en el altar improvisado.

El humo se alzó y el fuego ardió. El calor floreció en su piel. No era un arma en ese momento. Sólo un sacerdote, con una labor por delante.

Miles se reunieron para observar. Heridos, chamuscados, rotos, cegados por el cansancio, se arrodillaron en las esteras de hierba o cerca de ellas.

No todos acudieron. Algunos permanecieron vigilando las barricadas, otros se quedaron a apagar incendios y a reconstruir el campamento destruido. Pero, aun así, eran muchos. Chel estaba de pie junto a Temoc. El altar apenas sostenía el peso del Mayor, de su armadura y de su carne.

No había hablado desde que Temoc lo había colocado ahí. Su respiración se había acelerado más aún.

Temoc pronunció las palabras de los dioses.

Qet, Señor de los Mares, Ixchitli, Moldeador del Sol.

Las Gemelas dieron una parte de sí mismas cuando el sol, su padre, murió.

Sí, dieron una parte de sí mismas, amamantaron serpientes con su sangre.

Las serpientes lactantes se convirtieron en el mundo y, al convertirse en el mundo, se convirtieron en un puente.

Un puente entre hombre y dios, un puente entre nuestro mundo y el siguiente.

Los dos unidos, cada uno informando al otro.

Sangre por sangre, hambre por hambre.

Sed por sed resarcida.

Y así siguió la letanía, palabras que había oído por primera vez en su juventud y había pronunciado tantas veces desde entonces, palabras que llegaban con facilidad a sus labios pero caían pesadamente de ellos para golpear el aire como el badajo de una inmensa campana.

La gente observó. Él sintió su fe, su miedo, incluso lo vio al cerrar los ojos, un mar verde que podía inhalar, hacer parte de él y ofrecer como ofrecía ese sacrificio, ese ser humano dispuesto, a los poderes que los habían formado a todos.

El terror del Mayor creció al encarar a la muerte. Sin importar que hubiese suplicado por ello. El miedo seguía ahí, y Temoc seguía siendo el hombre que sujetaba el cuchillo.

Lo levantó: no el cuchillo de hoja de cristal negro que estaba reservado para sacrificios en Quechaltan y para la creación de nuevos Caballeros Águila. Encontró un cuchillo más simple con una hoja de acero. Funcionaría. Ése no era un gran altar, santificado por generaciones, pero a todo altar le llegaba el momento de recibir sangre por primera vez.

Él mismo había negado esa verdad durante mucho tiempo.

Pocos entre el público podían entender la oración en alto quechal. Incluso en los viejos tiempos, cuando cientos de miles se reunían para presenciar la muerte que hacía renacer al sol, eran pocos los que lo entendían.

—Los dioses nos exigen a todos que entreguemos lo que nuestra fuerza nos permita —dijo en kathic—. Y a nosotros, los pocos afortunados, se nos convoca a dar nuestros corazones.

Se inclinó sobre el Mayor, que yacía boca abajo. «Inconsciente», pensó Temoc, hasta que oyó la voz del hombre:

—No dejes que me vean.

—No lo haré —respondió él.

Temoc cogió la pechera del Mayor y arrancó el acero. Los dioses le dieron fuerza. La armadura se abrió ante él como los pétalos de una flor, alzándose para oscurecer su cuerpo.

Llevaba una camisa de cuero gruesa bajo su armadura improvisada, pero eso no podía ocultarlo del mismo modo que lo hacía el metal. Temoc no dijo nada, sólo dudó mientras cortaba el cuero para que no estorbara. Pero el Mayor... o, mejor dicho, *la* Mayor lo cogió nuevamente de la mano, fuerte en su último aliento.

—Hazlo.

Él alzó el cuchillo.

Oyó la respiración de Chel a su lado, pero nada más en medio del silencio. Su brazo temblaba por encima de su cabeza. Cambió el agarre del cuchillo y empujó hacia abajo.

Golpeó con rapidez. El esternón se rompió, como debía ser. No hubo grito alguno. Los músculos de la garganta del Mayor se bloquearon, asfixiando su alarido.

Los dioses se alborotaron. Sus rostros estaban presionados contra la malla del mundo y una infinidad de ojos lo observaban. Bocas abiertas y hambrientas. Conocía sus nombres, conocía cada diente. Esperaban que su hijo les ofreciera un regalo. Sin importar que no fuese un sacerdote digno, que el regalo en sí mismo estuviese por debajo de su fulgor. El tiempo era un solo grito, una sola respiración. Dioses y hombres temblaban al filo del cuchillo; una sola gota se balanceaba hacia la eternidad mientras el arma bajaba, la sangre fluyó, los ojos divinos se abrieron, y el mundo entero suspiró al unísono y fue, como siempre, salvado.

Temoc notaba el corazón del Mayor resbaladizo en su mano.

Su pueblo exclamó en éxtasis cuando lo sostuvo en alto.

Y los dioses estaban dentro de ellos y con todos ellos.

Los cielos se abrieron. Las nubes artificiales se desvanecieron. A lo largo del Skittersill, las luces fantasmales y los fuegos se apagaron. La noche cayó sobre sus rostros y, sobre sus cabezas, todas las estrellas brillaron.

El Mayor yacía debajo, un envoltorio vacío.

El pozo de visión resplandeció y luego se apagó. El agua se meció contra las rocas robadas.

—¿Qué demonios...? —dijo Chimalli.

El Rey de Rojo alzó la mirada. Aunque, claro estaba, Chimalli jamás habría dicho eso en voz alta, su jefe parecía furioso, soberbio: un niño genio frustrado.

Ya era suficiente.

Sus ojos ardían, como siempre, pero con más intensidad, en la oscuridad que los rodeaba.

El Rey de Rojo era antiguo, indomable, inhumano. Más, y menos. Era una mente de cuchillas frías que trillaba al mundo de su paja.

Había estado durmiendo.

Y, ahora, despertaba.

—Mañana —dijo Kopil— avisa a Elayne.

El hospital Gracia y Misericordia estaba desbordado de heridos y moribundos. Los couatls sobrevolaban la azotea depositando alcaides heridos y luego volando de nuevo al sur para recuperar más. Cuando Elayne llegó en el taxi con Mina y Caleb, que continuaba sangrando, los guardias de seguridad trataron de despacharla. Ella les gritó, mencionó el nombre de la doctora Venkat, y finalmente se dirigió hacia los ascensores. Mina la siguió, muy tensa y en silencio. Caleb iba flotando entre ellas, envuelto en toallas para detener el sangrado.

Encontró a Venkat en la sala de traumatología. Parecía que la doctora no hubiese dormido desde la última vez que Elayne la había visto. Su bata blanca estaba manchada de sangre.

—¿Tiene idea de todo el trabajo que tenemos?

—Uno más —dijo ella mientras señalaba al niño—. Morirá si no lo ayudan.

—Al igual que otros veinte en esta misma sala.

—Su padre —señaló Elayne— es el líder de la revuelta. —Mina dejó escapar un sonido ahogado, que ella ignoró. No había tiempo para sutilezas—. Es valioso.

—Todos son valiosos.

—Quiero decir que es valioso para el Rey de Rojo.

Venkat guardó silencio.

—Es mi hijo —terció Mina—. Ayúdelo. —Ya no quedaba emoción alguna en su voz.

En el trayecto al hospital no había podido contarle a Elayne la historia completa, pero los elementos más importantes habían salido a relucir. El chico marcado por el cuchillo de su padre. El antiguo linaje llevado a una nueva generación. El palatinado del guerrero entregado a un niño que no estaba listo

para el dolor y el deber que prometían esas cicatrices. El último intento de Temoc por proteger a su hijo de un mundo que lo oprimiría con más fuerza ahora que llevaba esas cicatrices. Pero Caleb se había salvado a sí mismo y a su madre en el hotel. Tal vez eso era suficiente para justificar la carga que debería llevar.

—Por aquí —dijo Venkat, y las guio por un laberinto de sangre y gritos, quirófanos en los que diversas campanas seguían el ritmo de varios corazones acelerados, hasta una pequeña habitación blanca con una cama blanca donde colocó al niño. Le quitó sus vendajes improvisados, le administró anestesia para el dolor y se puso a trabajar. Incluso con la droga, el toque de la doctora hacía que Caleb se retorciera. Venkat le gritó a una enfermera, enumerando químicos y talismanes, algunos que Elayne recordaba de las tiendas de traumatología durante las Guerras.

La abogada trató de sacar a Mina de la habitación, pero ella se negaba a marcharse.

—Esto no será rápido —dijo Elayne—. Ni agradable.

—Me quedaré —replicó ella.

Elayne dio tres vueltas por el hospital. Nadie trató de detenerla. Deambulando sin un niño que cuidar, pudo analizar la estructura del edificio, aislar en su mente la arquitectura del laberinto de pasillos, identificar los quirófanos y las salas de recuperación. Se sirvió una taza de café de una cafetera que estaba detrás del puesto de enfermeras y bebió. El hospital olía a sangre, a antiséptico y a grasa quemada. No era la guerrera de Kopil o su general. Su hechicera, solamente, su representante en un asunto que ya se había resuelto.

El café sabía fatal. No era culpa del café. Hasta la ambrosía habría tenido el mismo sabor.

Regresó a la sala donde se encontraba Caleb una hora después, para encontrarse con que la doctora se había ido y con el chico vendado, con suturas, sedado y dormido. La habitación tenía un aroma cuidadoso y neutro de malos olores que había sido limpiado con hechicería.

Mina estaba sentada junto a la cama, y no levantó la mirada cuando Elayne pasó por su lado.

Sirvió dos tazas más de café y volvió. Mina aceptó la taza sin mirarla, bebió y

no dijo nada.

Elayne se sentó a su lado. Un metrónomo medía los latidos del corazón de Caleb. Podría haber bailado a ese ritmo, aunque le faltaba swing. Había un tubo metido en su nariz, conectado a una bolsa que se inflaba y se desinflaba con cada respiración.

—Han tenido que sedarlo mucho —dijo Mina espontáneamente—. Han usado el tubo porque, de lo contrario, podría olvidarse de respirar.

Elayne bebió su café y escuchó.

—Me han preguntado qué debían hacer. Soy su madre, así que me lo han preguntado. No he sabido qué decir. —Bebió un trago—. Lo he llevado en brazos por toda la ciudad. He luchado por él. Hemos estado a punto de morir. Y no he podido hablar cuando me lo han pedido.

—Ellos ya saben qué es lo que deben hacer —repuso Elayne—. Te lo han preguntado porque estabas ahí, para hacerte sentir mejor. No te culpes.

—Y ¿a quién debería culpar, si no?

—A Temoc.

—Yo me casé con él.

—De no ser por eso, este chico ni siquiera existiría.

—Lo sé.

—Caleb está a salvo. Nadie vendrá a por él.

—¿No vendrán más cosas de éstas?

—Golems asesinos —dijo ella—. Formas mecánicas animadas por demonios atados. Muy caros. No nos gusta darles a los demonios órdenes de matar, siempre sobrepasan los límites que se les ponen. Son difíciles de rastrear, pero difíciles de reemplazar también. No creo que veas ninguno más. En fin, creo que éste es el lugar más seguro donde puedes estar de todo Dresediel Lex, si no estás bajo el cuidado del Rey de Rojo.

—No acudiré a él.

—No lo he sugerido.

—Ha tratado de matarnos.

—La golemetría no es su estilo. Le gusta ponerles su toque personal a las cosas. Y ¿qué ganaría él matándoos?

—Llegar hasta mi esposo.

—Lo que sólo conseguiría que Temoc se enfadara. Créeme, el Rey de Rojo estaba feliz de que Temoc hubiera decidido quedarse en casa durante el sitio. Quería que tú y tu hijo estuvierais a salvo. Cuando se entere de esto, algunos alcaides perderán sus máscaras.

—Y ¿eso mejora en algo la situación?

Elayne reflexionó durante un momento.

—No.

—Estoy cansada —dijo ella.

No por primera vez en su vida, deseó que hubiese alguna manera de asomarse en la mente de otra persona sin dañar la mente en cuestión. Mina había visto a Temoc volver a la guerra, había visto su rostro antes de correr. Mucho dependía de él ahora: dónde estaba, lo que había hecho. Elayne deseaba perforar la mente de Mina hasta que llorara.

—¿Quieres más café?

—No —dijo Mina—. Me vendría bien una almohada. Y una manta. Hace frío aquí.

Elayne no lo había notado.

—Encontraré una. Que duermas bien.

No hubo respuesta.

Se marchó, y pasó como quince minutos buscando a una enfermera que no pareciera demasiado ocupada como para interrumpirla. Mientras las manecillas del reloj avanzaban hacia la medianoche, llegó a la conclusión de que era muy posible que aparentar estar demasiado ocupadas como para ser interrumpidas fuera un mecanismo de supervivencia para las enfermeras.

Regresó al lugar donde estaba la cafetera, con la esperanza de que alguien pudiera indicarle dónde se encontraba el armario con la ropa de cama. Había un hombre canoso sentado detrás del mostrador, trazando palabras incomprensibles en los espacios en blanco de formularios igualmente incomprensibles. Se aclaró la garganta.

—Disculpe...

Ni Elayne ni el enfermero habían hablado. La nueva voz, que provenía de

detrás de ella, pertenecía a una mujer elegante que llevaba un traje de color carbón y que estaba de pie en un rígido estado de atención. Los mecanismos de la mente de Elayne giraron despacio.

—¿Te conozco?

La mujer asintió.

—Sí, señora. Trabajo para Rey de Rojo Consolidado.

—Desde luego. Estabas en la reunión. La mujer que era buena con los números.

—Sí, señora. —Sacó un fino pedazo de pergamino doblado y sellado con una calavera de ojos estrellados en cera roja.

—¿Eres una mensajera?

—El jefe quería que se le entregara esto en persona.

—Gracias.

Elayne abrió el sello con tan sólo entornar los ojos y leyó el mensaje que contenía el pergamino.

Lo leyó de nuevo y sintió que la mensajera la observaba.

El ataque ha fracasado. Han recurrido a los sacrificios humanos. Mañana acabaremos con ellos. Ven a ver. Ven a ayudar.

La firma del mensaje era una calavera con tinta roja o sangre humana.

—Gracias —dijo—. Puedes irte. Lamento que te haya enviado. Es tarde para estar haciendo encargos.

—¿Qué respuesta debo darle?

—¿Ha pedido una respuesta?

—No.

—Entonces, ninguna aún —dijo mientras doblaba la carta—. Nada, por ahora.

Detrás de sus ojos, el fuego se apagó.

Las tres de la madrugada. Elayne no podía dormir, y había dejado de fingir que podría hacerlo. Deambulaba por el hospital, de una habitación llena de sangre a otra. Se percató de que aún tenía la carta del Rey de Rojo en la mano, y de que le daba vueltas y recorría el suave pergamino con la punta de los dedos. La guardó en el bolsillo de su camisa.

No habría más negociaciones, no más estrategias astutas. El amanecer llevaría consigo el fin. Así era también como Kopil había luchado en las Guerras. Maniobras, trampas elegantes y, cuando todo eso fallaba, fuerza aplastante.

Mina estaba en la habitación con Caleb. Había tardado mucho en quedarse dormida. Finalmente, la doctora Venkat le había dado algo. Había juntado tres sillas y se había tumbado encima de ellas, bajo la áspera manta de hospital que Elayne le había conseguido. Su cabeza reposaba sobre una almohada de relleno sintético. Su mano se encontraba junto a su rostro, doblada como una garra. Mientras Elayne la observaba, los dedos se suavizaron, luego se cerraron otra vez, y sus uñas arañaron el cojín del asiento.

Caleb había dejado de sangrar. Sus párpados seguían cerrados, ocultando sus ojos. Demasiados medicamentos para soñar.

Elayne los dejó para que descansaran.

No era la única que estaba despierta. Las enfermeras estaban haciendo sus rondas, así como los médicos; pasos rápidos, tablillas sujetapapeles en la mano, con un olor a café malo. Una enfermera se ofreció a pedirle un taxi a Elayne, y ella rechazó el ofrecimiento. La doctora Venkat recorría los pasillos, pero más que caminar parecía que salía disparada por ellos, como una tormenta; su ceño se iba frunciendo más conforme la noche avanzaba. Elayne vio de reojo cómo la doctora se tragaba dos pastillas sin agua. No obstante, eso no era asunto suyo. Ella era una sombra en un edificio que odiaba las sombras.

Al rato, fue a la habitación donde yacía Tan Batac.

Desde la puerta no alcanzaba a ver su rostro, sólo el cuerpo, una protuberancia bajo las tiasas sábanas blancas, con sus dedos gordos sin sus anillos de costumbre. Era un hombre grande para su compleción, pero una piedra pequeña que había podido causar una avalancha de una gran magnitud. Incluso si despertaba curado, nada cambiaría. El fuego llegaría, la gente de la plaza Chakal moriría. Un hombre con un rifle y todo se desmorona.

El milagro no era que la muerte de un hombre pudiese desatar un conflicto así; el milagro era que, por un breve tiempo, la perdición había parecido algo eludible, que la plaza Chakal podría haber terminado en paz si Tan Batac no hubiese estado en la trayectoria de una bala.

Nunca sabrían quién había tratado de matarlo. Tal vez el asesino ya había muerto en las revueltas o en el asalto de los alcaides. De lo contrario, al día siguiente por la tarde estaría muerto.

Entró en la habitación.

La cara de Batac se veía tan redonda como siempre y sus mejillas sonrosadas. Las máquinas medían su lento pulso durmiente. Sus pestañas eran más largas de lo que recordaba. Tampoco había movimiento detrás de los párpados, y no era de extrañar: había más medicamentos en su cuerpo que en el de Caleb. Ésa era la forma de su rostro sin un alma que le hiciera de titiritera. Y, aun así, sus labios esbozaban una leve y suave sonrisa.

—Parece muy tranquilo, ¿verdad?

Al oír la voz inesperada, Elayne se dio la vuelta de golpe y alzó las manos envueltas en fuego. El hombre delgado de traje negro estaba sentado y absolutamente quieto, como un conejo que acaba de divisar a un cazador. Sus grandes ojos reflejaban sus llamas.

—Lo siento. —Una lengua rosada se movía entre los labios del hombre delgado y volvía a esconderse sin humedecerlos—. Debería haber dicho algo, creí que me había visto. Es decir, por lo general paso desapercibido, pero parecía usted tan seria que no quería molestarla. —Sus dedos temblaban y golpeteaban contra su maletín de cuero—. Lo siento —insistió.

Ella extinguió el fuego y pasó los pulgares por las solapas de su chaqueta,

tratando de reordenar sus pensamientos.

—No se preocupe. Estoy nerviosa. Los últimos días han sido estresantes.

—Lo sé —dijo él—. Bueno, no quiero decir que sepa por lo que está pasando, no me atrevería a adivinarlo. Es sólo que han sido difíciles para mí también.

—Vino usted a ver a Tan Batac el primer día. Purcell, de Aberforth y Duncan.

—Sí —dijo él, y añadió—: Jim —con la inflexión de una pregunta, y extendió la mano.

—Elayne. —Tenía el apretón de un hombre que ha practicado sus saludos con un entrenador—. ¿La doctora Venkat no te ha echado?

—No. Bueno, no le hacía mucha gracia que me quedara. Y ha estado muy ocupada. Pero su familia me dio una exención, y le dije que no tendría que preocuparse por mí, que podía arreglármelas solo, y soy bastante discreto en realidad.

—No hace falta que lo jures.

—Me lo dicen a menudo. Siento si he interrumpido algo...

—Nada importante —dijo ella, y se sentó—. Miedos y preocupaciones, eso es todo. Ésa es la parte graciosa de la historia.

—¿Hay algo gracioso respecto a la historia?

Ella se rio.

—Cuando era una mujer joven, me consideraba un actor, alguien que movía el mundo. Y lo era. Pero, cuanto más envejezco, más pienso que todo lo que creía haber hecho según mi voluntad en realidad lo hice por fuerzas que escapaban a mi control. Cuanto más me acerco al centro del río de la historia, más me arrastra la corriente. En mi juventud, destruí dioses, y mi poder ha crecido desde entonces. Pero el poder es una herramienta del tiempo, no mía.

—No sé mucho sobre eso —repuso Purcell—. La gente siempre me ha dicho qué hacer, prácticamente toda mi vida, y otras personas les dicen a ellos qué hacer a su vez, e incluso los que les decían a todas esas personas qué hacer parecían no tener mucha elección al respecto. —Golpeteó el maletín de nuevo, un tamborileo doble—. Hacemos lo que podemos.

—Pero no parece ser suficiente, ¿verdad?

—No. Sin embargo, a veces, cuando el mundo se está derrumbando, lo mejor

que puedes hacer es sentarte en la habitación de un enfermo y esperar a que tu cliente despierte para que pueda firmar unos papeles.

—¿Por qué estás aquí, Jim? No conozco Aberforth y Duncan.

—No somos un despacho de hechicería en sí —explicó Purcell—. Somos una compañía de seguros. Cualquier cosa que desees proteger, nosotros la protegemos por un precio. Incluso tenemos una subsidiaria protectora de ídolos fuera del archipiélago Skeld, si quieres ir un paso más allá. En cuanto al motivo de mi presencia aquí, bueno, no debería hablar de ello. Son tiempos difíciles y todo eso, ya sabes.

—Tal vez pueda ayudarte —dijo ella—. He hecho muy poco en los últimos días.

—No sé qué podrías hacer, a menos que puedas despertar al señor Batac, y la doctora Venkat dijo que nadie podía hacerlo más que él mismo.

—Necesitas su firma.

—Básicamente —asintió él—. Modificaciones de urgencia en una póliza existente.

—Y ¿tus jefes están de acuerdo con que esperes en la habitación de un enfermo durante tres días para obtener una firma? Debe de ser una póliza muy grande.

—Oh, sí.

—¿De qué se trata? ¿La mansión de Batac?

—No exactamente.

—Yo lo represento, ¿sabes? —dijo Elayne—. Y al Rey de Rojo. Si hay algo que necesite saber, dímelo. Sobre todo si es urgente.

—Bueno... —Purcell se movió en su silla.

—¿Qué estás asegurando?

—El Skittersill —respondió al final.

El hospital Gracia y Misericordia empleaba hechicería de primera para mantener el aire frío y la temperatura estable. Un equipo de climatólogos podían recorrerlo de las cocinas a la azotea sin toparse con la más mínima fluctuación en la temperatura. No obstante, la hechicería debía de estar fallando, porque Elayne registró un descenso de varios grados.

—El Skittersill.

Purcell sonrió con el alivio de un hombre honesto que lleva guardando un secreto demasiado tiempo.

—Claro. Una de las muchas funciones de la Coalición de Ciudadanos del señor Batac es negociar el seguro de la propiedad conjunta y la protección de los terrenos que el grupo tiene en el Skittersill. Un setenta por ciento de los bienes raíces locales alrededor de la zona de la plaza Chakal.

Lo que ella ya sabía. Lo que ella sabía perfectamente. Oh, por los dioses... Cinco minutos antes había estado hablando del río de la historia. Ahora lo sobrevolaba, observando el patrón de sus afluentes, sus cursos y sus canales, que habían sido escarbados para dirigirlos.

—Estás aquí por el acuerdo. El convenio de la plaza Chakal.

—Por supuesto. Contactó con nosotros desde el primer día, con todas las estipulaciones de los nuevos contratos de protección y seguros. —Cinco días antes. Antes de la revuelta. Antes de que propusiera la necesidad de contratar seguros en la reunión—. Más restrictivos que de costumbre, más extensos. Los acuerdos de la plaza Chakal anularon muchas de las prestaciones de nuestra antigua cobertura, como entenderás. El señor Batac quería asegurarse de que no hubiera ninguna brecha.

Que no hubiera ninguna brecha... ¿o que pareciera no haber ninguna?

—Sin duda, otra persona de la Coalición de Ciudadanos podría firmar en su lugar.

—Es poco ortodoxo. La coalición asegura que Batac es el único autorizado para firmar. Bajo los términos del acuerdo, es posible que Aberforth y Duncan tuviera que hacerse responsable de los daños que el Skittersill sufriera durante el lapso de la cobertura si no hacíamos «todo lo posible», me parece que ésas eran las palabras, para asegurar la firma del señor Batac. Así que aquí estoy.

—Durante el lapso de la cobertura —repitió ella—. Que empezó cuando firmamos los acuerdos.

—Los acuerdos anulan la cobertura existente. —Asintió—. Imagino que mis jefes se alegrarán de que esté inconsciente. Mi compañía no está muy convencida de comprometerse con una cobertura tan amplia bajo las condiciones

actuales. Aquí, entre nosotros, estoy seguro de que, si no fuera por la disposición de hacer todo lo posible, me habrían ordenado que me fuera a casa hace mucho. Estamos más contentos recolectando las primas nuevas y más altas del señor Batac que cubriendo tantos daños, como entenderás. Son sólo negocios. No he estado allí en persona, pero tengo entendido que los daños ya alcanzan los miles de almas, y eso sin contar las cláusulas de prevención y protección.

Decenas de miles, más bien. Y al día siguiente, cuando el Rey de Rojo azotara al Skittersill con su venganza, esa cifra se multiplicaría, mientras Tan Batac yacía allí, sonriendo a pesar del agujero en su intestino.

La sonrisa no había cambiado, pero ahora parecía más siniestra.

—Purcell. —Elayne se puso de pie—. Sígueme.

—Tengo que quedarme aquí. El señor Batac...

—Pediremos que un enfermero nos avise si despierta. Tengo un amigo que necesito que conozcas. Tal vez él pueda ayudarte con tu problema.

—Es tarde. ¿Crees que esa persona estará despierta?

—En realidad, no duerme, ya no. Ahora ven o tendré que arrastrarte.

Purcell se volvió para mirar alrededor de la habitación, buscando alguna excusa para quedarse, o tal vez un asidero en caso de que ella cumpliera su amenaza. No encontró nada.

—Mis jefes...

—Pueden esperar. Tenemos una ciudad que salvar.

Elayne caminó rápidamente hasta el ascensor y golpeteó el suelo con el pie mientras los números ascendían. Cuando las puertas se abrieron, entró, tiró de Purcell y presionó el botón de la azotea. «Espera, Temoc —pensó, como si la mera fuerza del pensamiento o la voluntad pudiesen enviar sus palabras volando por el espacio—. Espera.»

En su cama, en su habitación vacía, Tan Batac seguía sonriendo.

La gente de la plaza Chakal dormía, y los dioses caminaban entre sus sueños.

Temoc estaba de rodillas frente al altar, escuchando.

En la calle Bloodletter había un chico que sostenía un palo tachonado de clavos mientras montaba guardia y bebía tequila de una petaca de acero pulido. El fuego de la bebida se aceleraba al tiempo que descendía por su garganta.

—No lo acapares —dijo el hombre que estaba junto a él—. Pásalo.

El chico bebió otra vez y pensó en su hermana, que le había advertido de los riesgos de unirse a la protesta de la plaza Chakal, que le había dicho que la familia lo necesitaba, que sólo le esperaba la muerte si se enfrentaba al Rey de Rojo. Terminó el trago, recibiendo más fuego en el estómago. Había muerto esa noche, casi: un palo roto lo había atravesado, y la sangre no dejaba de manar de su herida. Pero entonces, el couatl se había retirado, y los cielos se habían abierto, así como la tierra, y él había oído una voz como la de su padre, pero más grande, más vieja y más profunda, con palabras en un idioma que no conocía pero al cual su cuerpo respondía, llamándolo a alzarse, a ponerse de pie, a servir. Era una ola en medio de un océano que había aprendido a hablar. Pasó el tequila, y el hombre a su lado bebió también, y cuando éste terminó de beber, la luz de sus ojos era la misma que tenía el muchacho en los suyos, y entonces ya eran hermanos.

Bill y Kapania Kemal estaban tumbados en su tienda, juntos, guisados en sexo. El vendaje que ella tenía en el brazo olía a aloe.

—¿Lo has sentido? —preguntó ella con asombro.

Y él, que nunca había sido un hombre religioso, respondió:

—Sí. —Porque cuando el cuchillo de Temoc había entrado, de algún modo había compartido el cuerpo del Mayor, uno con él, mirando hacia arriba, hacia el cielo invisible. Y cuando el corazón se había alzado, él se había alzado con él, y

las nubes se habían apartado para revelar la luz de las estrellas y a los dioses levantados—. No debería haberlo hecho —dijo él—. Temoc.

—¿Habrías rechazado la petición del Mayor, de haber estado en su lugar?

—Tal vez no. Pero ahora todos estamos juntos en esto. Los dioses nos observan. Antes, podríamos haber huido.

—¿Habrías huido?

—Sí. No. No lo sé. Pero ahora no podemos.

Ella lo tocó, se tumbó sobre él, lo besó y ya no hablaron más.

—Que los dioses te bendigan —dijo una mujer que recorría las filas de muertos con una estatua de Ixchitli entre las manos—. Que los dioses te bendigan —repitió, dirigiéndose a un hombre cuya mirada en blanco reflejaba las estrellas—. Que los dioses te bendigan —a una mujer que había ardidado hasta morir—. Que los dioses te bendigan —a un viejo que se desangró cuando su fémur roto seccionó su arteria femoral—. Que los dioses te bendigan —una y otra y otra vez, aunque el propio Ixchitli estaba muerto, y las cosas que decía eran sólo palabras, no oraciones.

Por encima y por debajo de todos ellos, los dioses se movían, y Temoc oía sus pasos. El Jorobado saltaba entre los caídos y removía los sueños con sus dedos del mismo modo que un hombre en la playa removería la arena mojada. Ili de White Sails extendía sus alas y respiraba tanto sobre los durmientes como sobre los rápidos, agitándolos con fragancias de nubes de lluvia. Ixaqualtil, el Águila Séptima, pintaba soñadores perseguidos con dientes de dagas a través de sus infiernos, con su lengua larga colgando y su aliento apestoso con el olor de los devorados. Los siete dioses del maíz crecían, alabanzas para ellos, bendiciones para todos nosotros, para todos los que morimos, para que nos convirtamos en tierra y luego en polvo y que ese polvo sea usado para crear nuevos mundos. Dioses y diosas del trueno y del viento demoníaco, de ríos y montañas que se habían hundido hacía mucho bajo las olas, de la guerra y la curación, de la muerte y el renacimiento, de juegos y jugadores. Se entretejían ellos mismos con la fe de la plaza Chakal, con la gloria del instante del sacrificio.

Uno no podía verlos a simple vista. Es más, si uno caminaba por la plaza Chakal esa noche podría ser que ni siquiera los sintiera, sin haber pagado como

su gente había pagado, sufrido como habían sufrido. Para sentir cómo los dioses tamizaban la arena de la mente en busca de la perla de su ser, uno debía tener antes un pie dentro de su mundo.

No el mundo de los muertos. El mundo de la historia.

Temoc escuchó, y repitió las oraciones que conocía en silencio. No alzó la mirada cuando Chel se unió a él en el altar. Lo que ella tuviera que decir lo diría. Lo que ella no pudiera decir no le correspondía a él forzarlo. No era su responsabilidad ni su derecho.

—Has vuelto —dijo ella finalmente.

—No podía dejaros morir.

—Pero moriremos de todos modos —repuso ella—. Los alcaides no se detendrán.

—Nosotros tampoco lo haremos, ahora los dioses están aquí.

—Son aterradores.

—Siempre lo son —dijo él, interrumpiendo su oración. Lo oyeron hablar y se acercaron para oír mejor—. Son más que nosotros, pero también son nosotros. Y nosotros damos miedo.

—Lo que he hecho hoy... —señaló Chel—, ir a buscarte. No tenía derecho.

Él no respondió.

—Pero me alegro de que decidieras venir.

Temoc asintió. Sabía que eso no era suficiente.

Ella lo tocó en el brazo. Ésa era la primera vez que lo tocaba, y él no respondió de manera recíproca. Habría deseado poder decirle eso a Mina, de algún modo. No la había dejado por otra. La había dejado para morir. Lo cual, suponía él, no era mejor.

Un apóstata al final. Chel lo soltó y se alejó. El aliento de los dioses cayó sobre él como agua, y temió que se estuvieran riendo.

Una voz en medio de la noche pronunció el nombre de Chel; al principio, ella pensó que podría tratarse de un dios, pero se dio cuenta, demasiado tarde, de que era Tay. Se abrió paso entre los feligreses, sonriendo, con la boca rota. Ella se

preparó, pero no lo suficiente. Él la abrazó con la fuerza de un tren, la atrapó en sus brazos y la levantó en el aire.

—Por todos los dioses, Chel. Cuando nos atacaron, pensé...

—Lo sé —asintió ella—. Lo sé.

—Estuvieron presionando el flanco este todo el tiempo. —La dejó en el suelo. Ella se tambaleó—. Los muchachos habrían caído si me iba. Además, teníamos a los heridos, y también...

—Está bien... —empezó a decir ella, pero él ya la estaba besando. Su boca tenía un sabor dulce, y en esos momentos oscuros era casi suficiente.

Él debió de probar algo distinto en sus labios, porque dejó de besarla y se apartó. Chel siguió su mirada por encima de su hombro. Temoc estaba allí de rodillas, brillando.

—Ha vuelto.

—Sí.

—Oí algunas cosas en el campamento. Que los ciegos pueden ver. Que los cojos pueden caminar. Dicen que los dioses están despiertos. Dicen que Temoc ha matado a alguien.

—Ya había matado antes.

—Sabes a qué me refiero. En el altar. De verdad. Con un cuchillo.

—El Mayor estaba a punto de morir. Quería partir a la antigua usanza.

—Dioses.

—Sí.

—No nos dejarán ir —dijo él—. No después de esto. Quiero decir, las revueltas son una cosa. No les importan, al fin y al cabo, sólo se trata de un montón de gente pobre en el Skittersill, ¿no es cierto? Estibadores, maestros de escuela y toda esa mierda. Pero no pueden permitir que hagamos las cosas de manera distinta de ellos. No de manera tan distinta.

—Tal vez sí. —Ni siquiera ella misma se creía eso. Le había dicho algo similar a Temoc. Pero él necesitaba un poco de esperanza.

Tay la abrazó con fuerza. Tenía un olor ahumado y sucio, al igual que ella.

—Debemos irnos. Antes de que esto empeore. Escabullirnos y perdernos en la noche. Podemos llevarnos a los chicos del muelle. Quedan suficientes brazos-

rojos sin nosotros para ayudar en el campamento.

—No puedo —repuso ella—. Yo lo he traído de vuelta.

—Dijiste que esto era más grande que la gente. Que estábamos luchando por unos ideales. Bueno, pues los ideales han cambiado. No es por esto por lo que yo vine.

—Lo sé —dijo Chel—. Pero no puedo marcharme.

—Entonces, me quedará también.

—No, Tay.

—Mierda. —Dejó de abrazarla—. Si tú puedes morir por alguien, también yo.

—No moriremos... —No pudo terminar la frase.

La luz del fuego se reflejaba en su piel de color bronce y ocre y oro, sus ojos eran como pedazos de azabache; su nariz rota y arreglada hacía que su rostro se asemejara al monumento de un antiguo soldado, todo valor y lealtad y muy poca inteligencia.

—Quieres que nos levantemos, pues nos levantaremos juntos.

—Podríamos morir.

—Somos demasiado guapos para morir.

—Habla por ti.

Tay sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo, lo sopesó y volvió a guardarlo.

—Entonces, está decidido. Nos quedamos.

—Sí.

Dioses, ¿por qué eso sonaba como si alguien hubiera dictado sentencia? Chel lo cogió de la muñeca, gruesa y prieta como una maroma. Estaba resbaladizo por el sudor, cubierto de hollín, y era muy real.

—Vamos —dijo—. Busquemos una tienda vacía.

Él la siguió hacia la noche de los dioses.

Elayne aterrizó en el vértice de la pirámide de obsidiana de Sansilva, junto al domo de oficina del Rey de Rojo. Mientras se acercaba por el aire, un recuerdo se había apoderado de su mente: la batalla más grande de la Liberación se había librado allí, cuarenta años antes. Allí, Kopil había destruido dioses en sus altares. Habían pasado cuarenta años y aún, ante sus ojos, los ríos de sangre arcoíris seguían derramándose por los escalones de la pirámide, y el icor cubría su superficie.

Purcell sujetaba su maletín con ambas manos; sus dedos y sus nudillos se veían blancos en contraste con el cuero. Él no compartía ese recuerdo con ella. Sólo que le daban miedo las alturas.

No había tiempo para concertar citas o usar la puerta principal, aunque la secretaria no estaría trabajando tan tarde de todos modos. En el centro de la cúpula de cristal translúcido había unas luces brillantes. El maestro estaba en casa.

Elayne llamó tres veces.

—Eh, viejo —dijo—. Déjanos entrar.

—Elayne. —Se oyó la voz de Kopil en el aire a su lado—. Un placer.

—He traído un invitado. No lo mates.

—¿Un amigo?

—No exactamente. Pero deberías escuchar su historia.

—En ese caso, pasad.

—Por aquí, Purcell. —Ella torció los dedos, y aunque no usó hechicería, él se tambaleó en su dirección, obediente como un zombi—. A través del cristal.

Su rostro estaba más pálido de lo que se veía bajo la luz fantasmagórica del hospital.

—¿Sabes dónde estamos?

—¿Crees que aterrizaría en una pirámide desconocida sólo por diversión?

—Pero esta...

—No es tan malo como parece —dijo ella—. Siempre y cuando no lo hagan esperar.

Y, antes de que él pudiera objetar otra vez, ella avanzó y atravesó el domo. Purcell la siguió. El cristal se abrió y, al pasar, agujoneó su piel como una cascada de agujas afiladas. El Rey de Rojo estaba sentado frente a su escritorio, el bloque de obsidiana inclinado y teñido de rojo que solía ser un altar. La oficina estaba casi igual que en su última visita, tal vez un poco más limpia que de costumbre.

—Deberías haberlo visto, Elayne. —Kopil se puso de pie, con el fuego de sus ojos avivado y feroz y sus dedos de hueso arañando el cristal. La túnica que llevaba ondeaba con un viento que nadie más podía sentir. Mala idea: poder y enfoque desperdiciados. Aunque también era verdad que él tenía poder de sobra—. Nunca imaginé que llegarían hasta ese extremo. Quieren librar las Guerras de los Dioses con un sacerdote y unos cuantos chicos suicidas. Les daré su guerra, una de tal magnitud que eliminará su recuerdo de este o de cualquier otro mundo. —Las luces de sus ojos se apagaron y se encendieron nuevamente—. ¿Quién es ése?

—Lord Kopil, Rey Inmortal de Dresediel Lex y presidente ejecutivo de Rey de Rojo Consolidado, le presento a Jim Purcell, un agente de seguros de Aberforth y Duncan.

—Ah... —dijo Purcell.

—Y ¿habla?

Purcell trató de llevarse una mano hasta el bolsillo de su camisa y sacar una tarjeta de presentación. Lo logró al tercer intento.

—Es un... un placer conocer...

La tarjeta saltó de su mano y voló por la estancia. El Rey de Rojo la examinó por ambos lados y luego la pulverizó. Por fortuna, Purcell no se desmayó.

—Elayne, aprecio tu intención, pero ya estoy asegurado.

—Lo estás —dijo ella—, pero el Skittersill no.

—No entiendo en qué me afecta eso a mí.

—Estás a punto de traer armas del nivel de las Guerras de los Dioses para atacar a los manifestantes de la plaza Chakal.

—No necesito un sermón acerca de eso. Ellos ahuyentaron a un escuadrón militar. Han empezado a sacrificar gente. Sus dioses están despiertos, y reuniendo fuerza. Si no le ponemos freno a esto, estaremos librando una guerra de gran magnitud en cuestión de semanas.

—No has dejado de librarla en cuarenta años.

—Tampoco Temoc. Y tampoco tú.

—Yo no tengo planeado quemar y aniquilar a toda una ciudad mañana.

—Tú nunca has gobernado, Elayne. Con todo el respeto. Nunca has estado al mando. Siéntate de este lado del escritorio durante un tiempo y verás las cosas de un modo distinto. Sin el trabajo que mi gente hace, no hay agua en esta ciudad. ¿Cuánto crees que duraría el Skittersill en ese caso? ¿O Dresediel Lex, de hecho? Debo salvar a mi gente.

—Y, en el proceso, puedes matar a algunos creyentes. Y a dioses también, si tienes suerte.

Él sonrió. Siempre estaba sonriendo.

—Yo no he dicho que no lo disfrutaría.

—¿Por qué?

—Detesto esa superioridad petulante que tienen los creyentes. Su suposición de que los dioses los protegerán. Estrangularon el progreso de la humanidad durante tres milenios, y enviaron a millones a morir en tontas guerras justificadas por su tonta teología. Mataron al único hombre que he amado. O tal vez el motivo es simplemente que estoy un poco desquiciado. Elige tú.

—Quería decir, ¿por qué los estás matando ahora? La causa más inmediata, por favor.

—No vamos a hacer de esto un interrogatorio. No tengo tiempo.

Ella imprimió esa frialdad característica en su voz, ese frío que había hecho desmoronarse a mejores hombres que él en el estrado, y replicó:

—No necesitas dormir. Y ¿cuánto puede llevarte planear una masacre? Si a ti te gusta que te manipulen para cometer un crimen de guerra, me parece bien, pero no me arrastres contigo. —Purcell, que estaba junto a ella, retrocedió. Pobre

tipo. Debería haberlo dejado fuera hasta que terminara esa parte—. Ahora, veamos, ¿cuál es la causa más inmediata?

—Temoc ha sacrificado a un hombre a sangre fría.

—Después de que matara a sus dioses de hambre tratando de expulsar a tus alcaides, cosa que no habría tenido que hacer si los alcaides no hubieran atacado, cosa que no habrían hecho si la plaza Chakal no se hubiese rebelado, cosa que nunca habría ocurrido si no le hubieran disparado a Tan Batac. ¿Correcto?

—¡Protesto! El abogado está dirigiendo al testigo.

—Nada de esto habría ocurrido de no ser por el intento de asesinato de Tan Batac. ¿No estás de acuerdo?

—Está bien. De no haber sido por eso, nos habríamos marchado de la plaza Chakal sin ningún incidente.

—La pregunta es: ¿quién se beneficia del estado actual de las cosas? Los jefes de Purcell en Aberforth y Duncan aseguran y protegen las propiedades del Skittersill que Tan Batac y sus socios controlan. Los acuerdos anulan su trato preexistente: requieren más protección de la que Aberforth y Duncan proporcionan por los precios que Batac y su gente pagan. Purcell, ¿cómo de elevadas son las nuevas primas?

—No me siento cómodo proporcionando las cifras exactas...

—Aproximadamente.

—Ah —dijo otra vez—, me parece que es una diferencia de orden de magnitud. Por lo menos.

—Así pues..., diez veces más que el coste de proteger las propiedades del Skittersill, siempre y cuando estén ocupadas y se utilicen para sus propósitos actuales. Ése era el trato. Los acuerdos han encadenado a Batac y a sus socios todo el tiempo. No son dueños de sus propiedades.

—Entonces Batac hizo un mal trato. ¿Y...? Después de todo, es sólo un humano.

—Hizo un mal trato... a menos que pensara que la mayor parte del Skittersill se destruiría entre la firma de los acuerdos y el establecimiento del nuevo régimen de seguros.

—Lo que quieres decir es que tal vez a Batac lo satisfaga que yo quemé todo

el Skittersill. Está bien. Encantado de satisfacerlo, pues.

—Lo que quiero decir es que él quería que tú quemaras el Skittersill antes de que se firmaran los acuerdos. Lo que quiero decir es que ése fue el motivo de que accediera a llevar a cabo los acuerdos para empezar.

—¿Crees que quería que destruyera su propiedad, consciente de que no obtendría nada por ella?

—Nada más que una cuota de propiedad simple. La capacidad de usar la tierra que quede después del fuego para lo que sea que él y sus socios deseen hacer. Esos palacios de cristal que estaban en nuestros planes, la reconstrucción del distrito, todo lo que nuestros amigos de la plaza Chakal querían impedir. Esos edificios se encuentran sin defensas ahora, ni siquiera la sombra del fuego de la resistencia. Si atacas, arderán como yesca. La gente morirá, no los manifestantes, gente que vivía cerca por casualidad. Batac logrará borrar el Skittersill del mapa, y ni siquiera quedará como el malo de la película. Al fin y al cabo, todo sucedió mientras él estaba en coma.

—¿Crees que se atacó a sí mismo?

—Creo que... —dijo ella, haciendo una lenta inspiración para organizar sus pensamientos—. Creo que es posible que contratara a alguien para que le disparara. No hay evidencias. Es posible que nunca encontremos al asesino en la plaza Chakal. Pero Batac se beneficiará inmensamente de lo que piensas hacer mañana.

—No tienes pruebas.

—¿Se te ocurre alguna otra razón que lo motivara a hacer ese trato?

—Un caso débil.

—¿Estás dispuesto a correr el riesgo de que te estén manipulando para cometer una masacre? ¿Un crimen por el cual otro cosechará los beneficios?

—Creí que la cosecha de profetas era el propósito de las guerras religiosas.

—No estoy bromeando.

El Rey de Rojo apoyó la cadera en el escritorio. Cruzó los brazos y golpeteó los dedos contra su tibia descubierta.

—¿Qué quieres de mí, Elayne?

—No dejes que un hombre saque provecho de los restos de una guerra

provocada por él.

—Mira, lo entiendo. Eres un genio. Nunca he conocido a una hechicera como tú.

—No te atrevas a subestimarme. Tú has estado jugando a la guerra mientras que mucha gente ha muerto. —Una visión de Caleb sangrando en el pasillo del hotel Monicola acudió a su memoria. Obligó a su mente a deshacerse de las imágenes. Se estaba poniendo demasiado emotiva. Mala táctica. A los esqueletos no les gustaban las emociones. Los ponían nerviosos.

—Quieres una solución ingeniosa —dijo él—. Buscas ese momento en el que el mundo entero encaje a la perfección y tú puedas aprovechar las circunstancias, porque así es como funciona en el Tribunal, con hechicería y en teoría pura. Aquí no podemos permitirnos ese lujo. La historia ha ocurrido. Necesito retomar el control de Dresediel Lex. Y lo haré con fuego para demostrar que la rebelión y los sacrificios no serán tolerados. Puedes tratar de detenerme. —Parecía cansado mientras hablaba—. Si es así como quieres jugar. Puede que seas muy inteligente. Puede que seas más astuta con la hechicería que yo. Pero no tienes la fuerza. Así que no te lo recomiendo.

Ése era el otro problema con los esqueletos: Kopil ignoraba las ganas que le entraban a Elayne de intentarlo sólo porque él lo había sugerido. Para él, era sólo declarar un hecho, libre de adrenalina y furia glandular. Debajo de la máscara de emoción interpretada no era más que un hombre que seguía allí veinte años después de que su cuerpo hubiera muerto.

Ella permaneció observando los abismos de sus ojos, y él le devolvió la mirada.

—Has tomado tu decisión —dijo Elayne—. Y tendrás que vivir con ella.

—Para vivir con algo es necesario estar vivo.

—Te detendría si pudiera. Me lo agradecerías al final. Pero no creo poder. Lo único que puedo hacer es preguntarte: ¿qué habrías hecho si hubieras querido destruir el Skittersill sin mancharte las manos de sangre?

Él no respondió.

—¿Crees que está bien que alguien se beneficie de lo que suceda en la plaza Chakal mañana? ¿Crees que está bien que personas inocentes mueran mientras

Tan Batac se hace más rico?

El cielo que se encontraba sobre Sansilva era la única parte de la ciudad que no estaba cubierta por nubes de hechicería. Las estrellas brillaban como fragmentos de cristal derramados sobre terciopelo. La respiración de Purcell era la única que se oía en la habitación.

—No detendré el ataque —dijo Kopil.

—Entonces ayúdame a salvar a la gente que se encuentra fuera de la plaza. Ayúdame a salvar el Skittersill.

Elayne esperó, pero no contuvo la respiración.

Él asintió.

—Gracias.

—Incluso si Tan Batac es inocente, se pondrá furioso cuando descubra lo que has hecho.

—Sobreviviré.

—A cambio de mi ayuda, quiero tu palabra: no protegerás a los rebeldes de la plaza Chakal. Puedes salvar las casuchas que la rodean y a los desdichados que viven en ellas. Pero la gente de la plaza es mía. De hecho, sería mejor que te mantuvieras alejada del lugar.

No podía mirarlo a los ojos, pero lo hizo de todos modos.

—No protegeré la plaza Chakal. No protegeré a aquellos que se encuentren dentro de sus fronteras. Ni pondré un solo pie sobre su suelo. —La promesa se sacudió entre ellos y se fijó, más firme que el acero.

—Muy bien.

—¿Qué... acaba de pasar? —preguntó Purcell.

—Tenemos un acuerdo —dijo Elayne—. Estás a punto de darme ese contrato. Yo lo firmaré en lugar de Tan Batac.

—No puedes hacer eso.

—Permíteme demostrar que sí puedo.

—No. Quiero decir... —Ya se había alejado bastante de ambos, pero retrocedió un par de pasos más, abrazando su maletín. Se volvió para mirar la puerta o alguna otra vía de escape, pero no encontró ninguna—. Tan Batac no puede firmar, y nadie más puede hacerlo en su lugar.

—Yo represento a Batac y al Rey de Rojo en el asunto del Skittersill. Sus contratos de seguros son parte de ese asunto. Puedo firmar en representación de Batac.

—El contrato no quedará sellado.

—Haremos que funcione —aseguró ella—. Créeme.

—La compañía de Batac se negará a pagar. Los tribunales no respetarán el contrato.

—Yo proporcionaré los fondos iniciales —propuso Kopil—. Batac se encargará del resto cuando despierte.

—Pero no ha aceptado...

—Lo hará.

La cabeza de Purcell se sacudió de un lado a otro.

—Lo siento. Sé que cree conocer a ese hombre. Pero hay mucha alma en juego. Si Batac se queja del trato cuando despierte, ¿quién se hará responsable de los daños a sus propiedades? ¿O del coste de protegerlas? No puede...

—Me malinterpreta —señaló el Rey de Rojo—. Cuando digo que un hombre firmará un contrato no lo digo porque crea que lo hará. Si digo que firmará es porque firmará. ¿Entiende?

Purcell retrocedió un paso más. Su cráneo hizo un fuerte ruido hueco al chocar contra la cúpula de cristal. Giró la cabeza, vio al hechicero y a la hechicera que se acercaban a él y les entregó el maletín.

—Buen chico —dijo Elayne.

Abrió el maletín sin tocarlo y chasqueó los dedos. Las páginas del contrato salieron volando y flotaron en un círculo a su alrededor. Ella las revisó, encontró la que buscaba, sacó un bolígrafo de su bolsillo y escribió el nombre de Tan Batac en una línea sólida, con un jeroglífico adicional que ataba el nombre con el contrato que habían firmado meses antes para nombrarla mediadora. Un argumento endeble. Cualquier tribunal competente podría anular el derecho de Elayne de firmar. Pero, a veces, haber sido compañera de guerra de los Antiguos Poderes tenía sus ventajas. Había engranajes invisibles que se desplazaban y se encontraban mientras la hechicera se apoderaba.

—Que así sea —declaró.

—Que así sea —repitió el Rey de Rojo.

Las páginas del contrato volvieron a apilarse y flotaron de vuelta al maletín, que se cerró solo.

—Aunque supongo que tu invitado tiene una objeción. Esa firma es demasiado débil para sostener el acuerdo por sí sola.

—Yo la haré valer.

—No me contendré en el ataque por ti —advirtió él.

—Lo sé.

—Muy bien. —Pasó su atención de Elayne a Purcell—. En cuanto a usted, Purcell, aceptará mi hospitalidad esta noche.

El hombre estaba sudando.

—En realidad, preferiría volver al hospital. O con mi familia.

—Señor Purcell, usted está enterado de muchos planes que no pueden anunciarse hasta que sean un hecho consumado. Esta pirámide es grande, y tenemos muchos apartamentos reservados para nuestros invitados. Algunos son más cómodos y otros menos. Espero que acepte quedarse en una de las habitaciones más cómodas.

—Y... ¿si me... niego? —La palabra apenas logró salir de sus labios, en contra de las fuertes protestas de su instinto de supervivencia.

«Pues sí que hemos creado un mundo interesante —pensó Elayne—, en el que los burócratas se arriesgan a morir por tecnicismos...»

—Bueno... —dijo el esqueleto, girando la cabeza como si nunca hubiese considerado esa posibilidad—. En ese caso, supongo que tendremos que alojarlo en una de las habitaciones menos cómodas.

A Purcell ya no le quedaba mucho aire de por sí, pero con eso se le fue el poco que tenía en el cuerpo.

—Me quedaré.

—Bien. —Detrás de Purcell, el suelo se abrió con un chirrido para revelar una escalera que descendía. Dos alcaides subieron desde las sombras—. Estos hombres lo acompañarán a su apartamento. Si necesita algo, no dude en pedirlo. Y no se preocupe. Para mañana por la tarde, todo esto habrá terminado.

Purcell siguió a los alcaides por la escalera. Elayne sintió una punzada de

lástima mientras veía cómo el suelo se los tragaba.

—Y ¿ahora qué?

—Atacaremos después del amanecer, como planeamos. Quién sabe cuánto durará la batalla.

—No mucho.

—Probablemente no. —Kopil se encogió de hombros—. Me pregunto por qué te estoy ayudando.

—¿Por una pizca de bondad que queda en tu corazón?

—No me queda ni una pizca de corazón —replicó él—. Más que nada, te estoy ayudando porque me lo has pedido.

—Debería irme —indicó ella—. Sabes lo débil que es esa firma. Aberforth y Duncan pelearán con uñas y dientes por cada thaum que quiera quitarles.

—Sí. Y yo planeo usar fuego de agarre.

Las estrellas los observaban. Las tallas de obsidiana desgastada bailaban su danza congelada. Había libros en las estanterías, palabras muertas en madera muerta de bosques muertos.

—Contra ciudadanos —dijo ella.

—Han hecho sacrificios de sangre para los dioses: eso los convierte en combatientes enemigos.

—Quieres decir que crees que lo merecen.

—Bueno —respondió él—, más o menos.

—Más o menos —repitió ella, y empezó a alejarse.

—¿Adónde vas?

—Al frente. —La pared se abrió, dándole paso desde el frío interior de la pirámide hacia el viento demoníaco.

Elayne caminó sin mirar atrás, hacia el borde de la pirámide, y saltó. Luego voló al sur sola, hacia la plaza Chakal.

Hubo siete cosas que Elayne vio mientras volaba en dirección a la plaza Chakal y al ataque del día siguiente:

1. En el centro de la ciudad había un parque inundado de luces. Los instrumentos de latón destellaban con un tono dorado desde el quiosco de música, y la gente bailaba. Las faldas giraban y se desplegaban alrededor de las piernas de las chicas. Los bailarines que llevaban pantalones orbitaban como puntos alrededor de soles que se hinchaban y luego se extinguían. Estaba volando demasiado alto como para oír la música, pero, a juzgar por el ritmo de los bailarines, determinó que era swing.

2. Unos enormes camiones remolcados por golems gruñían en medio del tráfico en una carretera elevada, transportando mercancía de los almacenes de Longsands hasta las estaciones de tren y el aeropuerto. Los golems en forma de araña se deslizaban hacia delante moviendo cada una de sus garras a la vez, y los arrieros humanos caminaban entre ellos, como mosquitos tratando de corregir el movimiento de fuerzas más grandes que ellos. El motivo del atasco, un poco más adelante en la carretera, era un camión que había volcado. Había cuatro golems tratando de enderezarlo con dificultad mientras más hombres corrían entre ellos agitando linternas.

3. Una valla publicitaria sobre una vieja pirámide de arenisca, iluminada por brillantes luces fantasmales de color azul; tenía la foto de un géiser y la palabra MATERIALIZA impresa en mayúsculas. Si el anuncio ofrecía más contexto o instrucciones, eran demasiado pequeñas como para leerlas desde el aire. No recordaba el antiguo uso de la pirámide sobre la cual se encontraba la valla. Los templos del sur generalmente pertenecían a los dioses de la luna. O tal vez había sido una escuela, o una prisión.

4. A un kilómetro más o menos del Skittersill empezaba el apagón y el cielo

se abría. No había luces que brillaran abajo, salvo el resplandor rojizo ocasional de una hoguera. Allí, las estrellas eran más agudas y brillantes, incluso más que en Sansilva, donde, a pesar de los mejores esfuerzos de los hechiceros, un poco de luz se filtraba para diluir las estrellas que había por encima del centro de la ciudad. Los dioses quechales habían reclamado su territorio. Calles como cintas negras dividían manzanas negras de edificios negros bajo un cielo negro. Una elección interesante por parte de los dioses, si es que había sido una elección, quitar todas las nubes: la religión quechal no confiaba en las estrellas. Para ellos, el cielo nocturno era una red de acero que las arañas gigantes tejían para robar la luz del sol. Esta nueva oscuridad era algún tipo de desafío, y un recordatorio para su gente: «Tenéis enemigos, y trabajan en vuestra contra».

5. Enjambres de alcaides en campamentos iluminados por las brillantes luces fantasmales que los empleados de mantenimiento de carreteras usaban cuando oscurecía, las cuales imitaban el sol del mediodía pero sin su calor. Desde esa altura, su caos se convertía en orden: cada campamento dividido de forma natural en sectores, las literas aquí y el arsenal allí, celdas provisionales, rotaciones de guardia, hospital. Los couatls volaban en círculos a su alrededor. Uno pasó lo suficientemente cerca de ella como para hacer ondear el traje de Elayne con el viento de sus alas. Con las farolas encendidas, los couatls brillaban desde abajo gracias a su plumaje enojado. Sin esa luz, nada los diferenciaba del cielo en el que habitaban los demonios.

6. Elayne no podía leer la plaza Chakal desde las alturas como lo había hecho con el campamento de los alcaides. Parecía un bosque conformado por gente: individuos humanos que sólo eran visibles alrededor de las hogueras, durmiendo, danzando o bebiendo, tocando música o haciendo el amor. Más allá de sus círculos iluminados por el fuego, no eran más que pequeñas gotas en un océano. Los zarcillos se extendían por callejones hacia laberintos de calles en el Skittersill. Alcanzó a ver algunas estructuras medio iluminadas por aquí y por allá: las camas de un hospital de campaña, las tiendas de mando destruidas por el ataque de los alcaides, el templo improvisado. Las esteras de hierba y el altar, que ya no era improvisado, ungidos a la antigua, con sangre.

7. Dioses que se movían a través del Skittersill. Los vio con los ojos cerrados.

En la época de las Guerras, había navegado hasta el Imperio Brillante desde un puerto en Xivai donde se reunían miles de ballenas para aparearse. A veces, explotaban desde las olas en majestuosas brechas de fuentes, pero incluso ocultas le daban forma a la superficie. El mar estaba repleto de ballenas.

Y, esa noche, la plaza Chakal estaba repleta de dioses. Elayne no reconocía a la mayoría, ni tampoco podía verlos a todos a la vez. Como las ballenas, ofrecían pistas de su forma: un rostro nudoso con una boca con colmillos, un brazo tan elegante como el de un bailarín imperial, una espalda jorobada y un ojo único y parpadeante.

Habían dormido profundamente durante mucho tiempo, y habían caído bajo. Así que, ahora que habían sido despertados por el sacrificio de Temoc, echaban raíces en las mentes de sus creyentes y se fortalecían con los sueños engendrados ahí. Las pesadillas reinarían sobre la plaza Chakal esa noche. No habría un descanso tranquilo antes del día, y antes del fuego.

Aterrizó en las esteras de hierba de la capilla de Temoc. La fuerza del impacto la hizo arrodillarse y levantó una nube de polvo. Los guardias y los creyentes gritaron aterrorizados. Se oyó el sonido melódico de la cuerda de un arco y una flecha se abrió paso entre el polvo y se detuvo a escasos centímetros de su traje. La flecha se desbarató, excepto por la punta; Elayne la arrancó del aire y la sostuvo entre el pulgar y el índice mientras el polvo se asentaba.

Los creyentes que estaban de rodillas retrocedieron. Los brazos-rojos, con sus armaduras de chatarra, se abrieron paso entre la multitud, blandiendo sus armas improvisadas. Otros levantaron sus arcos y sus flechas. Las tiendas rasgadas y los postes rotos se alzaron en el aire. Las llamas se elevaban hacia el cielo nocturno.

Temoc estaba de pie junto al altar. Sus manos se veían limpias.

Vio a Chel también, y al hombre con la nariz rota, Tay, ambos corriendo a medio vestir desde una tienda cercana. Con el cabello alborotado. Elayne contuvo una sonrisa: al menos alguien estaba disfrutando de la noche, mientras durara.

Temoc caminó hacia ella. La multitud se abrió para dejarlo pasar.

—Elayne.

—Temoc —dijo ella—. Tenemos que dejar de vernos así.

—Si has venido a luchar, debes saber que mis dioses viven. Ahora soy tu igual.

—Antes de que trates de matarme —dijo ella, haciendo énfasis en la palabra *trates*, porque siempre ayudaba a plantar la semilla de la duda en un adversario potencial—, debes saber que he venido a ayudar.

—¿Vienes a unirme a nosotros en contra de tu jefe?

—No soy una guerrera, Temoc. Ya no. Estoy aquí para salvar a tu gente, como te salvé a ti. Como he salvado a tu hijo.

Eso rompió su fachada de paladín.

—Caleb —dijo—. ¿Está...?

—Bueno, no gracias a ti. Unos golems han perseguido a tu hijo y a Mina desde el Skittersill después de que te marcharas. Están bien.

—¿Dónde están ahora?

—Creo que no debería darte esa información.

—Entonces has venido a atormentarme.

—Para nada. —Desvió su atención de él a la multitud y luego se centró de nuevo en el sacerdote. En un parpadeo, vio cómo los dioses se reunían también, a través de líneas de hechicería en forma de algas y relámpagos: no se manifestaban, pero estaban lo suficientemente despiertos como para escuchar—. He venido a ofrecerte un intercambio. Dile a tu gente que se marche. Tantos como estén dispuestos a irse.

—Y ¿a cambio?

—A cambio salvaré el Skittersill. O lo intentaré.

—No lo entiendo.

—El Rey de Rojo atacará mañana temprano. Tu sacrificio ha despertado su ira. Piensa que las Guerras de los Dioses han venido otra vez, y los destruirá. Usará fuego de agarre. Todo se incendiará y el fuego se propagará con rapidez. El Skittersill está indefenso ahora, estamos dentro de la ventana de renegociación del seguro. Mucha gente morirá, gente cuyo único crimen es vivir cerca de la plaza. El Skittersill arderá. No puedo salvar la plaza, pero puedo

salvar el distrito que la rodea, y a la gente que se encuentra ahí, si me ayudas. De lo contrario, mañana, el fuego empezará, y quién sabe lo que Tan Batac construirá en lugar de todo lo que se queme. Habréis perdido en todos los sentidos.

—Los dioses nos ayudarán.

—¿Pueden salvar el Skittersill y pelear contra el Rey de Rojo al mismo tiempo? —Al dirigirse a él, se dirigía también a la multitud, y a los dioses.

Temoc no respondió. Y ellos tampoco.

—Caleb se recuperará —aseguró ella después de un silencio demasiado largo—. Es joven. Mina está a salvo, y furiosa, y herida.

—¿Qué necesitas? —preguntó él.

—El Skittersill. Necesito conocerlo. Perfectamente. Íntimamente. Necesito conocerlo como alguien que ha vivido aquí durante sesenta años. Calles paralelas. Atajos. Azoteas al atardecer. El sonido de la lluvia en los canalones. El color de los gatos callejeros, y sus nombres secretos. Necesito el sueño de este lugar.

—¿Eso es todo?

Elayne no tenía paciencia para el sarcasmo.

—Necesito hombres y mujeres que conozcan el terreno, y a esta gente. El proceso es peligroso, pero creo que puedo protegerlos.

—Crees.

—Seremos como una brigada de bomberos en un tiroteo. La seguridad que puedo ofrecer tiene un límite. Pero necesito voluntarios.

La barbilla de Temoc se hundió en su pecho. Tal vez estaba asintiendo.

—Él irá. —Era la voz de Chel. Elayne alzó la mirada, sorprendida por la interrupción, para ver cómo empujaba a Tay al frente. Él fulminó con la mirada a Elayne y luego a Chel, negando con la cabeza—. Conoce el Skittersill tan bien como cualquiera. Nació y se crio aquí. También los otros brazos-rojos, Zip y todos los demás. Ellos te ayudarán.

—¿Qué hay de ti? —Tay lo dijo primero, para que Elayne no tuviera que decirlo.

—Yo me quedaré —repuso ella—. Yo empecé esto. Me quedaré hasta el final.

Elayne no interrumpió la pausa que hubo entre Chel y Tay, no habló para separar sus miradas entrelazadas. Por último, él dejó caer los hombros. Asintió. Tomó a Chel entre sus brazos, la besó, se separó de ella y caminó hacia Elayne.

—Enviaremos a los demás —dijo Temoc—. Buena suerte.

—Gracias.

Él le ofreció la mano. Estaba limpia, aunque la luz del fuego la teñía de rojo.

Se hallaban lo bastante cerca como para que él pudiera susurrar y ella lo oyera.

—No tuve opción.

—No te creo —respondió Elayne con falsa convicción.

Y lo dejó de pie en sus esteras de hierba frente a su altar, bajo las estrellas.

Elayne caminó por el aire hacia la tienda de reuniones, con Tay a su lado. Otros los siguieron: brazos-rojos y creyentes, vándalos armados que eran leales al Mayor muerto. Ella mantuvo el brillo de estrella de sus jeroglíficos húmedo, pero aun así brillaba.

—No volabas cuando viniste aquí la primera mañana —dijo Tay.

—Prefiero caminar sobre el suelo. Es más fácil.

—¿Por qué no lo haces ahora?

—Prometí que no pondría ni un pie en la plaza Chakal. Mi palabra me ata.

—Entonces ¿saldremos de la plaza?

—Por decirlo de algún modo.

Llegaron a la tienda de reuniones. La noche prácticamente teñía de negro la lona de color verde oscuro. La tienda había cumplido su cometido durante los largos y tensos días de negociación, pero esa noche sólo bloquearía el cielo, y Elayne necesitaba todo el fuego de estrella y luz de luna que pudiera obtener. Con un movimiento de la mano, rasgó la tela y derribó los postes. El círculo que trazó sobre las piedras brillaba con un tono plateado.

Elayne lo cruzó y aterrizó de nuevo. Los dioses la insultaron y la amenazaron, pero ella los ignoró. Esas Guerras habían terminado hacía mucho, al menos para ella.

Para otros, nunca terminarían.

Tay se unió a ella en el círculo, levantando mucho las piernas para cruzar las frías llamas, como si se subiera a un bote desde la orilla. Se dio la vuelta y parpadeó, como un hombre que hubiera caminado durante largo tiempo en la niebla y ahora estuviera al sol.

—La sensación es distinta aquí.

—El círculo no es parte de la plaza Chakal. Aquí puedo protegernos sin

romper mi palabra. —Sacó su cuchillo de trabajo y unos pequeños rayos centellearon por el borde del mismo.

—¿Qué debo hacer?

—Quédate quieto.

Los límites de la guarda estaban establecidos, quemados en la piedra y el espacio teórico. Para cambiarlos, tendría que borrar la guarda y empezar de nuevo, y no tenía ni la fuerza ni el tiempo para eso. Un espacio tan pequeño, con tantos que se habían quedado fuera... Pero lo bastante grande, esperaba.

—Primero —dijo ella—, hago valer mi derecho de reclamar un seguro por el Skittersill. —Talló un círculo de siete metros de diámetro dentro de la guarda y, dentro de ése, un segundo círculo, concéntrico y de tres metros de circunferencia. Uni6 ese círculo al contrato que había obligado a Purcell a dejarle firmar y, a través de ese contrato, con su pacto de representación con Tan Batac—. Después, compruebo que soy quien afirmo ser. —Al segundo círculo le añadió unas cuantas gotas de su sangre. Siempre pecaba de ser demasiado moderada con los fluidos humanos; con un poco se conseguía bastante.

—¿Por qué necesitas demostrar eso?

—Extraeré mucha alma a través de estos círculos mañana. Los poderes que invoque usarán cada vacío legal posible para evitar honrar ese acuerdo, incluyendo aseverar que yo no soy quien digo ser.

—¿Por qué nos necesitas?

Elayne alzó la mirada del rastro de su cuchillo. Tay estaba solo, de pie dentro del círculo. Otros se habían reunido fuera: brazos-rojos, principalmente; recordaba a algunos del primer día, cuando intentaron prohibirle el acceso al campamento. Un hombre viejo y con cicatrices. Un gigante al lado del cual Tay incluso se veía flacucho. Una mujer con el cabello corto y teñido de un impactante color rojo.

—Entrad —les dijo—. Cruzad la línea.

—No pasa nada —añadió Tay.

Entraron, uno por uno; la mujer del pelo rojo fue la más decidida, y el gigante, el más reacto:

—Sois amigos de Chel.

—Así es —dijo el gigante con voz atronadora—. Zip.

—Ése es tu nombre.

—Así me llaman —repuso él—. Mi nombre en realidad es Andrew.

—No todos la conocemos —indicó la mujer del pelo rojo—. Ha pedido que viniera gente de todo el campamento. Yo solía trabajar con los Kemal, en Mercado y Matanza.

Elayne dejó que el rastro de su cuchillo se desvaneciera y que sus jeroglíficos se velaran hasta convertirse en marcas pálidas sobre su piel. Incluso las sombras de su traje perdieron profundidad. Cuando terminó, casi parecía humana. Lo suficientemente normal, esperó, como para que creyeran en ella.

—Necesito vuestros sueños.

Los tratos de Elayne le dieron el poder necesario para preservar el Skittersill. Ahora sólo tenía que explicar, en términos precisos y de hechicería, qué era el Skittersill. El contrato del seguro estipulaba qué propiedades cubría, sí, pero al día siguiente Aberforth y Duncan estarían rebatiendo esas definiciones. Ese edificio en llamas podría ser cualquier edificio en llamas. ¿Por qué debería salvarse?

Tenía mapas, pero éstos no eran más que pobres ecos de la realidad, y su precisión era vulnerable de ser atacada. Tenía que sentir el Skittersill como si se tratara de su propia carne. Necesitaba toda una vida de haber caminado por sus calles.

No había manera de hacer eso en una noche. Por suerte, podía hacer trampas.

Los primeros doce se sentaron con las piernas cruzadas a su alrededor: Tay y Andrew, al que llamaban Zip, y la mujer del cabello rojo, llamada Hannah, y Cozim, el de las cicatrices. Con un pincel fino y tinta plateada, Elayne dibujó un ojo jeroglífico en la frente de cada uno. Otros se les unieron, se sentaron y recibieron el grabado en la frente. Tay se estremeció con el roce de las cerdas.

—Hace cosquillas.

Empezaría a arder, muy pronto.

—Ojos cerrados —indicó ella, y se sentó en el centro del círculo interior.

Zip habló primero:

—¿Cuánto tiempo quieres que nos sentemos como...?

Elayne cerró los ojos y cayeron a través del suelo, hacia una pesadilla.

¿Qué pesadilla? Eso no importaba: había demasiadas para elegir, y, ya que las conocía todas, podía encontrar el siguiente terror más básico y seguirlo por los temores medulares de la raza humana. El amor en sí podía ser una pesadilla, una rosa, un toque, un sentimiento de satisfacción y lealtad que bloqueara la vida y la luz e incluso su propio nombre; el amor se transformaba en una de esas antiguas prisiones iskari adonde arrojaban a los hombres y a las mujeres para pudrirse sin luz, sin cielo y sin nada que no fuese el sonido de las suelas de las botas del carcelero o las manos que deslizaban platos de comida mala por la ranura de la puerta; y siguió esa pesadilla hasta alcanzar una mayor profundidad, hasta un entierro, donde su cuerpo estaba tieso, muerto, tal vez, mientras le echaban tierra encima con palas, en los ojos, en la boca, un peso que crecía y crecía y crecía hasta que no podía respirar, moverse o ver mientras seguían arrojando tierra, arrastraban rocas pesadas para colocarlas sobre la distante superficie, la aplanaban y golpeaban con sus palas y no podía sentir nada pero oía el impacto y, sin importar cuánto luchase, no podía moverse, y entonces aparecían los gusanos, y los insectos que vivían en las profundidades y todas las demás cosas hambrientas que se arrastran, y después siguió cayendo más, hacia ese terror único y agudo, «me están comiendo, pero es un sueño tan básico que no hay referente de mi persona, sólo el sonido de la masticación, la carne rasgándose, la deglución, hasta...».

Ahí.

Se colgó del miedo central, que se entrecruza en todas las mentes humanas a la vez. No había geografía en el lugar que no era un lugar, pero sí topología, una red de mentes, y cada mente a su vez contenía su propia red de mentes, un espacio con miles de millones de dimensiones por el que sería imposible navegar sin entrenamiento y protección.

Pero Elayne tenía ambas cosas, y conocía los caminos secretos del miedo.

Los jeroglíficos dibujados la llamaron, los ojos que había dibujado personalmente, y ella los alcanzó con cien manos; cada una de ellas representaba

un consuelo, como la salvia de las montañas al oeste del Imperio Brillante, generosa y omnipresente.

Encontró a Zip gritando, atado a un ancla que caía a las aplastantes profundidades. Tomó su mano y rompió sus cadenas. Encontró a Cozim sollozando en la cama junto al esqueleto de una mujer que seguía teniendo restos de carne putrefacta, y lo alzó de su fracaso. Encontró a Hannah tratando de arrancar flores de gusano que brotaban, retorciéndose, de su vientre. Cada vez que desenterraba una desde la raíz, sólo conseguía arrancar pedazos de su propia carne y nervios, hasta que Elayne la liberó de sí misma.

Mientras recorría las pesadillas, encontró otra, para su sorpresa, sin su ojo-glifo pero de gran seriedad: Temoc, que estaba de pie en el altar donde yacía su hijo, desangrándose.

Ella no le ofreció la mano y él no se la pidió. Pero la metió en su pecho, sacó una réplica del Skittersill en miniatura y se la entregó.

—Gracias —dijo él, y le dio la espalda para volver a su propio miedo privado.

Convivieron juntos entre sueños, Elayne, Tay, Cozim, Zip, Hannah y el resto.

—Mostradme vuestra ciudad —dijo ella.

Y la ciudad cobró forma.

No había un solo Skittersill, ni un solo sol, ni una sola luna, ni un solo dios. Sin embargo, la ciudad creció a su alrededor.

Sus sueños eran grandes y viejos, privados y nuevos, sus raíces profundas y sus facetas múltiples, unidos por los recuerdos, las analogías y las metáforas en vez de la lógica. Para Tay, el Skittersill empezaba con el olor a polvo y a plátano frito, con dulzura en las esquinas y bebidas baratas, con danzas en las calles cada año nuevo lunar, peleando y haciendo la rueda al rápido ritmo de una banda. Para Hannah, empezaba con miedo y un deje de la brisa del mar distante, la sensación de libertad repentina. Las imágenes se deslizaban por la mente de Elayne, rápidas y fluidas. Y ella añadía sus propios recuerdos, sus propios sueños, y los de Temoc: la ciudad vista por un predicador, desde habitaciones abandonadas, pasando por diez años de depresión y alcohol, dos décadas más de búsqueda, oración y hambre, seguidas por doce años de amor. Diez mil

amaneceres, aproximadamente: algunos lo habían encontrado al lado de la calle, con los pies en la cuneta, la cabeza colgando de manera enfermiza entre las rodillas; algunos brillaban a través de ventanas de cristal, mientras él iba ataviado con la vestimenta sacerdotal y alzaba un cuchillo falso frente a una multitud escasa pero curiosa; otros lo llamaban de su sueño emplumado para despertar en los brazos de Mina. También atardeceres, y música: pezuñas de caballo, lluvia y violines de tres cuerdas, discursos de políticos sobre tarimas improvisadas, tambores en el escenario y en las venas de los bailarines, tambores en la carne de su esposa y en su propio pecho.

Deberían pasar años para que esos sueños se infiltraran en su mente despierta, años que no tenía. Pero había otro modo.

Sus ojos se abrieron, y se llevó la mano al pecho y sacó su cuchillo de trabajo del glifo que estaba por encima de su corazón. Los sueños hacían que notara los brazos pesados. Las estrellas encima de ellos estaban hinchidas con todos los monstruos que los mitos quechales habían implantado ahí. Había arañas del tamaño de cubos de basura deslizándose a su alrededor, tejiendo sus redes. La plaza Chakal era un osario, una orgía, un infierno. La ciudad se desmoronó y se convirtió en cenizas, se reconstruyó, fue hecha pedazos por serpientes en llamas más altas que los edificios más altos, pereció en una sola luz cegadora que los sobrepasó negra e invencible desde el cielo. La mente de una hechicera era el filo que usaba para cortar su voluntad en el mundo, pero el filo no sólo podía cortar, también podía raspar, y fue eso lo que hizo en ese momento, raspar los años de juicio para soñar y despertar a la vez.

Tocó la piedra con su cuchillo y dibujó la primera línea. Luego dibujó otra, cruzando la primera, y una más.

Un mapa se desplegó desde su cuchillo. Si lo comparaba con el de un topógrafo, era deforme e impreciso; las calles se cruzaban en los puntos equivocados, si es que las líneas que dibujaba podían considerarse calles para empezar. Cortó una larga curva afilada como una hoz, y líneas como rayos desde ella, que podría haber sido la cuadragésima primera vía aérea. Eso no era un auxiliar de navegación, y tampoco era precisamente arte, pero era útil, era real. Mientras trabajaba, vio la ciudad, con cada cruce y cada plaza pintados con la

memoria: esa esquina era ideal para las oraciones de la tarde, ese callejón donde los trabajadores inmigrantes dormían si se habían quedado en el pueblo hasta demasiado tarde como para arriesgarse a cruzar de vuelta a Stonewood, esa plaza que Mina había pintado tres veces con acuarelas, incluso la azotea con la hamaca donde Tay y Chel dormían cuando había buen clima y eran tiempos más felices.

Trabajó durante horas o minutos, probablemente lo primero. Los sueños no podían trazarse en una línea, ya que los mapas de sueños no respondían a una red alfanumérica.

A su alrededor, la gente de la plaza Chakal se preparaba para morir, y los dioses hambrientos danzaban.

Terminó antes de que la luna se pusiera. El mapa bebió y digirió la luz de estrella. Respiraba.

Devolvió el cuchillo a su corazón, colocó las manos en su regazo y permitió que sus ojos volvieran a cerrarse.

Había hecho todo lo posible. Lo que tenía permitido hacer. Ahora, sólo le quedaba esperar y reunir fuerzas.

Elayne no durmió, rodeada de sus círculos y su mapa loco y los otros soñadores. Pero descansó de un modo que no era del todo distinto de dormir.

Pasó la noche.

Llegó la mañana.

Temoc despertó antes del amanecer, y encontró los cielos por encima de la plaza Chakal despejados.

Los sueños se contorsionaban en su mente: sueños de Mina, de su odio por él. De Caleb, que no comprendía.

De Elayne.

El impacto de ese recuerdo lo hizo ponerse de pie, en las esteras de hierba seca esparcidas frente a su altar. Había quedado una mancha roja en la mesa donde había tumbado al Mayor. Se había ido. Lo había quemado. El envoltorio no importaba una vez que el banquete había terminado.

Hombres y mujeres dormían sobre las esteras. Unos cuantos, los más madrugadores, caminaban entre los demás como sacerdotes o ladrones entre los heridos después de una batalla. Chel estaba de pie cerca de él, y lo observó mientras se levantaba y se estiraba para exorcizar la noche de su cuerpo con el movimiento. El cielo se iluminó y se transformó de amatista a zafiro. Temoc deseaba tener el poder de evitar que el sol saliera, de evitar que el tiempo avanzara, de lograr que todos permanecieran dormidos allí, la mañana después de su mejor momento. No hacía falta una batalla final, no hacía falta que cumpliera su promesa. No hacía falta decirles que estaban condenados o enfrentarse a las decisiones que había tomado. El cuchillo. El vuelo.

Chel se acercó a él.

—Sueños malos —dijo ella.

—Claro.

—Estamos listos, gracias a ti.

—Eso es una sentencia —repuso él—, no un elogio. ¿Qué has soñado?

Ella se lamió los labios.

—No quieres saberlo.

—Si lo dejas así, me imaginaré lo peor. ¿Qué has soñado?

Sus ojos se veían más profundos de lo que él recordaba. Debían de haberse profundizado durante la noche, o tal vez era él el que se había vuelto más profundo.

—Mi padre era mecánico en Longsands, y yo he trabajado en los muelles desde que era niña. Soñé que navegaba en un barco en llamas. No uno de los buques contenedores, sino un barco realmente antiguo, un clíper, que ardía. El casco estaba en llamas, y la cubierta y las velas. Pero seguíamos navegando. Nos ahogábamos, nuestra piel se derretía, pero seguíamos navegando. El capitán me enviaba a la cofa. Trepaba a pesar del calor. Para cuando llegaba a lo alto, mi mano izquierda estaba cubierta de ampollas y mi mano derecha no era más que hueso. No podía ver. Llegó el viento, y durante el último segundo me pareció ver un destello verde. Luego caí y he despertado. —Su tono de voz era sereno—. No es un buen sueño, ¿verdad?

—No el mejor —dijo él—. ¿Recuerdas quién era el capitán?

Chel dudó.

—No.

Otros despertaron. Se levantaron en el calor del día, padres y madres, hombres, mujeres y niños. Se separaban el uno del otro, enrollaban sus sacos de dormir, salían de sus tiendas, parpadeaban en la luz. Las columnas de humo parecían cuchillas contra la garganta del cielo.

Los brazos-rojos ocuparon sus puestos. Observaban las calles vacías desde las barricadas. Los heridos trataron de levantarse, y muchos se dieron cuenta de que podían hacerlo. Durante la noche, los dioses habían caminado entre ellos con manos curativas. La plaza Chakal estaría lista para el día.

Se reunieron para escuchar a Temoc. Él se preguntó cuántos habían acudido por fe, cuántos por miedo, cuántos porque habían oído las historias y querían saber qué milagros nuevos traería el día. A él no le importaba. Llegaron y llenaron sus esteras; llegaron, se detuvieron frente a él y escucharon.

Temoc agachó la cabeza y oró. «Permitid que me oigan. Permitid que todos me oigan.»

Lo oían. Lo escuchaban.

Muchos pares de ojos hambrientos lo observaban mientras él los observaba a ellos.

—Éste es el último día —dijo con suavidad, y vio la onda de choque mientras cada persona del campamento oía su voz clara y directa, como si hablara individualmente con cada uno de ellos—. Éste es el último día. He visto la llegada del Rey de Rojo. He visto sus armas y son muy poderosas.

—¡Lucharemos! —gritó alguien desde la parte de atrás. Un hombre, un chico en realidad. No sabía nada.

—Lucharemos —dijo Temoc sin estar de acuerdo—. Y debemos saber lo que significa luchar. La batalla que nos depara el día de hoy será la más feroz a la que nos hayamos enfrentado. Los dioses están de nuestro lado, pero nuestro enemigo se fortaleció matando dioses. No podemos esperar ganar. La vida es una deuda, y la muerte es el único pago.

Nadie gritó después de eso.

—Hemos florecido aquí, y ahora debemos sembrar: no debemos perecer en esta batalla, sino propagarnos. Ideas, sangre, determinación, todo eso debe volar desde la plaza Chakal y echar raíces en tierra fértil para que pueda volver a crecer, y otra vez, y otra vez, hasta que cubramos todo el mundo.

»Ahora, os pregunto si sois lo bastante fuertes como para iros. Si tenéis niños aquí, cogedlos y marchaos. Hoy, el camino del héroe es marcharse. Ser la semilla que vuela desde el puño del Rey de Rojo y flota para florecer donde él no lo espera. Contad la verdad sobre la plaza Chakal: la verdad de los seres humanos que defendieron sus creencias, sus hogares, su estilo de vida, de un enemigo que no tuvo compasión. Si aceptáis esa carga, habréis demostrado que sois más fuertes que aquellos que se quedan. Es fácil y rápido luchar y morir junto a vuestros hermanos bajo el sol. Pero es más difícil construir, enseñar, vivir y recordar.

Esperó, saboreando la pausa en su discurso, lo más cerca que había llegado a estar de la atemporalidad.

—Yo pelearé —dijo— porque nací para pelear. Ése es mi camino, pero no tiene que ser el vuestro. Si os marcháis ahora, debéis saber que vuestros

hermanos y hermanas os aman. Sabed que os respetan, que confían en vosotros para construir el mundo que anhelamos en los años venideros.

»Es momento de sacrificarse. Es momento de que los dioses nos conozcan por nuestros obsequios. No llevaré a cabo el rito sin sangre, por respeto a aquel que se entregó anoche para ayudarnos hoy. Pero sí entregaré mi propia sangre. Y os invito a todos a que hagáis lo mismo. Alimentad a los dioses vosotros mismos. Uníos a ellos en cuerpo como lo hacéis en fe. Uníos para que ningún hombre pueda separarnos.

Sostuvo su brazo en alto, donde todos pudieran verlo, y su cuchillo, e hizo un corte entre dos cicatrices del antebrazo. La sangre manó, acumulándose en su codo. Se formó una gota, cayó y salpicó en la mancha del altar.

Una lengua lamió la sangre de su brazo, una garra lo sujetó y sintió que lo levantaban. Sus ojos se abrieron, y ellos estaban en el cielo a su alrededor. Medían kilómetros de alto y eran minúsculos a la vez, motivos de ser, y él estaba con ellos y dentro de ellos, era la Araña hilando e Ixaqualtil mordisqueando los huesos de los muertos; era Ili la alada, que esparcía sus velas por el cielo; era el Jorobado, que llevaba la pesada carga del futuro. Era el maíz y la piedra de mortero y la boca que consumía; era el dador y el receptor del gran regalo.

Y entonces era él mismo otra vez, sollozando.

Bajó el brazo.

El sol salió.

La congregación avanzó, uno a uno. Su sangre mojó el altar, y los dioses bebieron, y se marcharon. No contó cuántos habían acudido. Cientos tal vez. El tiempo parecía transcurrir lentamente esa mañana.

Pero pronto terminó; él se alejó del altar, se sentía completo, agotado y lleno de poder.

—¿De verdad crees lo que has dicho sobre las semillas? —Era Chel, a su lado, como siempre.

—Sí.

—Demonios —dijo ella—. Yo nunca he sido tan fuerte.

Él le dio una palmada en la espalda. Sobre sus cabezas, el cielo brillaba con el amanecer.

—Yo tampoco.

Algunos se marcharon de la plaza Chakal. No todos. No tantos como Elayne esperaba. Tampoco tantos como esperaba Temoc. Pero sí algunos.

Muchos eran padres, familias. Una pareja que había llevado a sus dos hijos a una manifestación que había empezado de manera pacífica y se había convertido en otra cosa. La mujer a cuyo hijo Temoc había curado cuando éste se había caído se fue, con su hijo de la mano. No eran cobardes. Sus vidas no eran suyas para entregarlas. Era un sacrificio, de otro tipo, el haber llegado hasta ese punto y salir del río de la historia. Ser las semillas.

Kapania Kemal se había quedado, así como su esposo Bill. Tenían una hija de doce años que estaba con una tía en Fisherman's Vale. Allí cuidaban de ella. Y se preguntaron a sí mismos cómo podrían mirarla a los ojos más adelante y decirle que habían dejado a la gente a la que habían alimentado, guiado y protegido porque se acercaba el peligro. No sabían si ésa era la decisión correcta. Esperaban sobrevivir. Esperaban que Temoc estuviera siendo precavido, como debía serlo un líder, pero que en lo más hondo de su corazón creyera que podían triunfar.

Algunos se marcharon para aceptar el desafío de Temoc: porque eran fuertes y podían soportar sus cicatrices en secreto, y enseñar al mundo los muchos significados de la plaza Chakal. Para un hombre delgado y encorvado, al que habían empezado a salirle canas en la barba, la plaza Chakal era el resurgimiento de la nación quechal, después de décadas de permanecer aplastada bajo un talón extranjero. Para una mujer joven con llamas detrás de sus ojos y una cicatriz de quemadura en el rostro, la plaza Chakal representaba a los dioses, representaba el renacimiento de la fe frente al peligro. Para un poeta de profesión que había ido allí con su cuaderno a escribir la historia del movimiento, la plaza era un sueño hecho realidad. Para un trabajador sindical de Longsands era una pelea más en la guerra entre la humanidad y los poderes vivientes y paganos que buscaban reinar sobre ella. La plaza Chakal era un faro. La plaza Chakal era el momento en el que todo había salido mal. La plaza Chakal era el futuro. La plaza Chakal era el pasado. La plaza Chakal era el camino entre ambos. La plaza

Chakal era nacimiento y muerte, y todos esos significados acompañaban a aquellos que se habían ido.

Algunos se habían marchado porque tenían miedo. Observaban el cielo con nerviosismo. Retrocedían del arrobo de aquellos que veían a los dioses. Se acobardaban ante la llamada divina. Un brazo-rojo que el día anterior le había destrozado el cráneo a un alcaide con un ladrillo, que había rugido en la cima de una barricada, vio su futuro y sólo pudo divisar una lucha simple y corta, seguida por la muerte. Así que se marchó.

Aquellos que se quedaron no preguntaron por qué a los demás. Habían pasado a un nivel más allá de las palabras; ésa era una manera de escribirlo, la mentira de un poeta que era casi verdad. Se habían quedado, simplemente. Ya fuese por miedo o esperanza, por hermandad o aislamiento, en la alegría y en la tristeza, no importaba. Se habían quedado. Los motivos eran para quienes se habían marchado.

Del otro lado de la ciudad, los alcaides equipaban a sus monturas con armas nuevas. Había cadenas con jeroglíficos plateados que brillaban. En el cráneo de las serpientes había coronas, y cada corona resplandecía con la luz de una estrella caída y capturada. Al vientre de los couatls habían asegurado unos grandes tambores metálicos que rociaban líquido al sacudirlos, porque incluso la magia negra confiaba en la química de vez en cuando. A uno de los alcaides que sujetaban los tambores se le resbaló el suyo mientras lo colocaba en posición. El tambor cayó de las manos de su compañero y golpeó el suelo de piedra. Los alcaides se agacharon y buscaron refugio. El artilugio no estalló. Se trataba de un soldado bueno y paciente. Ya llegaría su hora.

El capitán Chimalli no había dormido bien. Había buscado a la doctora Venkat en el hospital, y la había encontrado con las manos ensangrentadas, demasiado ocupada para hacer otra cosa que no fuese lanzarle una mirada larga y enfadada. Se acostó solo en su dura y sencilla cama en su dura y sencilla habitación, y pensó en el día siguiente. El sueño debía de haber llegado al final, pero él sólo recordaba la primera amenaza azul del amanecer.

Estaba de pie en el vértice de la pirámide del 667 de Sansilva, el centro alrededor del cual giraba el mundo, esperando a que el Rey de Rojo se tomara su café. Su jefe, en cierto modo. Había muchos consejos en Dresediel Lex, muchos que se superponían a gremios de hechiceros y empresas, y salían muchas leyes de sus engranajes en movimiento. Pero sólo había un Rey de Rojo.

—Estamos listos, señor. Esperamos sus órdenes para despegar.

—Gracias, Chimalli —dijo el esqueleto; terminó su café y dejó su periódico sobre el escritorio—. ¿Cómo crees que presentarán los periódicos lo que hagamos hoy?

—Señor, creo que presentarán lo que sea de su interés presentar.

—¿Quieres decir que debería tener más mano dura, que debería controlarlos?

—No, señor. Quiero decir que todos hacemos lo que más conviene a nuestros intereses, la mayor parte del tiempo.

—¿Incluso la gente de la plaza Chakal?

—Supongo que sí, señor. En cierto modo.

—Yo tengo numerosos intereses. ¿Qué pasa si chocan unos con otros?

Chimalli pensó en ello por un momento.

—Uno de ellos gana. En ese caso, el que tenga mayor interés para usted. De lo contrario, no habría ganado, señor.

—Vives en un universo determinista, capitán.

—Con todo el respeto, señor, no me paga para filosofar.

—¿Tengo interés en atacar la plaza Chakal esta mañana?

—Usted parece pensar que sí.

—Y, aun así, podría detenerlo todo en este mismo momento. Podría ordenarles a los hombres un alto el fuego. Podría ofrecer mi amnistía a todos aquellos que decidieran dejar la plaza antes del anochecer, y ordenarle al teniente Zoh que revelara su rostro y fuera a juicio por el asesinato del niño, como un acto de buena fe. Podría terminar esto de manera pacífica.

Hablar con un dios inmortal jugaba malas pasadas a la mente. Sin todas las pistas faciales sutiles que la carne humana proporcionaba, incluso presentes en la máscara de un alcaide si uno era capaz de observar, uno no podía saber si la persona estaba siendo sincera. Cada palabra podía ser una trampa colocada por un hombre con una cara de póquer perfecta. Por fortuna, con el Rey de Rojo, cada palabra tendía a ser una trampa, así que no había mucho riesgo de adivinar incorrectamente.

—¿Lo hará?

El Rey de Rojo examinó la mancha al fondo de su taza.

—Supongo que no —dijo él—. Vamos. Le he ordenado al teniente Zoh que lidere el ataque. Me parece apropiado, ¿no crees?

Chimalli no dijo nada.

—Vamos, capitán. Tenemos un largo día por delante. No tiene sentido empezarlo de mal humor.

El Rey de Rojo metió la mano en el bolsillo de su túnica, rebuscó y finalmente encontró un palillo que, al sacudirlo tres veces, se convirtió en un bastón de mando metálico más alto que él. Caminando con confianza y con el bastón en la mano, atravesó el domo de cristal, alzó las manos hacia el sol recién salido y llamó a su transporte.

Elayne despertó, se sentó y observó cómo se preparaba la gente de la plaza Chakal. A su alrededor, los miembros del círculo abrieron los ojos.

—¿Eso es todo? —preguntó Tay.

—No. Cuando llegue el fuego, os necesitaré: sueños vivientes, en mentes

vivientes. Si os queréis ir, podéis hacerlo.

Él se volvió para mirar la fuente, el campamento de Temoc, a Chel.

—Me quedaré. Si ayuda en algo.

—Ayudará —dijo ella.

La multitud disminuyó. Aquellos que se quedaron se dispersaron para llenar el espacio vacío.

Ella se lo había advertido. Y el Rey de Rojo se lo había advertido a ella: «Ni ayuda ni consuelo para el enemigo. Salva el Skittersill si es necesario, pero déjame a la gente a mí». Y ella había dicho que sí.

Romper su promesa sería lo mismo que romper su poder. Técnicamente, no había hecho ninguna de las dos cosas.

Pero era un gran riesgo apoyarse en un tecnicismo. Un riesgo inmenso, de hecho.

Temoc caminó entre su gente, envuelto en dioses, ofreciendo bendiciones. Allí donde tocaba, la luz de sus cicatrices permanecía. Chel lo seguía.

Elayne había dicho que sí porque no quería luchar contra el Rey de Rojo. Porque la hechicería era el camino de la paz, la verdad y la libertad. Así lo creía ella. Si el sistema está roto, haz lo que puedas para repararlo desde dentro. ¿Qué más podía hacer?

Ese argumento sabía a arena en su boca. Había dicho que sí por esos motivos, y también porque no podía derrotar al Rey de Rojo en su propia ciudad.

Probó una vez más las riendas de obligación con las que sostenía el contrato de Aberforth y Duncan. Nunca habría logrado que esa firma funcionara sin el apoyo de Kopil. Si no hubiese accedido a trabajar con él.

A pesar de ello, el trato la ataba de manos. Alguna vez, cuando era joven y estaba llena de ilusiones de independencia y poder después de su embriagadora victoria en las Guerras, había dejado que otro la atara a su voluntad. Luchó y se liberó, lo venció en su propio juego, lo arrojó a la oscuridad exterior de la academia. Sin embargo, los años habían llegado y se habían ido, y allí estaba ahora, atada de nuevo por su propia lengua.

«Obtenemos fuerza de las ataduras —pensó—. Ése es el estilo de una hechicera. Teje una red que te ligue a otros con ataduras y deudas, hipoteca tu

vida a cambio de poder, y usa ese poder para hacer bailar a las naciones.

»Hasta que un día te inviten a bailar a ti también.»

Mientras revisaba el mapa de sueños del Skittersill que había tallado en el suelo de piedra, frunció el ceño, inhaló profundamente y se concentró.

Se oyó el ritmo de un tambor en la distancia. Se volvió hacia el norte y vio cómo se aproximaba la guerra.

Los dioses guiaron a Temoc por la plaza Chakal. Acariciaban su piel y dejaban marcas de glifos a su paso. Sus voces retumbaban debajo del mundo: vuelta aquí, detente, a la izquierda, pon la mano en esta piedra.

Bendijo al resto de su gente mientras pasaba: «Los dioses están aquí para vosotros. Están listos para esta lucha». Conocía cien formas de preparar guerreros para su fin, y las usó todas.

Después, terminó. Regresó al altar, se arrodilló y agachó la cabeza.

Los ojos de los dioses lo observaban desde el interior de su mente.

«Haced que esto valga la pena», oró Temoc en el silencio de su corazón.

Los dioses deberían tener alguna especie de gesto amable, al menos ahora, para su sirviente frente al altar, pero la oscuridad estaba abierta, hambrienta y segura. Los dioses estaban cansados, y los dioses eran viejos, y los dioses no necesitaban guardar las apariencias frente a él. Un sacrificio los había despertado, pero no estaban más preparados para ese momento de lo que lo estaba cualquier soldado de la plaza Chakal. Estaban asustados.

Sonrió.

«Bueno —se dijo—, como todos.»

Su corazón latía en sus oídos, un fuerte tambor, como los que los sacerdotes del Imperio Brillante usaban para llamar a sus hombres montaña a luchar.

No. Eso no era ni un corazón ni un tambor.

Abrió los ojos y se puso de pie.

Chel se detuvo a su lado. Sostenía la ballesta del alcaide de la noche anterior. Mientras recorría el campamento, había recogido más rayos desechados, había recargado la ballesta y sujetado el resto a su bandolera. Levantó la vista y miró al cielo.

Se aproximaban unas aves negras, que volaban muy alto. Se acercaron más;

el batir de sus alas era lento y pesado, y sus colas de serpiente se movían tan rectas como una jabalina detrás de ellas, para incrementar la velocidad.

Chel amartilló su ballesta, aunque estaban demasiado lejos como para atinarlos. Él no la detuvo. Tenía que hacer algo. Alrededor del campamento, otros prepararon arcos, lanzas y palos y rocas. Temoc apoyó una mano en su cuchillo y abrió sus cicatrices. Las frías sombras fluyeron desde ellas, y la luz. Se entregó a sí mismo a los dioses y se volvió más y menos humano. El tiempo avanzaba lentamente.

Encima de ellos, como si fueran uno solo, los couatls doblaron las alas y cayeron como flechas hacia la plaza Chakal. La luz del sol destellaba desde sus alas. Las estrellas resplandecían desde sus frentes, y sus cuerpos estaban cubiertos de cadenas plateadas.

Pero luego la primera ola detuvo la zambullida, las alas se encendieron para frenar y volar sobre la plaza. Los arcoíris se derramaban desde ellos; no, no eran arcoíris, sino un fluido translúcido, una cortina húmeda y brillante que cubría el cielo y, mientras caía, se incendiaba.

La plaza empezó a arder.

Los couatls volaron con la precisión de un reloj, y los alcaides soltaron bien su carga. Pero el fuego de agarre nunca era un arma exacta.

Elayne lo había visto por primera vez en una maniobra de retraso en Schwarzwald, cerca de la Universidad Grangruft: pequeños dioses locales dieron vida al bosque para que destruyera la escuela antes de que ésta pudiera despegar. Las raíces se levantaron de la tierra, las ramas se afilaron hasta convertirse en astillas, las enredaderas se trenzaron hasta transformarse en serpientes. Incluso la hierba se afiló para cortar tendones y atrapar los pies de los defensores. La facultad lanzó fuego de agarre en un círculo alrededor del recinto, apuntando hacia fuera. Al principio, funcionó, quemando un círculo ardiente en expansión alrededor de los terrenos del campus. Pero esa cosa era engañosa. Un soplo de viento o la maldición de un dios moribundo empujó el fuego de agarre de vuelta hacia los terrenos, y tuvieron que abandonar la mitad del campus antes de terminar.

Así que, cuando el fuego cayó en la plaza Chakal, también alcanzó los edificios que la rodeaban, y cualquier superficie que tocara, ya fuese piedra, madera o ladrillo, se incendiaba, ardía, y el fuego se extendía.

Elayne sabía qué esperar, se había preparado a sí misma para ello, a la vez que sostenía el contrato de guarda cerca, pero el propio peso del fuego la hizo tambalearse. La luz del sol se convirtió en ceniza. Los gases tóxicos quemaron sus pulmones. El fuego recorrió sus venas, derritió su piel. Se había entretejido a sí misma por todo el Skittersill, y sentía su dolor.

Los miembros de su círculo se retorcieron. Los ojos de Zip se abrieron de golpe y se pusieron blancos; le salía espuma blanca de los labios.

Una cortina de arcoíris cubrió la plaza.

Ella alzó un escudo dentro de la guarda de la tienda de reuniones: un escudo que técnicamente estaba fuera de la plaza Chakal, por lo que no violaba su trato con el Rey de Rojo. El escudo se dobló y centelleó con chispas verdes, pero resistió. El ozono y el hedor químico cáustico se enredaron.

Fuera, los gritos humanos se alzaban en medio del crujir de las llamas.

Temoc alzó la mano mientras caía la cortina y pidió al poder de los dioses que emergiera de él y bloqueara el fuego.

No lo hizo.

Las sombras fluyeron, sí, y se esparcieron, pero directamente sobre él, en una pequeña burbuja alrededor del altar, de varios metros desde el centro hasta el borde. Suficiente para encapsular a Chel y a unos cuantos temerosos que estaban junto a él, pero nada más. Las líneas de glifos que había recorrido despertaron también, pero no ofrecieron refugio. Él luchó, se resistió, llamó a sus santos patronos. «Ayudadnos.»

No recibió respuesta, pero sí oyó el movimiento de pies divinos. Silencio, tensión, retraso.

Luchó con toda su alma, se le saltaban los ojos como a un caballo de carreras, pero él era un solo hombre y ellos eran más, y el fuego cayó.

Su gente ardió.

El fuego, pesado por la distancia desde la cual había caído, rodeó su escudo y

lo presionó. A través de la neblina de calor, vio cómo morían los demás.

Todo se incendió a la vez. Las tiendas ardieron con violencia. La gente cayó bajo el peso del fuego, y gritaron en el lugar donde caían. Pero Elayne y su círculo estaban a salvo. El sudor se acumuló en su frente.

—¡Tenemos que ayudarlos! —Tay se puso en pie rápidamente.

—¡Quédate quieto! —le gritó Elayne—. Los dioses de Temoc...

—¡No están haciendo nada!

—Quédate en el círculo. No puedo...

—A la mierda tu círculo. —Tay se zambulló en el fuego antes de que Elayne pudiera detenerlo.

Necesitaba a Tay. Sus viejos reflejos se apoderaron de ella, sus reflejos de combate, improvisando la lógica: estaba sentada dentro de la guarda, y estaba enlazada a través de su círculo de sueños: se hallaba dentro de la mente de Tay. Así que, al proteger a Tay, estaba protegiendo la parte de sí misma que se encontraba en su interior, y estaba, por definición, fuera de la plaza.

Revistió las extremidades de Tay en un escudo de aire duro. El mapa de sueños a su alrededor se alborotaba, y le dolió el cerebro por el esfuerzo de mantener los argumentos entrelazados que los protegían de ese infierno.

Su escudo se dobló bajo la presión. En los bordes de la plaza, géiseres de llamas se alzaron desde un techo de alquitrán y se extendieron a estructuras cercanas.

Pero Tay vivía.

Corrió entre el calor, un fantasma ondulante, metió los brazos en el lago de fuego, levantó un cuerpo desplomado y corrió de vuelta al círculo. La hechicería de Elayne retiró las llamas de sus extremidades y de la mujer que sostenía. Su piel estaba ennegrecida, su blusa quemada. Elayne vio un rastro de hueso, y olió la carne chamuscada. La mujer gritó, con la garganta en carne viva. No era la única.

En la plaza, todos estaban gritando.

Pero ella seguía con vida.

Elayne extrajo el calor de las quemaduras de la mujer, y el dolor. El dolor era

una forma de arte, después de todo: una concentración del alma, una extensión del tiempo. El dolor da poder y, con poder, Elayne (casi) podía mantener la cúpula en pie y evitar que el Skittersill ardiera. Tal vez la mujer moriría. Elayne había visto quemaduras peores...

... aunque no desde las Guerras...

No obstante, no había muerto aún.

Tay y los demás permanecieron mirando a la mujer, horrorizados, en la media luz que la hechicería de Elayne dejaba mientras drenaba el mundo a las sombras.

Eso era lo que obtenían por quedarse dentro de las líneas.

Nada más.

No podía enfrentarse al Rey de Rojo, pero podía hacer más de lo que había planeado. Podía salvar a algunos de ellos. No los suficientes.

—Id —dijo ella—. Todos vosotros. Traed a todos los que podáis. Tantos como quepan dentro del círculo. ¡Ahora!

Corrieron, y ella los acompañó en pedazos.

Hombres y mujeres cayeron, en llamas. El fuego explotaba a partir del líquido viscoso que los couatls dejaban caer, y fluía y se pegaba y se escurría y rodaba y salpicaba y se aferraba y cubría. Muchos gritos se convirtieron en uno solo proveniente de muchas gargantas, húmedas y roncadas a la vez, debido al fuego que goteaba en las bocas abiertas.

Las esteras de hierba seca se quemaron. El agua en la fuente de los dioses se quemó, y el dios sin rostro lloró lágrimas ardientes sobre un estanque de fuego. Una mujer luchaba por ponerse de pie, lidiando contra el fuego que se aferraba a su cuerpo. Su piel se derritió. Golpeó su cabello en llamas con sus manos en llamas y trató de respirar, pero el fuego llenó sus pulmones.

Temoc sintió la primera muerte de inmediato. La segunda, un instante más tarde. Después de eso, llegaron rápido, cada una fluyendo hacia la siguiente, hasta que quedó una sola muerte, horrenda y enorme como un grito. El aire apestaba a aceite y a carne y a pelo quemado. La plaza Chakal moría a su alrededor y, aun así, él sobrevivía.

Chel vomitó junto al altar.

El lago de fuego fluía con olas donde habían caído los cuerpos, olas espumosas que eran manos medio de carne, medio de hueso, saliendo de entre las llamas.

Por encima, los couatls dieron media vuelta preparándose para otra ronda.

«¡¿Esto era?! —les gritó Temoc a los dioses a través del torrente de muerte—. ¡¿Esto era lo que queríais?!»

«Espera», dijeron los dioses.

«¿Esperar para qué?»

«Para esto.»

Y, entonces, se hizo la luz.

Elayne había estado a punto de perder la ciudad.

Sus voluntarios corrieron entre las llamas, con sus sentidos entrelazados con los de ella: sulfuro, vapor ácido y brasas, cuero quemado y metal quemado y hule derretido de las suelas de los zapatos. A su alrededor, encima de ese mapa perfecto-imperfecto, los cuerpos se apilaban de manera compacta: en cuestión de minutos, habían rescatado docenas, y Elayne les quitó lo que pudo para mantenerlos a salvo: el calor de su carne y el dolor de sus almas. Sus escudos temblaron y estuvieron a punto de fallar. De no ser porque estaba familiarizada con ese sentimiento —de no ser porque había aprendido de un maestro retorcido en su juventud cómo abarcar las brechas entre las mentes, cómo dividirse y recombinarse—, de no haber aprendido esas artes oscuras, se habría venido abajo en el primer minuto.

Había estado a punto de hacerlo de todos modos.

El Skittersill ardía. Una capa impecable de llamas cubría las tiendas de madera que bordeaban la calle Bloodletter y las fachadas de ladrillo y madera en Crow. El fuego devoraba piedra, crujiendo y rompiendo los terraplenes, un fuego que se burlaba de las reglas del fuego, un fuego que quemaba lo que no podía ser quemado.

Con toda la concentración que podía utilizar, abrió la línea con Aberforth y Duncan, invocó el contrato de seguro, invocó nombres verdaderos y números de serie. El mapa de sueños que había dibujado chamuscó sus pensamientos. La ciudad ardía, y ella, con poder robado, le ordenó que se detuviera.

A su lado, en el suelo, había un hombre que lloraba hecho un ovillo.

El contrato del seguro respondió a regañadientes a su llamada. Sintió cómo se quemaban los edificios, los oyó gritar en su mente, y le exigió a Aberforth y a Duncan que actuaran. Eso funcionaría. Tenía que funcionar. O eso esperaba ella.

No había habido tiempo de negociar el acuerdo de Purcell; un contrato mal redactado podría permitir que sus empleados escaparan de sus obligaciones de proteger y defender. Pero, aunque no confiaba en Tan Batac en ningún otro aspecto en particular, confiaba en su codicia y en su malicia para hacer un buen trato.

Aun así, la compañía se movió lentamente, muy lentamente, para atender a su llamada. Las columnas de fuego explotaban desde los tejados. Los gritos burbujaban y se ahogaban. Con los ojos cerrados, observó cómo la red verde que representaba la fe de la multitud palpitaba con sus muertes. Cientos en cuestión de minutos; las almas apretadas en espiral explotaban como fuegos artificiales.

Todo para nada, todo por un tramo de tierra quemada donde algún constructor haría un centro comercial, y todos los que quedaran vivos se beneficiarían, y nadie recordaría, a menos que ese contrato se moviera. «Ahora.»

El poder llegó.

Fluía suave, lento, dorado y pesado como una inundación de miel que Aberforth y Duncan enviaba hacia ella, y desde ella hacia el mapa de sueños. Con los ojos aún cerrados, sintiendo en lugar de ver los contornos del mapa, dirigió el poder a las guardas durmientes en los clavos y el mortero del Skittersill.

El argumento era bastante sencillo: el fuego de agarre tiraba de la materia de la materia. El alféizar de la ventana, las vigas, los marcos, el aislamiento y los paneles de yeso se quemaban por sí solos. Pero cada una de esas piezas era parte de un edificio que no se quemaba entero por el simple hecho de que una de esas piezas lo hiciera. Y, aun así, ¿cómo podía ser que una parte se estuviese quemando si el sitio entero no estaba en llamas?

Un sofisma, pero no había que trabajar duro para ser más astuto que las llamas. Incluso el fuego demoníaco creado por la hechicería era bastante tonto.

El Skittersill ardía a su alrededor pero no se había consumido. El truco no funcionaría para siempre: incluso el edificio más resistente tenía su punto de ignición. Por el momento, la madera y el aislamiento brillaban, pero no estallaban, y el exceso de calor se filtraba a las piedras y el metal que los

rodeaban. Los edificios del Skittersill no arderían hasta consumirse por completo.

Dolía. Muchísimo.

Aunque no tanto como el dolor que experimentaban los hombres y las mujeres a su alrededor. Incluso aquéllos bajo la protección del escudo se quemaban con botones y hebillas metálicas, cocidos en su propio sudor.

Los cuerpos de gente que aún no estaba muerta se acumulaban a su alrededor mientras Tay y Cozim ponían a los caídos a salvo. No vio a nadie que conociera. Ya debían de estar en llamas.

Chel. Bill y Kapania Kemal. Bel. Temoc.

Ellos debían de estar a salvo. No lo decía por sentimentalismo, era un hecho simple: lo más probable era que no cayeran tan fácilmente. El sacrificio de Temoc despertó a los dioses. Incluso debilitados, podrían haber salvado a sus adoradores por unos cuantos segundos, dando a la plaza Chakal una respuesta desafiante, si bien sólo por unos instantes, para pregonar a través de la historia. ¿Por qué no?

Revisó la plaza en busca de las vastas e inherentes presencias que había visto. Y las encontró.

Los dioses quechales estaban sobre ellos, con los brazos abiertos para recibir ofrendas quemadas.

A Elayne se le revolvió el estómago. Quería vomitar. No podía permitirse el lujo de vomitar. Lo bueno era que ya no era precisamente humana, de lo contrario, no habría tenido elección.

Eso tenía cierta lógica, debía admitirlo.

Los dioses habían permanecido dormidos durante décadas, subsistiendo a duras penas de los pequeños sacrificios de Temoc. El ejercicio de la noche anterior los había despertado y los había dejado hambrientos. Después de las Guerras, hasta los dioses conocían sus límites. La elección, desde su punto de vista, era simple: desperdiciar el poco poder que tenían en una táctica defensiva que no sería una amenaza para su adversario, o recolectar a los muertos y usar su sacrificio para potenciar un ataque.

Los dioses enviaron su poder. Un viento se levantó entre los moribundos de la

plaza Chakal.

Elayne abrió los ojos para observar cómo se alzaban los primeros condenados.

—Temoc —dijo, a pesar de que él no podía oírla—, lo siento tanto...

Cabello chamuscado y carne cocida, piel burbujeante y músculos crujientes, cenizas y huesos y los gritos de los moribundos, y el hedor de la alquimia por todas partes. La gente buscaba refugio bajo los restos de las tiendas que también estaban en llamas.

Temoc se hallaba de pie en el fin del mundo.

Entre el humo, entre la neblina, vio columnas de luz blanca y pura que se alzaban.

Al principio, no lo entendió. Permaneció observando el cielo con la mirada vacía, a los couatls que daban vueltas en el aire sobre ellos. ¿Una especie de arma nueva? ¿Un poco de misericordia para matar a la gente más rápido? Pero esas luces se alzaban hacia el cielo y, conforme se acercaban, los couatls giraban en desorden.

Entonces, Chel gritó de miedo, de dolor, un sonido como de animal forzado a salir de su cuerpo por las contorsiones en lo más profundo de ella. Se arrodilló, arañando su piel. Los músculos de su espalda se retorcían como serpientes, y en cualquier lugar que sus uñas tocaban, su ropa y su carne se abrían y, a través de las grietas, emanaba la luz más brillante que Temoc había visto en la vida.

Sus gritos se convirtieron en rugidos.

La luz que se filtraba desde las heridas que se había hecho era un fluido brillante y viscoso que escaldaba mientras le cubría los hombros, los brazos, el cuello, la columna, la espalda y las piernas. Debajo de la luz, seguía siendo ella misma: ropa y piel chamuscada, jadeando, gritando y poniéndose de pie. Se levantó, atormentada por el dolor. Su rostro era una máscara radiante.

La luz fluyó y se acumuló en la espalda de Chel, donde se dobló y se convirtió en unas alas emplumadas.

«Sí», dijeron los dioses, y Temoc lo entendió.

Lo entendió y quiso arrojarse al suelo de rodillas y llorar lágrimas calientes

sobre el fuego consumidor, que se lo quitaba todo y lo dejaba sólo con...

«Poder.»

Una vez, había presenciado la ruptura de una presa, y no una de las pequeñas, como de río, sino una de las grandes plantas depuradoras de agua de RKC, una enorme estructura de hormigón y piedra de cincuenta pisos de alto. Cientos de miles de litros de agua se desbordaron, como un muro blanco desgarrando a su paso el suelo llano y erosionándolo hasta convertirlo en un lecho de roca, destruyendo casas y granjas, arrastrando y despedazando a los caballos que habían huido y que lograba alcanzar. El agua se tornó sólida en dos estados distintos: congelada y en movimiento.

Cada célula de su cuerpo estaba atada a un generador de rayos. De no ser por sus cicatrices, de no ser por los sesenta años de oración y los veinte de guerra, habría terminado despedazado como aquellos caballos en la inundación. En vez de eso, se puso en pie mientras la luz recorría su cuerpo, mientras las sombras de su piel se hundían más profundamente que la noche, como un hambre más que un color. Y era fuerte.

Se había fortalecido con la muerte de cientos. Un sacrificio había despertado a los dioses la noche anterior. Habían encontrado a la gente de la plaza Chakal en sus sueños, y les habían cantado canciones de fe mientras ellos dormían. Esa mañana, probaron la sangre de aquellos que se quedaron. Como estaba planeado.

«Nosotros, los pocos que quedemos —había dicho mientras levantaba su cuchillo—, los pocos afortunados, estamos llamados a entregar nuestros corazones.»

«Levántate —cantó Águila Séptima en su sangre—. Vuela y lucha.»

Quería arrancarse las cicatrices de la piel. Quería maldecir a los dioses y huir de la plaza Chakal, volverse ceniza en medio del fuego que había hecho caer el Rey de Rojo.

Pero hay decisiones de las que uno no puede retractarse.

No cuando Chel extendió sus gloriosas alas. No cuando se volvió para mirarlo con tristeza y luego voló.

La onda de choque provocada por su despegue lo puso de rodillas. Y supo en ese momento, como había sabido antes pero había olvidado, que sus dioses eran

sabios, y también astutos. Conocían a Temoc desde hacía mucho tiempo. Conocían a los Caballeros Águila. Sabían que no dejaría a su gente.

No mientras quedara venganza por cobrar.

Los couatls volvieron para dar otra vuelta sobre el lugar.

Él se alzó para encontrarse con ellos en el aire.

El calor de la plaza lo elevaba más y más mientras volaba, con los brazos hacia los lados y la barbilla alta, sin necesidad de alas. Pasó junto a Chel rápidamente, y junto a los otros también. Sus sentidos se habían dilatado por ese flujo de poder, y los vio, los resucitados de la plaza Chakal: doce en total. No del todo enteros o vivos por completo. Una mujer tenía toda la piel del lado derecho de su cuerpo derretida, y ésta había sido reemplazada por luz divina. Un hombre volaba aún en llamas, y sus manos quemadas eran ahora garras brillantes. Un niño..., por todos los dioses, habían elegido a un niño. Pensó que, de todos los que se habían marchado, el niño era el que más brillaba. Un niño de doce años, enfrentándose al couatl.

Las monturas de los alcaides se dispersaron confundidas. Escamas y serpientes, cadenas de plata, coronas de estrellas sobre su cabeza, y alcaides sobre ellas, con máscaras sin rostro que reflejaban el fuego.

Temoc apuntó a su líder y, al acelerar, lo reconoció. Se trataba del alcaide alto y fornido que había arrojado la piedra que mató al niño, tras lo cual empezó todo eso. Había sido enviado allí, siguiendo alguna lógica retorcida, para presenciar el fin.

El sacerdote estiró una mano, apretó los dedos hasta formar una bola y golpeó a Zoh en la cara casi a la velocidad del sonido. El cuello del alcaide se rompió, el couatl rugió y los demás ángeles se unieron a la batalla.

Temoc luchó para evitar llorar.

—Señor —dijo el capitán Chimalli—, parece que hay un problema.

Viajaban a lomos del corcel del Rey de Rojo, a más de un kilómetro de la plaza Chakal y de la batalla. Chimalli ojeó el campo de visión de varios alcaides. Detrás de él, el Rey de Rojo observaba.

La primera fase había salido a la perfección: el fuego de agarre había sido

desplegado sobre el objetivo dentro de los parámetros operacionales. Muchas bajas. La segunda fase se había vuelto extraña.

Había luces que danzaban entre una nube de couatls. Ocasionalmente, manchas mugrientas salían volando de la masa de luces: alcaides que caían de sus monturas. Muchos habían sido atrapados; los couatls volaban y los asían con las garras. Otros habían muerto.

Las voces eran un coro en sus oídos:

—Se mueven como nada que haya...

—... de la nada...

—... en picado, en picado, en picado...

—Está detrás de mí, ya viene, es...

—Hemos atrapado a una en una red, ¡pero la está quemando para salir...!

Apenas alcanzaba a vislumbrar las formas que se movían entre sus alcaides, matando. El destello de un ala, la imagen de un rostro imposible, una mano derretida, una garra. Al menos, sí reconocía a la sombra cuyos puños en movimiento ponían fin a muchas transmisiones.

—Señor —repitió.

—Astuto. Esto no es idea de Temoc, a menos que me equivoque mucho. Y yo que pensaba que lo único que teníamos que hacer hoy era martillear un escudo hasta que se rompiera... Capitán, vamos a entrar.

En el aire, había destellos de alas de arcoíris y escamas negras. El mundo era una nube de ceniza y sangre, de prismas y redes, garras y dientes y cristal y muerte.

Chel danzaba dentro de su luz, una esquirla en medio de un torrente de voluntad divina. Las mandíbulas de las bestias se cerraban justo en el lugar donde había estado hacía un instante, y ella se daba la vuelta y golpeaba en respuesta, moviéndose a más velocidad de la que nunca había tenido. De un golpe, partió la cabeza de un couatl, y la sangre manó por los aires. Una garra la golpeó por detrás y cayó, girando y con las alas abiertas para atraparse a sí misma en el vacío justo a tiempo para bloquear una garra que iba dirigida a su garganta, y entonces rompió la garra, cogió al couatl de la muñeca y, de un giro,

lo lanzó contra otro. Ambos cayeron dando vueltas hacia el fuego, agitando las alas desesperadamente contra el cielo vacío.

Los couatls bufaban a su alrededor y las luces divinas los atravesaban y los mataban. Dos luces aterrizaron en las alas de una de las criaturas, y tiraron hacia arriba hasta que sus huesos se rompieron. Las luces salieron disparadas y una de ellas voló a la mandíbula de otra serpiente. Esa luz logró liberarse, pero la mandíbula de la bestia la frenó lo suficiente como para que una red que arrojaron la atrapara y cayó al suelo, rápido, más rápido, hasta que sus alas lograron cortar las hebras y se elevó otra vez para luchar.

El cielo era un destrozo sangriento. Chel sentía las otras luces, su alegría y su dolor. Estaban juntos, conectados entre sí para llevar a cabo una gran tarea.

Eso era todo cuanto quedaba de los otros. Eran tan singulares como cuchillas; cuando uno se rompía, cuando su pecho era atravesado por el golpe de suerte de algún couatl, ella sentía su muerte: la alegría de haber cumplido su propósito, antes de partir. Los demás estaban muertos, o flotaban al borde de la muerte, su dolor y su ira final daban fuerza a su nueva forma. Eran parte de esa máquina milagrosa, construida por dioses para cumplir su voluntad. Chel vivía. Debajo de la adrenalina del poder, podía oler los cuerpos humanos derretidos de la plaza debajo de ella, y quería morir. Sería más fácil.

Temoc saltaba de un alcaide a otro. Era un regalo de violencia para el mundo. Una jabalina voló hacia él, y él la destrozó con un golpe de la mano. Las redes lo atrapaban, y él las rompía con gran facilidad. Caminaba en el aire. Los couatls lo golpeaban por todas partes, y él reía. La sangre manchaba sus manos y sus ojos ardían.

La oleada y el pulso de la batalla disminuyó, el torbellino redujo su velocidad. Entre la confusión de serpientes y alas, Chel vio el cielo y la ciudad debajo de él. Por primera vez en diez minutos frenéticos de lucha, no tenía un objetivo inmediato, nadie a quien golpear, nadie a quien matar.

Estaban ganando. Por todos los dioses. Con todos los muertos y los moribundos que había, y aun así estaban a punto de ganar.

¿Eso hacía que todo hubiese valido la pena?

Los cadáveres de couatls caían chapoteando en el lago de fuego que solía ser

la plaza Chakal.

Alguien cantó victoria.

Se volvió para mirar a su alrededor, con las garras levantadas, con sus nuevos instintos despiertos en caso de una amenaza. Más couatls despegaban desde los tejados que rodeaban la plaza, colocándose en posición para rociar otra cortina de fuego. Los couatls con los que habían peleado volaban para refugiarse. «Persíguelos, atrápalos. Es fácil.» Los dioses entonaban cantos bélicos en su sangre.

Entonces, el cielo del norte se onduló y se tornó negro, y los dioses empezaron a gritar.

Elayne ardía en lugar de la ciudad. El fuego coronaba el Skittersill y lo habría devorado de no ser por el acuerdo con Aberforth y Duncan; por otro lado, la compañía de Purcell trataba de librarse de sus obligaciones, y lo habría logrado de no ser por Elayne. Ella unía el incendio con la compañía, como un puente, y ambos se encontraban en batalla, sobre y a través de ella.

Estaba demasiado débil como para gritar. El fuego no podía consumir la madera, el ladrillo y la piedra, así que, en su lugar, incendiaba su mente. Las jaulas forjadas en hierro donde había encerrado sus recuerdos se derretían. Imágenes descartadas hacía mucho, momentos de debilidad y de dolor encadenados a rincones oscuros, se liberaron y ella...

Era de nuevo una niña de doce años escondiéndose boca abajo en el barro de una cueva, respirando musgo y lodo mientras una multitud pasaba frente a la entrada de la caverna, con antorchas en la mano y whisky en el aliento. Tenía un sabor a miedo, a bilis y a furia helada en la boca. Correr, tenía que correr, pero no podía. Además, ¿no sería mejor arrastrarse en la oscuridad y permanecer allí, y dejar que una cosa retorcida se retorciera más a causa de las sombras?

Ahora era una niña de catorce, matando por primera vez, con un sencillo cuchillo de acero en aquellos días de hechicería, entrando en las costillas de un hombre una y otra y otra vez; sentía el impacto del peso de su cuerpo a través del acero mientras lo enterraba.

Era la nieve que había caído en Dresediel Lex por primera y última vez y

había dejado huecos humeantes en las rocas. Los dioses morían en el cielo, perforados por espinas de luz, mientras los hechiceros, convertidos en máquinas de guerra, marchaban entre los restos de la ciudad. La peste del combustible de los motores y la sangre, salitre y ozono, polvo de ladrillo y arena. Los millones de colores de la vida se desvanecían hasta que todo se volvía blanco y negro por la pérdida de almas mientras ella se tambaleaba desde su máquina de guerra hasta un callejón, cansada y ensangrentada, con los ojos brillantes y el cuerpo mojado, hacia el lugar donde Temoc yacía ensartado.

Era un cuerpo en una habitación poco iluminada en Alt Coulumb, pagada de sí misma, despojada incluso del derecho a la ira. Las luces de la ciudad brillaban al otro lado de la ventana como afilados instrumentos de tortura, mientras que, en las profundidades de su alma, varias manos enloquecidas sostenían las raíces del amor y tiraban, tiraban y tiraban hasta que las forzaban a aflojarse.

Era un centenar de momentos de dolor y de derrota, de ira y sufrimiento, de inocencia perdida, y nada importaba, porque de cada uno de ellos había resurgido más fuerte que antes, forjando de esos horrores nueva verdad y nueva determinación. ¿Para ser qué? ¿Profesional? ¿Exitosa? Era ambas cosas, lo había sido, y allí estaba, salvando los huesos de una ciudad incluso mientras su gente moría. Se había vuelto fuerte. Pero ¿qué clase de mundo había construido con su fuerza? ¿Uno en el que salvaba lo que podía salvarse y permitía que lo demás se pudriera?

A su alrededor, el círculo se cerraba; sus emisarios estaban manchados de hollín y vencidos. Los heridos yacían en el suelo, llorando.

Se asomó por cada ventana del Skittersill. Sus sentidos llenaron el aire. Sostuvo la ciudad entre las manos mientras los dioses quechales transformaban a sus devotos moribundos en armas, y mientras esas armas mataban a los alcaides y a sus corceles. El combate aéreo se retorció por encima de ella, una mezcla de escamas y alas, de cuchillas y arcoíris. Los cuerpos destruidos caían al fuego.

Elayne vio a Chel entre ellos, brillando como una estrella, y alada. Oyó cómo Tay pronunciaba el nombre de la mujer, pero no podía unirse a ella, sólo observar. Estaba viva, hasta donde ella podía ver: una mujer humana ganando en

contra de todas las probabilidades, con la ayuda de sus santos patronos. Tal vez la gente de Temoc obtendría su venganza después de todo.

Por unos breves instantes, dividida entre el fuego y la hechicería, casi lo creyó. Los couatls estaban heridos y huían hacia el norte. Había más despegando desde las azoteas alrededor del Skittersill, de razas más pequeñas, y armados para un combate a distancia, pero Temoc y sus ángeles eran rápidos, era difícil imaginar que un tirador pudiese darle a uno incluso teniendo un disparo claro.

Los ángeles persiguieron a sus enemigos, que huían.

Temoc se contuvo al principio, y Elayne comprendió por qué. Los couatls huyeron hacia el norte en una sola fila estrecha. Si ésta fuese una verdadera derrota, huirían en todas direcciones a la vez. Los dioses, embriagados por las almas sacrificadas, estaban siendo tentados por un objetivo. Mordieron el anzuelo. Las armas humanoides salieron volando hacia delante, sedientas de sangre, regocijándose en la fuerza con la que habían hecho huir a sus enemigos.

Entonces, los alcaides, todos a la vez, doblaron sus alas y se zambulleron, y el cielo frente a los ángeles quechales se onduló, se torció, se invirtió y se volvió negro, con unas alas escamosas extendidas, una espalda del tamaño de una nave de batalla, una cola tan larga como una autopista y tan gruesa como un árbol de magisterio, con mandíbulas cavernosas y dientes tres veces más grandes que un hombre. Incluso los ojos eran enormes. En la frente de la criatura brillaba un rubí, con la intensidad de una supernova, y de pie en la base de su cuello se encontraba el Rey de Rojo.

Elayne estuvo a punto de dejar que el Skittersill se incendiara a causa del impacto.

No era un dragón.

Bueno, ya no lo era.

Debido a su edad, a su sabiduría y a su poder, los dragones rara vez se involucraban en asuntos humanos. Durante las Guerras de los Dioses, se vieron forzados a elegir un bando, cuando, después de largas décadas, la lucha finalmente amenazaba con romper el huevo cósmico. Brindaron su ayuda a los hechiceros, y después se retiraron una vez más a sus tranquilos imperios y sus

lentos juegos milenarios. Algunos, jóvenes y curiosos, prestaron su servicio como transportistas aéreos, pero los mayores se alejaron.

Sin embargo, los dragones no albergaban sentimientos hacia sus muertos. Los muertos formaban parte del paisaje, los muertos eran para devorarse. Los humanos tenían una especie de renuencia atávica en cuanto a transformar sus cadáveres en armas; los dragones no tenían esos escrúpulos, y no se habían inmutado cuando los hechiceros les preguntaron, con cuidado, si les importaría, mucho, si los humanos hacían unos cuantos experimentos con sus cuerpos. Y, así, renacieron en la muerte. Los muertos no tenían la astucia sobrenatural de los vivos, pero sí sus enormes cuerpos y su biología única, sus escamas de polímero que ningún proceso artificial podía duplicar, sus músculos, más fuertes y perdurables que los de cualquier sistema hidráulico, sus huesos, de los cuales un ingeniero emprendedor podría colgar una fortuna en armamento, su elevación colosal y, desde luego, la forja atómica interna que podía producir mucho más que un simple aliento de fuego. Sin duda, los hechiceros podían encontrarles algún uso.

Eran caros de operar. Mil almas más o menos para pagar por un minuto de combate. Aunque, claro, la guerra siempre había representado la oportunidad para que los grandes poderes jugaran con sus juguetes más exquisitos.

Elayne cerró los ojos y vio, dentro, entre y debajo de las escamas del dragón del Rey de Rojo, cómo las armas de hechicería escalaban a niveles de poder absurdos. Y, mientras los ángeles del Skittersill huían para cubrirse, las armas hablaron.

Chel no esperó a comprender la forma que surgía de la nada en el cielo. Inmensa, con garras, dientes, colmillos, ojos de pesadilla, tragándose el sol: eso era suficiente. Descendió en picado, girando y hacia delante. El canto de los dioses se dividió en una cacofonía mientras las mentes divinas se realineaban. Ella las ignoró, y se dejó caer.

Una nube de fríos dardos de hierro explotó de las alas del dragón y llenó el aire donde ella acababa de estar: cientos de miles de trozos de metal volando a la velocidad del sonido. Los otros no tuvieron tiempo de protegerse; los dioses lo

hicieron en su lugar por instinto, forjando escudos magnéticos en el aire alrededor de sus sirvientes. Pero los dardos no rebotaron, sino que tocaron los escudos, giraron y cobraron velocidad para un segundo ataque, y un tercero y un cuarto. Una nube de diminutos cuchillos rodeó a sus camaradas, y algunos lograron perforar sus escudos para sacarles sangre brillante.

Chel detuvo su zambullida y empezó a subir.

Temoc vio al dragón, oyó a los dioses peleando para responder, una docena de conceptos distintos recorriendo mentes divinas que entendían a duras penas los contornos del mundo físico. Sus voces palpitaban por sus cicatrices, y sus mentes por la de él:

«Ataca», «Da media vuelta», «Bloquea», «Protege»...

El tiempo, que para los dioses siempre era un parámetro confuso e impreciso, se dilataba, y aplastaban cada dardo: fácil de hacer cuando todos provenían de la misma dirección, pero en el segundo ataque...

«Muchos», «Hambre», «Resuelve», «Da media vuelta», «Ataca», «Ajusta», «Hierro»...

Corrió hacia el dragón, dejando huellas de sombra a través del aire cargado de ozono. Los dioses no eran buenos para ocuparse de cosas pequeñas que se movían deprisa, especialmente con hierro frío. Hacer cada pedazo a un lado sería un desperdicio de su poder y su atención. En vez de eso, usaban a los mismos ángeles. Los pedazos de hierro irrumpían de las luces aladas, en todas direcciones. Los renacidos de la plaza Chakal volaban hacia el Rey de Rojo, que se encontraba sobre su bestia de guerra, riendo.

Riendo, como lo hacía el propio Rey de Rojo.

La tormenta de hierro perdió su vida de animación y cayó.

Temoc corrió más rápido.

Y, entonces, los rayos hablaron.

Elayne observaba. Elegante. Primero, los dardos: demasiado rápidos como para que los dioses los desviaran uno por uno, y encantados de buscar a su objetivo. Para ello, la respuesta más rápida, siendo un dios, era aplicar una sola y poderosa

carga a todo el campo de batalla, a los dardos, las alas divinas y el armamento, para que las astillas de hierro del Rey de Rojo ni siquiera pudieran acercarse lo suficiente como para herir a los ángeles. Lo cual, desde luego, dejó a los ángeles cargados.

Así que ahora tenían una tormenta de dardos, con carga positiva, y algunos ángeles cuyas alas lo estaban también. Si dejaban los dardos, quedarían con un campo de objetivos cargados. Lo que querría decir que, sin importar adónde corrieran, sin importar lo rápido que se movieran, podrían encontrarlos y darles.

Así que los ángeles volaron hacia el Rey de Rojo; las antenas de las alas del dragón echaron chispas y estallaron. Los rayos atravesaron el aire vacío.

Los ángeles ardieron.

Chel estaba detrás y debajo del dragón cuando el relámpago golpeó.

Sólo fue consciente de una discontinuidad, de estar volando en dirección al dragón y entonces de caer unos treinta metros aproximadamente, hacia abajo, con cada músculo de su cuerpo contraído a la vez, con sangre en la boca y ozono en la nariz. El suelo se acercaba, más y más rápido; trató de extender las alas, pero éstas no obedecieron. Giró y cayó y se agitó mientras las voces de los dioses chocaban en desorden, pero, en ese momento, sus dedos se crisparon, así como la punta de sus alas, que se extendieron, deteniendo su caída, reduciendo la velocidad tan repentinamente que el mundo se tornó gris, pero al menos se elevó.

Más arriba, los demás colgaban en brillantes redes, dispuestos en un anillo alrededor de la enorme cabeza del dragón. Debía de haber esquivado la peor parte.

Sus compañeros no habían tenido tanta suerte. Se retorcían en una crispante agonía de segundos que parecía extenderse durante años. Ganchos, rayos e instrumentos de tortura se manifestaron en el cielo, perforaron sus alas, tiraron y rompieron.

La canción de los dioses vaciló y disminuyó.

Ella voló más deprisa, como una chispa ascendente, una mancha que abrazaba al sol, hacia el dragón.

«Ajusta», «Tropa», «Dolor», «Dolor», «Retirada», «Vuela»...

Al correr, Temoc oyó cómo los dioses retrocedían, mientras el Rey de Rojo destrozaba a sus emisarios. El dragón arrojó sus defensas en su contra: unos escudos se manifestaron en su camino y él los destruyó. Su distancia hasta la criatura se duplicó y se duplicó otra vez, con cada micrómetro de espacio que recorría, y, aun así, cruzó el espacio. Las garras demoníacas se reflejaban en sus cicatrices brillantes.

Las voces divinas chocaban de manera discordante en su mente.

«Deshaceos de las alas —oró fervientemente—. Son demasiado, le ofrecen algo que agarrar y romper. Sabe que las queréis, así que intenta quitáoslas. Es sólo cuestión de tiempo que su poder se agote.»

«Tal vez»...

Con un rugido de papel rasgado, los resucitados de la plaza Chakal se separaron de sus alas de plasma y saltaron hacia delante; sus dedos crecieron hasta alcanzar la longitud de una garra, sus dientes se afilaron. Las guardas del dragón chispearon y destellaron; dos de ellos, cayeron insensatos a la ciudad, muy abajo, pero otros ocho aterrizaron sobre la criatura: tres en el cráneo, tres en el ala izquierda y dos en la derecha.

El propio Temoc aterrizó sobre la frente rubí del dragón. La cabeza giró; la bestia profirió un grito de hierro. Alrededor, abajo, por todas partes, Dresediell Lex giraba, uno con su cielo. Las sombras que cubrían los pies de Temoc se agarraron a las escamas del dragón para evitar que cayera. Uno más de los resucitados cayó, contorsionándose con ira insensata; el resto se colocaron a cuatro patas y avanzaron por el largo cuello hacia el Rey de Rojo y su capitán alcaide.

En las alas, más alcaides corrieron para interceptar a los resucitados; las armas brillaban en sus manos. Rápidos, muy rápidos, pero no lo suficiente; las garras arrancaron las máscaras plateadas y los dientes destruyeron gargantas plateadas. Los tres que estaban en el cráneo saltaron por el cuello, de una escala enorme a la otra, hacia el Rey de Rojo, que seguía sonriendo. Y, sonriendo, como siempre, el hechicero estiró la mano. Unos cuchillos invisibles sofocaron el

fuego de los resucitados, pero éste se encendió de nuevo y ellos avanzaron, aunque un poco más despacio, un cambio ligero pero perceptible, y los cuchillos giraron y desollaron. Otra de los resucitados cayó: a su cuerpo le crecieron espinas desde dentro, perforando carne y huesos. Aun así, avanzó, estimulada por el fervor divino. En las alas, los alcaides se pusieron de pie otra vez, sujetaron a los resucitados y los apuñalaron con lanzas como si fueran osos hostigadores.

«Está haciendo un juego de abrasió —oró Temoc—. Forzándolos a gastar poder que no tienen, poder que no pueden recuperar. Extendiéndolos entre obligaciones hasta que se quiebren.»

«Nuestra ciudad», «Nuestro poder»...

«No ahora. No después de cuarenta años. Podéis retiraros, pero eso no significa que podáis ganar.»

«No hay retirada», «Demasiado tiempo dormidos»...

Él pensó, finalmente, en Caleb y en Mina, y en la familia a la que había renunciado para acabar allí, sobre la espalda de un dragón.

Y entonces, ya que no veía ningún otro camino, se abrió a los dioses. Invocó su poder hacia él. La luz surgió de sus cicatrices. Corrió por el cuello del dragón. Los demonios bloqueaban su camino; él los destrozaba de un puñetazo y se arrojaba hacia delante, rompiendo cristales con su peso. Ya estaba muy cerca, muy cerca. Más escudos, fácilmente superados.

«Olvídate del capitán. Céntrate en el Rey de Rojo.

»Mátalo y esto terminará. No ganaréis, nadie gana esta clase de guerras, pero al menos terminan.»

El dragón voló hacia la plaza Chakal. Otro renacido cayó. Los alcaides recrudescieron su ataque.

El Rey de Rojo estaba frente a él, sin defensa; sus ojos eran estrellas rojas gemelas en la oscuridad de su cráneo. Temoc movió el brazo con rapidez...

Y el Rey de Rojo alzó su bastón de mando en un movimiento borroso y lo bloqueó.

Chel estaba en el aire cuando sus alas fallaron y el fuego de su carne cambió de

forma. La invadieron nuevos instintos animales, mezclados con el miedo en su sangre. Incluso sin sus alas, el impulso la llevó hacia arriba, más arriba. «No pienses en la caída. —En los cientos de metros, más o menos, capaces de matarla si caía en roca sólida—. Céntrate en el dragón, alcánzalo con tus garras, ni siquiera pienses en cómo has obtenido esas garras, sólo alcanza...»

Cogió el borde de una escama, afilada como un cuchillo. Mientras el dragón se zambullía y se tambaleaba, ella logró subir, una mano cada vez, forzando los pies entre las enormes escamas de la bestia-máquina, y trepó y trepó hasta quedar de pie en el lomo.

Los dioses la habían llamado a la batalla, pero ella extendió el cuerpo. Los dioses no habían tomado buenas decisiones hasta el momento. Un alcaide se acercó por el oleaje del dragón: la había confundido con un cadáver. Ella no lo sacó de su error, no hasta que él estuvo lo suficientemente cerca, por todos los dioses, hasta que *ella* estuvo lo suficientemente cerca como para que Chel la agarrara del tobillo y la arrojara al vacío.

Mientras caía, gritó.

Distracciones: ¿Quién era esa alcaide? ¿Qué edad tenía? ¿Tenía familia? ¿Era joven? ¿Estaba casada? ¿Con hijos? ¿Era feliz? ¿Qué camino la había llevado hasta allí?

Debajo de ellos, la plaza estaba muerta. Y la mujer también.

Se arrastró por el lomo del dragón.

El capitán Chimalli notó el viento mientras Temoc pasaba corriendo junto a él. Se dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo el Rey de Rojo se defendía, con los glifos de guerra brillando en sus huesos. No tenía tiempo de ayudar: los monstruos de la plaza Chakal estaban a punto de alcanzarlo, trepando por el cuello.

El primero, que seguía presionando contra una ráfaga de cuchillos y cuya piel casi había desaparecido por completo para dejar al descubierto sus huesos, sería el más fácil. La cosa se abalanzó sobre él y él la esquivó, la golpeó con ambas manos en la parte posterior del cuello y oyó cómo tronaba la columna. Abatido, empezó a tener espasmos y a deslizarse del cuello del dragón. Los huesos se

retorcieron y se realinearon. Tendría que volver a matarlo al cabo de un minuto. De acuerdo.

La segunda cosa, que antes era mujer, con las espinas creciendo a través de su cuerpo, era más lenta, y más difícil. El dolor la hacía astuta, una finta hacia delante con una garra. Él retrocedió un paso y sacó su porra. Otra finta, otro paso hacia atrás. La cosa se arrodilló y gruñó, mientras, detrás de ella, la tercera se acercaba.

Dos contra uno: la probabilidad no le gustaba a Chimalli.

Se tambaleó hacia atrás. Hambriento, el monstruo atacó con la garra. El capitán no necesitaba recuperar el equilibrio, nunca lo había perdido, sólo estaba fingiendo. Tomó la mano en forma de garra, la retorció y tiró, y esperó que las articulaciones de esas cosas siguieran funcionando como las de los humanos.

Sí. La muñeca crujió, así como el codo y el hombro cuando él giró su cintura. Un golpe con la porra en un lado del cráneo lo envió deslizándose por la pendiente del cuello del dragón, sujetándose con un brazo para frenar su caída. Lo que dejaba al tercero...

El tercero lo golpeó en la espalda. Las garras se enterraban en su chaqueta del uniforme, a través de sus placas de armadura, a través del metal pulido hasta su piel. Él gruñó, pero no gritó. Los dientes estaban en su cuello pero no habían atravesado la máscara. Cayó hacia delante y empujó con piernas y brazos. Mala idea, pero no se le ocurría ninguna mejor con unas garras en la espalda. Saltó y, por un momento enfermizo, quedó en el aire sobre el cuello del dragón. Luego, el monstruo golpeó las escamas, y él golpeó al monstruo lo suficientemente fuerte como para romper su agarre y rodar hacia un lado, envolviendo su brazo con los suyos y apretando para dislocar la articulación. Se puso de pie, con las manos vacías; su porra se había caído. El Rey de Rojo y Temoc eran un torbellino de rojo y negro y plateado y cobrizo, pero no tenía tiempo de ayudar, ya que el primer monstruo casi se había recuperado y se estaba poniendo de pie.

Chimalli lo golpeó en la cara, y volvió a caer. Desvió su atención al segundo, y esperó lo mejor.

Los incendios del Skittersill no se habían extinguido, pero habían disminuido. El

fuego de agarre estaba conformado por dos partes, combustible y chispa; el plan era que el combustible resistiera lo suficiente antes de encenderse. Elayne había roto el ciclo, y el combustible estaba a punto de acabarse.

En cuestión de minutos, todo terminaría.

Los sentidos de Elayne llenaron el Skittersill, y ella observó cómo el dragón descendía hacia la plaza Chakal, agitando las alas. Observó la batalla que se desarrollaba sobre su espalda. Las chispas, los ángeles, se desvanecieron. Con cada muerte, se desaceleraban y disminuían. El capitán Chimalli peleaba con tres a la vez, mientras que, detrás de él, su amo y Temoc intercambiaban golpe por golpe. Y Chel..., ¿dónde estaba Chel? ¿Ya se había perdido? ¿Había caído? No. Elayne vio a la mujer avanzando agachada por el lomo del dragón, brillando con luz tenue. Seguía siendo ella misma, a pesar de los dioses.

Y Elayne observaba desde la banda.

—Sigue viva —dijo Tay—. Sálvala.

—No puedo —repuso ella—. Ése era el trato.

A su alrededor, las víctimas del Rey de Rojo sollozaban.

—Rompe el trato.

—No puedo.

«Ya no eres una guerrera», había dicho Temoc.

Una pacificadora. Una restauradora de vida. Eso era lo que quería ser. Una abogada.

Y, hasta el momento, había fallado.

Al menos, los incendios se apagarían pronto.

Temoc y el Rey de Rojo bailaron una danza antigua. Giraron y giraron más y más rápido. El sacerdote embistió con una patada, bloqueada por el bastón de mando, así como la segunda. Invitó a su adversario a atacar, eludió el golpe del bastón cuando éste llegó, sostuvo el arma que ya no estaba; giraba en un círculo borroso para golpear una sien que ya no estaba ahí porque Temoc se había agachado.

Pelearon con mayor ferocidad; el poder fluía en ellos proveniente de fuentes más grandes. Desde su perspectiva, la batalla contenía largas pausas, lentos

movimientos e intercambios en los cuales los dos se examinaban mutuamente, consideraban sus opciones y las rechazaban, fintaban y contrarrestaban. Pero, para un observador externo, se movían demasiado rápido como para ser algo más que una mancha.

Temoc nunca había peleado así, ni siquiera en las Guerras de los Dioses. Aceleraba su masa y su percepción hasta un punto que les costaba mucho a los hechiceros; resultaba más eficaz atacar desde la distancia, destruir objetivos que no podían defenderse. Uno podía perder en una pelea cuerpo a cuerpo.

Como perdería el Rey de Rojo. Las manos de Temoc estaban tan cerca de su cuello... Rompería esos huesos, uno a uno. Era difícil matar a un hechicero, pero se las arreglaría. Era más rápido y fuerte de lo que nunca lo había sido. Un portador de venganza. El último caballero verdadero del mundo.

Los monstruos bajaron la velocidad. Cuando el siguiente se abalanzó sobre Chimalli, éste lo atrapó, lo levantó y lo tiró del dragón. El segundo no se levantó otra vez después de matarlo. Había dolor en alguna parte de su cuerpo, a causa de los cortes y los arañazos, y sangre por todas partes. Se encargaría de eso después. El tercer monstruo le saltó encima, y él lo derribó al suelo, se arrodilló sobre él y lo golpeó en la cara una y otra vez. Los huesos se rompieron. Le pegó un par de veces más y se puso de pie, temblando.

El Rey de Rojo peleaba contra Temoc a una velocidad pasmosa. El capitán trató de rastrear sus cuerpos, de distinguir a su jefe de su enemigo. Tal vez. En alguna parte. Había sugerencias de formas dentro de la mancha borrosa.

Alcanzó la funda de la pistola que llevaba en el muslo.

Chel sintió cómo los dioses se desvanecían y ella misma se redujo. No. Ella permaneció. Lo que disminuyó fue el agarre divino que la sujetaba, la ira que latía por sus venas como un segundo flujo de sangre. Se volvió ella misma otra vez, en la espalda de ese dragón, una humana arrastrándose hacia la nube carmesí y negra que era el Rey de Rojo, peleando contra Temoc.

Eso no era bueno. Decidió que tampoco era malo.

Al menos, seguía teniendo armas.

Se puso de pie pero siguió agachada, con la ballesta preparada.

Lo que quedaba del combustible se agotó, y los incendios de la plaza Chakal empezaron a extinguirse.

Elayne observaba el dragón, y vio lo que estaba a punto de ocurrir.

—¡Ayúdala!

Sí. Al demonio con la hechicería y todas sus reglas, con su palabra y el vínculo. Sólo *ayuda*.

Invocó sus poderes y se estiró...

Pero, finalmente, su propia promesa la ataba, la sujetaba. «No los salvaré.»

Su hechizo se rompió. El escudo que los protegía se resquebrajó, y un aliento infernal se filtró por las grietas para quemar sus pulmones.

Elayne cayó al suelo de piedra.

Temoc luchaba contra el Rey de Rojo. El poder de los dioses era suyo. Fuerza inmensa, golpeando al hechicero hasta acorralarlo. Sacó su cuchillo y astilló el bastón de mando, lo cortó, lo partió por la mitad.

Pateó la parte trasera de la rodilla del esqueleto, atrapó su columna en la curva de su codo y apretó. Los huesos rechinaron. La hechicería echó chispas y se convulsionó. Unos segundos más.

Temoc rio, en la plenitud de su poder.

—¿Por qué no habíamos hecho esto antes?

—Porque nunca había tenido que ponerte en posición —replicó Kopil.

Manchas borrosas y torbellinos, polvo y humo, sombras y luz, todos unidos en dos figuras detenidas: el Rey de Rojo en el agarre de Temoc.

Y Chimalli tenía el disparo.

Su dedo se tensó sobre el gatillo.

Elayne estaba demasiado lejos, pero aun así le pareció oír la cuerda de la ballesta, una sola nota arrancada del bajo del mundo.

Chimalli cayó. La ballesta resbaló de entre sus dedos.

Chel se quedó mirando el arma en su mano, que seguía cantando su única nota. Volvió a alzar la mirada. El Rey de Rojo rugió, arrojó a Temoc a un lado y se volvió hacia ella. Sus ojos ardían intensamente mientras levantaba la mano.

Ella no tembló, a pesar de que tenía miedo.

Elayne vio al capitán caer, con el rayo de ballesta atravesando su cuello. Vio la hechicería que el Rey de Rojo había invocado, la cual ella podría haber detenido, con facilidad, con el más mínimo movimiento de su voluntad, incluso desde esa distancia. Pero estaba atada.

Así que también vio el agujero redondo que apareció en la frente de Chel antes de que cayera.

Tay gritó. Ella apenas si lo oyó.

Temoc derribó al Rey de Rojo, un instante demasiado tarde.

Golpeó a Kopil en el pecho con un golpe que habría sido capaz de partir mármol, y el esqueleto se tambaleó. Temoc lo golpeó una y otra vez. El Rey de Rojo movió el brazo, la misma mano que había usado para matar a Chel. Temoc lo agarró y se movió más deprisa de lo que incluso Elayne podía ver. La muñeca de Kopil se dobló en un ángulo agudo, y se oyó un sonido similar a un disparo, de las guardas que cedían.

Entonces, el Rey de Rojo empezó a crecer, sus dientes se hicieron largos y las chispas en sus ojos tan agudas e intensas como cualquier infierno. Movié su bastón de mando y Temoc salió volando por los aires. Sus cicatrices ardieron para atrapar los bordes de la hechicería que lo sostenía, pero su hechicería no tenía bordes, sólo un torrente interminable de voluntad. El Rey de Rojo no podía durar mucho con un poder así en él, su mente se despedazaría en diez segundos, pero necesitaba menos de diez.

Temoc estaba a punto de morir.

Así como la gente de la plaza Chakal había muerto. Así como sus restos resucitados habían muerto. Así como Chel había muerto.

Y ahora, Temoc. Antiguo soldado. Coraza rota. Padre. Estúpido.

Mientras Elayne permanecía en su círculo, inmune, porque había entrado en

el juego. Porque había mantenido su palabra. Y porque había entrado en el juego, se le permitiría preservar a esos pocos que había salvado, chamuscados y destrozados, para que vivieran como testimonio de la inutilidad del cambio. Restos en la mesa. Tal vez el Rey de Rojo pagaría sus cuentas de hospital, si eso le resultaba entretenido.

Ella cerró los ojos. Le ardían por el humo y otras cosas. A través del bosque de contratos y tratos y poderes que el Rey de Rojo había invocado, vio a los dioses quechales, reducidos a sombras furiosas, desvaneciéndose tras haber desperdiciado su poder en medio de su prisa por la victoria. Traidores y últimas víctimas de la plaza Chakal.

No, no las últimas. Ellos morirían primero, y después Temoc.

No podía hacer eso. No era su lugar. No era su batalla. No ahora, después de sesenta años de haber elegido un bando.

Por primera y última vez en la vida, Elayne Kevarian oró.

No a los dioses de arriba, traidores y malditos. No a los dioses de su infancia, cuya gente la había cazado por bosques y campos. No al dios de Alt Coulumb o a los reyes calamar de Iskar o a los thearchs del Imperio Brillante. Oró hacia arriba, hacia dentro, hacia fuera, en una desesperación rota, por si algo la escuchaba.

«Sálvalo.

»Por favor.»

La respuesta llegó de golpe, tan repentina y rápida que la confundió con una ilusión: una fría avalancha que cubrió su piel. Pero había una mente debajo y detrás de esa respuesta: gélida, vasta, extraña y personal a la vez, una voz que conocía desde la primera vez que atrapó una estrella fugaz, una voz para la que el tiempo era algo que otras personas hacían.

«¿Cómo?», preguntó la voz.

Le quedaba tan poco poder... El Rey de Rojo bloqueó las avenidas de retirada de Temoc. El poder de los dioses quechales se había extinguido, tratando de mantenerlo con vida.

En la plaza Chakal y el Skittersill, lo que quedaba del combustible del fuego de agarre se había terminado. Las llamas danzaban en los tejados y en los

cadáveres; el fuego ya no pertenecía al Rey de Rojo, cualquiera podía reclamarlo.

Elayne sintió el fuego a través del mapa de sueños que había dibujado. Lo juntó en sus manos: no era mucho poder, pero esperaba que fuera suficiente.

«Ten —dijo—. Usa esto.» Podría haber dicho más, establecer términos y condiciones, proponer un trato o un contrato. No lo hizo.

¿Acaso estaba loca? No percibía ira en esa voz, ni venganza, ni hambre. ¿Sería que simplemente había cometido el error más viejo, pedir ayuda en una situación extrema e imaginar una voz que le respondía?

Pero, con los ojos cerrados, podía observar la tierra de horrores que el Rey de Rojo creaba, sus ruedas y sus cadenas chirriantes, sus garras y sus dientes, los millones de cuchillos y su espacio deformado en respuesta a una voluntad malévola, y ver a Temoc. Entonces, aunque pareciese imposible, la oscuridad se había roto, y él se había ido.

Elayne abrió los ojos. Estaba arrodillada en la plaza Chakal y más allá de ella, en un círculo de hechicería, con los supervivientes quemados. A su alrededor, el Skittersill se alzaba bajo un cielo azul, el mismo para todos, salvo para los muertos.

Los alcaides y los couatls yacían enredados con los manifestantes. La carne chamuscada se aferraba a los huesos. La sangre se incrustaba en las rocas. El dios en lo alto de su fuente seca, en el centro de la plaza, se había derretido.

¿Habían salvado a unos cien? Tal vez ni siquiera a tantos.

El dragón colgaba sobre todos ellos. En la espalda de la bestia reanimada, los alcaides se movían. El Rey de Rojo estaba de pie, observando. Chel y el capitán yacían inmóviles.

La plaza y toda la ciudad parecían estar en silencio.

Elayne sintió que el silencio la aplastaba. Se limpió el sudor del rostro y de los ojos. Sólo sudor.

«Gracias.»

No obtuvo respuesta.

A su alrededor, los doce lloraban, incluido Tay.

La gente a la que habían salvado gemía en sus sueños.

El sol brillaba sobre ellos, y ella no proyectaba ninguna sombra.

Epílogo

El Rey de Rojo descendió del cielo al suelo de piedra, que seguía caliente. En la distancia se oía el lamento de las ambulancias. El olor de muerte y fuego pesaba en el aire. Elayne caminó para encontrarse con él. No se permitió el lujo de flaquear. El Rey de Rojo estaba apoyado en su bastón de mando roto. Sus costillas subían y bajaban, como si en algún rincón de su mente, enterrado hacía mucho tiempo, recordara que debería estar respirando con dificultad.

Detrás de ella se alzaban los gemidos de la gente que había salvado en el círculo. A su alrededor, el Skittersill seguía en pie. La gente vivía en esos edificios, trabaja en ellos. Estaban a salvo. No era una derrota absoluta.

Estuvo a punto de creérselo.

Las llamas danzaban en los abismos de los ojos de Kopil.

—Me has desafiado.

—No lo he hecho —dijo ella—, para mi vergüenza. Debería haberlo hecho, hace mucho. Se suponía que seríamos mejor que esto. Se suponía que nuestra regla era que la gente fuese libre y estuviese a salvo. Lideraste una revolución en contra de los dioses sanguinarios. Pero ¿qué dios alguna vez le hizo a su gente lo que tú le has hecho a la tuya?

—Has protegido a los que estaban en la plaza. Eran míos.

—Te di mi palabra y la he cumplido, de lo contrario, me habría derrumbado. Los hombres y las mujeres en ese círculo no eran tuyos. Nunca lo fueron.

—Apártate. —Los relámpagos se deslizaban por su bastón de bronce torcido. Lo había vuelto a unir con hechicería.

—No.

—Elayne.

—Mira a tu alrededor. —La plaza era un pozo de fuego y un osario. Los huesos sobresalían de la piel quemada. Los postes de las tiendas destartadas

eran como arcos esqueléticos sobre piedras ennegrecidas—. Querías que regresaran las Guerras de los Dioses. ¿Ésta es la claridad que te hacía falta? Porque yo no la veo. Tal vez podrías mostrármela.

—Déjame pasar.

Ella lo miró a los ojos.

—Inténtalo y te destruiré.

El viento seco agitaba el dobladillo de su chaqueta carbonizada. Su túnica carmesí ondeaba como la vela de un barco. Kopil era alto e imponente.

—No puedes pelear contra mí.

—Eso ya lo veremos.

Kopil podría haber ganado. Ella tenía poderes que él no había adivinado, y estaba muy cansado después de haber luchado con los dioses y su defensor. Pero la veía, y en ella veía también a la joven que había conocido, que había volado una vez a la vanguardia de su ejército y había aniquilado a sus enemigos hasta hacerlos polvo. Y también veía su furia y su desdén, y olía asimismo la carne cocida.

Su propio rostro lo observaba desde los adoquines.

Los ojos de Kopil se llenaron de lágrimas como la llama de una vela ahogándose en la cera. Dio un paso atrás y se hizo más pequeño.

—Las ambulancias llegarán pronto —dijo, y se marchó.

Más tarde, Elayne encontró a Temoc sangrando junto a un cubo de basura en un callejón. Sus ojos estaban cerrados y sus piernas estiradas. Sus manos yacían inmóviles a cada lado de su cuerpo.

Ella se acercó, un paso cada vez. No había dioses cerca, pero a veces era difícil ver a los dioses. Se detuvo a unos metros y esperó a que respirara.

Lo hizo, después de un momento.

—Igual que en los viejos tiempos —dijo Elayne.

—Igual. —Sus párpados se abrieron lentamente. Detrás de ellos, sus ojos estaban más negros que nunca—. ¿Qué aspecto tengo?

—Terrible.

—Tú también.

Tenía razón. Su traje estaba quemado y roto, su rostro cubierto de hollín y de la sal que quedaba cuando el sudor se secaba.

—¿Has venido a arrestarme?

Ella negó con la cabeza.

—¿A matarme entonces?

—No.

—¿Por qué no?

—¿Por qué crees que lo mereces?

Su barbilla tocó su propio pecho.

—Por Caleb y por Mina, al menos. Eso fue culpa mía. El resto..., el resto debería haberlo adivinado. Debería haberle puesto freno.

—No tienes más culpa que cualquiera de nosotros.

—Ni menos, tampoco.

—No —reconoció ella—. Ni menos. —Ninguno de los dos habló durante un rato. Finalmente, ella añadió—: ¿Qué harás ahora?

—Alguien tiene que conseguir que pague.

—¿Te refieres al Rey de Rojo?

—Sí.

—Eso no era lo que esperaba oír —contestó ella—. Las guerras engendran más guerras.

—Entonces mátame ahora. Iré a por él algún día. No importa que me lleve décadas, siglos. Ni todos los ejércitos de este mundo podrán detenerme.

—Tu hijo necesita un padre —señaló Elayne.

—Necesita un mundo que no esté tan perjudicado como éste. Los hijos de todos necesitan eso. Y las hijas también.

—¿Acaso existe un mundo así?

—Debería existir.

—No lo sé —dijo ella—. Tal vez. —Y agregó—: Hoy he mantenido y he roto muchas promesas. Para salvarte. No sé si he salvado a la persona indicada.

—Yo tampoco.

—Debería irme.

—Elayne —la llamó Temoc mientras ella ya se alejaba—. Gracias.

—De nada —respondió ella, y salió del callejón en dirección a las calles iluminadas por el sol. Los dioses se reunieron, siguiendo sus pasos.

Mina permaneció junto a la cama de Caleb durante días. Los periódicos anunciaban el fin de la Revolución del Skittersill y publicaban comentarios detallados de los miembros clave del comité y una breve entrevista con el Rey de Rojo; así pues, las clases volvían a su horario normal. Regresó al campus para una serie de reuniones del departamento y para la revisión de la revista; se sentó en un césped exuberante y regado, bajo un cielo azul, mientras ajustaba su plan de estudios para el próximo semestre. El campus era el mismo de siempre, pero sus papeles y sus recursos habían cambiado sin que ella se diera cuenta. Los grabados de glifos alto quechal sangraban con la sangre de su hijo.

La mayoría de sus colegas no conocían a su esposo. Aquellos que sí no preguntaron por él. Su casa estaba lo suficientemente lejos del sitio de la revuelta, así que no tuvo que mentir mucho.

Al atardecer, regresó al hospital, se sentó en la silla y observó a su hijo mientras dormía con agujas en los brazos y un tubo en la nariz. Tenían una habitación con una cama para ella en el hospital —no sabía si el seguro de la universidad había pagado por ella, o quizá Elayne Kevarian, no lo había preguntado—, pero no podía dormir ahí durante una sola noche entera. Alrededor de las dos o las tres de la madrugada, sin falta, se despertaba y se iba a la habitación de Caleb, se sentaba en la vieja y familiar silla y dormitaba al ritmo de los tics que cronometraban los latidos de su corazón.

Una noche, se despertó en la habitación del chico, fría, con un dolor en el cuello. Las máquinas funcionaban y Caleb respiraba. Debía de haber sido la brisa que se colaba por la ventana medio abierta lo que la había despertado.

La ventana no estaba abierta cuando se había quedado dormida.

Una sombra se movió al otro lado de la cama de su hijo, una cosa oscura sin contorno ni dimensión. Mina reconoció la silueta.

—Aléjate de él —dijo ella.

La sombra retrocedió. Caminó hacia ella, tiesa y en silencio. La oscuridad se esclareció, adquirió el contorno de músculos y cicatrices familiares.

—Mina. —Su esposo extendió los brazos para abrazarla o suplicarle.

—No.

Él se detuvo.

—Largo de aquí.

—No tuve opción —dijo él—. Él salvó tu vida.

—Creíste que no tenías opción. No hablaste conmigo. No confiaste en mí. O en él. Nos dejaste.

—Estará bien. Tres días más. Es todo cuanto necesita.

—Ya veremos.

—Yo... Dioses. Desearía poder retractarme de todo. Desearía poder compensarte por todo. ¿Cómo puedo hacerlo?

—Vete —dijo ella. Le dio la espalda y cruzó los brazos.

En un soplo de viento, se había ido.

Mina se sentó, y se quedó en la silla por un largo tiempo sin llorar. Luego lloró, y luego durmió.

Al tercer día, Caleb despertó, preguntando por su madre.

Cuando Elayne volvió a ver al Rey de Rojo, en el hospital, parecía más pequeño: seguía siendo alto y delgado, pero reducido a una dimensión que no podía identificar. Mientras ella salía de los ascensores, Kopil simuló brindar con su taza de café. Ella asintió en respuesta. Él sonrió, pero se notaba que lo hacía sin entusiasmo alguno.

—¿Estamos bien?

—No —dijo ella—. Pero al menos podemos ser profesionales.

La doctora Venkat los hizo pasar a la habitación, que tenía el mismo aspecto que todas las habitaciones de hospital que Elayne hubiese visto antes, sólo que era más lujosa. Había cojines elegantes en las butacas acolchadas, cada superficie era de cromo pulido, las sábanas de seda. Tal vez la familia del ocupante la había redecorado a su gusto; tal vez el hospital reservaba esas habitaciones para determinados pacientes.

Otros ya habían llegado. Recibió dos inclinaciones de cabeza profesionales de un hechicero y una hechicera que apenas recordaba haber conocido en el

seminario unos años antes. La esposa de Batac, a la que Elayne nunca se había molestado en imaginar, era todo cuanto habría pensado si lo hubiera hecho: una belleza quechal de cara redonda, con grandes pestañas y el pelo ondulado. La hija estaba junto a ella, incómoda en un vestido morado con encaje; debía de tener unos diez años, tal vez once, y su cara estaba enmarcada por unos rizos negros puntiagudos.

Tan Batac yacía en la cama, con una bata blanca, beatífica, y, mientras la doctora Venkat ajustaba la mezcla de su gotero, despertó. Sus ojos parpadearon, sus pupilas estaban dilatadas, encogidas y enfocadas.

—Estoy vivo —dijo él, y sonrió.

Su esposa y su hija se acercaron a él primero. Él las abrazó a las dos y besó a la niña; después, los múltiples hechiceros y colegas se aproximaron también, ofreciéndole informes y memorandos, resúmenes de negocios perdidos. Ellos también se marcharon: nadie quería pasar mucho tiempo cerca del Rey de Rojo.

Y entonces quedaron tres, igual que cuando habían subido al carruaje desde la oficina de la jueza.

Alguien tenía que hablar, y ése era Tan Batac:

—Nadie me ha contado los detalles.

—Son muy malos —dijo Kopil—. Empezó mal, y se puso peor.

—Pero el acuerdo sigue en pie.

—El acuerdo sigue en pie —repitió Elayne—. Al igual que el Skittersill. Te alegrará saber que casi todas tus propiedades, y las de tus colegas, han salido indemnes.

Había practicado las palabras frente al espejo, para que pudiera decirlas con indiferencia, y, mientras hablaba, lo observaba, acostado en la cama, con la curiosidad de ver qué aspecto tenía un hombre que se había condenado a sí mismo sin recibir nada a cambio.

Sabía cómo se habría visto si él hubiese sido un actor en escena: la pausa extendida, el exagerado movimiento de los ojos hacia la parte superior izquierda. En la vida real, las señales eran menores. Batac sonrió, pero hubo un impedimento antes de su sonrisa, un movimiento de su lengua contra el labio

superior. ¿Sus manos apretaban las sábanas? ¿Estaba exageradamente quieto? ¿Se retraía ante la visión de las muertes que había causado?

—Ah —dijo—. Bien.

Discutieron el trato, centrándose en las demandas a las que la ciudad debía hacer frente, a expensas de la operación, en la necesidad de hacer reparaciones y en las protestas editoriales del periódico que clamaban justicia de uno u otro modo. Asuntos de trabajo. Batac tardó quince minutos antes de palidecer y hundirse en su almohada, mientras decía:

—Lo lamento, amigos, pero necesito descansar.

—Llamaremos a la doctora. —Kopil le dio una palmada en el hombro y se volvió para salir de la habitación—. Reponte. —Sonó como una orden.

»¿Y bien? —preguntó cuando llegaron a la calle.

—Yo creo que sí —dijo Elayne.

Él agachó la cabeza. Se quedaron de pie en la calle varios minutos, en silencio. Luego, el esqueleto levantó la mano y pidió un taxi.

En el corazón de la pirámide de oficinas de Kelethras, Albrecht y Ao, un golem trabajaba en una habitación con las paredes forradas de corcho. Un arroyo de acero goteaba a medida que cambiaban las páginas de periódico. Un dragón de humo se enroscaba contra el techo. Las lentes se plegaban hacia fuera y hacia atrás, los filtros se cerraban con un clic para volver a abrirse.

Zack no alzó la mirada cuando Elayne se sentó. Su torso se retorció de un lado a otro y los brazos como de araña se estiraron para fijar una imagen en la pared: el dios sin rostro de la plaza Chakal sollozaba encima de su fuente agrietada y quemada. El cuello de Zack tenía un cardán para mantener su cabeza inclinada sobre el escritorio.

—Si quieres hacer una pregunta —dijo ella—, hazla.

Los engranajes de su caja de voz giraron.

—No tengo datos suficientes para formular mi pregunta. Tú has venido a mí; tú tienes tus propias opiniones sobre lo que debería preguntar.

—Oí una voz en la plaza —dijo ella.

El torso del golem volvió a su lugar. Levantó la cabeza. Una luz parpadeaba

detrás de las lentes de sus ojos.

—Explícate.

Lo hizo. Él escuchó, y tomó notas, y formuló algunas preguntas aclaratorias. El arroyo de acero se detuvo, y la luz de las lentes se encogió hasta convertirse en un punto.

—No lo entiendo —dijo a continuación.

—Yo tampoco. Pero lo entenderé algún día.

Cuando Alaxic regresó a su terraza esa noche, encontró a Temoc esperando. El gran hombre no había activado ninguna guarda, ni alarma alguna. Era como un edificio en contraste con las luces de la ciudad.

Alaxic maldijo y dejó caer su té. La taza se rompió, y una mancha negra se extendió por el suelo de su terraza.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Temoc.

—Me has asustado. —Alaxic presionó una mano sobre su pecho, contó los latidos de su corazón, contó las respiraciones y trató sin mucho éxito de reducir la velocidad de ambos—. Me debes una taza de té.

—La pagaré. —Y, después de un intervalo en el que ninguno se movió ni habló—: Has estado muy ocupado en las últimas semanas.

—Mi conexión con los panfletos del Skittersill salió a la luz. El Rey de Rojo me ha presionado por todas partes, con algo de éxito. Por suerte, sus propios principios le impiden hacer mucho; la libertad de expresión existe en Dresediell Lex. Nuestro temido amo y sus partidarios aseguran que la represión del levantamiento fue la respuesta a un conflicto armado abierto; el jurado de la opinión pública no ha dictado su veredicto, pero creo que estarán de acuerdo. Ya que nunca incité abiertamente a una rebelión armada, les será difícil lograr que los cargos tengan validez. —Su ritmo cardíaco disminuyó. Su respiración aún no se había normalizado, pero ya era más profunda. Esbozó una débil sonrisa.

—Me pregunto cómo descubrieron tu conexión.

—No importa mucho. —Dejó los papeles que llevaba en la mano en una mesilla y se acercó a Temoc—. Tu amiga la hechicera, tal vez. No importa. ¿Qué se siente al ser el enemigo público número uno?

—La vida es más simple ahora —dijo Temoc—. Especialmente con los dioses despiertos. Mucho de lo que era confuso se vuelve claro.

—¿Por ejemplo...?

—Mi propósito. Mi papel en esta guerra.

Alaxic suspiró.

—Me alegra oír eso. Hay tanto que hacer... Si vamos a cambiar el mundo, necesitamos toda la ayuda posible.

—No he terminado —replicó Temoc.

—Está bien, está bien. —Alaxic levantó una mano—. No quería interrumpir.

—Mucho se vuelve claro —dijo Temoc—, pero no todo.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo: Después de que... dejara a mi familia. Fueron atacados por criaturas demoníacas. Los persiguieron por todo Dresediel Lex, por los cielos, por la tierra. Me pregunto qué propósito tuvo eso.

Alaxic se encogió de hombros.

—El Rey de Rojo se cobra su venganza de maneras extrañas.

—¿Acaso creyó que la muerte de mi familia me destruiría, en vez de avivar mi ira?

—Si fue así, no te conoce muy bien. No tanto como yo.

—En ese caso, ¿por qué no nos arrestó a todos? ¿O por qué no llevárselos como rehenes?

—Tal vez no pensó en todo.

—Y ¿por qué no usar a los alcaides para su propósito?

—Los alcaides son una raza curiosa —dijo Alaxic—. Se consideran fuerzas de paz. Establecen el orden. Es un trabajo difícil, pelear contra criminales y monstruos. Pero una mujer inocente y un niño..., no querría ser yo el encargado de convencer a nadie de que eran enemigos del Estado. Los golems son caros, pero no responden, y él tiene los recursos. Es uno de los pocos que los tienen.

—Entonces ¿crees que sabía que me marcharía?

—Tal vez tenían órdenes de atacar sin importar si estabas o no. Tal vez estaba todo programado. Eres terrorífico cuando estás en guardia, Temoc, pero incluso tú duermes a veces.

—Interesante.

—Ese hombre tiene una mentalidad sanguinaria. Quería guerra, y tú eres un antiguo enemigo. Es despiadado, pero tiene sentido.

—Eso no es lo que me parece interesante —dijo Temoc—. Lo que me parece interesante es que hayas mencionado a los golems cuando yo no lo he hecho.

—¿De verdad?

El gran hombre asintió.

—Debe de haber salido en los periódicos.

—Yo tengo una teoría alternativa —repuso Temoc—. Supongamos que alguien me quería en la pelea. Alguien que me vio al margen mientras estallaba una revuelta en la plaza Chakal y no quería dejarme ahí. Digamos que esa persona imaginaba que mi familia me estaba reteniendo. Así que pensaron: «Quita a la familia de en medio y Temoc se lanzará a la batalla, especialmente si piensa que un hechicero es el responsable. Si cree que el Rey de Rojo lo desafió». Así pues, envía a agentes de su elección, criaturas sin rostro que no representan una amenaza para mí, pero letales para mis seres queridos. Caleb y Mina mueren mientras yo no estoy. O, incluso mejor, mientras estoy ahí para fallar en su defensa.

—Ésa es toda una teoría —dijo Alaxic, o trató de decir.

Temoc se movió.

El anciano intentó protegerse, pero él lo agarró del cuello con una mano y lo levantó en el aire. Alaxic se retorció en el agarre de Temoc, pero la mano alrededor de su garganta bien podría haber estado forjada con acero. Las cicatrices brillaron en el brazo de Temoc, en su pecho desnudo, su cuero cabelludo y su frente. Zarandeó a Alaxic por encima del borde de la terraza, sobre una caída de veintisiete pisos. El viento golpeaba la ropa del viejo y rugía en sus oídos, pero éste no era tan fuerte como la voz de Temoc.

—Trataste de matar a mi hijo. Trataste de matar a mi esposa. Todo porque pensabas redirigirme al camino de los dioses. —El agarre de Temoc se hizo más fuerte. La visión de Alaxic se inundó de manchas negras y marrones, aureoladas por la luz de las cicatrices de Temoc. Apenas le llegaba un flujo de aire, cuando

le llegaba algo—. Eres orgulloso..., tan orgulloso... Estás tan seguro de tu fe... Pero, si abriera la mano, ¿crees que los dioses te atraparían?

Alaxic no podía moverse para negar con la cabeza. Su piel estaba blanca como un papel a punto de romperse.

—Entonces ¿lo crees?

La voz de Temoc era un trueno, la marea.

—No —dijo Alaxic, para lo cual tuvo que utilizar todo el aire que le quedaba en los pulmones. Intentó inhalar más, pero no le llegó nada. Le dolía el pecho.

—Los dioses te han dejado envejecer, sacerdote. Y te dejarán morir. —Temoc apretó con más fuerza. Tan cerca, tan cerca de la muerte... Él sabía, así como Alaxic, la presión exacta que se necesitaba para partir la columna de un hombre. Un giro y sería todo—. Ellos me han mantenido fuerte.

Y, luego, todo terminó.

Alaxic se desplomó, jadeando, en su terraza. Había mucho aire a su alrededor, pero no podía respirarlo. Vomitó una y otra vez.

Cuando se recuperó, Temoc estaba de pie sobre él; seguía iluminado por sombras, estrellas e ira divina.

—Sin embargo, te necesito para mi propósito.

Unas agujas calientes y húmedas pincharon las comisuras de los ojos de Alaxic. El anciano trató de hablar, pero no pudo.

—Detendré al Rey de Rojo. Lucharé contra su gente, que aplastó a la nuestra. Seré nuestra espada en la oscuridad. Pero necesito recursos. Una base de operaciones. Moneda de alma para adquirir las herramientas y los contactos, y para construir. ¿Entiendes?

Alaxic asintió.

—Tú me proporcionarás todas esas cosas. Tú me ayudarás a llevar a cabo la labor de los dioses, al principio. Cuando esté satisfecho, serás libre para perseguir tus propios objetivos. Pero, si me traicionas, te mataré. Si le ocurre cualquier cosa a mi familia, no importa la causa, te mataré. Has sido reclutado para el servicio de los dioses. ¿Lo has entendido?

Asintió de nuevo. No podía hacer nada más.

—Bien —dijo Temoc—. Se te irán indicando tus tareas.

Alaxic no sabía cuánto tiempo había pasado antes de que alzara la mirada, pero, cuando lo hizo, Temoc ya se había ido.

Se quedó tirado en la terraza durante mucho rato, junto a su propio vómito, el té derramado y los fragmentos de su taza. Lentamente, temblando, se puso de pie.

—Estupendo —dijo con una voz aguda—. Es estupendo tenerte en nuestro equipo de nuevo, Temoc.

El sonido que el viejo profirió en la terraza no podría describirse como una risa.

Elayne ayudó a Caleb a subirse al taxi y se sentó frente a él y frente a Mina mientras se dirigían al suroeste, desde el hospital hasta el Skittersill.

Las calles parecían más grandes que antes, o más vacías. Los peatones seguían deambulando por las aceras, los hombres ciegos seguían tocando los violines de tres cuerdas frente a los bares, los carruajes y los coches avanzaban sobre las calzadas adoquinadas y asfaltadas. Una niña con un vestido de cuadros sucio corría por el centro de la calle, alzando la mano a los conductores que pasaban, esperando recibir un indicio de alma. Sin embargo, el Skittersill había cambiado, ya no encajaba con su sueño.

Claro, no era su sueño en realidad, sino el de Temoc, el de Tay. Los sueños que había cogido prestados por un momento, que seguían viviendo en su interior. La casa estaba limpia, el suelo barrido, la ropa de cama lavada, la madera, el cristal y la plata pulida. Todo rastro de sangre, físico o espiritual, había sido limpiado mediante hechicería. Mina entró, dio media vuelta y no sonrió del todo. Elayne no necesitaba un agradecimiento. El servicio de criadas en Dresediel Lex era barato.

Había planeado marcharse. Pensó que a la madre y a su hijo les gustaría pasar un poco de tiempo a solas, pero ellos no dejaron que se fuera. En vez de eso, pidieron comida a domicilio y, mientras esperaban, jugaron al gin rummy. No hablaron mucho al principio, pero el juego construyó su propio espacio entre ellos, y el techo adquirió un tinte verdoso al tiempo que la diosa de las cartas los

unía a los tres. Caleb ganó bajando toda su mano de una vez, con una sonrisa tan grande que parecía que sus mejillas explotarán al esbozarla.

—Si no os importa —dijo Elayne—, vendré a visitaros de vez en cuando. No vengo a Dresediel Lex a menudo, pero hay una oficina aquí, y mi empresa espera mucho trabajo proveniente del Imperio Brillante durante la próxima década. Estaré por aquí.

—Gracias —asintió Mina—. Es decir, no necesito ayuda. Pero sería agradable verte más a menudo. No hay muchos juegos para dos personas.

—El rápido —dijo Caleb—. Pero no te gusta ese juego.

—El rápido está bien. Es sólo que siempre pierdo. El de guerra es el que no me gusta.

—Aunque es verdad que hay más juegos de tres —admitió el chico.

—Así es. Más de tres.

—Algunas variantes de póquer funcionan con tres jugadores —dijo Elayne.

—Si no te importa que te robe tu alma.

Ella rio.

Se oyó el timbre de la puerta.

—Yo voy —dijo Elayne, y se puso de pie.

Caminó a través del pasillo hasta la acera. Un repartidor le entregó una bolsa de papel y ella le dio una moneda de veinte thaums y una propina. Él se quitó el sombrero y su vehículo avanzó.

Una sombra parpadeó sobre una casa al otro lado de la calle. Podrían haber sido las hojas en el viento, pero no había árboles tan altos cerca.

—Vete —dijo ella. Sabía que él podía oírla—. Tal vez tú los necesites a ellos. Pero, por ahora, ellos necesitan que no estés.

Examinó los tejados con los ojos abiertos y cerrados, pero no vio nada.

Regresó al patio lleno de cactus y enredaderas, donde Caleb y Mina la esperaban. El niño guardó las cartas.

Comieron juntos y jugaron hasta que se fue la luz. Luego tomaron vino y durmieron, Mina en su habitación, Caleb en la suya, y Elayne en una cama plegable en el patio. Colocó una guarda sobre la casa y otra alrededor de su catre, y durmió sin soñar.

Agradecimientos

Cada libro es como un hijo, y criar a uno requiere de todo un pueblo, así que aquí estamos.

Aldeanos amables incluidos esta vez: Alana Abbott, Chris Ashley, Vladimir Barash, John Chu, Anne Cross, Gillian Daniels, Amy Eastment, Tom Gladstone, Kristen Janz, Siana LaForest, Lauren Marino y Maggie Ronald. Steve Sunu y Sarah Gillig Sunu demostraron tener una generosidad sorprendente y mucha paciencia cuando un amigo que había estado ausente durante mucho tiempo pasó gran parte de la visita en su casa recorriendo sus pasillos y murmurando solo sobre gente que no existe del todo.

La contribución de Stef Fisher y Anna Pinkert también fue crucial, al ayudarnos a mi esposa y a mí a ganar una subasta benéfica, en la que el premio era el suministro ilimitado durante sesenta días de café Three Little Figs en Somerville, Massachusetts. Sin duda, la dirección de Three Little Figs esperaba que el café fuese destinado a un abogado. La posesión de éste por un novelista a tiempo completo podría haber afectado ligeramente sus márgenes de beneficio durante el tiempo que tardó en escribir *La primera y última nieve*, por lo que les pido disculpas.

Quiero dar también las gracias a mis editores, David Hartwell y Marco Palmieri, por su orientación, por llevarme de la mano y por su ocasional, eh..., digamos «amable empujoncito». Irene Gallo y Chris McGrath siguen ofreciendo las mejores cubiertas que nadie podría pedir. Ardi Alspach, mi publicista, es genial, así como Patty García, pero eso ella ya lo sabe. Mi agente, Bob Diforio, preside enormes almenas conceptuales que me alivia no tener que defender.

Tom y Burki Gladstone, y Bob y Sally Neely, parientes de sangre y políticos, siguen siendo sorprendentemente alentadores con respecto a mis extrañas decisiones profesionales.

Y Stephanie es la mejor. Si quisiera hacer una lista de todas las cualidades que ella posee y que yo valoro, sería tan larga como este libro, así que le ahorraré a Tor un poco de tinta y lo resumiré de este modo: es la mejor.

La primera y última nieve
Max Gladstone

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Last first Snow*

Diseño de la portada, REVILOX / Oliver Barrón
© de las fotografías de la portada, Shutterstock

© Max Gladstone, 2015

Publicado por primera vez por Tor Books

Derechos de traducción contratados por DBA D4EO Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

Todos los derechos reservados

por la traducción, Alejandro Romero, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-20610-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta